



**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DE  
ANTICIPACIÓN  
XX**

Lectulandia

Vigésimo y último volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Mañana, los gatos, El retorno de los dioses, Un pequeño salto al pasado, Conflicto de leyes, El hilo de Ariadna, El huevo ovíparo, Transistores, La barba del ministro, Asesinato del pájaro azul, La torrecilla de Ngôl, El bosque de Perdagne, El hombre y En las montañas del destino.*

**Lectulandia**

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación  
XX**

**Antología de novelas de anticipación - 20**

ePub r1.0

Watcher 11.05.2018

Título original: *Voyages dans l'ailleurs*

AA. VV., 1974

Traducción: José María Aroca

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Introducción

*La ciencia ficción francesa tiene un pasado copioso, un presente incierto y un futuro prometedor. Por parte de los aficionados actuales al género, ha sido víctima durante demasiado tiempo de un prejuicio debido al esnobismo, que tendía a encerrarla en una especie de ghetto. Lo mismo que hace quince años muchos aficionados al cine sólo tenían en cuenta el cine norteamericano, y muchos aficionados al jazz a los músicos norteamericanos, así la ciencia ficción made in USA era para numerosos fans la tierra prometida exclusiva y el jardín de las delicias, ante los cuales Francia sólo podía ofrecer unos pastos muy raquíuticos.*

*Esa superioridad de hecho se explica fácilmente: a partir de 1952, una lluvia de traducciones nos reveló, de golpe, un muestrario completo de todas las riquezas que la ciencia ficción norteamericana había acumulado en el curso de los quince años precedentes. Aquella lluvia ahogó a la joven escuela francesa en plena gestación, a pesar de que sus esfuerzos se inspiraban en la admiración confesada a los grandes modelos norteamericanos.*

*Esto tiene un motivo: la ruptura de la guerra y de los años de ocupación había hecho olvidar a los autores franceses sus raíces. El género literario que es la ciencia ficción había adquirido entre nosotros un gran desarrollo, antes de abortar y desaparecer. Fue preciso que su homólogo, revitalizado, y mejorado al hilo de los años, nos llegara desde el otro lado del Atlántico para que volviéramos a descubrirlo. Penetrados al mismo tiempo de nuestra sensación de inferioridad y de inexperiencia, de nuestra impotencia de novicios... en tanto que si las cosas hubiesen seguido su curso normal habría existido en Francia, lo mismo que en América, una continuidad de la ciencia ficción, con su evolución, sus fases sucesivas y su desarrollo desembocando en unas cimas.*

*La Francia de antes de la última guerra había sido también —desde comienzos del siglo— la cuna de la «anticipación» (puesto que así se llamaba el género en nuestro país). J.H. Rosny, Maurice Renard, Octave Béliard, Théo Varlet, José Moselli y los folletinistas de Sciences et Voyages, el prolífico Jean de la Hire, los innumerables autores de los «Tallandier bleus», el olvidado Jacques Spitz... todo el proceso estaba en marcha para que floreciera, en los años treinta, una verdadera escuela de ciencia ficción: exactamente igual que sucedió en la misma época en los Estados Unidos. Ni siquiera faltaba el potencial jefe de filas: Rene Barjavel, cuyas anticipaciones pesimistas y visionarias empezaron a florecer, después de 1940, en unas novelas actualmente históricas tales como *Le Voyageur imprudent*, *Ravage*, *Le Diable l'emporte*...*

*Pero entretanto había estallado la guerra, y todo se frustró. La anticipación se hundió en un negro naufragio, y el único superviviente actual de aquel movimiento que no tuvo lugar, Barjavel, ha encontrado finalmente hoy, con treinta años de*

retraso, una gloria ambigua con unas novelas de éxito cuya calidad es muy inferior a la de sus libros de antaño.

Lo que nos devuelve a la joven escuela tímida y balbuciente evocada más arriba. Estamos en 1955. Unos grandes nombres (que en los Estados Unidos pertenecen ya un poco al pasado, aunque el público francés lo ignora) fulguran ante los ojos de los lectores deslumbrados: van Vogt, Simak, Asimov, etc. ¿Cómo alinearse? ¿Cómo intentar siquiera llegarles a la suela del zapato? Con bastante rapidez, nuestros autores renuncian a ello. Han comprendido que la ciencia ficción francesa sólo existirá si logra librarse de su complejo de Edipo y «matar al padre». Es decir: renunciar a la imitación estéril e inhibidora de los grandes modelos norteamericanos, tratar de encontrar su propio lenguaje y ser ella misma.

Empieza una larga búsqueda, poco favorecida por los azares de la edición, ya que se revela cada vez más difícil, a lo largo de los años, que un autor de ciencia ficción francés vea publicados sus libros. Sin embargo, poco a poco, unas individualidades se imponen, unos nombres sobrenadan, algunos que prometían llegar lejos se hunden en los pantanos de las ilusiones perdidas pero otros toman el relevo... y a la larga se comprueba —los lectores en primer lugar, sorprendidos— que la ciencia ficción francesa existe, y que no se puede negar esta existencia.

Hoy no ha encontrado aún su camino pero adivina ya sus revueltas. No se parece ni a los modelos de entre nosotros que no conoció, ni a los que por un momento quiso escoger del otro lado del océano. Desde luego, no ha digerido todavía todas las influencias pero, con todas sus imperfecciones, existe, es un hecho innegable: y en los mejores casos ha sabido encontrar un tono, y decir cosas distintas, o de modo distinto a como lo haría un autor anglosajón.

Incluidas en este volumen, he aquí trece tentativas francesas muy recientes, trece relatos inéditos reunidos aquí, por primera vez, en una antología que encuentra finalmente lugar en una colección muy conocida ya por el público. Estos relatos plantan unos jalones, establecen unas direcciones y —para los más logrados de entre ellos— abren unas puertas e imponen unos conceptos.

La ciencia ficción francesa ha nacido o, mejor dicho, ha entrado en su renacimiento. Pero hay que ayudarla a vivir. Esta antología, por su modesta parte, tiene por objetivo contribuir a ello.

Alain Dorémieux

# Mañana, los gatos

## Yes Derméze

1

*¡Hombre, ven!*

El Ser me llama. Oigo resonar su voluntad en mi cabeza.

*¡Hombre, ven!*

¿Cómo ha sabido que nosotros éramos «hombres»? Nada de lo que decimos le es inteligible, lo sé desde hace mucho tiempo. Cien veces, mil veces, he intentado interrogarle, ablandarle... Al ver que no contestaba, le insulté. El reía sin comprender. Exactamente igual que usted se ríe cuando un perrito le persigue en la calle, ladrando.

Es algo atroz: nosotros leemos vagamente en sus pensamientos, lo suficiente para adivinar lo que desea, y él es incapaz de leer en los nuestros o de descifrar nuestro lenguaje. Lo he intentado... ¡Oh, lo he intentado a menudo! He llegado incluso a arrodillarme como delante de una divinidad y a murmurar una plegaría a intención suya. Ni siquiera se ha dado cuenta. Uno no puede interesarse siempre en los animales familiares, ¿no es cierto? Y eso es lo que somos, Lisa y yo: ¡unos animales familiares!

*¡Hombre, ven!*

Es la tercera vez que me llama, y no puedo esperar más. ¡Cuesta demasiado caro! Recuerdo el precio de la desobediencia. ¡Oh, sí, lo recuerdo!

2

Era la primera vez que habíamos entrado en contacto con ellos. O, mejor dicho, con él, el Ser. Durante largo tiempo creí que él era único, con una débil parte de sí mismo en cada uno de nuestros apartamentos, en cada una de nuestras casas. Lisa no está de acuerdo y supone que nos encontramos bajo el golpe de una invasión de extraterrestres. Uno por casa, dice ella. Yo no discuto lo de «extraterrestres». Nada sobre la Tierra, ¡oh, no!, nada se ha parecido nunca a eso. Pero yo...

*¡Hombre, ven!*

La llamada se hace amenazadora. Esta vez no vacilo. Todas mis resoluciones — luchar, negarme a inclinarme— se habían volatizado en el miedo, el miedo físico, el temor a la terrible paliza que iba a recibir si no acudía en seguida.

Lisa no estaba allí en aquel momento y no asistía, pues a mi sumisión. Me puse en marcha hacia el cedro. Sabía que era allí donde me esperaba el Ser. Mientras andaba, pensaba en cómo nos había «domado» el Ser, después de habernos reducido a la esclavitud.

Evidentemente, me acordaré toda la vida. ¿Acaso pueden olvidarse esas cosas, cuando nos hacen perder toda dignidad de hombre?

Lisa y yo estábamos en el parque y acabábamos de cenar frugalmente en el suave atardecer. El sol declinaba. A cuatro o cinco pasos de distancia, un murete y una verja de dos metros de altura nos separaban de nuestros vecinos, los Dumont. Lo mismo que nosotros, habían cenado al aire libre. Habíamos intercambiado algunas frases. Buenos vecinos, los Dumont.

Lejos, más allá de los bloques residenciales, humeaban las chimeneas de la fábrica M.A.F. Yo trabajaba en ella. Dumont también. Evidentemente, no tenemos el mismo rango social. El no es más que un obrero S.2 y sólo dispone de un jardincillo, en tanto que yo tengo derecho a un pequeño parque. Pero trabajar en la misma fábrica establece un lazo entre nosotros. Explotados los dos por los mismos voraces financieros. Eso me recordó, aquella tarde, que había decidido abandonar la C.G.D. para afiliarme a la F.U.O.S., el nuevo sindicato independiente (Fuerza Unitaria de los Obreros Sociales), que me parecía mucho más reivindicativo.

De repente... Era en el preciso instante en que Lisa empezaba a explicarle a la señora Dumont su receta de pollo al vino con patatas (una infecta herejía culinaria, aunque cualquiera le dice eso a su esposa...).

Con una brutalidad inaudita, algo me agarró por los cabellos, me arrancó de mi asiento, me levantó. Un segundo más tarde, me hallaba suspendido (¿de qué?) encima de la mesa, aullando y gesticulando, descargando violentos puntapiés en el vacío.

Me daba perfecta cuenta de lo ridículo de mi postura, y esto me resultaba tan doloroso como la tracción sobre mis cabellos. Con las dos manos, trataba de coger la cosa que me retenía. ¡No había nada, absolutamente nada! Mis manos pasaban libremente por encima de mis cabellos erizados, a los que atenazaba un puño robusto, pero aquel puño no existía. Estaba retenido por nada encima de una mesa.

Lisa gritó:

—¡Por el amor de...!

Luego aulló a más y mejor, ya que el Ser la había agarrado, como a mí, por sus largos cabellos, levantándola, manteniéndola a mi lado... ¡dos metros por encima de la mesa!

¡Oh! ¡Aquella visión de los Dumont derrumbados en sus sillas de bejuco, boquiabiertos, contemplando lo increíble! Los mismos Dumont que vimos, antes de que el Ser nos echara al suelo sin miramientos para arrastrarnos por el suelo tirando de nuestros cabellos, como en un dibujo humorístico parodiando la prehistoria...

No hemos vuelto a ver a los Dumont. Ni a él, ni a ella, ni a sus tres hijos. A veces, por la noche, Lisa pretende reconocer su voz, la de él, en un clamor de sufrimiento y

de desesperación que nos llega por encima de las casas de los obreros, del lado del depósito de basuras. Pero, ¿por qué habría llevado el Ser a Dumont tan lejos? ¿Por qué no le habría encadenado en su casa, más bien que lejos de los suyos? No, Lisa se equivoca. Dumont, su mujer y sus hijos están muertos. El otro, el que aúlla... Bueno, lo mismo que a nosotros, un Ser le ha castigado, como nos castigó a nosotros cuando intentamos huir...

### 3

¡Castigados! Cada vez que pienso en ello, me encuentro al borde de una crisis de furor. Solamente al borde, porque me digo: «Si reincido... la cosa se repetirá». No pienso: «Esta vez será peor», porque ningún correctivo podría ser peor...

Lisa y yo (era el primer día) no podíamos creerlo. Uno tiene poco más de veinte años, su situación le ha permitido ocupar una vivienda nueva en medio de un parque lleno de grandes árboles, y... de un momento a otro ya no está en su casa. Instintivamente se rebela. Pero, ¿contra qué? ¿Dónde está el Invisible?

Ignorábamos aún que él no comprendía nada de nuestro lenguaje, de nuestros pensamientos; de modo que susurrábamos... (Después, adoptamos menos precauciones, y nos dedicamos a insultarle, a arrastrarle verbalmente por el fango, cuando él nos cree seducidos por sus avances...).

Diez veces, cien veces, traté de cogerle, de golpearle... Incluso con un cuchillo. Cosa horrible, en tanto que él puede dominarnos, arrastrarnos, su cuerpo (¡suponiendo que lo posea!) no tiene ninguna consistencia. Mi puño e incluso mi cuchillo han golpeado en el vacío sin que él se diera cuenta. Poco a poco se estableció mi convicción: el Ser está constituido por Energía en estado puro, sin soporte material. Físicamente, no sé cómo explicar eso.

Pero, me aparto de lo que quería decir. Lisa y yo reaccionamos el primer día. Reacción muy significativa de nuestra civilización de pies de arcilla: descolgué el teléfono y marqué el número de la brigada volante de la policía. ¡Yo, llamando a la policía! ¡Yo, que pretendo ser un libertario!

Nadie contestó. Ni siquiera la «tonalidad» clásica indicando que la línea está ocupada. Nada. Marqué otro número... Otro... Silencio. Un poco pálido, me acerqué al conmutador eléctrico. No había luz. Lo sospechaba.

—Una avería... —murmuró Lisa.

Para mí, la verdad estaba allí, cegadora, si puedo decirlo sin juego de palabras. Los Seres que ocupan nuestras viviendas, y probablemente la Tierra entera, han paralizado todas las líneas de transporte-energía de la ciudad. ¿De la ciudad? Tal vez del país... ¿y por qué no del planeta? Esos Invisibles sólo pueden ser unos extraterrestres dotados de poderes de los que ni siquiera tenemos consciencia. Alguien decretó «Hágase la luz...». Y la luz se hizo. Ellos ordenan: «Que deje de existir la electricidad...». Y la electricidad queda aniquilada.

Incrédulo, puse en marcha el aparato de radio a transistores. Ni un ruido, ni un susurro. Exactamente igual que cuando las pilas están agotadas: cuando se han dejado ocho días en funcionamiento creyendo haberlas parado. Miré a mi alrededor con aire asustado. ¡No era posible! Algo tenía que funcionar. ¡El final de una civilización milenaria no se produce en unos segundos!

Me dirigí a la cocina, abrí el grifo del agua. Nada, ni una gota. Ni un átomo de gas en los quemadores del horno.

Entonces, el pánico se apoderó de mí. Tuve consciencia de la potencia inimaginable del invasor. Corrí hacia Lisa, la cogí del brazo y tiré de ella.

—¡Vamos!

El Ser no se oponía a que saliéramos al parque, lo sabíamos ya. Una hora antes, mientras atisbábamos ansiosamente a través de la verja por si podíamos establecer contacto con nuestros vecinos, habíamos visto a Bertrand, el pasante de notario, en su ventana. Su aspecto era salvaje.

Aullaba:

—¡Los niños! ¿Sabéis lo que han hecho con mis niños?

Luego, nada más. Algo le atrajo hacia atrás y dejamos de verle.

Lisa y yo nos asustamos. Tal vez habíamos oído demasiado... Tal vez el Ser que nos tenía en su poder iba... Pero, no. No pasó nada. Fue la primera prueba que obtuvimos: esos Seres son individualistas. Exactamente como los inquilinos de un H.L.M. Los animales domésticos forman parte de la familia, y tienen derecho a maullar y a ladrar mientras no molesten a nadie... ni traten de escapar.

¡Lisa y yo ardíamos en deseos de escapar! Lisa: veintidós años. Yo: veinticinco. Resulta difícil someterse a lo Invisible a nuestra edad, tanto más por cuanto Lisa está embarazada.

—¿Y si huyéramos? —repito.

—¿Para ir dónde?

Lisa tiene razón. ¿A dónde ir? No sólo de casa de los Dumont, de casa de los Bertrand, sino de todas partes nos llega una certeza, aunque sólo sea por los gritos lanzados por encima de los jardines...

—¿A dónde ir? —repito.

Me callo porque, para ilustrar lo que pienso, alguien empieza a aullar con desesperación, lejos, en dirección del castillo del lago. Desde la mañana oímos esa clase de aullidos.

—¡Lo tienen todo! —susurra Lisa—. ¡Se han establecido en todas partes!

Está a punto de llorar cuando añade:

—En pocos minutos... ¿Quién sabe? ¡En pocos segundos! ¡No es posible! Estamos organizados, poseemos medios de defensa...

¿Cómo defenderse contra unos Seres invisibles e inmateriales? El día que decidimos destruir un hormiguero en nuestro jardín, ¿cómo se defienden las hormigas? Sin embargo, poseen «medios de defensa» y están «organizadas». Mejor

que nosotros... Pero las hormigas no están a nuestra escala, del mismo modo que nosotros no estamos a escala de los Seres que nos dominan.

Digo en voz baja, para tranquilizarla:

—Supongo que el gobierno y las fuerzas del orden preparan una respuesta... Pero, ¿ves?, sin duda tienes razón: más vale que vayamos a ocultarnos en algún rincón tranquilo. En el estado en que te encuentras, no soportarías un bombardeo... Esos Seres parecen apegarse a nuestras viviendas. ¡Sea! Si nos marchamos al campo, tal vez nos dejen en paz. Hace un tiempo espléndido, muy caluroso... Podemos dormir al aire libre durante algunas noches.

—Sí, vámonos —murmuró Lisa—. No puedo quedarme aquí. Esta casa en la que vivíamos tan bien, en manos de un Ser... de una Cosa que ni siquiera se ve... ¡No puedo soportarlo!

Entonces, la empujé hacia la puerta principal. Tal vez cometí un error. Tal vez, en aquel momento, el Invisible vigilaba precisamente aquella puerta. Tal vez debimos escalar la verja. Aunque lo dudo. Hay un Ser en la casa contigua, y... nos enteramos más tarde de ello a nuestra costa.

Llegué a la puerta. Hice girar la llave en la cerradura. Un estremecimiento. ¡Se abrió! Nunca hubiese creído que fuera tan sencillo. Lisa pasó delante de mí... Estaba en la calle... Echó a correr... Me lancé detrás de ella.

*¡Hombre, vuelve!*

La orden amenazadora estalló en mi cerebro. Lo mismo para Lisa que para mí, el Ser sólo utilizaba la palabra «hombre».

No dejé de correr. Había unos bosques a menos de un kilómetro, ya que vivíamos en un bloque muy reciente, en un extremo del barrio. A Lisa le resultaría más difícil llegar hasta allí sin pararse a recobrar el aliento, dado que estaba embarazada de siete meses, pero yo confiaba en que el Ser se desinteresaría de nosotros. Mi razonamiento estaba justificado, a mi entender. A veces he recogido animales extraviados. Cuando se han quedado junto a mí, me he encariñado con ellos. Cuando han huido manifestándome hostilidad, les he dejado marchar. ¿Por qué obraría el Ser de un modo distinto?

Sin darme cuenta, admitía ya —¡y no era más que el primer día!— que, con respecto al Ser, no éramos más que unos animales familiares...

Súbitamente, delante de mí, vi a Lisa saltar en el aire, aullar de dolor y caer al suelo, estirada. Me precipité hacia ella. Antes de llegar a su lado asistí a una escena inimaginable. Una correa la golpeaba, se enroscaba alrededor de su pecho, de sus riñones. Oía los chasquidos de aquel látigo. A cada golpe, Lisa se sobresaltaba, aullaba como una demente. ¡Pero yo no vela la correa, ni el brazo —¿o el tentáculo?— que golpeaba!

Para protegerla, salté encima de ella. La aplasté en mis brazos. La correa me azotaba ahora a mí con una fuerza inaudita. Dos, tres veces, retuve el grito de dolor que ascendía a mis labios. Luego me puse a aullar, como lo había hecho Lisa...

Aquello fue bastante breve. Debo confesarlo, todo lo que podía leer vagamente en los pensamientos del Ser me demostraba que era —relativamente— bueno. Una veintena de zurriagazos. Luego nos levantó, nos llevó hacia la vivienda y nos arrojó en nuestra sala de estar, jadeantes y gimientes.

Unos minutos más tarde, con muchas precauciones y muecas, nos habíamos quitado nuestros vestidos. La espalda de Lisa estaba listada de surcos violáceos. Para mí, el Ser había sido más feroz aún: cada golpe se había traducido en un surco sangriento.

Lisa trajo del botiquín un bálsamo que nos alivió un poco. Pero, cuando quisimos vestirnos, nuestras ropas habían desaparecido. Lisa las había dejado sobre el sofá... Ya no estaban allí, esto es todo. Una nueva fantasía del Ser. Salí, me dirigí al dormitorio, abrí el armario... Estaba vacío. No había nada, ni un simple pañuelo. Abrí cajones, cómodas... Nada.

No cabía duda: el Ser había establecido una relación entre nuestros vestidos y nuestra tentativa de fuga, y había llegado a la ilógica conclusión de que privarnos de ropa equivalía a impedirnos huir.

A partir de aquel día, Lisa y yo hemos vivido desnudos, en una casa nueva sin electricidad, sin agua, sin gas, sin televisión, sin radio... ¡y sin ninguna posibilidad de salir de ella!

Por desgracia, hay algo peor.

4

Por tres veces, hemos intentado pasar por encima de la verja. Cada vez, el proceso ha sido el mismo. Nuestro Ser no parece darse cuenta. Pero el Ser de al lado, es decir, el del jardín contiguo, ha debido alertarle inmediatamente ya que no habían transcurrido diez segundos cuando éramos devueltos a nuestro hogar y azotados con furia, cada vez con más violencia, hasta el día en que Lisa quedó inconsciente, en el suelo, con su espalda desnuda convertida en una llaga.

Yo estaba loco de cólera. Aullé:

—¡Espera un hijo! ¿Me oye? ¡Un hijo! ¡Dentro de dos meses! ¡No tiene usted ningún derecho a maltratarla así!

El Ser no contestó, evidentemente, por el excelente motivo de que no entendía nuestro lenguaje, ni nuestros pensamientos. ¿No habéis azotado nunca, con una correa, a un perro desobediente? ¿Os habéis preocupado acaso de las protestas del perro? Pero nosotros adivinábamos lo que el Ser pensaba cuando nos azotaba. Estaba enfadado, muy enfadado. No admitía que intentásemos fugarnos, en tanto que él «hacía todo lo que podía por sus animales familiares». Exactamente así traduje su pensamiento.

Desde aquel día, no hemos vuelto a intentar la fuga. Nos hemos acostumbrado a esta existencia atroz. Atroz, no porque el Ser nos martirice, sino muy al contrario

porque trata de entablar amistad con nosotros. Le gustaría que le quisiéramos. Ni por un instante ha imaginado que poseemos cierta forma de civilización. Si la electricidad, el teléfono, el agua, todo lo que nacía de nuestra técnica de humanos demasiado confiados ha desaparecido, es porque esas fuerzas son inconciliables con su propia constitución «física». Sin duda, un ser semejante no puede tolerar cerca de él un centro de energía que él no controla. Desde que se abatieron sobre la Tierra, su primera tarea consistió en neutralizar todos los sistemas energéticos artificiales, sin sospechar siquiera que aquellos sistemas habían sido creados por el hombre. Y, creedme, llegaron muy lejos. Un ejemplo: mi reloj ya no funciona. El muelle espiral es tan blando como un hilo de algodón.

Además, el Ser no tiene la menor idea de lo que deseamos.

Estoy seguro de que si pudiera hacérselo comprender nos lo daría todo. Mantas para Lisa, que pasa frío por la noche... Una cuna para el bebé que va a nacer... ¡Todo! Pero, ¿cómo pedírselo? Para él, somos como unos perros. ¿Quién ha logrado comprender el sentido de los ladridos?

El tiempo pasa. De día en día, vivir resulta más difícil. Cuando nos quedamos sin agua me eché a reír y dije: «él nos la proporcionará... O nos la darán los vecinos». Lo malo es que él ignora que el agua nos es indispensable, y que ya no tenemos vecinos. Los Dumont y los Bertrand han desaparecido. Por fortuna, prohibí en otro tiempo que cerraran un viejo pozo excavado en el parque. La cadena chirría y yo soy poco hábil, pero tenemos agua. En cuanto a la comida... Invariablemente, cada mediodía, encontramos una especie de gachas sobre la mesa. Por la noche, nada. Al principio, desalentados, ni siquiera lo probamos. Luego, el hambre pudo más...

## 5

Por fortuna, el bebé nació normalmente. No sé qué hubiera hecho de haberse producido el menor contratiempo. En nuestra biblioteca había un diccionario médico... Me inspiré en el artículo alumbramiento. No era muy detallado, pero sin duda incluía lo esencial, puesto que Lisa está de pie, algo débil aún pero sonriente, y el bebé en la cama, agitando sus brazos menudos y sus piernas gordinflonas. Es una niña. La llamamos Mónica. No ha sido inscrita en el Registro Civil ni lo será nunca. Ya no me queda ninguna duda: nuestra sociedad quedó aniquilada en pocos segundos.

Había salido con un cubo vacío y me dirigía hacia el pozo cuando oí aullar a Lisa. ¡Como un animal al que degüellan! Dejé caer el cubo y eché a correr hacia la casa.

Lisa saltó sobre mí como una fiera rabiosa en cuanto me vio entrar y me arañó los brazos, el pecho, sollozando:

—¡Mi pequeña! ¡Mi pequeña!

Una mirada me bastó: Mónica había desaparecido. ¡El Ser nos había robado nuestra hija!

—¡No es verdad! —gritó Lisa—. ¡Es una pesadilla! ¡Dime que no es verdad!

—¿Qué ha pasado? —pregunté en voz baja.

Con frases entrecortadas, sin dejar de gemir y de gritar, Lisa me contó lo sucedido. Estaba mirando por la ventana y de pronto se volvió hacia la cama. Entonces fue cuando aulló: ¡el Ser invisible se llevaba a Mónica por la otra ventana! Lisa se precipitó hacia ella... para ver a la niña lanzada sobre la acera con una violencia inaudita y permanecer allí, inerte... La sangre empezó a brotar de la cabeza destrozada cuando el Ser se llevó quién sabe dónde el pequeño cadáver todavía caliente. ¡Me pregunto cómo es posible que Lisa no haya enloquecido!

Yo, loco de rabia, me dediqué a buscar al Ser. ¡Como si dispusiera de un medio de acción contra él! Ni siquiera soy capaz de verle y de tocarle; mi único contacto con él tiene lugar por medio de su pensamiento, y es en sentido único... Desesperado, grité mi furor y mi angustia. Ninguna respuesta. Para el Ser, nuestras palabras no son más que ladridos. Por otra parte, tal vez estaba poco satisfecho de sí mismo y se decía que, cuando se quiere matar a unos cachorros, es preferible hacerlo en ausencia de la madre...

Había decidido no responder más a las llamadas del Ser. Después de la desaparición de Mónica, cuando oía el ¡Hombre, ven! no me movía. Fue inútil: después de la tercera llamada, fui atraído hacia arriba y estirado sobre unos brazos o unos tentáculos invisibles a varios metros de altura. Sin éxito, como siempre, trato de debatirme para escapar al abrazo inmaterial. No me preguntéis lo que experimento: rigurosamente nada. Cabría esperar unas caricias, unas sensaciones inexplicables... No. Me tienden, no puedo liberarme, y esto es todo. No soy más que un bloque de odio, de cólera... y de terror.

Y en los pensamientos del Ser leo con insistencia:

*No eres cariñoso, hombre... ¿Por qué? Te he conservado, en tanto que los otros se han desembarazado, en su mayoría, de tus semejantes. A pesar de eso, no eres cariñoso...*

He aquí lo que busca: afecto. Lisa cree que es un varón. Yo no estoy de acuerdo, a menos de que sea muy joven. En mi opinión, se trata más bien de una mujer sin hijos.

6

¡Una mujer sin hijos! ¿He olvidado que Lisa es mujer y que el Ser ha matado a nuestra hija? El instinto maternal... La necesidad de apegarse a una criatura, de sentir que esa criatura es feliz cuando la tenéis en brazos... ¿Yo, feliz en los brazos del Ser que ha matado a mi hija? Lisa y yo no somos más que odio.

¿Perros a los que se acaricia? ¡Ni siquiera eso! Un perro tiene siempre la posibilidad de morder a su amo. Nosotros no la tenemos.

Los días transcurren, bestiales. Fuera, nadie. Cinco tentativas de fuga se han saldado del mismo modo: una paliza magistral. Y, desde que estamos desnudos, el

látigo es mucho más doloroso. Las horas discurren tristemente. Leemos. Al Ser no se le ha ocurrido aún suprimir los libros. Sin duda ignora lo que es la lectura... Hemos renunciado a conversar. ¿Para qué, si sólo podemos hablar de nuestro encarcelamiento? De cuando en cuando, Lisa susurra: «No me queda agua», y entonces voy a llenar un cubo al pozo. Es increíble: esta agua fangosa se ha convertido en el elemento esencial de nuestra existencia.

Por la noche... ¡A menudo revivimos aquella vergüenza! Durante mucho tiempo habíamos creído que el Ser dormía. Somos jóvenes, y a veces el deseo nos vencía. Pero, cierta noche, mientras poseía a Lisa, el Ser me llamó, burlón, para desearme mucho placer. Añadió, dirigiéndose a uno de sus semejantes, que éramos repugnantes al acoplarnos a la vista de todos, e incluso de los niños, pero que, desde luego, no éramos más que unos animales irracionales...

No sé cuantas semanas o cuantos meses hace que el Ser mató a Mónica. El verano ha terminado. Permanecemos tendidos horas enteras rumiando nuestros pensamientos, siempre los mismos, hasta tal punto los mismos que a veces uno de nosotros murmura, por ejemplo: «Sería nuestra única posibilidad», y el otro comprende a maravilla de qué «posibilidad» se trata. No tenemos otra. Esos Seres terminarán quizás por cansarse de esta larga ocupación. O, quizás, el frío les expulsará... ¿Por qué han venido a la Tierra, puesto que al parecer no hacen nada en ella? Cien veces he intentado leer en la mente del Ser algo que no sea lo que nos destina, pero nunca he captado nada que no sea el *¡Hombre, ven!* o el *No eres cariñoso, hombre...*

A nuestro alrededor, el mundo no ha cambiado. Pero la hierba ha invadido los jardines y los postigos abiertos de par en par restallan por todas partes cuando sopla el viento. Una prueba de que los hombres han desaparecido. En cuanto a los Seres, ¿qué les importa que restallen los postigos, que la lluvia penetre a torrentes por una ventana abierta? Para ellos, nuestras viviendas no son más que perreras.

7

El gato llegó un hermoso día soleado. Una leve brisa agitaba el follaje transparente de la acacia debajo de la cual estábamos tumbados, Lisa y yo. Sólo el estremecimiento de las hojas iluminaba el silencio.

«Miau... miau...».

Avanzaba casi arrastrándose, increíblemente delgado, con los ojos hundidos en las órbitas. Un gato vulgar, gris claro rayado de gris oscuro. ¿De dónde venía? Tal vez había subsistido durante meses en algún jardín, esperando el regreso de sus amos... O bien en los bosques en los cuales Lisa quería refugiarse cuando intentamos huir. Y como no había llovido desde hacía un mes...

—Se muere de sed —dije.

Lisa se había precipitado ya hacia el animal, lo había tomado en sus brazos. El gato ronroneaba, feliz, y se dejaba mecer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Lisa—. Haz que no muera. Ya no estamos solos...

Fui en busca de un plato lleno de agua. El gato bebió largamente, glotonamente, luego volvió a frotarse contra las piernas de Lisa ronroneando a más y mejor y, sin duda en señal de agradecimiento, volvió a maullar. Tal vez intentaba decirnos algo, como yo cuando trato de hablarle al Ser... O tal vez leía algunos de mis pensamientos, como yo leo los del Ser, en tanto que los suyos permanecían ininteligibles para mí.

—Ven aquí, minino —dije, señalando mis rodillas.

Obedeció inmediatamente y vino a apelonarse en el lugar indicado. En aquel momento, el Ser me llamó.

*¡Hombre, ven!*

Yo había aprendido la docilidad desde hacía meses. Cogí al gato, me levanté y lo dejé sobre las rodillas de Lisa. El Ser me llamaba siempre a mí y no a ella, como yo sabía desde hacía mucho tiempo. Por un motivo desconocido, la dejaba en paz.

Su pensamiento se me apareció claramente:

*Hombre, trae también ese animal que tenías en las rodillas.*

Lisa había comprendido lo mismo que yo. Estrechó al gato entre sus brazos y empezó a sollozar, gimiendo:

—¡Por favor! ¡Va a matarlo... como mató a Mónica!

Vacilé. La orden me llegó, esta vez severa:

Trae ese animal.

Obedecí y avancé hacia el cedro al pie del cual, habitualmente, se sitúa el Ser. Admitiendo que se sitúe realmente en alguna parte y que tenga una forma concreta, cosa que ignoro...

No me levantó como hacía normalmente. Cogió al gato. Creí que éste, levantado a tres o cuatro metros de altura, iba a maullar, a debatirse, a arañar... Nada de eso. Se apelonó y empezó a ronronear. Unos segundos más tarde lamía con su pequeña lengua roja... ¡al Invisible! Aunque tal vez él veía lo que nosotros no vemos...

Los pensamientos del Ser se tiñeron de color de rosa. No trataba de ocultarlos; por el contrario, los dirigía hacia mí como un reproche:

*¿Por qué no eres cariñoso como este animalito, hombre? Mírale: es feliz. Y yo soy feliz porque él lo es. Voy a quedármelo. Me gusta.*

El gato ronroneaba a más y mejor, lamía a más y mejor... Por mi parte, experimentaba la tierna alegría del Ser, casi como si participara de ella. Y esto me resultaba insoportable, ya que lo único que el Ser me inspiraba era un odio feroz.

*Márchate, hombre —continuó el Ser—. Tú y tu hembra. Aquí estáis de más.*

¿Qué quería decir? ¿Era posible? ¿Nos autorizaba a huir, cuando siempre nos lo había impedido?

El Ser se explicó, sin dejar de enternecerse con el afecto del pequeño animal:  
*¡Podéis marcharos!* —precisó con impaciencia—. *Marchaos a donde queráis... y sin volver la vista atrás.*

¡No acababa de creerlo! Me acerqué a Lisa y le expliqué brevemente que éramos libres. ¿A dónde iríamos? Lo ignorábamos, aunque sabíamos que no iríamos a una casa, desde luego... Probablemente, el campo estaba libre de todo Ser.

Arrastré a Lisa hasta la puerta principal. La abrí. Lisa salió delante de mí. La seguí, sin volverme, puesto que el Ser lo había ordenado. ¡Y yo había aprendido a obedecer!

8

Antes de hundirse, con Lisa, en las tinieblas de la muerte tuvo apenas tiempo de comprender que, en adelante, el animal familiar no era ya el hombre, sino el gato.

# El retorno de los dioses

Nathalie Henneberg

1

La Tierra estaba sin forma y oscura y el Espíritu se movía sobre las aguas.

La gran nave se llamaba *Thiamath*. Los pueblos del joven planeta lo tradujeron más tarde por «Pájaro del Caos y del Abismo» o también «Monstruo de los Infiernos de Abajo». De hecho, no era más que una nave de reconocimiento normal. Dos seres inteligentes se inclinaban sobre el tablero de los mandos: uno de ellos, una negra araña de las Hyades, semejante a una nube tormentosa, no tenía nada de humanoide; el otro era blanco, encantador, nimbado de una cabellera de oro verde; sus alargados ojos estudiaban el computador. El ser luminoso inquirió en galáctico:

—¿Descendemos, Nipurda?

El arácnido levantó lo que le servía de cabeza: una gran perla estriada de púrpura y de verde. La respuesta por la onda ultracorta fue:

—No es el mismo continente, Eghi-Mé.

—¿No es el Gondwana?

—No. Este no existe en nuestros atlas. Compruébalo.

La nave se había situado en órbita. El visor reflejó una vasta meseta rodeada de mares, taladrada de pantanos y recorrida por ríos lentos. La flora de inmensas palmeras y de coníferas estaba mezclada aún con vestigios de glosopetras, horadada por grandes abanicos de helechos neuropteridium. Los habitantes de aquella enorme península veían su planeta como una copa semiesférica rodeada de agua. Estirando sus antenas ESP, Eghi-Mé buscó vagas inteligencias dispersas en la sombra y las adivinó débiles, semisalvajes, apegadas al suelo y al bosque. Sin embargo, no eran simios: su órbita revelaba creencias elementales, costumbres, el esbozo de una ciudad. La viajera extendió más lejos sus radares mentales: chocaron al norte con la Montaña de Plata, al oeste con el océano. Pero no había ni rastro de las señales colocadas por los Galácticos en su incursión anterior.

—Tienes razón —murmuró—. No es el Gondwana.

—La propia configuración del globo parece cambiada. Mira, por allí había peñascos de ónice y minas de oricalco..., y ahora sólo veo aguas profundas. Sin embargo, sabemos que las primeras expediciones perforaron el suelo más duro para depositar en él su carga. Pero, ¿quién encontraría necesario falsear nuestros datos?

—Aquellas expediciones..., todas se marcharon. ¿Por qué razón?

—¡Oh! Supongo que la atmósfera era todavía irrespirable, densa, sofocante, saturada de gas. Según algunos, «el suelo borbolloneaba en muchos lugares». Un planeta demasiado joven..., y ellos no tenían prisa. El hacerse cargo de un globo nuevo es una tarea que requiere tiempo. Una vez sembrado un mundo, regresamos alrededor de cada cinco mil años.

—Esta vez nos han enviado antes. Y nada es igual.

—Eso es lo que me desconcierta.

—Un momento —dijo Eghi-Mé, tensando sus radares—. Creo que lo entiendo. Esa tierra..., todavía en su génesis, ha experimentado perturbaciones físicas terribles. Es posible que hayan desaparecido continentes, cubiertos por las mareas, que hayan surgido nuevas islas...

—En tal caso...

El astronauta de las Hyades revolvía unos extraños globos de plata. Eghi-Mé dijo:

—Se impone una prospección en el suelo.

—¡En el suelo!

—¿Acaso no es ése el verdadero objetivo de nuestro viaje?

—Tú lo sabes mejor que yo, Libre Dama. Pero piensa que después de haber aterrizado sobre ese globo de fango y de vegetación clorofílica, tendremos sin duda que quedarnos en él. No tenemos suficiente energía para un despegue. Y si no encontramos nuestras reservas, nos quedaremos aquí sin nada. Sin nada, ama humana, salvo algunas armas de a bordo, unas provisiones que se agotarán rápidamente..., y un mínimo de humanidad.

—Aumentará con el despertar de «los-que-están-en-las-profundidades».

—¿Estás segura de su despertar?

Sus dos miradas —metal teñido de púrpura y amatista-y-glauco— se cruzaron.

—¡No estaríamos aquí si el Universo dudara! —exclamó la joven.

Nipurda imploró:

—Nuestro mundo está lejos. Este se encuentra poblado por fieras gigantes y por antropoides; está agitado por huracanes y por sacudidas sísmicas, y su suelo da nacimiento a plantas venenosas y carnívoras. ¡Y tenemos que sobrevivir!

—¡Desde luego! —le interrumpió Eghi-Mé con cierta impaciencia—. Para realizar nuestra tarea. Aunque sólo tenemos un breve lapso de tiempo delante de nosotros, ya que «los-que-duermen» tienen que despertar...

El cuerpo filiforme de Nipurda temblaba y se contraía extrañamente, en tanto que sus ondas oscilantes trataban de persuadir a su compañera. Viniendo de parte de un humanoide, aquello hubiera puesto a Eghi-Mé en guardia: pero Nipurda no tenía nada de humano.

Sin prestar más atención al comportamiento de su copiloto, Eghi-Mé, comandante arturiana de la expedición, expuso su plan coherente y simple: como en los primeros tiempos de la astronavegación, la nave se situaría en órbita cerca del globo examinado. Recibiría a la vez las ondas de su base y las comunicaciones del planeta a

descubrir. Unos exploradores serían lanzados en paracaídas sobre unos módulos, con víveres y municiones; estudiarían el continente que asomaba por encima del agua, buscarían las señales y volverían a subir, una vez cumplida su misión.

—Irían a su perdición —opinó el ser de las Hyades—. Piensa, ama, que no tenemos que vérnoslas con un planeta muerto. Sumergidos en el baño de fermentos que es la atmósfera de ese globo, sus cuerpos serían atacados por todos los peligros biológicos o nucleares. No podríamos recuperarlos. ¡Necesitaríamos voluntarios!

—Los tendremos —dijo Eghi-Mé.

De todos modos, Nipurda pidió una noche de reflexión.

Durante doce horas, la nave giró sobre una órbita de satélite. Pero Eghi-Mé había iniciado ya su exploración. Tendida sobre su litera de desaceleración, tensando sus facultades ESP, percibía las voces procedentes de la Tierra. Variadas, ora sordas y potentes, traduciendo quizás las cogitaciones de vegetales o de minerales, ora desgarradoras y breves como las llamadas animales de la jungla, servían de fondo sonoro a otras incitaciones, mejor formuladas, probablemente surgidas de seres humanos. Algunas nociones revelaban la presencia de Homo sapiens. «Samu» era el vocablo que designaba a la vez al cielo y el Ser superior (sin duda un recuerdo de los desembarcos anteriores). Los dones habían sido numerosos: aquellos primitivos conocían el pico, para excavar el suelo, el «sakkié» —rueda hidráulica elemental— y el «tchard»: cadena de recipientes, confeccionados con pieles de animales. Una primera imagen de la ciudad: un recinto rodeado de estacas, una roca horadada de cavernas. Eghi-Mé pensó: «Sí, al principio vivieron ocultos como trogloditas, bajo tierra. Parece que el corazón del Gondwana, donde nuestras expediciones depositaron sus reservas, aflora a esa *azuya*, como ellos dicen. Pero nada es menos seguro». Debajo de la *Thiamath* sólo había una mezcla feroz de organismos insensatos, agitados por sobresaltos convulsivos. Sin duda, Nipurda tenía razón: no se descendía a esos pantanos de nieblas deletéreas, sobre las pendientes de esos volcanes cubiertos de lava, entre esas fieras exasperadas. Y el sol enloquecido se levantaría más, poniendo a los ríos en ebullición... ¡No, no! Había que dormir... La joven apretó sus sienes con sus dos puños, apeló a la ayuda de la sensatez suave y fría de los mundos lejanos y se relajó para alcanzar el vacío, la nada, la calma perfecta. Y entonces oyó, como una marea bajo las lunas múltiples, el canto de una gran voz divina que decía:

*Ven a mí, hermana mía, esposa mía..., ven a liberarme de las redes de la noche y de la muerte..., ¡oh Eghi-Mé!*

Un segundo después, la joven estaba sentada sobre la litera, deslizando sus bellas manos a lo largo de su cuerpo, con sus grandes ojos abiertos sobre las tinieblas. Se estremeció. Había oído perfectamente «Eghi-Mé». Pero, no, era imposible. Nadie podía llamarla, en el galáctico del sexto planeta del Boyero, con las palabras de un canto que ella se había negado a escuchar allá abajo...

Pero seguía oyendo la extraña melopea:

*¡A Anu, dueño de la verdad, dios de la primavera, Toro que apacenta el Rebaño celeste! Acudiré y diré: esta noche, deja venir a mi hermana. Ya que estoy muerto, y, ¿qué les queda a los muertos si un dios no los resucita? Están agachados en el polvo. Se balancean de un lado a otro y llaman... Su alimento es arcilla y ceniza.*

*La aurora asciende en su belleza: es mi hermana bienamada y mi esposa. Sus brazos son ramas floridas y su boca una copa de miel. Pero yo no puedo venir delante de ella, y llamo.*

*Ven a liberarme de las redes y de los hielos de muerte, ven esta noche...*

—¡Por las estrellas! —exclamó Eghi-Mé—. ¡Es una telecomunicación por ondas largas! ¿Quién es usted? ¡Identifíquese!

Se daba cuenta que era absurdo. Nadie podía llamarla así. Surgida de la partenogénesis, pertenecía a la cohorte sagrada de las once mil vírgenes arturianas que la Doble Estrella acababa de echar, como una red, sobre el cosmos. Los cantos de amor les eran extraños. Según los globos en los que aterrizaban, asumían la apariencia de las quimeras, de las hadas orientales o de los ángeles (se discutiría durante mucho tiempo acerca de su sexo: las diosas azules de Atlántida, Orejona, los visitantes del Mar Muerto no tendrían otro origen). Eternamente puras, poderosas, elevadas por encima de las cosas de la carne, entrarían en vida en la leyenda: Arturo sabía que sólo los seres inmaculados heredan el universo.

Sin embargo, Eghi-Mé gritó:

—¿Quién eres? ¿Dónde estás, hermano mío?

La voz sorda y cálida sobre las ondas respondió:

—*Me llamo En-Lyl. Venido de lo alto, me encuentro abajo..., muy abajo...*

A pesar de las protestas de Nipurda, el módulo de aterrizaje se posó suavemente sobre la meseta, entre dos ríos. *Aquella nave llegada del cielo brillaba como el oro puro*, dirían más tarde las tablillas grabadas que los pueblos de Ur y de Sumeria depositarían en sus templos. Un profeta de Jebusia narraría: *Vi en la tormenta una gran nube y un juego remolineante, y alrededor de la nube un resplandor y en el centro un color de ámbar del que brotaban llamas...*

Los voluntarios que acompañaban a Eghi-Mé eran sirianos y altairianos. Diversas escrituras les describirían más tarde bajo la apariencia de leones y de toros alados, de rostro humano atractivo, desembarcando de ruedas oceladas, color de crisoprasa y de crisólito: en suma, ya, los satélites del siglo xx. Y la descripción de aquella Orejona que aterrizó sobre la llanura de Tiahuanaco encaja bastante con Eghi-Mé.

Los conquistadores dirían más tarde de las descendientes de Orejona: *Esas mujeres son nobles y agradables a la vista, se saben bellas y lo son, en efecto. Sus cabellos son rubios como el trigo y su piel de una blancura desacostumbrada.*

Otros cronistas se recrearían en describir sus peinados cónicos y sus pendientes guarnecidos con esmeraldas del color de sus iris. *Aquellos aderezos alargaban desmesuradamente los lóbulos de sus orejas*, añadirían, anotando con gran seriedad: *Esas personas andan verticalmente, como nosotros.*

Tal era sin duda Eghi-Mé desembarcando sobre la meseta de Sumeria. Ayudada por el jefe de los querubos que vacilaba sobre sus patas leoninas, estableció un campamento en el bosque de terebintos y decidieron enviar exploradores. Pero los sirianos en forma de medusas transparentes se esparcieron por el aire como nubes descabelladas, y los indígenas de Altair se ahogaban, por falta de gravedad, en su saliva dorada. Eghi-Mé volvió a colocarse su casco con antenas, ajustó los auriculares de selenio verde y, armando su desintegrador, anunció al altairiano Al-Xaël que ella se adelantaría en el descenso a la ciudad.

—¿Sola? —exclamó el querube—. ¡Ni lo piense la Libre Dama!

—Precisamente, no estoy sola —respondió ella, mordiendo su labio inferior con un aire voluptuoso y culpable que hubiera enloquecido al segundo comandante Nipurda.

Pero Nipurda giraba allá arriba, como una estrella, y los querubos reflexionaban lentamente. Un momento después, Eghi-Mé descendía por el sendero hacia la ribera y bajo sus pasos la jungla se aclaraba.

*¡Deja venir a mi hermana, oh Anu!*

La voz que cantaba a los oídos de Eghi-Mé era aún lejana, pero elevada por una inmensa esperanza...

La vasta melodía se desenrollaba como una lámina de agua llana:

*¡Cuán bella es tu aurora en el horizonte, iniciadora de la vida! Llenas el universo con tu belleza... Mientras reposas en las nubes del cielo, la tierra yace en las tinieblas, como una muerta, y nosotros estamos muertos con ella. Nuestras cabezas están cubiertas, la locura vela nuestros ojos. ¡Oh, Eghi-Mé! ¡Déjame entrever tu rostro! Tus ojos son la doble estrella, y tu boca la flor de granado entreabierto para mí...*

—¿Quieres callar? —gritó Eghi-Mé con ira—. ¡He aquí que estás a la vez muerto y loco!

*Lo estoy, respondió la bella voz ronca. Me llamarán en los siglos el dios loco y muerto...*

Ella taponó sus oídos debajo de los auriculares, y luego lamentó su gesto. La voz había callado, y ella ni siquiera había preguntado su camino al desconocido. Se sintió extrañamente sola. Saliendo del bosque, ascendió una colina de arena rubia. Abajo, se extendía una aglomeración: una gran ciudad, desde luego, para las gentes de aquí; edificada a base de adobes y de alabastro quebradizo, tenía tres recintos y otros tantos fosos. Un gran río la cruzaba y mecía su imagen. Eghi-Mé dejó que su espíritu la precediera y entrara en la ciudad. Supo que las puertas estaban vigiladas, y que al este, sobre el mar en el que desembocaba el gran río, había un templo llamado E-Sagil o «la casa de la ascensión de la Cabeza» y, en medio, un edificio singular: una torre ancha en la base, ahusada en la cumbre, siete pisos que conducían a una celda única y secreta, el santo de los santos: y era la torre E-Temenanki, en la cual los indígenas veían «la casa-base de la tierra y del cielo».

En la ribera, las casas habitadas perfilaban sus terrazas, el perfume de las flores y del incienso ascendía de los jardines colgantes, al mismo tiempo que el chirrido de los «sakkiés» y la salmodia de todo un pueblo, rumor semejante al de una inmensa colmena, subrayado por el batido del cobre y a veces el trino de una flauta de caña. Pero la atención de la viajera estaba concentrada en la torre. Parecía un observatorio; tal vez lo era.

La joven extraterrestre pensó:

«¿Habrán alcanzado ya ese grado de civilización? ¿Llegamos demasiado tarde?».

Descendió de la colina. El aire a su alrededor vibraba, singularmente denso y cálido, como todo sobre este planeta. El sol —lámpara de miel, escudo al rojo— hacía todas las cosas terriblemente presentes y palpables, incluso las sombras; los árboles que bordeaban el camino eran unos brutos, el mismo sol reverberaba espectros de rayos. Eghi-Mé tuvo que limitar la agudeza de su visión, replegar sus antenas mentales: veía y oía realmente demasiado. El camino que tomó hormigueaba de humanoides (al menos en su opinión) y de sus bestias con jorobas y con largas orejas; la mayoría de los terráqueos eran tan peludos como sus animales y marchaban encorvados bajo sus cargas. Al llegar a su altura, algunos se paraban en seco. Una hembra murmuró algo. Las manos de los machos se crisparon sobre sus bastones de espino negro. La navegante comprendió que su aspecto les desconcertaba; apagó el

irisado de su armadura y se ocultó detrás de los árboles. Bruscamente, nuevas ondas la alcanzaron. No tenían nada que ver con este planeta, eran potentes, majestuosas, probablemente muy antiguas; inspiraban confianza. Eghi-Mé las siguió, hasta un río glauco y lento entre los cañaverales, y encontró sin ninguna vacilación el lugar del cual procedían: una grieta en la roca, muy alta, la entrada de una caverna seca, angosta, inaccesible a las fieras del desierto. Eghi-Mé levitó un poco para alcanzarla, entró arrastrándose y segregó, en la oscuridad, su fluorescencia personal. La claridad verde que emanaba de sus dedos y de sus pestañas bañó las paredes profusamente grabadas. Entonces comprendió qué voluntad ineluctable, actuando por encima de la muerte, la había conducido aquí:

La inscripción decía:

*Yo, Ea-Ohannès, el Acuático,  
jefe de la segunda expedición de Sigma del Boyero, enviado hacia la Tierra,  
a ti, llegado detrás de mí, salud.*

*La primera expedición llegada de la Doble Estrella de Arturo a Sol III depositó reservas de vida sobre un continente llamado Mu o Gondwana, que yo no encontré. Se había producido un cataclismo planetario: algunos mares se habían secado, los casquetes de los polos se habían achatado, los hielos habían descendido a las regiones en las que el sol asciende rectamente, y las nueve décimas partes de los seres vivientes habían desaparecido de la faz del globo. Sobrevolándolo desde más cerca, encontré islas en el lugar de los montes y grandes conos de hielo, con mamuts congelados, que flotaban sobre las aguas cálidas. Casi todos los saurios voladores habían desaparecido, y los rastreros se habían hundido en los pantanos. Los humanoides supervivientes, sobre los cuales habíamos fundado tantas esperanzas, se ocultaban desnudos y salvajes entre los helechos.*

*Cambiada la configuración del suelo, no sabíamos ya dónde se encontraban nuestras reservas. Pero, debido a las condiciones físicas y biológicas no podíamos marcharnos. Entonces, decidimos efectuar unas prospecciones. Servané Akerené tomó el camino de las Montañas de Plata, Si-Yeu-Ki el de la llanura sobre el océano, y yo descendí a la región de los Dos Ríos. Había allí algunos supervivientes del gran desastre, y fundé con ellos la ciudad de Eridu.*

*Allí reiné.*

*Di a los trogloditas el pico y la rueda y les enseñé la «pequeña sabiduría». Saben los números. Conocen los nombres de los planetas cercanos: el incandescente Bibbou, Dilbat que es el planeta-madre, la estrella-sol y algunos otros. Les enseñé a calcular el tiempo, el radio de la esfera y el de los astros, a conducir el excedente de las aguas a las regiones áridas, a retener las aguas de las lluvias, a edificar la bóveda y a construir ladrillos, a fin que no destruyeran demasiado aprisa el bosque que da la vida. Pero no les comuniqué dónde estaban las reservas, cuyas indicaciones encontré demasiado tarde, cuando mi propia vida llegaba a su final y me sabía*

incapaz de cumplir mi tarea. *Ni siquiera se lo revelé a mis hermanos Si y Servané, a los que sabía decididos a matar.*

*Ahora voy a reunirme con los míos hacia el sol Arturo. Mi edad es muy avanzada (para este planeta) y empiezo a confundir los gestos de mi vida con los cantos de los terráqueos en la llanura. Les he hecho acceder al comienzo del conocimiento, pero es insuficiente. Antes de desaparecer, y puesto que ninguna nave ha venido a relevarme sobre este globo, te confío a ti que vendrás un día...*

*He edificado la ciudad Eridu sobre las reservas. La entrada se encuentra lo mismo arriba que abajo. Si llegas en la época prevista, te alcanzará un mensaje, ya que será la hora...*

Aquí, una tabla de gneis se había desmenuzado, pero Eghi-Mé no necesitaba otras instrucciones. Permaneció simplemente acostada a lo largo de la pared, aliviada, decidida, como si, con las palabras familiares de aquel Ea-Ohannès que fue dios, ella aspirara su fuerza y su sabiduría.

Y entonces otras ondas, más próximas y más violentas, cantaron.

*Eghi-Mé, dijo la voz en sus oídos, ¿es ése realmente tu nombre? Es hermoso. Cuando uno aprieta sus dos brazos contra su pecho y aspira muy fuerte el aire libre de su planeta, dice: «¡Eghi-Mé!». Cuando uno despierta en el estuche angosto que es un ataúd o una cápsula de astronave, izada primero, descendida después a las profundidades plutonianas, sobre un globo deshabitado, y es abandonado del universo entero, cuando se es una especie de cadáver congelado, un germen echado a un humus desconocido..., ¿hasta cuándo?... y sin embargo vive, y siente, y desea pedir ayuda, y una esperanza reluce súbitamente en esta tumba, dice: «¡Eghi-Mé!», ¿no es cierto?*

—¡Cállate! —murmuró la navegante, apretando los dientes—. ¡Si alguien te oyera!

*Nadie me oye ni, sobre todo, me comprende en este planeta demasiado nuevo. ¿Crees que no he gritado ya desde hace siglos? Pero este planeta promete mucho..., y tú debes saberlo.*

—Desde luego —dijo Eghi-Mé, apretando sus sienes con las dos manos—. He recibido las instrucciones. Pero no siempre comprendo el sistema ni vuestras expediciones.

*Porque son muy antiguas, y Arturo no ha sido siempre el centro mismo del conocimiento, chiquilla...*

—¡No me llames chiquilla!

*¿Cómo quieres que te llame? Los seres como tú empezaban apenas a existir cuando yo... Bueno, trataré de explicártelo. Hace ya mucho tiempo, a raíz de nuestras primeras prospecciones. Cuando lo descubrieron y lo encontraron tan semejante a su ideal de mundo equilibrado (equilibrado en un lejano futuro), los arturianos se encariñaron con el planeta Tierra. Sabían perfectamente que vivía aún su época terciaria y que estaba sometido a horribles convulsiones, que durante*

*milenios no podrían instalarse en él, pero... Entiéndeme, no se trataba de conquistar ni de colonizar (nociones impensables para las puras inteligencias de Arturo), sino de constituir una especie de regulador en la nada, lejos de los peligros que amenazan a la Doble Estrella, y la Tierra se prestaba admirablemente a ello. En consecuencia, nuestros sabios elaboraron ese esquema superior y brillante: iban a preparar una futura humanidad sobre este globo. Dotarían a la Tierra de una elite de dioses durmientes, de Osiris congelados. ¿Está claro? Es cierto que mezclo los términos de Arturo y los nombres de las divinidades terrestres. Pero tú tienes que estar al corriente, puesto que diriges una expedición.*

—¿Y consintió en ello? —preguntó Eghi-Mé, que se ahogaba.

¿Por qué no? Sólo admitían voluntarios, candidatos al suicidio o enfermos incurables. Se aceptaba que un organismo humano puede sobrevivir indefinidamente e incluso sanar de sus dolencias, una vez congelado. Personalmente, me presenté voluntario; vivía en Delta D'Arc, un globo semi-acuático, encantador, no tenía ataduras, era casi feliz...

—Mientes. ¿Por qué mientes?

*Porque no tengo tiempo de explicártelo todo y porque, en resumen, es así. Nos congelaron, entonces, como pescado muerto, y dormidos, naturalmente. Luego, encerrados en unos estuches de polímero, nos transportaron a este planeta en gestación. Unas excavadoras a ultrasonidos, llegadas a bordo de las naves-robots, perforaron la masa efervescente y esponjosa que constituía la corteza de este globo, cavando inmensas fosas comunes en las que fueron enterrados nuestros sarcófagos. Sin comentarios ni ceremonias. Éramos simplemente unas reservas de vida.*

—¿Y después?

Transcurrieron milenios. Ya conoces los trastornos unidos a la historia política de la Doble Estrella y los cambios de directrices y de planes. Aquí, el planeta joven y violento ha sido víctima de otros sismos. Al lado izquierdo, nuestro cementerio de los vivos se ha hundido en los abismos sin fondo, con un continente sumergido, en tanto que otros surgían de las aguas. Al lado derecho, sufrieron unas erupciones volcánicas furiosas. Ignoro en qué se han convertido en ese infierno los átomos que componían los cuerpos de mis compañeros, en otros sarcófagos. No sé si están muertos, ni si yo mismo estoy vivo.

—Los muertos no comunican —dijo Eghi-Mé—. Al menos por ondas sensoriales. No hablan..., a los vivos.

*Gracias. Pero nosotros comunicamos, ¿no es cierto, Eghi-Mé, querida?,* inquirió la suave voz risueña.

—De todos modos, me gustaría saber cómo has sabido que íbamos a venir. ¿Y quién te ha dicho mi nombre?

Una risa fría y ligera...

*Nadie, formuló la onda. Nadie. Pero estaba en el límite de las probabilidades: me refiero a la expedición. Arturo no abandona nunca sus grandes proyectos... En*

*cuanto al nombre, supongamos que un niño (en Sigma) ha soñado mucho...*

—¿Soñado en qué? —inquirió Eghi-Mé.

Pero no hubo respuesta.

Eghi-Mé se deslizó fuera de la gruta.

El sol estaba alto y, ¡cómo quemaba! Sin embargo, era preciso que la joven avanzara, como atraída por un enorme imán. Entre los altos cañaverales verdes con penachos negros, la viajera localizó algo que parecía un platillo volante; en realidad, no era más que una canasta de mimbre alquitranado que giraba sobre sí misma. ¿Un satélite? No. Ella supo que aquello recibía el nombre de «gouffa». Flotaba sobre el agua. Y, en aquella embarcación increíble, había una joven terráquea que remaba. Velada de azul, era de piel oscura, fuerte y probablemente bella de acuerdo con las leyes de su raza. Eghi-Mé comprendió inmediatamente que la canasta de mimbre entre las cañahejas era una estratagema para llegar a los muros perfectamente vigilados de la ciudad. No vaciló. Reprimiendo un estremecimiento, hizo bascular su verdadero cuerpo en la oscuridad de la caverna y se desprendió de él con una sacudida. Luego se lanzó y realizó un descenso en barrena hacia el receptáculo escogido.

La cosa no ofreció demasiadas dificultades. La «receptora», de un origen planetario distinto y no condicionada, luchó poco, a su manera obtusa y desordenada, «vegetativa», hubiese dicho Eghi-Mé. Pero también ella, atrapada en el torbellino de las fuerzas primarias, se vio sometida a prueba. Ahora eran dos en un solo cuerpo: la indígena, encogida en un rincón oscuro de su cerebro, aterrada por aquella invasión fulgurante y dura, no estaba vencida sino amodorrada, y esto era todo lo que pedía Eghi-Mé: no tenía el menor deseo de matar o de enloquecer a aquella joven que se llamaba Astoreth, había nacido de agricultores del Delta y venía directamente de su aldea. Venía a Eridu, ¿para hacer qué? La extraterrestre carecía de tiempo para estudiar esas contingencias. El cuerpo del que había tomado posesión, flexible y dorado, envuelto en largos cabellos y en velos igualmente azules, era sano, un poco obsesionante a fuerza de aromas; Eghi-Mé probó con placer los músculos ejercitados. Brazaletes y ajorcas de plata adornando muñecas y tobillos, traicionaban cierto desahogo económico. Cuando trató de desplazarse en la canasta de mimbre, la viajera perdió fuerza: se agarró a los troncos resinosos. La «anfitriona» aprovechó aquel breve desfallecimiento para precipitarse a la lucha y, durante unos segundos, Eghi-Mé la guerrera, la sabia, la navegante astral, se encontró sumergida por una bruma cálida y opaca, por el espantoso encarnizamiento de una fiera que quería sobrevivir. Astoreth, enloquecida, la ensordecía con sus aullidos; el cuerpo indócil se distendía como un muelle y la obligó a correr hacia el borde de la embarcación. «¡Va a echarse al agua!», comprendió Eghi-Mé, que sondeó inmediatamente la superficie fangosa, entrevió los remolinos, los cuerpos oscuros deslizándose por el agua profunda: saurios o tiburones procedentes del mar... A partir de aquel momento, también ella luchó, ferozmente; no podía emplear el procedimiento ordinario de la discusión

cerebral y utilizó la hipnosis pura y simple: llenó de bruma y de indecisión los centros nerviosos, paralizó los músculos e infundió al joven cuerpo una súbita fatiga. Astoreth cayó pesadamente entre los cordajes y la «gouffa» empezó a derivar a lo largo del río. Entretanto, Eghi-Mé se insinuaba entre las circunvoluciones cerebrales de su víctima, arrancando algunos recuerdos..., muy pocos. El calor de las noches, la elasticidad de los vegetales, un par de rostros..., un joven moreno, cuya aparición puso en su boca un sabor a fruta... ¡Tam, se llamaba Tam! Había sido sorprendido por los guardianes cazando furtivamente y la joven iba a Eridu a causa de él. ¡Esto comprometía a la navegante solitaria! *Bueno, liberaremos a ese Tam... Entre las dos... ¡Levántate! ¡Empuña el remo! ¡Aprisa!* «¡Dios mío! —balbuceó Astoreth, súbitamente tranquilizada—. ¿O acaso es una diosa la que me habla? Te obedezco...». Cosa que hizo, en efecto. Se puso en pie, empuñó el remo y dirigió su «gouffa» a una pequeña caleta debajo de los muros. Unos instantes después, caminando descalza sobre el polvo cálido, Eghi-Mé, llegada de las estrellas, entraba en la ciudad, pagando su derecho de paso con un meteorito negro, minúsculo, anudado en el pañuelo de Astoreth.

Más allá de las puertas, en la ribera, una superficie cubierta con losas de mármol estaba rodeada de cuerdas y de estacas; en todos los cruces vigilaban unos arqueros tocados con birretes cónicos, de fieltro. Astoreth informó a Eghi-Mé: era un mercado. Unos guardianes pálidos, de manos delicadas, vestidos con largas túnicas oscuras, amontonaban en aquel recinto a unos seres femeninos, velados de azul como Astoreth, dejando asomar únicamente un leve mentón de gato o el resplandor de ágata de sus ojos... Pero otras iban espléndidamente desnudas, doradas, pintadas con antimonio y con cinabrio, con largos cabellos esparcidos hasta los lomos; unos aros de metales preciosos tintineaban en sus tobillos, y el frío matinal ponía estremecimientos en su piel. En torno a las más bellas se apretujaban horribles espectros resacos o abotargados que componían sus collares de flores o las horquillas de su peinado, de un modo que Eghi-Mé encontró ostentoso. Pero algunas ancianas la asaltaron a su vez. Algunas preparaban y ofrecían aromas, esencias mezcladas en alcuza de cobre o de gres; otras exhibían sobre bandejas de paja diversos aderezos capaces de seducir a las jóvenes beldades. Las más viejas, con las pupilas cegadas por unas manchas blancas, no teniendo nada que ofrecer, esparcían arena y conchas y prometían a las bellas maravillas: serían cubiertas de oro, destronarían a las diosas y todas sin excepción entrarían en el lecho del Toro Anu.

Mientras Eghi-Mé-Astoreth trataba de apartarse de la multitud, sus velos se engancharon en las azagayas de los arqueros, su cabellera se esparció como un manto y surgieron un codo y un hombro nacarados. «No te preocupes —dijo uno de los guardianes—, aunque tu amante te espere: no estarás mucho tiempo aquí, cuando te emparejen con una camella». La hicieron retroceder y caer en uno de los puestos que bordeaban las avenidas del mercado, y ella echó de menos con amargura su armadura

y su desintegrador. Su rodilla sangraba.

—¿Por qué te excitas? —inquirió caritativamente una joven morena que, en el puesto vecino, se desvestía con despreocupación—. Sabes perfectamente que es el día y la costumbre.

—Sí —dijo su vecina de la izquierda, una rubia espectacular—, pero ella acaba de llegar de su aldea. Yo he crecido en el templo y, sin embargo, se me pone la piel de gallina al pensar que estar noche perteneceré a un extranjero..., a un salvaje.

—¿Un salvaje? —inquirió estúpidamente Astoreth.

—De todos modos —replicó la morena—, no podemos evitarlo, es la ley de la cual depende la supervivencia de la ciudad. El demonio que posee a las vírgenes es celoso y mata a los que se acercan a ellas. Se habla de una muchacha, en el desierto, que ha perdido así a siete novios... Por lo tanto, se nos entrega a un forastero, a un transeúnte; él es quien carga con la maldición, la antigua serpiente le mata y nosotras quedamos libres.

—Pero, ¿no saben esos extranjeros que morirán?

—¡Oh! —exclamó la rubia—. No son más que unos extranjeros. Su lujuria y su curiosidad son más fuertes, y vienen de todas partes. Algunos pagan incluso un precio muy elevado; y algunas muchachas han llegado a reunir una bonita dote...

—En cualquier caso —añadió la morena—, no tendrás que esperar mucho. Aunque vengas de una aldea, hay en ti algo especial... Todo dependerá de la fealdad de la compañera que te adjudiquen.

—¿De...?

—Sí. Una muchacha muy guapa puede estar segura de ser liberada rápidamente y a un buen precio, en tanto que las patizambas, las jibosas, las entradas en años no tienen salida, ocupan todos los puestos y crean una reputación perjudicial para las vírgenes de la ciudad: se dice que todas son feas. En consecuencia, los ediles inventaron un sistema que los jóvenes maldicen: el que se lleva a una guapa tiene que llevarse también a una fea. Por otra parte, ¡mira! Ahí están...

Un grupo de personajes pálidos llegaba en aquel momento, empujando delante de ellos un lamentable rebaño de mujeres achacosas, aunque muy pintadas y adornadas con joyas. Pasando a lo largo de los puestos de las estatuas vivientes, abandonaban aquí y allá a sus monstruos, como una pesadilla. Astoreth tuvo derecho a una compañera esquelética, cuyo rostro parecía una máscara de madera labrada. Contrariamente a sus colegas, la muchacha llevaba unos velos de una tela finísima, color de esmeralda, y los portadores negros depositaron suavemente su camilla en el puesto de la bella. Eghi-Mé, que en su planeta natal sólo había conocido seres de un esplendor corporal perfecto, se estremeció, y la tullida, muerta de cintura para abajo, volvió la cabeza con aire altanero. No tuvieron tiempo de intercambiar dos palabras: al fondo del mercado, las cuerdas que delimitaban el área cedieron y la multitud invadió el lugar. Unos nómadas negros como langostas tostadas, unos marineros tatuados con estrellas azules y unos comerciantes apoyados en el hombro de

adolescentes de cabellos rizados y gestos lánguidos se precipitaron por las avenidas, gritando, haciendo gestos insinuantes u obscenos. Se esparcieron unas ondas violentas y cálidas. Alrededor de Astoreth, dos guerreros barbudos se enzarzaron en una furiosa pelea, un pastor cayó de rodillas... Iban a pisotear a la tullida. Los ediles corrían ya hacia allí.

*¡Cambia de cuerpo, Eghi-Mé!*, gritó súbitamente en el cerebro de la viajera una voz ronca y sobresaltada. *Cualquier otro es preferible...*

Astoreth profirió un grito y se desplomó. Bruscamente, la que la había habitado fue proyectada a las tinieblas: el lugar más cercano: un calabozo tan terrible que su boca se llenó de cenizas. E inmediatamente se entabló la batalla: la personalidad que habitaba el pobre cuerpo seco en el que ella acababa de encarnarse tenía mucha más envergadura que la de la pobre campesina y, por unos instantes, Eghi-Mé fue atravesada por descargas dolorosas, estrujada por espantosas convulsiones. Mezcladas la una con la otra, la extraplanetaria y la criatura terráquea rodaron por el suelo y la multitud se apartó, aullando:

—¡El Alto Mal! ¡El Mal Sagrado!

Mientras los pastores huían, los marineros apretaban sus puños y los comerciantes acusaban a los ediles de haber introducido al demonio en el mercado de muchachas. Un último choque —el de su cabeza contra las losas— borró la conciencia de la navegante.

Y se hizo de noche.

Recobró el sentido en medio de la oscuridad más profunda e irguió con tanta violencia sobre su camilla el cuerpo duro y encogido que le servía de refugio que su anfitriona gimió furiosamente. Por espacio de un segundo, todo fue claro para Eghi-Mé: estaba en la Tierra, su misión consistía en localizar y despertar a los Durmientes, los astronautas en hibernación que la esperaban en los abismos: y, por una suerte extraordinaria, uno de ellos, liberado ya a medias, la ayudaba en aquella tarea. Poco importaba que fuese En-Lyl, cuya reputación en Arturo dejaba mucho que desear... Tal vez era mejor así. ¿Qué habría hecho ella, sobre este globo delirante, con un hermano más angelical? Entretanto, la proximidad de una enemiga se concentró y Eghi-Mé irguió sus barreras mentales. Inmediatamente se enfrentaron: la una con su experiencia galáctica y sus poderes, pero también con su indulgencia de civilizada, la otra con su astucia y su odio de ave rapaz.

Eghi-Mé se levantó. El cuerpo inerte y tenso la hizo caer de nuevo. No se lastimó —el suelo estaba cubierto de pieles—, pero comprendió que le resultaría difícil domar a aquella potranca. ¿Qué era, comparada con ella, la dulce Astoreth? Por otra parte, al contacto de una piel áspera, al tratar de hinchar los músculos lacios, echó de menos el cuerpo elástico de la campesina. Y, además, había aquel olor a farmacia que llenaba la estancia —la jaula—, olor a medicamentos, a aceites rancios, a incienso... ¡Astoreth sólo respiraba aire puro y fragancia de rosas! Eghi-Mé se arrastró sobre sus

codos; la otra resistía.

—¡Levántate y anda! —ordenó la extraplanetaria.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Estoy enferma.

—¿Acaso no has ido a venderte al mercado?

—Me han llevado a la fuerza —dijo la otra con aspereza—. Los sacerdotes y los ediles. Por algo soy la hija del «pathési» (gobernador) de Eridu. Además, ¿desde cuándo un espíritu intruso interroga a su anfitrión? ¿Quién eres?

—Eso, amiga mía... —Eghi-Mé volvía a utilizar su lenguaje de navegante—, eso te importa tanto como la última explosión de Sirio... Ahora te conozco: estás tan enferma como yo; lo que pasa es que eres fea y orgullosa. Para justificar que los hombres te desdeñen, prefieres pasar por tullida. ¡Harías mejor remando en el Éufrates! —Con una violenta sacudida sentó en la cama el delgado cuerpo recalcitrante—. Ahora —añadió—, vas a vestirte y a salir de esta casa. No tenemos tiempo que perder.

—¿Por qué tengo que salir de mi casa?

—¿Acaso eres sorda?

En efecto, el rumor que al principio Eghi-Mé creyó que era la pulsación de la sangre en las arterias de la muchacha creció irresistiblemente, y ahora era una marejada de aullidos y de «¡han!» salvajes. Los cortinajes que velaban las estrechas ventanas dejaban filtrar una claridad rojiza. No se podía dudar: una multitud precedida de antorchas se dirigía hacia el palacio del pathési.

—¡Un motín! —exclamó la tullida—. ¡La desgracia persigue a la pobre Innina!

—Eso parece. Tu representación en el mercado debió hacerles entrar en sospechas.

—¡A mí, esclavos! ¡Guardianes!

—No grites. Sabes perfectamente que la casa está desierta. Tu padre se encuentra en Nippur, ¿no? Y los esclavos han huido.

—¡Son unos holgazanes y unos cobardes! ¡Les crucificaré!

—¡Cosmos! —juró Eghi-Mé—. Deja en paz ahora a tus criados. En este momento, la que está amenazada con la cruz o con la verga eres tú, ¿comprendes? Vístete. No es preciso que te emperifolles: un vestido azul y un velo bastarán.

Innina obedeció, con singular ligereza. Pero la casa parecía estar ya rodeada y se oían gritos:

«¡Muerte a Innina, la bruja!».

«¡Abajo el pathési y sus *mouchkenous* (cautivos de guerra)!».

—¡Ya están en los patios interiores! —balbuceó Innina.

—¿No hay otra salida?

—No, no...

Innina se retorció las manos.

Sí, dijo una voz llegada de muy lejos, pero que incluso la tullida oyó. *El subterráneo que conduce a la torre E-Temenanki.*

—¡El que entra en la torre muere!

—Bueno —dijo Eghi-Mé—, tú morirás de todos modos. Yo te abandono.

—¡No! —gimió Innina—. ¡Eso, no! Corramos...

Corrieron. El palacio de alabastro retemblaba bajo los golpes de la multitud. Las fugitivas cruzaron una puerta disimulada en una de las paredes; al otro lado reinaban la oscuridad y el olor a moho. Recorrieron unos pasadizos cuesta abajo, se deslizaron sobre las costras de salitre, se sintieron rozadas por horribles presencias: sapos, murciélagos gigantes, reptiles arrancados a su sueño. Pero Innina parecía conocer el camino y los rumores del motín se iban apagando.

—¡Saquean mi casa! —sollozó la tullida.

Eghi-Mé la adosó al ángulo de un pasillo. Recorrió las circunvoluciones cerebrales de Innina: un mundo negro y duro, sin ninguna clase de piedad.

—Ahora —dijo Eghi-Mé—, escúchame con atención. Sé todo lo que tú conoces sobre la torre E-Temenanki. Es una construcción muy antigua y cubre una salida. Está al cuidado de los sacerdotes consagrados a Ea-Ohannès, el Dios-Pez...

—¡Eres demasiado sabia! —gimió Innina, cuyo terror iba en aumento.

—Sí. No. Contéstame francamente, ya que tu vida, la mía y otras muchas cosas dependen de ello. Esos hombres, ¿poseen realmente la sabiduría de Ea? ¿Saben lo que hay debajo de la torre?

Por primera vez desde el comienzo de su tormentosa asociación, Innina pareció concentrarse, y luego habló con una violencia singular:

—Esos sacerdotes son muy listos —dijo—. Y codiciosos. El cuidado de la torre E-Temenanki les produce riqueza y honores. Por otra parte, creo que no son sabios; nunca han descubierto lo que tú adivinaste a la primera mirada: que no estoy enferma...

—Tal vez no querían verlo...

—Es posible. En cuanto al subsuelo de la torre, saben quizás lo que hay allí. Pero tienen miedo...

—¿De actuar o de destruir?

—De las dos cosas.

Innina rió suavemente y por un momento Eghi-Mé temió que hubiese enloquecido.

—Bueno —dijo—, tú les detestas. Pero no sabes que los cobardes actúan precisamente por exceso de miedo. Vamos, no podemos perder ni un solo segundo.

La torre E-Temenanki dominaba la meseta. Nadie, aparte de los sacerdotes — después de una oscura historia de lenguajes mezclados que significaba probablemente que demasiados extranjeros habían sido empleados para construir aquel templo—, entraba en el segundo piso. Se decía que en los sótanos había unos extraños mecanismos mágicos para mantener al país fecundo y parcialmente sumergido. Cada rellano tenía su misterio. En la última terraza había un santuario en el que las lámparas no se apagaban nunca.

Arrastrando el cuerpo de Innina, Eghi-Mé irrumpió en la sala de la planta baja. Estaba ocupada únicamente por algunos leopardos y leones encadenados, a los que la viajera sumió en una vaga somnolencia. Las dos visitantes treparon con dificultad por una escalera bastante empinada: los músculos de Innina se habían atrofiado debido a su pereza, y padecía de psicostenia. Eghi-Mé tenía que dejarla resoplar en cada rellano. Bajo sus pies, la ciudad aullaba y pasaba del anaranjado al púrpura.

—¡No se han contentado con saquear nuestro palacio! —gimió Innina—. ¡Queman la ciudad! ¡Tengo miedo!

Eghi-Mé lo sabía. Ella, que había atravesado las tinieblas y los siglos-luz, entablaba conocimiento con el pegajoso sudor frío, el temblor de los brazos y de los calcañares. Aprendía lo que era el terror. Sentía deseos de huir. De repente vio, en el segundo piso, un guardián semejante a un ídolo de plata, el cual tensó su arco: una flecha silbó por encima de ellas. Innina cayó de rodillas; iba a traicionarse, estaba perdida. Entonces, sin la menor dificultad, la navegante se separó del pequeño cuerpo rígido que llamaba a la muerte y se introdujo en el soldado, de piel roja, cabellos negros, lomos estrechos y hombros cuadrados, como en los bajorrelieves de Larsa.

Vertiginosamente, se instruía sobre la especie terráquea. Con Astoreth, había aprendido la serenidad bestial, la humildad y la abnegación de las mujeres del pueblo. Con Innina, la maldad y el miedo. Con Agum, el guardián, entraba en contacto con la brutalidad y la estupidez. Agum ni siquiera notó su intrusión. Estaba tan seguro de sí mismo, tan imbuido de sus privilegios de macho, que se limitó a acercarse a la muchacha desvanecida y la hizo rodar sobre sí misma de un puntapié. La pequeña cabeza, como esculpida en madera, se dobló a un lado. Enfurecida, Eghi-Mé sacudió al bruto, que dejó caer su arco.

—¿Quién...? —preguntó—. ¿Quién...?

—¡Deja a esa muchacha en paz! —dijo Eghi-Mé en el bajo dialecto de los Dos Ríos que aprendía a su contacto—. ¡Teme la cólera del pathési! Ve a presentarte al gran sacerdote. ¡Sube!

Subió. Obedecer, era lo único que sabía hacer. Y matar.

Era un juego dirigir aquella marioneta potente y ágil. Eghi-Mé comprendió por qué algunos hombres eran valientes: ¡su cuerpo estaba tan vivo! Aquel Agum de

músculos engrasados le sentaba como una hermosa montura. Pero no le hablaría nunca. Ya que, ¿cómo podría aceptar aquel macho orgulloso la dominación de un príncipe hembra? Nacida en una sociedad en la que privaba el angelismo, Eghi-Mé tropezaba por primera vez con el obtuso, vivaz y jubiloso desprecio a la mujer. Entretanto, Agum y ella habían subido alegremente al tercer rellano. Allí, un obstáculo se interpuso: un oficial, jefe de Agum, surgió, bajo un pectoral recamado, con una azagaya en la mano; como un autómatas desorientado entre dos potencias iguales, el soldado vaciló...

—¡La alarma suena! —gritó el oficial—. ¿A dónde vas tú, desertor?

—Pero, yo no... Alteza, comandante...

—¡Delito castigado con la muerte! ¡De rodillas!

«Van a matarse entre ellos —se dijo Eghi-Mé—, y yo no puedo perder tiempo».

Emigró, con ligereza, de un cuerpo al otro, mientras el jefe de los guardianes abatía a Agum con un golpe de azagaya y luego permanecía aturdido a su vez entre aquellas dos olas cálidas: el asesinato y la posesión extraterrestre. Fue una suerte para Eghi-Mé, ya que vacilaba todavía un poco por haber aprendido tan brutalmente cómo podía morir un hombre en un abrir y cerrar de ojos... Ello le hizo tratar sin ninguna consideración al joven jefe cubierto de sangre, al que impulsó, sin darle siquiera órdenes diferenciadas, hasta el cuarto rellano, donde una puerta se abrió delante de un ser pálido, un eunuco vestido con una túnica negra, que lanzó contra ellos un saco hormigueante de víboras. Eghi-Mé abandonó el cuerpo fulminado por el veneno y se introdujo en el del castrado, hinchado como un odre, y luego se libró de aquella forma, llena de inhibiciones, optando por la delgada silueta de un sacrificador que rompió el cuello del eunuco con su hoz de oro. A continuación, el sacrificador fue sacrificado a su vez, y la invencible Eghi-Mé alcanzó la puerta del santuario en el cuerpo de un asceta vestido con un burdo sayal pero armado con una espada resplandeciente. Entonces se dio cuenta que no había visto ni las mamparas de esmalte, ni los dinteles de lazulita, ni siquiera, bajo los arcos de los rellanos, el cielo tachonado de estrellas.

«¿Cómo pueden vivir y morir así esos hombres?», pensó. Pero al menos empezaba a conocer realmente a los terráqueos...

Abajo, la ciudad formaba un océano de llamas. En el centro de la última terraza, el santuario no era más que una angosta celda iluminada. En el umbral, estirado como una quimera, vigilaba un largo animal tenebroso de pupilas doradas.

Una pantera mutante.

«¡Qué dicha la de encontrar lo que ya se conoce!», pensó la viajera.

La pantera saltó.

Eghi-Mé también.

... Nunca se había sentido mejor. Ni más desenvuelta. Después de acabar con el asceta de un zarpazo, penetró en el santuario.

Estaba vacío. Ni arca, ni candelabros, ni siquiera una guirnalda de flores secas.

Sólo una losa de esmeralda pura, brillando con un suave resplandor.  
Una puerta...

La voz de En-Lyl se hizo apremiante en medio de las tinieblas:

*¿Estás ahí, hermana mía? ¿Eres tú?*

—Sí, soy yo...

La bestia de oro y de noche se enroscó bajo la luna.

—¿Dónde estás tú?

*Muy cerca*, dijo En-Lyl, decepcionado. *Pero temo que no puedas reunirte conmigo. Estás dentro de la piel de un animal, ¿no es cierto?*

—Sí —dijo ella—. Una piel magnífica.

¡Sucediendo a unos cuerpos impuros! ¿Cómo podría abrirse delante de ti una pared condicionada por los arturianos?

Eghi-Mé se sentó, lamiendo una de sus patas arañada por la espada del asceta.

—¿Se trata de una pared dotada de sentido moral? —inquirió—. Lo siento, pero iré a otra parte.

*¿A dónde?*

—Al desierto. Hay luna llena. El aire huele a sílex caliente, a benjuí. El viento, al pasar, acaricia mi piel. Tengo ganas de bailar delante de ese gran astro blanco, de sentir que los cuerpos se doblan y los huesos crujen bajo mi peso... Es la hora en que las panteras cazan en los velds. Tenía que haberme encontrado con ellas, pero estaba aún inhibida por mi mutación.

*¿Ya no lo estás?*

—No.

*¡Eghi-Mé!*, gritó la voz surgida de las profundidades. *¡No puedes traicionar tu misión! ¡Tú no eres realmente una pantera!*

—¿No soy qué? —El gran felino se estremeció, pero era un estremecimiento humano—. No, en realidad no lo soy. ¡Oh, En-Lyl, esta pantera es demasiado fuerte para mí! Dime lo que tengo que hacer antes que vaya a correr bajo la luna. ¿Cómo es posible que este animal sea mutante? ¿Quién ha podido acelerar el proceso? No ha sido Ea-Ohannès, desaparecido hace mucho tiempo. Ni tú, ni yo. ¿Entonces? ¿Habrá un traidor entre nosotros, en la expedición?

No tenemos tiempo de estudiar eso. Pero, puesto que aún estás consciente, no se ha perdido todo. Escucha, acuéstate sobre la losa de los lotos. Aprieta la tercera flor. Se abrirá una trampilla. Te deslizarás al pozo. Es parecido a la escalera exterior y, a cada rellano, tendrás que desprenderte de lo que fuiste. Te desprenderás en primer lugar de la ordinariez de Astoreth, luego de las inhibiciones de Innina, luego de la brutalidad, de la ambición, de la traición, del fanatismo. Finalmente..., del animal.

—¡No me quedará nada! —protestó ella—. Sabes que dejé mi cuerpo en la caverna...

*Quedarás..., tú*, dijo En-Lyl. *¿Vienes?*

—Voy.

(Y esto fue cantado en mil cantos sagrados y otros tantos poemas: la reina de los cielos y de la vida, la diosa Ishtar, Astarté (¡oh, pobre Astoreth!), Anadyomena descendiendo a los infiernos para reunirse con su bienamado prisionero de la muerte. Se desprendió, por el camino, de sus siete velos y de su corona, se dejó llenar de llagas, ya que la pantera resultó herida por los trozos de roca y las bestias ciegas, y gimió como un niño, colgada de una rugosidad. Es el canto de amor eterno...).

La pantera-Eghi-Mé llegó al fondo del pozo: su piel estaba manchada de sangre y sus pupilas más fosforescentes que nunca. En torno a ella se extendía un subterráneo de dimensiones prodigiosas, atestado de cubos de polímeros minerales. Reinaban en aquel lugar un frío glacial y un silencio terrible. Eghi-Mé resopló con desagrado: olía a muerto.

—¿Estás ahí, En-Lyl? —preguntó en voz baja.

*Sí. En uno de los cubos: el tercero.*

—¡Pero eso son féretros!

*¿Dónde pensabas encontrarme, entonces? Estamos todos aquí, los supervivientes de la primera expedición arturiana, congelados en envases acondicionados: las reservas humanas que debían poblar la Tierra, los muertos vivientes: todos, excepto algunos perdidos en el cataclismo del Gondwana... Los Durmientes.*

—Pero tú, En-Lyl, no estás muerto ni dormido...

*No. Creo que se ha producido una fisura en mi sarcófago. Sin embargo, date prisa. Este envase estropeado puede abrirse más bajo la presión externa de las ondas arturianas.*

—¡No soy más que una pantera! Sin duda, las ondas de la Doble Estrella no habitan ya en mí...

*Salta sobre el tercer loto esculpido a tu derecha...*

Al saltar, Eghi-Mé hizo oscilar la tapadera del ataúd. Muy a tiempo: allá arriba, los amotinados habían alcanzado la terraza superior de la torre E-Temenanki, habían descubierto la entrada del pozo y precipitaban por ella bloques de granito. En-Lyl, cuya belleza en sus sudarios transparentes petrificó por un instante al gran felino, no era más que un trozo de hielo, capaz de emitir ondas pero no de moverse. Entonces, para calentarle, ella se tendió sobre su pecho y le cubrió con su cuerpo palpitante, encarnizado en hacerle revivir.

La temperatura del cosmonauta volvió lentamente a la normalidad. Pudo levantarse, arrastrarse hasta los otros sarcófagos. A medida que los abría, medía la extensión del desastre: la mayoría estaban llenos de cenizas o de esqueletos. De todos modos, tuvo la suerte de salvar a Sin (que más tarde fue venerado como el dios de la Luna), a Shamash (como el del Sol), a Bel-Mardouk y a algunos otros de sus compañeros. Su retorno a la vida fue lento y penoso.

Entretanto, la pantera herida por los trozos de piedra perdía su sangre. En-Lyl la transportó a una gruta de la escarpada ribera: la de Ea. El gran animal se estaba muriendo. Pero un delgado cuerpo de muchacha estaba tendido contra la pared llena de jeroglíficos y la transmutación se operó sin dificultad. Eghi-Mé era de nuevo ella misma. Sus ojos recorrieron la gruta que no reconocía, ya que una de las paredes se había derrumbado bajo el efecto de las ondas arturianas o de los golpes de ariete asestados a la torre E-Temenanki. La grieta abierta así en el acantilado era probablemente la tumba del Rey-Pez. Al inspeccionarla, los dos viajeros vieron que la cavidad estaba obstruida por la proa de una extraña nave, construida únicamente para flotar sobre las aguas: pero, ¿acaso Ea-Ohannès no era un rey acuático? Como los antiguos soberanos nómadas, se había hecho enterrar con su nombre...

En la entrada de la gruta, frente a la ciudad incendiada, el bosque estaba tranquilo y oscuro. En un cielo negro giraba la estrella que era la astronave. Eghi-Mé trató de contactarla por medio de ondas ultracortas. Pero, sea que Nipurda se encontraba en relajación, sea que sus propias ondas estaban debilitadas por su serie de reencarnaciones, no recibió ninguna respuesta. Entretanto, los Durmientes despiertos subían de las tinieblas, pálidos y casi transparentes como larvas de lepidópteros. La navegante, entonces, llamó a su campamento de querubes. Estos efectuaron una rápida salida, eliminaron los puestos avanzados de Eridu y transportaron a la jungla a los astronautas de la primera expedición. Habían construido allí, con la ayuda de grandes palmeras y de semiconductores, un campamento improvisado sobre la colina. Una vez reunidos, se contaron: como todos los dioses desembarcados de las estrellas, no eran más que un puñado de seres aislados, casi desnudos, sobre la Tierra desnuda.

—¿Y Nipurda? —inquirió Eghi-Mé—. ¿Han pedido su ayuda?

Un querube escupió su saliva dorada:

—Lo hemos hecho. Pero no contesta.

Conocieron un momento de respiro que nadie les discutió. La oscuridad era profunda. La gran luna blanca se reflejaba en el río en crecida, entre los cañaverales y las coronas de datileras sumergidas..., haciendo casi aullar a Eghi-Mé que se mordía los labios hasta hacerse sangre, bajo la mirada amistosa de En-Lyl.

Estaban en el recinto del campamento. El astro terrestre —que a fin de cuentas no era más que un regulador astronáutico del primer grado— derramaba una sangría de ópalo, y a su helada blancura Eghi-Mé contempló el rostro de En-Lyl: en nada parecido a los monumentos arturianos que la habían hecho soñar, sino más cercano, más emotivo, con unos labios delicadamente dibujados y unos grandes ojos color de crepúsculo. Un ángel. Y, no obstante... *A la hora del combate, hubo ángeles que no estaban ni por el Mal ni por el Bien, sino por sí mismos...* La extraña melodía, procedente del futuro más bien que del pasado, ascendió, se quebró contra las estrellas, volvió a caer en las aguas profundas. En-Lyl era tan alto que Eghi-Mé tenía que echar la cabeza a un lado para hablarle.

—No te pareces en nada a la imagen tuya que figura en el Panteón de Sigma —dijo—. Eres más humano...

—Tengo quinientos años más.

—De hibernación, lo sé. Pero esos años de nada no dejan huella. Y me parece conocerte desde hace muchísimo tiempo.

—Nos conocemos desde siempre —dijo él, con fervor—. Hemos vivido sobre mil planetas e, incluso sobre esta Tierra, hemos volado por encima de la selva con unas alas de arqueopterix y luchado contra grandes saurios. Este no es nuestro primer encuentro.

—Ni el último, sin duda. Pero, ¡cuántos obstáculos entre nosotros! Esta vez..., yo podía no ser designada. No haber leído tu leyenda. No haber sido fascinada por tus estatuas... Piensa que habríamos podido no encontrarnos...

—¡Imposible! —exclamó En-Lyl, palideciendo.

—Sí —dijo ella—. He pensado en ello durante todo el vuelo. Lo más espantoso sería revivir sin saber nada. Sería el horror, la muerte profunda... Pero..., ¿no podríamos intercambiar una señal que marcara nuestro encuentro ineludible? Mira..., como esa estrella que asciende...

En aquel preciso instante apareció el astro rojo sobre el bosque y la astronave *Thiamath*, enloquecida, atacó a la Tierra.

... Luego, mucho más tarde, En-Lyl, otros dioses y otros poetas trataron de reducir a palabras, de relatar en lenguaje humano el combate de los titanes y de los héroes. Hacía horas que la *Thiamath* había ensanchado su elipse. ¿Había sido asaltada por un enemigo desconocido, ajeno al sistema, a la galaxia? Más bien debía tratarse de un desfallecimiento del piloto. Los arturianos habían admitido fácilmente en su universo angélico a las criaturas más extrañas —y Nipurda era una de ellas— sin preocuparse de sus desviaciones particulares. ¿Se había cansado el arácnido de girar durante tanto tiempo sobre una misma órbita? Sus radares le informaban más o menos sobre los acontecimientos de la Tierra: las metamorfosis de Eghi-Mé, el salvamento de En-Lyl. A pesar que las arañas de las Hyades se reproducían de acuerdo con sus propios ritos, aquel viaje, aquella colaboración con una arturiana debieron trastornar a Nipurda. En cualquiera de los casos, la *Thiamath* atacó, con desorden y furor.

«Fue espantoso —pensaba Eghi-Mé—. Pero, también, exultante. Cuando cierro los ojos, no es el bosque lo que veo, sino aquella llanura verde, laboriosa, cada uno de cuyos arapendes era la prueba de un genio humano disciplinado. Los estanques brillando como espejos, las ruedas hidráulicas. Habríamos podido entendernos con los hombres que vivían allí: empezaban a acostumbrarse al rumor de las alas, a los susurros de los altairianos en los cañaverales, a las gentes del Boyero, transparentes como la aurora. Sus aldeas se abrían inocentemente al pie del campamento; sobre los canales, sobre los anchos ríos nutricios, el cielo era puro, como lavado por el rocío. Los niños jugaban en la arena, las mujeres regresaban de la orilla del río con su

cántaros de gres, y estaban los comerciantes y los agricultores. Aquel mundo iba a desaparecer en medio de un diluvio de fango y de fuego.

»Y nosotros con él. Antes que él.

»Ya que, desde el primer momento, nos dimos cuenta que Nipurda nos buscaba, sin encontrarnos. Las arañas de las Hyades tienen dieciocho sentidos, pero son semiciegas, y no había nadie para ayudar al piloto a rectificar sus cálculos. ¿Qué había sido de nuestros camaradas que quedaron a bordo? Preferíamos no pensar en ello. Lo cierto es que la *Thiamath* empezó a derramar una lluvia de proyectiles sobre la Tierra. Era un espectáculo prodigioso. Unas pobres Escrituras humanas hablarán de *una estrella Absintia abatida sobre el globo (emponzoñando una tercera parte de las aguas)*. Y otras explicarán que *los hombres huyeron a las montañas y gritaron a los peñascos: ¡Cúbrannos! Todo lo que había en las casas ha sido quemado..., las montañas fueron arrancadas de raíz y el propio Sol arrastrado por un torbellino...»*.

(Eghi-Mé preveía los anales sumerios, el Apocalipsis y sobre todo el libro de Popol-Vuh, que habla de un *pájaro huracán girando encima de la Tierra, en la órbita de la destrucción...*).

—¿Qué haremos? —le preguntaban los querubes, preocupados.

En medio del tumulto, ella les comunicó unos pensamientos breves. ¿Qué podían hacer? No estaban armados contra un ataque cósmico. Y aquella nave era, a pesar de todo, *su nave*, su único enlace entre ellos y el universo, y estaba conducida por su compañero de equipo. Ni siquiera podían saber si Nipurda era libre de actuar, si había enloquecido o si estaba dominado por unas fuerzas desconocidas. Al principio supusieron que una avería había descentrado la *Thiamath* y que los robots encargados de las armas de a bordo no estaban ya bajo control. Pero, dado que la nave sólo disponía de un mínimo de municiones, las cosas no durarían mucho tiempo, sin duda. No obstante, la *Thiamath* se había acercado a la Tierra, *hasta tal punto*, anotarían más tarde los escribas sobre sus tablillas, *que su sombra interceptaba al sol y a la luna y no había ya día ni noche...*, sólo una monstruosidad crepitante que inflamaba las nubes. Estallaron tormentas en mil lugares, sobre las aldeas y los diques de los ríos. Grandes palmeras ardieron como antorchas y la humanidad huyó...

Aquello duró días y noches. Los extraplanetarios se mantenían ocultos en su campamento. No se atrevían a enviar señales a la *Thiamath* ni a recoger a la oleada de refugiados de Eridu que habrían revelado su escondrijo. Además, no tenían nada para mantenerlos. De todos modos, fue en aquella época cuando Ethana, pathési de Eridu y padre de Innina, logró alcanzar a nado su colina.

Eghi-Mé le dejó entrar en el recinto, conmovida por la especie de vaga amistad que hacía nacer en ella el recuerdo de haberse confundido, por espacio de unas horas, con la hija de aquel terráqueo. Ethana había perdido en su huida a su familia, sus guardias, su litera y su cofre de joyas. Las medusas le sacaron del agua, cubierto de aluviones, y cayó de rodillas delante de Eghi-Mé.

—¡Esto es el fin del mundo, diosa! —exclamó—. ¡Ha llegado!

—No es la primera vez sobre esta tierra —dijo ella—. Y las grandes tormentas les son familiares...

—Si no fuera más que eso... Pero hay algo peor.

Habló de un modo confuso: era la carne misma de aquel pueblo privilegiado, duro, perverso y bondadoso al mismo tiempo, apegado al suelo y devoto de las ínfimas divinidades de los cultivos que protegen al siervo encorvado sobre la gleba, se hacen suaves para el rico y crueles para el ladrón de frutos. De todos modos, había recibido instrucción y sentía el mayor respeto por los ingenieros arturianos que habían construido la red de irrigación gracias a la cual sobrevivía el continente. A pesar de unas terribles quemaduras, el pathési había nadado hasta la colina para advertir a los extraplanetarios: el bombardeo caótico de la *Thiamath* había afectado a numerosas obras de arte; todos los diques de Ea-Ohannès iban a estallar.

—Entonces, ¿habremos perdido a este globo en lugar de salvarlo? —inquirió En-Lyl, enarcando la ceja izquierda hacia la sien, como bajo el aguijón de un lancinante dolor.

Un querube sabio (Al-Xaël) se encogió de hombros en la medida en que le está permitido hacerlo a un toro. Estaban sentados en el suelo, sobre un cuero extendido, y el río borboteante llegaba a sus pies.

—Todas las religiones planetarias —dijo Al-Xaël— se sublevan un día contra sus dioses, conociendo su combate de los ángeles. Y nadie puede impedirselo. He dado un salto extrasensorial al futuro (a ese futuro en el que no tenemos derecho a intervenir, puesto que la trama temporal tiene que ser conservada) para saber lo que los humanos conocerán de nuestra época. Un pequeño pueblo, sobre una península, cuenta el combate de los titanes con los dioses. Más tarde, una secta que se esparcirá sobre la Tierra, hablará del arcángel Miguel aplastando al dragón de los abismos. Un libro, Maha Bharata, anunciará que los guardianes de la «amrita», que es la fuerza, han sido atacados por *un Pájaro poseedor de gran potencia y mucha energía*.

—¿Se parecen a nosotros esos guardianes? —preguntó En-Lyl.

—Apenas. Son gigantescos (la leyenda lo quiere así) y llevan *unos extraños pectorales de oro, con piedras preciosas engastadas, así como unas armaduras flexibles y resistentes; sus armas son serpientes de fuego, con unas lenguas como relámpagos, una boca que escupe llamas y unos ojos que lo reducen todo a cenizas*. Al otro lado del gran océano, una Biblia llamada Popol-Vuh abunda en asombrosas imágenes de combates: una espesa resina cae del cielo, el pájaro Xecotcova arranca los ojos de los hombres, el murciélago Kamazotz les corta la cabeza y el búho Tecurbalan quebranta sus huesos. Así es la batalla vista desde abajo y por sectores, como en un informe de Estado Mayor de campaña.

—¿Sabes si sobreviviremos?

—No.

El consejo reunido en torno a ellos murmuró. La nave demente daba vueltas por encima de sus cabezas. Los querubes levitantes propusieron intentar alcanzarla; pero era una tentativa desesperada, ya que suponiendo que pudieran engañar a los radares, se estrellarían contra el casco de la *Thiamath*. Shamash, el más joven de los astronautas resucitados, manoseaba su desintegrador y Mardouk habló de una balsa-suicida. Pero ningún ingenio podía seguir la órbita caótica de Nipurda. Finalmente, una mano ligera y fresca se posó en el hombro de En-Lyl, y Eghi-Mé declaró:

—No nos corresponde a nosotros salir a su encuentro. Es él quien debe reunirse con nosotros.

—¿Cómo?

—Atendiendo a nuestra llamada.

Bajo el cielo negro, cruzado por explosiones lívidas, Eghi-Mé se erguía dura y resplandeciente como un diamante sin mácula, blanca como un loto reflejado en las oscuras aguas.

En-Lyl balbuceó:

—Nipurda no aceptará nunca. Por otra parte, todas las telecomunicaciones están interrumpidas.

—Las comunicaciones por radio, sí. Pero hay otras. Tú no tenías ningún aparato en tu sarcófago..., y sin embargo te oí. En cuanto a aceptar...

Eghi-Mé enrolló uno de sus bucles oro-verde alrededor de su dedo índice, señal en ella de profunda reflexión.

—¡El modo de pensar de Nipurda nos es ajeno! —dijo En-Lyl.

—Precisamente —replicó Eghi-Mé, con el asombroso sentido práctico de las mujeres y de las panteras—. El aparato PSI de las arañas de las Hyades es más sensible que el nuestro.

—No podríamos alcanzarlo...

—Yo, sí.

Aquella fue la penúltima conversación sensata del consejo. A medianoche, la estrella Absintia se había detenido entre el Tigris y el Éufrates, incendiando los «sakkiehs» y destripando los canales. Poco después, las esclusas situadas más arriba de Eridu se rompieron. Las medusas y los querubes se precipitaron a salvar lo que aún podía ser salvado. *Reconstruyeron la Tierra con los escombros*, dirían las tablillas. Pero *las puertas del cielo se habían abierto*. Empleando una táctica planetaria, Nipurda había aglomerado unas nubes artificiales y las bombardeó, para activar el diluvio. El estallido de las tormentas, la caída de las trombas de agua compusieron una mugiente sinfonía, y muy pronto la bóveda celeste, baja y plomiza, y los ríos en crecida formaron un solo caos. Shamash fue alcanzado por un rayo y Bel decapitado por un torbellino. Pero, en medio de aquel infierno verde y violeta, En-Lyl oyó de repente la voz mental de Eghi-Mé, fuerte y bella como la muerte.

—¡Nipurda, oh Nipurda de las Hyades! ¿Qué clase de ser eres? Este planeta nos ha sido confiado como una esperanza y un tesoro, y tú lo atacas... ¡Destruyes a tus hermanos del infinito y exterminas a los débiles terráqueos! ¡Desde lejos! ¡Por medio del diluvio y de los relámpagos! ¡Oh Nipurda de las arañas, eres un cobarde! Has traicionado a los tuyos. ¿Y por qué? ¡Por una mirada, por los cabellos de una muchacha de un planeta extranjero! Esta es la verdad.

—¡Mentiras! —aulló la nube.

—Mátame; si miento. El universo entero es testigo de tu cobardía. Pero no me matarás, porque es a mí a quien quieres conseguir. Estoy aquí, muy cerca, a tu merced. Es inútil que incendies este planeta. Aterrizas y me encontrarás sobre esta colina, en medio de tus hermanos los astronautas, a los que has traicionado... Pertenezco a uno de ellos: a En-Lyl. Un día será un gran dios de esta Tierra, y por eso no te atreves a atacarle cara a cara. Mira: estoy en sus brazos, le envuelvo con mis

cabellos. Es hermoso. ¡No es una negra araña! Para salvarle, me he despojado de mis siete velos: mi orgullo de arturiana, mi violencia de combatiente, mi dulzura y mis repulsiones de mujer, mi miedo, mi prudencia, incluso mi pureza..., y he descendido a su tumba, ¿me oyes? Estaba muerto, pero he calentado su cadáver, me he unido a él. Desciende hacia nosotros, Nipurda. ¡Si quieres vengarte, desciende!

—¡Nos volverá locos a todos! —dijo Indra, uno de los más jóvenes astronautas.

—¡Piensa en el estado de ánimo de Nipurda!

Todos pensaban en ello, imaginando a la araña enloquecida, contraída, torturada en su astronave de pesadilla. Antes de atacar, sin duda, había sorbido con su trompa delicada algún excitante de Meknar..., o se había aplicado descargas eléctricas. Estaba ebria o drogada, sumida en una terrible desesperación. ¡Y el pensamiento de Eghi-Mé, cálido y dorado, debía flagelarlo espantosamente!

—Es el final: el agua asciende a nuestro alrededor, Nipurda. Moriremos con este planeta. Y yo moriré en brazos de En-Lyl. Y nunca podrás, como exigen los ritos de un arácnido real, abrir mi corazón para depositar en él tus larvas.

Entonces, la *Thiamath* cayó.

Directamente sobre la meseta de Mesopotamia.

Un combate atroz se entabló entre los supervivientes de la expedición y los robots. Ya que la *Thiamath* estaba aún poblada de máquinas cuya programación había falseado Nipurda. Unos guerreros semejantes a langostas con cabelleras de fuego y con dardos de escorpión desembarcaron; algunos poseían unas trompas de elefante de las cuales brotaban haces de llamas, capaces de destruir ciudades. Los frágiles terráqueos que habían huido bajo la tormenta se unieron a los extraterrestres. ¡Y fue un combate más de los ángeles! Los arturianos avanzaron, con el agua hasta el torso; rechazaron hacia los pantanos a los robots que tenían su propio rostro, les ahogaron o quemaron sus conexiones. Unos rayos láser se cruzaban sobre Sumeria. Penetrando con la llama y la muerte al puño —es decir, armado con un desintegrador ligero— en los restos de la *Thiamath*, En-Lyl no encontró nada: las últimas máquinas se habían defendido hasta el agotamiento y sólo la capa de azoe y de proteínas que manchaba los cuadrantes de los aparatos podía evocar aún a Nipurda... Pero En-Lyl, ciego de ira, paseó su chorro de fuego sobre las deslucidas paredes..., para desintégralo todo.

Una sola cosa habría podido retenerle: la mano fresca y ligera, posada en su hombro. La voz de Eghi-Mé ya no estaba allí: alcanzada por los láseres de la *Thiamath*, no quedaba de ella más que un poco de ceniza blanca. Y el «dios loco y muerto» continuó con sus destrozos...

El agua subió más y cubrió los restos del Pájaro del Abismo. Luego cubrió las colinas y, de toda la ciudad, sólo permaneció visible la plataforma suprema de E-Temenanki. Pero las medusas flotaban sobre las olas cálidas, y los querubes lograron construir apresuradamente unas balsas con troncos de palmeras, unidos con lianas. Dejaron subir a ellas a varios fugitivos y montaron a la fuerza a En-Lyl, el cual se derrumbó sobre la corteza musgosa, con la frente apoyada sobre su codo doblado.

Para él, todo había terminado: el universo ya no existía.

Unas imágenes lejanas vinieron a acosarle: estaba muerto. Y, sin embargo, había una luz en su tumba, pero ningún odio. Estaba muerto porque había querido desembarcar en este mundo viviente, delirante. Siempre se yerra al pasarse de la raya. Los dioses... Un rayo muy fino, muy pálido, penetraba sus tinieblas; estuvo a punto de gritar de dolor. En su planeta natal, alguien pensaba en él, soñaba con él. Una niña de ojos de tormenta y cabellos de lino.

*Dios Anu, deja venir hacia mí a mi hermana...*

No habría tenido que llamar así: ahora estaba seguro de haberla atraído a este Apocalipsis.

*¡Cuán bella es tu aurora en el horizonte! Ven...*

Ni siquiera se levantó: se limitó a entreabrir los ojos y en sus pupilas, por encima de las aguas tumultuosas, se reflejó una irisación, un arco de nubes y de llamas. Rosa, verde, anaranjado... Un arco iris se erguía sobre las olas y, más allá, nimbada por aquellas iridiscencias, se deslizaba una extraña embarcación, una nave de metal y de polímeros. Reconoció, arrancada al acantilado, a su gruta sellada, la nave de Ea-Ohannès. Los humanos se prosternaron y los querubes doblaron la rodilla.

En-Lyl se incorporó rápidamente. Las entidades divinas, sus hermanas, respondían a su llamada. Otrora fue una muchacha navegando por el infinito, ahora era una nave...

El arco derivó suavemente sobre las olas que parecían apaciguarse. El sol se elevó en la barra de plata del horizonte. En-Lyl hizo soltar las amarras y, cuando la nave de Ea estuvo cerca, avanzó. Llevaba en brazos a una niña terráquea, cuyos iris tenían reflejos violeta.

# Un pequeño salto al pasado

Jean Pierre Andrevon

Manipulamos fuerzas que superan cada vez más nuestra capacidad de adaptación. La bomba atómica, por ejemplo... Se conocen perfectamente los resultados de su empleo sobre una ciudad (¿debería decir «sobre un objetivo civil»?). Hemos visto películas acerca de Hiroshima, de Nagasaki. Pero, ¿nos impide eso continuar fabricando bombas cada vez mayores, cada vez más asesinas, que van cada vez más lejos, cada vez más aprisa? Cuando digo «nos», me refiero a nosotros y a los otros, evidentemente... sólo que resulta difícil olvidar que fuimos nosotros los que empezamos. De todos modos, la historia que tengo que contar no tiene nada que ver con la bomba atómica. Se trata de una experiencia realizada en el marco de una investigación ab-so-lu-ta-men-te pacífica. ¡Oh! Sé muy bien que la conquista del espacio... Pero en este caso sería difícil encontrar una aplicación militar al transportador temporal del equipo del profesor Bowman. Sí, se trata de eso: un transportador temporal. La máquina para viajar en el tiempo. Wells. La ciencia ficción... En realidad, la máquina de Bowman no tiene nada que ver con lo que haya podido leerse a ese respecto en las novelas de imaginación. En primer lugar es un prototipo, y nada indica aún que no continuará siendo un prototipo, antes de que sea retirada de la circulación. Y en cierto sentido, a causa de lo que me ocurrió, sería posible que el relato de mi aventura, si me decido a hablar, contribuya a la decisión de interrumpir las investigaciones. Pero, no nos adelantemos a los acontecimientos... Decía que el transportador tenía muy poco que ver con lo que los autores de ciencia ficción acostumbran a describir. No es del todo una máquina, en el sentido en que se designa con ese nombre una locomotora, por ejemplo. Es una fábrica de diez pisos, que cubre una superficie de 60.000 metros cuadrados. En alguna parte en el centro de la fábrica, al nivel del suelo (esto es importante, como se verá), hay obviamente una especie de cámara protegida desde la que el «viajero» toma la salida. Con ese humor esotérico que he observado en todo grupo de individuos que viven en compartimientos estancos, los técnicos del centro la llamaron la «heladora», lo cual es una denominación cómoda para designar lo que no es más que un sifón o una esclusa de descompresión, ya que la cámara no tiene nada de fría (más bien hace calor en ella) y no se parece en nada a una heladora. Pero es evidente que en todas las mentes (aunque sea de un modo inconsciente), es un lugar mágico del Centro, puesto que aquí se realiza la ida y vuelta temporal. Sin embargo, no es menos evidente que la máquina, si puede hablarse de máquina, es todo el Centro.

Cuando el profesor Bowman lee un relato de ciencia ficción que trata sobre un

viaje en el tiempo (es muy aficionado al género, como casi todo el mundo en el Centro), su reflexión favorita es: «Pero, Señor, ¿de dónde toman la energía?». Nada le encoleriza tanto como las descripciones de esa especie de platillos volantes que giran un momento y... ¡hop!... desaparecen en el tiempo. Ya que para enviar un objeto (o un hombre) al tiempo (¡y no muy lejos!), os aseguro que hace falta un poco más de energía de la que se encuentra en una pila de linterna de bolsillo... Hace falta tanta que se necesita una fábrica de diez pisos y dos reactores termonucleares del tipo Cinderella: ya sabéis, los grandes, como en Point Jackson. Hasta ahora, toda esa energía sólo ha conseguido enviar a un hombre (se trata de mí) treinta años atrás durante cinco horas.

Cuando pienso en aquel viaje (no existe aún otra palabra que no sea «viaje» para eso), me digo que hubiese sido preferible que aquel día me rompiera una pierna... Sí, pero si no hubiese partido... Y es ahí donde tropiezo de nuevo con el enigma que representa mi acción. Plantea tantas cuestiones físicas, morales, biológicas, filosóficas e incluso jurídicas, que no puedo evitar el pensar que hemos puesto en marcha unas fuerzas que... ¡Oh! Tranquilizaos... No voy a cantar el estribillo de las investigaciones prohibidas, del «dominio reservador al Creador». En primer lugar, no soy creyente (y os aseguro que no es una postura tan fácil de sostener como todo eso); en segundo lugar, soy un decidido partidario del progreso en todos los terrenos, en todas las direcciones. Pero el viaje en el tiempo...

Habéis oído hablar de las paradojas temporales, ¿no es cierto? En una novela de ciencia ficción, no se aborda el viaje en el tiempo sin tramar una buena paradoja. Pues bien, yo que he dado un salto atrás de treinta años, he provocado con ese pequeño desplazamiento una paradoja temporal. Las consecuencias no son cósmicas, evidentemente; nada ha cambiado sobre el planeta. O, si ha cambiado algo, afecta a la existencia de un solo individuo... y ni siquiera esto es seguro. Puesto que eso ha sucedido, si un cambio ha tenido lugar, ¿con relación a qué se ha producido? ¿En qué estado anterior cuya existencia no puede ya ser penetrada? ¿Os dais cuenta? No hay modo de salir del círculo. Una paradoja es una paradoja, eso es todo.

Sólo que, si todo desplazamiento en el tiempo crea una paradoja, ¿qué acabará por suceder? ¿Si se mata a Napoleón en el sitio de Tolón, eh? (Pero no se puede matar a Napoleón, puesto que no le mataron, etc.). Resulta curioso que ni Bowman ni los otros hayan planteado realmente este problema... a pesar de la ciencia ficción. Pero yo supongo que en su mente hay un terreno reservado a lo imaginario, un terreno reservado a la ciencia. Sin embargo, si yo les dijera... pero no he dicho nada. Fui expedido al tiempo hace un mes: veintinueve días, exactamente. Pero sólo sé desde anteayer: un puro azar, por otra parte... Sopeso el pro y el contra, y me callo. Si hablo, Bowman puede decidir que se interrumpan todas las investigaciones. Si no digo nada, todo va a continuar (la interrupción actual es provisional). Y entonces habrá otras paradojas. Pero si hablo, ¿quién me dice que las investigaciones no van a encaminarse a la creación de paradojas «benéficas»... como en las novelas? ¿Os dais

cuenta? Caigo aquí en otra clase de paradoja...

Pero, supongo que os preguntáis por qué no habéis oído hablar nunca de los viajes en el tiempo. O tal vez pensáis que es un secreto celosamente guardado. No estáis del todo equivocados, pero tampoco del todo en lo cierto. Es un secreto, de acuerdo, pero sólo hasta cierto punto. El Centro forma parte de una unidad de investigación sobre la física nuclear. Nosotros somos uno de sus departamentos, y oficialmente nos ocupamos de las investigaciones sobre las partículas cronóticas. Estamos subvencionados por el Estado, y recibimos varios miles de millones de los impuestos que vosotros pagáis. La unidad de investigación fue construida en 1957, en alguna parte del Sudoeste de los Estados Unidos (me reservo el nombre del Estado), no lejos de una pequeña ciudad de doscientos mil habitantes, que tampoco nombraré y en la que, entre paréntesis, nací hace poco más de veintinueve años.

De cuando en cuando, pueden leerse en las revistas especializadas artículos sobre los trabajos del profesor Bowman. Simplemente, las experiencias prácticas de transporte temporal no han sido hecho públicas todavía. Si la palabra genio puede aplicarse aún a alguien, en nuestros días, es al profesor Bowman. Sé que todo descubrimiento científico importante es obra de un equipo, pero quien dice equipo dice también alguien para dirigirlo. E, indiscutiblemente, Bowman es «alguien». Sé también que voy a parecer parcial diciendo esto, ya que sin el profesor Bowman no sé lo que haría hoy; sin duda, lavaría automóviles en un garaje de las afueras de la ciudad. (Y, al mismo tiempo que se me ocurre esta idea, sé que no es posible: si no hubiese encontrado al profesor Bowman... Pero, ¿por qué pretender expresar lo inexpresable?). En resumen, cuando el profesor fue nombrado para la dirección del Centro de investigación sobre partículas cronóticas, inaugurado en 1958, alquiló una pequeña casa en la periferia de la ciudad... a la que llamaré Xville. Para cuidar de la casa contrató a una mujer llamada Martha Onsonn. Aquella mujer tenía un niño, de trece años en esa época, que se llamaba, y se llama, Perry Langdon. No era hijo suyo, sino de una tal señorita Langdon, una forastera que había dado a luz sin estar casada. Había muerto dos años después y Martha Onsonn, que la conocía un poco, recogió al pequeño huérfano del que nadie parecía deseoso de ocuparse. (Las costumbres han cambiado un poco desde entonces, pero en aquella época las madres solteras no estaban consideradas como ciudadanas de pleno derecho, y ellas y sus hijos podían irse al diablo). Perry Langdon fue criado con amor por Martha Onsonn, cuyo marido había muerto en el Pacífico antes de poder haber tenido un hijo. Cuando entró al servicio del profesor Bowman, su edad permitía asegurar que no volvería a casarse. Hasta los trece años, Perry llevó una vida bastante libre y desprovista de todo interés, como la mayoría de los niños norteamericanos de condición modesta: la escuela y los descampados fueron el decorado monótono de sus días. Todo cambió cuando el profesor Bowman entró en su vida. Hay personas que irradian inteligencia y bondad (y yo opino que, al margen de lo que pueda decirse, no pueden existir la una sin la otra). Su influencia fue preponderante sobre el joven Perry que, poco a poco, sin

darse cuenta, y sin que el profesor y Martha se dieran cuenta, se lo apropió como padre sobre el cual modelarse. El profesor, que había sobrepasado el medio siglo, tenía dos hijos mayores que habían seguido un camino muy distinto al de la física nuclear, y a los que casi nunca veía. Su esposa, Claude, era una mujercita dulce e insignificante, pero a pesar de su extremada amabilidad no puedo decir que se interesara nunca realmente por mí. (Ya que, como habréis adivinado, yo soy Perry Langdon).

Hasta una edad bastante avanzada, once o doce años, el pequeño Langdon creyó inocentemente que era hijo de Martha; ésta no hizo nada para desengañarle, como toda madre adoptiva que tiene consciencia de su carga de amor. En realidad, Perry no había sido objeto de ninguna medida legal de adopción; por eso había conservado el apellido de su verdadera madre. Pero estos detalles no llaman la atención de un chiquillo: la verdad le fue revelada a raíz de su ingreso en la escuela, y no le produjo frío ni calor. Su verdadera madre era Martha, ella le había criado y sólo la había conocido a ella. La otra no era más que una existencia ficticia, abstracta: Perry no conservaba ningún recuerdo de ella, ni siquiera existía una fotografía que pudiera dar testimonio de su existencia efímera (había sido atropellada por un automóvil al salir del bar en el que trabajaba). Martha se había limitado a decirle a Perry que la señorita Langdon había sido muy guapa y que yo me parecía a ella. En cuanto a mi padre, nadie había oído hablar de él.

Me resulta fácil tratar en tercera persona toda esa primera parte de mi vida. Ya que, en mi mente, es como si se tratara de otro, un chiquillo pobre que habría sido mi vecino, mi compañero de escuela, y al que habría perdido de vista poco a poco, entre los trece y los quince años. En efecto, la influencia del profesor Bowman convirtió a aquel muchacho turbulento en un ser más reposado, más serio, que se aficionó a muchas cosas que hasta entonces había ignorado por completo, la lectura, por ejemplo, y que se mostró razonablemente dotado para el estudio.

Salí de la Escuela Superior a los dieciocho años, ingresé en la Universidad y cuatro años después obtuve el diploma de técnico superior en una rama de la física nuclear. No había nada de maravilloso en ello, desde luego... Yo había sido transformado, pero no hasta el punto de convertirme en un genio, ni siquiera en lo que entre nosotros recibe el nombre de «tipo brillante». Pero era un joven que no tenía que avergonzarse de sí mismo, que podría ejercer una profesión bastante interesante y bastante bien pagada... y que, dicho sea de paso, gustaba a las chicas. Debo decir que soy alto, bien formado, deportivo, resistente, equilibrado. No hay vanidad en mis palabras: gracias a esas cualidades, en parte, fui escogido para la primera experiencia humana de salto en el tiempo. Ya que, gracias al profesor Bowman, había obtenido un empleo en el Centro. No en las secciones de investigación, desde luego... No: en lo más bajo del escalafón, como técnico que era. Pero eso me bastaba. Comprababa circuitos, controlaba flujos de energía y, en la medida en que los comprendía, podía seguir los trabajos del profesor Bowman. Era

suficientemente apasionante para hacerme aceptar la monotonía de mi tarea personal, y sucedía que algunas noches, en su casa en la que yo seguía viviendo, el profesor me hablaba de la marcha de sus investigaciones, más sin duda para tener la satisfacción de conversar acerca de ellas con unos seres de su intimidad (Claude era la otra oyente privilegiada, naturalmente) que con la esperanza de ser realmente comprendido. La idea de hacer de mí el primer cobaya humano debió tentarle desde hacía mucho tiempo, pero no me habló de ello hasta que el experimento se hubo concretado matemáticamente lo bastante como para ofrecer alguna posibilidad de realización en un lapso de tiempo previsible. Puede parecer sorprendente que al profesor Bowman se le ocurriera escoger para un experimento crítico a un joven por el que sentía afecto. Sería una gran injusticia suponer que en el proyecto había la menor ingratitud, el menor cálculo. En la mente del profesor, se trataba evidentemente de un gran honor para mí, y debo añadir también que Bowman tenía tal confianza en sus trabajos que ni por un momento se le ocurrió la idea de que un experimento en cuya preparación había pasado quince años de su vida pudiera ofrecer algún peligro.

Entre este período reciente y mi salida de la Universidad, se sitúa un hueco que prefiero no colmar: se refiere a mi estancia en el Vietnam como soldado, y supongo que comprenderéis que incluso ahora que aquella guerra ha terminado no siento el menor deseo de hablar de ella. Durante mi estancia allí, Martha murió. Padecía un cáncer y ya estaba enferma cuando me marché. Supongo que la lejanía y las circunstancias atenuaron un poco el pesar que me causó aquella pérdida. Pero debo volver al famoso experimento: si encuentro modestamente algún interés en hablar de mi persona, es con toda evidencia porque fui el sujeto del primer viaje humano en el tiempo, y más tarde comprenderéis que fui también, si así puedo decirlo, su objeto.

A principios de 1973 el profesor Bowman concibió realmente el proyecto de enviar a un hombre hacia atrás en el tiempo (concreto hacia atrás, porque el viaje al futuro no es previsible y sin duda no lo será nunca), aunque el experimento no tuvo lugar hasta el 21 de julio de 1974. Se produjo, pues, una demora de un año y medio, durante la cual el equipo hizo y rehizo sus cálculos y procedió a diversos ensayos, primero con objetos inanimados (piedras, un libro, una botella de éter, un reloj de pulsera), luego con animales (ratones, un gato, tres perros, de los cuales uno no regresó). No creáis que durante ese tiempo me sometí a alguna clase de entrenamiento: el viaje en el tiempo no requiere ninguna preparación para el viajero, y no quisiera que imaginaseis que mi situación podía presentar la menor similitud con la de los cosmonautas (puesto que los periódicos no hablan de otra cosa, estos días, que del segundo viaje hacia Marte). Yo me limitaba, además de mi tarea habitual, a asistir a los experimentos preliminares. Por la noche, Maggie, Liz, María y otras chicas llenaban suficientemente mi vida para que no me dejara dominar por el menor sentimiento de ansiedad.

En cuanto a los experimentos, si bien eran cada vez el testimonio de un indiscutible éxito para el equipo de Bowman, no ofrecían en sí mismos el menor

elemento espectacular. En realidad, para el observador exterior, ni siquiera parecía que ocurría algo, ya que todos los objetos o animales proyectados al tiempo por mediación de la «heladora» regresaban en el mismo instante en que habían partido: no parecían moverse de la cámara. (Matemáticamente hablando, se producía un leve desplazamiento temporal, pero era del orden de algunas milésimas de segundo). Al principio, pues, el verdadero problema consistía en saber a qué distancia temporal eran proyectados los objetos, y cuánto tiempo duraba su estabilización en el pasado antes de que el «efecto boomerang» los enviara de nuevo al instante de partida. Pero no tardó en comprobarse que todo dependía de la energía utilizada: una corriente débil (en términos relativos: varias decenas de millares de kilowatios) proyectaba el objeto-test a unas distancias del orden del minuto. Se le veía aparecer en la cámara antes de que lo hubieran introducido en ella, lo cual no dejaba de causar cierta impresión. En cuanto al tiempo que el test era retenido en el pasado antes de rebotar, se calcula que correspondía a una fracción de la distancia temporal recorrida: cuanto más lejos iba, más tiempo permanecía en la época-objetivo. Una simple regla de tres bastaba para determinar su relación, y la confirmación experimental se obtuvo el día que alguien tuvo la sencilla idea de enviar un reloj de pulsera.

Debo precisar que lo que se proyecta no es solamente el test, sino la propia cámara (puesto que ella es la que «almacena» la energía en forma de partículas cronóticas). Dado que el traslado se opera en la dimensión tiempo, pero no en la dimensión espacio, la cámara no experimenta ninguna alteración mientras la proyección no exceda a su existencia anterior: es decir, cuatro años. En cambio, se desdobra si está suficientemente «hinchada» de energía cronótica para poder sobrepasar la fecha de su construcción. Ahora, imaginad que la cámara sea proyectada a 1965: se materializaría en los edificios del Centro, tal vez en una pared, o en medio de un mueble cualquiera, y se produciría una explosión fantástica. Por eso los experimentos sólo pueden afectar al período de los cuatro años anteriores, o bien apuntar a una época situada más allá de 1955, es decir, cuando el Centro no existía aún, para que el punto de emergencia caiga en pleno desierto. (El aire no es un obstáculo consecuente, es insuflado inmediatamente antes de la materialización por la onda temporal que la precede). En consecuencia, la mayoría de los animales fueron enviados alrededor de los años cincuenta. En aquella fase se perdió uno de los perros, un fox-terrier llamado Nixy; se había decidido que la puerta de la cámara se abriría automáticamente para permitir a Nixy salir al exterior a dar una vuelta (había también una fumadora en el interior de la cámara, que operaba por la abertura de la puerta), y lo que pasó era previsible, en mi opinión: el perro no había regresado cuando la «heladora» rebotó. Espero que Nixy haya encontrado otro dueño, allá abajo.

Todos estos detalles pueden parecer largos, fastidiosos e inútiles; sin embargo, me parecía necesario dar una idea de los múltiples problemas materiales que plantea el viaje en el tiempo. En cuanto a la teoría científica, no esperéis de mí que levante ni siquiera una punta del velo. Ya que harían falta más páginas de cálculos que palabras

contiene este relato, y yo sería incapaz de transcribir la milésima parte de ellos. Por otra parte, tratar de reducir la teoría a unas cuantas explicaciones vanílocuas sería ir al encuentro de una de las fórmulas magistrales del profesor Bowman: «Vulgarizar es transformar; transformar es traicionar».

Por otro lado, cuando la puerta de la «heladora» se cerró detrás de mí, aquel 21 de julio a las tres de la tarde, tenía menos la impresión de participar en un importante avance en la exploración del genio humano que la de ser arrastrado a una de aquellas aventuras que había leído, debidas a la pluma de Asimov, de Anderson o de Dick. Jackson me había dicho: «No te olvides de saludar a tu bisabuelo de mi parte», y Trent me había recomendado que no perdiera el ascensor a mi regreso; el profesor Bowman no había dicho nada especial, pero le había visto frotando sus gafas con un pañuelo y lamenté sinceramente, en aquel preciso instante, que no se permitiera, también él, una chirigota. Todo se desarrollaba normalmente.

Pegué mis ojos a la lente del periscopio —ya que la «heladora» es una estancia completamente cerrada, sin ninguna ventana—, y empecé por ver la sala de mandos bajo un ángulo de leve inmersión... Luego, sin transición, la sala llena de gente y brillantemente iluminada dio paso a una semioscuridad en la que revoloteaban unas volutas cenicientas. Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de la arena levantada por la expulsión del aire en el momento en que la cámara se materializaba en el pasado: al parecer, había llegado... Abrí la puerta de la cámara y salí. La arena del desierto crujió bajo mis pies. Reinaba la oscuridad; era de noche. Avancé unos pasos y me volví a mirar la cámara; es un paralelepípedo de cuatro metros de lado, un poco menos alto que ancho, y vista así desde el exterior, en pleno desierto, tenía un aspecto realmente extraño. A continuación llevé a cabo una inspección más detallada de los alrededores, para comprobar si había algún testigo; pero, aparentemente, no había nadie. Solamente el desierto rocoso, con algunos arbustos reseco aquí y allá, y a un par de kilómetros, como una masa sombría salpicada de algunos puntos luminosos, Xville, hacia la cual me puse en marcha.

Lamento no aportar más lirismo al relato de aquellos primeros instantes, pero debo confesar que no me sentía emocionado ni exaltado: sólo un poco divertido. En ese estado de ánimo se efectuaron los primeros pasos del Hombre en el pasado.

He dicho ya que aquel salto me había transportado treinta años atrás. Es una distancia que, por motivos de potencia y de inercia, resulta imposible superar, de momento. Hubieran podido, desde luego, hacerme dar un salto de treinta años y tres meses, o de treinta años y seis meses, pero el profesor Bowman había optado por un número redondo: salido el 21 de julio de 1974, tenía que encontrarme en el 21 de julio de 1944, lo que era fácil de calcular y resultó completamente exacto. No había más que una diferencia de horas, ya que, iniciado el experimento a primera hora de la tarde, me había materializado al anochecer, lo cual, dada la época del año, debía corresponder a las ocho y media o nueve menos cuarto. He explicado también que el

tiempo de estabilización en el pasado depende de la distancia recorrida: para un salto de treinta años, podía contar con una estancia de cinco horas (exactamente, 5 horas, 3 minutos, 27 segundos) antes de que la energía cronótica potencial de la cámara se agotara y esta última rebotara a su punto de partida; era más que suficiente para llegar a la ciudad, permanecer en ella un par o tres de horas y regresar.

En 1944, Xville no era la importante aglomeración en que ahora se ha convertido, en gran parte gracias a la unidad de investigación de física nuclear instalada allí; era un pueblo de sesenta mil almas, semejante a sus innumerables hermanos dispersos por el oeste, el sur y el centro de los Estados Unidos. Había repasado la colección del periódico local del mes de julio de 1944 sin encontrar nada notable a propósito de la ciudad; tenía sesenta mil habitantes, pero no hubiese parecido menos animada si hubiera tenido sesenta... Es cierto que en aquella época la guerra se había llevado a muchos hombres jóvenes, y que numerosos paisanos trabajaban en las industrias de armamentos, ninguna de las cuales se había establecido en la región.

Penetré en aquella ciudad amodorrada, poco después de las nueve de la noche del 21 de julio de hace treinta años. Actualmente, unos suburbios anárquicos han brotado por sus cuatro costados, haciendo imprecisas sus fronteras con el desierto. Pero en aquella noche resurgida del pasado próximo, Xville conservaba aún el trazado de su fundación a principios de siglo, y las primeras casas formaban una muralla que se alzaba directamente encima de los roquedales del desierto. Los primeros recuerdos suficientemente claros que conservaba de la ciudad en el pasado —de la edad de cuatro o cinco años, supongo— no llegaban a coincidir con lo que veía. Pero es verdad que las imágenes de la infancia son unas imágenes deformadas, agrandadas, a la medida de nuestra pequeña estatura y del asombro que se experimenta entonces al descubrir el mundo.

Recorrí tres o cuatro callejuelas antes de desembocar en la arteria principal de Xville, la calle de la Nación, que divide la ciudad de este a oeste por espacio de más de un kilómetro. Geográficamente, la calle no ha cambiado. Pero, al descubrirla rejuvenecida así en treinta años, no encajaba ni con mi visión contemporánea ni con los recuerdos de mi infancia. La hora tardía y la época tenían la culpa, pero aquella calle más joven me pareció envejecida y bañada en una infinita tristeza. La mayoría de las tiendas estaban cerradas y el alumbrado público consistía en unos cuantos faroles que esparcían una claridad amarillenta y moribunda. La falta de animación era absoluta: había un número razonable de automóviles estacionados a lo largo de las aceras, pero no vi más seres vivientes que una pareja apresurada que desapareció en una calle transversal. Empecé a pensar que la Xville de 1944 distaba mucho de resultar atractiva. Súbitamente, a la altura del n° 224, descubrí una fachada iluminada. Era la de un snack-bar, que actualmente ha desaparecido. Al acercarme, traté de recordar si lo que ahora ocupaba el lugar era un drugstore o una lavandería automática, pero no logré precisar mis recuerdos. (Es una lavandería, efectivamente). Sobre el cristal del snack, una antigua inscripción pintada anunciaba: Especialidad en

hamburguesas. Empujé la puerta. La sala estaba sumida en la misma claridad amarillenta que desprendían los faroles. Me acodé en el mostrador y saludé cordialmente al barman. Me respondió con un vago «Buenas noches» y me preguntó qué deseaba. Encargué un café, no porque me apeteciera, sino porque me pareció lo más apropiado teniendo en cuenta la hora y el ambiente. Me aclaré la garganta para entablar conversación cuando el barman colocó la taza humeante delante de mí, pero se volvió con tanta rapidez que no tuve ocasión de decir una sola palabra. La ciudad, el local, el hombre, todo resultaba igualmente esquivo.

Sentados en torno a una mesa al fondo de la sala, cuatro individuos parecían enfrascados en una partida de cartas y hablaban en voz baja entre ellos. Al otro extremo del mostrador había una mujer de edad indefinida, tocada con una boina por debajo de la cual asomaban unos mechones de cabellos grises. Me miraba con una insistencia de embriagada, y me apresuré a volver la cabeza.

No había más clientes en el local. Mientras bebía mi café a pequeños sorbos, vi detrás del mostrador un calendario que me confirmó la fecha del día, así como un despertador que señalaba las 9:22. Puse mi reloj en hora y me concedí de plazo hasta medianoche antes de emprender el regreso a la cámara.

A la izquierda del mostrador, adosada al escaparate, había una pequeña vitrina con periódicos y revistas. Debajo de los comics, al lado del Turf, encontré un ejemplar del periódico local, *The Xville Chronicle*. Lo desplegué: era un número que había tenido en las manos unos días antes (quiero decir treinta años después), pero entonces el papel amarilleaba y crujía. Este ejemplar era blanco y suave. Los titulares de la primera página se referían a la guerra del Pacífico y a los éxitos de la batalla de Francia. Empezó a invadirme una leve sensación de irrealidad. Doblé de nuevo el periódico, lo deslicé en mi bolsillo, pagué y salí.

La noche de Xville era lánguida, suave, apacible. De pie en la acera, vacilé sobre la dirección a seguir. ¿Qué debe hacer un viajero temporal? Asistir al asesinato de Lincoln o al asedio de El Álamo es una cosa. Pero, ¿deambular por una ciudad completamente muerta a las nueve y media de la noche? En el momento en que me entregaba a aquellas reflexiones decepcionadas percibí un taconeo sobre la acera de madera. En la semioscuridad, una mujer joven, o una muchacha, avanzaba hacia mí, andando con rapidez. Cuando pasó a mi altura, le dirigí un maquinal «Buenas noches...». Ella volvió la cabeza, se paró durante una fracción de segundo y reanudó su rápida marcha: lo que cualquier muchacha habría hecho. Pero yo había tenido tiempo de mirarla, y lo que había visto me impulsó a correr detrás de ella. Creo haber dicho que soy un hombre que tiene la costumbre de aprovechar al máximo lo que el sexo opuesto está dispuesto a poner a su disposición, y mi situación poco ortodoxa no afectaba para nada a lo que estoy obligado a considerar como un instinto profundamente arraigado en mí.

La alcancé unos metros más lejos y acomodé mi paso al suyo.

—Disculpe, señorita, no quisiera que pensara que tengo la intención de molestarla

—le dije de un tirón—, pero estoy de paso en esta ciudad y encuentro el lugar desesperadamente siniestro... ¿No hay ningún lugar donde sea posible tomar una copa en un ambiente que resulte un poco más alegre?

Entrecrucé dos dedos detrás de mi espalda. La muchacha me miró más francamente. No parecía asustada, pero su aire serio y triste me impresionó.

—¿Es usted forastero? —me preguntó.

—Sí.

—Bueno, si quiere divertirse —dijo ella—, puede ir al Paris-Bar; está en aquella dirección, hacia la salida de la ciudad...

Le pregunté qué era aquel Paris-Bar.

—Una *boîte* —respondió, sin más precisiones.

Para tranquilizarla, dejé oír una risa a la que traté de infundir franqueza y cordialidad, y le dije que ignoraba lo que ella entendía exactamente por divertirse, pero que si era lo que yo creía, desde luego que no: yo no tenía ganas de «divertirme», sino sencillamente de tomar una copa.

Ella sonrió con la comisura de los labios y me dijo que no podía orientarme...

Su aire ausente, vacío, me impresionó más aún que la primera vez que la había mirado. Era una muchacha muy hermosa, alta, con un rostro de corte clásico y unos cabellos rojizos que llevaba muy largos, ondulados, a la moda de la época, como Rita Hayworth o Eleanor Parker en las películas antiguas. Pero aquel toque, que para mí era anacrónico —lo mismo que su falda oscura que descendía hasta media pantorrilla—, la hacía más atractiva. La había abordado por una especie de automatismo, y ciertamente tanto para hablar con alguien de 1944 como porque era una chica guapa; pero ahora me parecía sumamente importante saber algo más acerca de ella, conocer lo que se ocultaba detrás de sus ojos tristes.

—Y en el cine, ¿hay algo bueno esta noche? —inquirí.

—*El Halcón Maltés*, creo —me respondió—. Pero ahora es demasiado tarde, de todos modos.

Le pregunté si le gustaba Bogart y se encogió ligeramente de hombros, diciendo:

—Sí, no está mal.

Iba a decirle que había sido un buen actor, pero me contuve a tiempo.

—Es un buen actor —rectifiqué.

Recorrimos una veintena de metros en silencio, y luego le pregunté si se dirigía a algún lugar determinado.

—Vuelvo a casa —dijo sencillamente.

—Bueno, si me lo permite —dije—, la acompañaré hasta la puerta.

Ella respondió que yo era muy amable, lo cual me sorprendió y me produjo un raro placer. Recorrimos una serie de callejuelas situadas al sudeste de la ciudad, en aquellos barrios pobres que me resultaban a la vez familiares y extraños. Unos años más tarde, el pequeño Perry Langdon jugaría a indios en estas callejuelas y quizás se cruzaría sin mirarla con aquella joven alta y guapa de ojos llenos de nostalgia.

Intercambiamos algunas banalidades, incluso la hice reír en un momento determinado con una humorada cualquiera, y luego se detuvo delante de una puerta vidriera cuyos cristales estaban cubiertos con una cortinilla a cuadros blancos y rojos.

—Es aquí —dijo ella.

Aparté los brazos en un gesto fatalista.

—Bien... —empecé, tratando de imaginar algo inteligente para retenerla.

Pero ella me interrumpió para decirme que su casera había salido aquella noche y que, si lo deseaba, podía subir un momento a su cuarto.

Pensé que era algo maravilloso, pero disimulé mi entusiasmo y me limité a decirle que era muy amable por su parte y que aceptaba la invitación.

Mientras ella hurgaba en su bolso para sacar la llave, rocé su hombro con mi mano. Abrió la puerta y la seguí por un angosto pasillo, luego por una escalera de madera que conducía a otro pasillo, al cual se abrían tres puertas. La joven abrió una de ellas, encendió la luz, me invitó a pasar y volvió a cerrar la puerta detrás de nosotros. Era una pequeña habitación modestamente amueblada y con un mínimo de objetos personales, la habitación de alguien que está muy lejos de nadar en oro y que ha desembarcado allí con un pobre equipaje. Había una cama con un almohadón y una muñeca que llevaba un vestido de crinolina, una cómoda con unos cuantos libros, un marco con una fotografía, dos sillas... y eso era todo.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en Xville? —le pregunté.

Me dijo que sólo llevaba aquí unos meses, y luego sugirió que podía preparar un poco de café. Acepté y, mientras ella se afanaba delante de un infiernillo de alcohol colocado sobre una mesita delante de la ventana, me acerqué a la cómoda y contemplé la fotografía encerrada en el marco. Era el retrato de un joven moreno, guapo, con un bigotito a lo Errol Flynn.

—¿Su prometido? —pregunté, al ver que ella me miraba. Inclino los ojos sin contestar—. Tal vez está en la guerra... —añadí, con una hipócrita insistencia.

—No tiene importancia —murmuró ella con fingida indiferencia, volviéndose para vigilar su café.

Luego me preguntó si yo no era soldado. Le expliqué, mintiendo lo menos posible, que no era exactamente soldado, pero que estaba movilizado en un centro de investigación que experimentaba unas armas inútiles y que mi presencia en Xville aquella noche formaba parte precisamente de una especie de misión que me había sido encomendada. Eliuladeó ligeramente la cabeza y se acercó con una taza de café. Alargué los brazos para cogerla y en aquel movimiento, toqué su mano que sostenía el platillo. Permanecimos varios segundos así, mis dos manos envolviendo la suya. Nos miramos, y sus ojos no parpadearon. Luego tomé suavemente la taza de sus dedos y la deposité sobre la cómoda. Un segundo más tarde ella estaba en mis brazos y yo la besaba. Al principio se mostró reticente, pero no tardó en abandonarse. Fue un beso prolongado y tierno. Después, ella apoyó la cabeza en mi hombro y la oí suspirar. Con la boca en sus cabellos, le murmuré que no había motivo para exhibir

aquella tristeza. No contestó, pero su mano se crispó lentamente sobre mi brazo.

No es preciso describir la continuación. Ya he dado a entender que han pasado muchas mujeres por mi vida: algunas con la rapidez de un meteoro. Pero, al salir del amor que me dio aquella desconocida encontrada al azar de una irrupción en el pasado, me sentí colmado y feliz como rara vez lo había sido. No se trataba únicamente de lo que se llama el acuerdo físico; era algo más profundo, pero también más inexpresable. No había intercambiado más de veinte frases con ella y, sin embargo... Pero no poseo el arte de la introspección que me permitiría definir mejor mis sentimientos. Por otra parte, estoy convencido de que me comprendéis. Y mientras estábamos allí, sumidos en el fondo de la ola que sucede a las caricias, acostados en la cama de la que había sido expulsada la muñeca del vestido de crinolina, ella desnuda, yo que había conservado puestos mi camisa y mis calcetines, le dije de repente:

—Pero, ¿te das cuenta? Ni siquiera sé tu nombre...

—Me llamo Magda —me dijo ella.

—Y yo, Perry. Encantado, Magda.

—Encantada, Perry...

La besé en lo alto de la mejilla y retrocedí un poco para verla mejor. Era asombrosamente bella. Alargué el brazo izquierdo para acariciar sus cabellos, y en el curso de aquel movimiento mis ojos cayeron sobre mi reloj de pulsera. Dejé mi gesto en suspenso, el tiempo que tardó en instalarse el horror con su tranquila seguridad, o, más que el horror, una ácida irrisión.

Eran las doce menos cinco. ¡Oh! No había perdido el ascensor... De acuerdo con la hora aproximada de mi llegada, el efecto boomerang no se produciría antes de una hora y cuarto, una hora y media. Pero tenía que darme prisa. Tenía que marcharme, abandonar aquella tibia habitación, abandonar el amor, abandonar a Magda... inmediatamente. Y para siempre. Ella había observado mi gesto, mi expresión, y me dijo en un susurro:

—Tienes que marcharte, ¿verdad?

—Estoy desolado, Magda —murmuré—. Pero ya te hablé de mi misión... Sí, tengo que marcharme. Me he retrasado ya.

Me levanté y me vestí apresuradamente. Ella permaneció semirecostada en la cama y me contempló con su leve sonrisa triste, la misma que me había atraído hacia ella, que ella había olvidado por espacio de dos horas y que ahora renacía en sus labios, con toda naturalidad, como si nunca los hubiese abandonado.

—No te preocupes —dijo Magda—. Al fin y al cabo, no me has prometido nada...

No pude añadir nada. Algo había bloqueado mi garganta. Me incliné hacia ella y vi que dos hilos de lágrimas habían brotado de sus ojos y se redondeaban sobre sus mejillas con una perfecta simetría.

Intercambiamos un rápido beso y me dirigí hacia la puerta. En el momento en que

la abría, ella me dijo:

—No volverás.

No era una pregunta, sino una afirmación. Me pareció que gritaba al contestar:

—¡Si puedo, volveré, Magda, te lo juro!

Y sé que en aquel momento era casi sincero.

Luego me precipité al pasillo, bajé la escalera, salí a la calle como un ladrón, y como un ladrón corrí a través de las oscuras callejuelas de la ciudad dormida, y crucé a grandes zancadas los roquedales del desierto, como un ladrón, como un malhechor. Penetré en la cámara y cerré de golpe la puerta metálica que me enclaustraba en el presente.

Había llegado temprano: esperé tres cuartos de hora antes de que una leve oscilación me señalara mi transporte temporal. Me puse en pie (estaba sentado sobre mis talones contra la pared), pegué mis ojos al periscopio y abrí la puerta. La luz blanca e intensa de la sala me hizo parpadear. Oí que Jackson me decía que no me había retrasado; luego Hataway exclamó:

—¡Miradle! ¡Diríase que ha visto un fantasma!

Comprendí que mi aspecto debía parecer anormal, y traté de componer una expresión más serena. Alfred Bowman estaba ya junto a mí, preguntándome si todo había ido bien. Contesté afirmativamente.

—Entonces, ¿qué es lo que has hecho? —inquirió una voz.

Un momento después me abrumaban a preguntas, a las cuales me esforcé en contestar sin aludir para nada a mi encuentro con Madga. Obtuve mi mayor éxito cuando saqué de mi bolsillo el periódico completamente nuevo con fecha del 21 de julio de 1944. Finalmente, el tumulto se apaciguó, y Bowman me autorizó a disponer del resto de la tarde. Ya que no hay que olvidar que, a pesar de haber vivido cinco horas nocturnas en 1944, había regresado a la misma hora de mi partida, es decir, a las tres en punto de la tarde. Eran casi las cuatro cuando salí del Centro. Tomé mi automóvil y me dirigí directamente... ¿sabéis adonde? Hacia la calle en la que vivía Magda... Magda, de la que acababa de separarme. No pretendo haber alimentado la esperanza de volver a encontrarla, ni siquiera de encontrar su rastro. Ella habría tenido ahora más de cincuenta años, ¿comprendéis? Pero obedecía a un impulso físico contra el cual me era imposible luchar. El recuerdo de Magda estaba aún pegado a mi piel, conservaba aún en las manos el olor de Magda, estaba aún caliente del amor de Magda. Sólo que no me había separado de ella dos horas antes; la había abandonado hacía treinta años. Ya sabéis cómo, en vuestra propia ciudad, los barrios cambian sin que os deis cuenta, las calles se reforman, las casas surgen, hasta el punto de que no sois capaces de reconocerlos. Y yo no había estado en aquel barrio desde hacía diez años, como mínimo. La calle de Magda se había ahogado en una ancha arteria, las casas de uno o dos pisos habían desaparecido para ceder el puesto a unos bloques de inmuebles todos iguales, de ladrillo rojo, con una delgada cinta de césped a su alrededor. Había parado mi automóvil junto a una acera y, al mirar sin

verlos aquellos espantosos dados color sangre de buey, me dije que estaba loco, que era inútil correr detrás de una sombra, aunque fuera una sombra querida. Las sombras no dejan nunca rastro. Puse el motor en marcha y me dirigí a mi casa. Hablé un momento con Claude, hurgué en la nevera para tomar unos bocadillos y una cerveza, porque tenía hambre, y sed, y luego subí a mi cuarto, comí y me acosté.

Después, la vida continuó su curso, como antes. Al día siguiente se celebró una conferencia para todo el personal del Centro, y tuve que contar una vez más mi versión expurgada de aquel reconocimiento en el pasado. A continuación tomó la palabra el profesor Bowman para referirse al callejón sin salida en que se encontraba la práctica de la exploración temporal. Si bien los éxitos iniciales habían sido espectaculares, el hecho de no poder sobrepasar los treinta años, a menos de disponer de una fuente de energía más poderosa que la energía nuclear, convertía en ilusoria, al menos a corto plazo, la esperanza de otras hazañas. En consecuencia, los experimentos quedarían momentáneamente interrumpidos. Si yo había mantenido vagas esperanzas de volver a encontrar a Magda, las palabras del profesor ponían fin a ellas de un modo concreto. Reanudé, pues, mi vida normal, pasando varias noches a la semana con una guapa morena llamada Julia, dado que es muy posible pensar en una muchacha y acostarse con otra.

Hace ocho días, al terminar mi jornada de trabajo, el guardián me avisó al pasar: un hombre había preguntado por mí y me esperaba delante de la puerta. Le di las gracias y encontré efectivamente al final de la escalera a un individuo de edad madura que me preguntó, quitándose el sombrero, si tenía el placer de hablar con Mr. Perry Langdon. Contesté afirmativamente y le pregunté a mi vez qué podía hacer por él. Era un personaje vulgar, de rostro arrugado y cabellos grises, que debía rondar los sesenta años. Nunca le había visto.

—Me llamo Arthur McKenzie —se presentó—, y da la casualidad de que conocí a su madre, hace muchos años...

—¡Oh! —exclamé—. ¿Es usted amigo de Martha?

Por un instante, pareció desconcertado.

—¿De Martha? Pero, yo... —Permaneció unos segundos silencioso, y luego añadió—: Desde luego, se refiere usted a la mujer que le recogió... No, no, yo hablo de su verdadera madre: Virginia Langdon.

Quedé sorprendido a mi vez. Le dije que me asombraba el hecho de que alguien se acordara de Virginia Langdon, y sobre todo de que hubiese podido llegar hasta mí.

—No hay ningún misterio —dijo McKenzie—. Verá usted, en el momento de su nacimiento, yo no estaba en los Estados Unidos. Pero me carteaba con su madre y me enteré... Y luego Virginia murió y... Ya sabe, la vida. No había vuelto a poner los pies en Xville hasta hoy. Cuando conocí a Virginia, vivíamos en el Norte. En resumen, represento a una marca de máquinas de escribir, y esta tarde, hablando con un cliente, he sabido por casualidad que el hijo de Virginia continuaba viviendo aquí y trabajaba en la unidad de investigación... Me he dicho: ¿Por qué no te das una

vuelta por allí, y...? Simple curiosidad por mi parte, ¿comprende?

Miré a McKenzie con atención. El hombre parecía turbado y se dirigía a mí con mucha confusión. De repente me pregunté si no se trataba de mi padre desconocido, que intentaba un tardío peregrinar a las fuentes. Pero no podía formularle la pregunta a quemarropa. Él me había precisado que no se encontraba en los Estados Unidos cuando yo nací, pero eso no quería decir nada. Súbitamente experimenté el deseo de sondear un poco más al personaje. Le dije que había sido muy amable al tomarse la molestia de venir a verme, y le propuse que me acompañara a la ciudad, donde podríamos ir a tomar una copa. Me respondió que era imposible: tenía que llegar aquella misma noche a la ciudad vecina, situada a cien kilómetros de Xville; era importante, ya que se trataba de una nueva gira. Le dije que lo lamentaba, y nos encaminamos en silencio hacia el parking. Por el camino, le ofrecí un cigarrillo que él aceptó, y me decidí a dar el gran salto:

—Perdone si soy indiscreto, Mr. McKenzie, pero, puesto que conoció usted tan bien a mi madre, ¿no conoció por casualidad a mi padre?

McKenzie se inmovilizó, sacudió la cabeza y, en un gesto de brusca familiaridad, me cogió por el brazo antes de que reanudásemos nuestro camino.

—Lo siento —me dijo al cabo de un momento—, pero no sé nada de su padre. Virginia no le mencionó nunca en las cartas que me escribió. Ya sabe lo que pasa con cierta clase de individuos...

Asentí con un gruñido, notando que se me encogía súbitamente el corazón al pensar en Magda. Miré de reojo a mi compañero; era un anciano bajito y pulcro, con un rostro triste y concentrado. Era sincero conmigo; y de pronto le imaginé como un antiguo galán rechazado. Pero quizás no era más que lo que pretendía ser: un viejo amigo de Virginia. Permanecí un momento con él delante de su automóvil y, consciente de haber podido parecer demasiado seco o demasiado indiferente, le dije:

—Me alegro de veras de haberle conocido. Siento no poder decirle nada acerca de Virginia, ya que yo era un niño cuando murió, y no conservo ningún recuerdo de ella... Ni siquiera tengo una fotografía suya.

—¿De veras? —dijo McKenzie, que se había instalado ya al volante—. Escuche, creo que yo conservo algunas. Puedo enviarle una, si lo desea.

Contesté que sería una buena idea y garabateé mis señas en un pedazo de papel que le entrega. Nos estrechamos la mano cordialmente y nos separamos.

Había casi olvidado aquel encuentro cuando anteayer, al entrar en mi cuarto, percibí en medio de mi correspondencia un sobre de color beige y de un formato algo superior al normal. Lo abrí, y encontré una breve carta de McKenzie acompañada de la fotografía prometida. Estaba al revés cuando la saqué del sobre y, antes de volverla, leí la inscripción que figuraba en el reverso, un nombre y una fecha escritos con tinta negra un poco evaporada.

Decía:

*Virginia-Magdalena Langdon,  
septiembre de 1943*

Volví la foto y pasó mucho rato antes de que pudiera apartar mis ojos de ella. Era un retrato de estudio, un primer plano muy claro con una iluminación cuidadosamente trabajada. Era mi madre. Y era también la muchacha a la que había amado, una noche de julio de 1944. Virginia-Magdalena: Magda...

No hay por qué reír. No hay tampoco por qué llorar, ni por qué dar cabezazos contra las paredes y volverse loco. Ya que, lo comprendí casi inmediatamente, era mi madre, y yo era también mi propio padre. Todo coincide: yo nací el 12 de abril de 1945. Lo cual representa, con una diferencia de ocho días, nueve meses después del 21 de julio de 1944. Desde luego, podéis pensar que si Virginia-Magdalena me había acogido tan fácilmente en su cama, es porque ella no se mostraba avara sin duda de sus encantos; lo que equivale a decir que yo podría ser hijo de cualquier ciudadano de Xville... Pero, debido a aquel acuerdo especial que había reinado entre nosotros, debido a aquel impulso espontáneo que la había echado en mis brazos, tengo la debilidad de creer que fui yo quien... Por otra parte, existe nuestro parecido, en el cual no me había fijado hasta ahora, pero que en este momento me impresiona: Magda era alta y tenía los cabellos rojizos; yo soy alto y mis cabellos tienen el mismo color; y tenemos los mismos ojos, la misma nariz, la misma boca... ¿De qué genes soy producto, eh? Y además me llamo Perry. ¿No es lógico que Virginia-Magdalena diera a su hijo el nombre de pila de un padre desaparecido sin esperanza de retorno?

He aquí toda la historia: toda la paradoja.

Desde luego, desde hace dos días, he agitado en mi cerebro montones de proyectos descabellados relacionados con Magda. Podría pedirle a Bowman que me reproyectara en el tiempo; entonces podría quedarme en 1944 y vivir con Magda, o traerla aquí... lo cual le evitaría además un final prematuro. Pero ¿y el niño que ella llevaría en sus entrañas... y que sería yo? ¿Pueden existir dos Perry Langdon? ¿Puede volver a encontrarse uno a sí mismo? O bien podría trasladarme al pasado un poco antes del 21 de julio de 1944, y arreglármelas para que Magda no quedara embarazada... Pero, si no soy concebido, no existiré ahora... No, ya lo veo, no hay ninguna salida. Todo eso son falsos problemas. El único problema, el verdadero problema, es: ¿cambia uno realmente lo que es?

Al reflexionar en ello, mi propio caso, como ya he dicho, queda sobrepasado por todas las implicaciones que de él se derivan. ¿Acaso viajando en el tiempo se interviene en el pasado, se le cambia? Uno cree hacerlo, pero... ¿acaso la estructura del pasado no tiene ya en cuenta las modificaciones impresas en su curso por hipotéticos viajeros temporales? En el futuro, alguien contestará, quizás. En lo que a mi respecta, he tomado una decisión: no diré nada a nadie. Ni a Bowman, ni a McKenzie, desde luego. (En realidad, ¿era él el joven del bigote de la fotografía? Pero, ¿qué importa eso, ahora?).

Me acostumbraré perfectamente a ser el puro producto de una paradoja. Y, de hecho, me preocupa muy poco su significado profundo. Sin duda porque, más que la consciencia de misterio abriéndose sobre unas hipótesis infinitas, lo que permanece más presente para mí de aquella aventura es el recuerdo muy reciente de una muchacha a la que amé, a la que creo amar todavía, y que permanecerá por siempre inaccesible.

# Conflicto de leyes

Claude F. Cheinisse

*El siglo XX había sido testigo de la aparición de los ordenadores. Y de todas las tonterías que los hombres habían dicho a cuenta de los ordenadores. «Máquinas pensantes», «cerebros electrónicos», «supercerebros»... Los cronistas científicos exageraban la nota. Del hecho de que un 1440 pudiera jugar una partida de ajedrez simplificada, o de que un 360-30 pudiera identificar al autor de un texto por un extracto de algunas líneas, el profano extraía conclusiones algo apresuradas, atribuyendo a aquellas simples herramientas, algo más elaboradas que la lima para uñas o la pinza universal, pero al fin y al cabo herramientas, una característica esencialmente humana: la libertad de decisión.*

*Ni siquiera la aparición progresiva, para aquellas máquinas, de la libertad de escoger entre los diversos medios posibles de resolver un problema determinado, modificó aquella diferencia fundamental entre la máquina y el hombre.*

*En el siglo siguiente, la miniaturización cada vez más en auge, la disminución de los precios de coste de la electrónica, la necesidad de realizar trabajos de todas clases en un entorno hostil al hombre surgida a raíz de las exploraciones planetarias, condujeron a la realización de un viejo sueño de la humanidad: el robot.*

*En un momento de entusiasmo y de homenaje a Karel Capek, creador del nombre, la parte electrónica del primero de los robots fue bautizada Carel: calculador electrónico de reacciones elaboradas libres. Pero esa libertad no era más que relativa, pudiendo definirse como la libertad que posee toda herramienta de obedecer a la voluntad del que la utiliza.*

*Herramienta simple, el martillo no está equipado con ningún dispositivo que evite el golpearse los dedos. Herramienta más elaborada, la máquina de triturar papel interrumpe su movimiento descendente si el obrero negligente ha dejado arrastrar una o dos manos en la superficie sobre la que operan las cuchillas. Herramienta muy elaborada, Carel (o, mejor dicho, el mecanismo muy vagamente antropomórfico animado por Carel) incluía numerosos dispositivos destinados al mismo fin: evitar que el hombre se golpeará los dedos con su nuevo juguete.*

*Las más importantes de esas seguridades hablan sido formuladas en leyes en 1940, por un científico muy avanzado sobre su época, Isaac Asimov, a quien está dedicado este relato.*

*Pero:*

- 1) No se puede pensar en todo...*
- 2) El que quiere hacer las cosas demasiado bien...*

La estancia en Procyon III no tenía nada de paradisíaca, al menos para los humanos; ya que los indígenas, de ciclos vitales basados en reacciones silicio-flúor, tomaban baños de ácido fluorhídrico y se quedaban tan frescos. Pero esta es otra historia.

Amables y acogedores, por lo demás, aquellos indígenas, con un nivel de desarrollo del orden del de los terráqueos hacia 1920. Después de la elaboración por radio de un código que permitía la comprensión mutua, habían aceptado el desembarco de los terráqueos y la instalación de una base: una burbuja hermética, blindada, anclada a la roca para resistir los huracanes de flúor, cerrada de nuevo cálidamente sobre una atmósfera de oxígeno.

A través de los cristales dobles, aptos para resistir por un lado la causticidad del oxígeno, y por otro la del flúor, con una capa de un gas inerte entre las dos hojas, los procynianos venían a veces a contemplar con una curiosidad amistosa a los horribles monstruos que respiraban oxígeno y bebían sesquióxido de hidrógeno. Unos monstruos que llevaban la monstruosidad hasta el punto de llamar «agua» a su sesquióxido de hidrógeno... Pero esta es otra historia.

De momento, en la base que, a pesar de su anclaje, temblaba bajo las furiosas ráfagas de flúor, había tres terráqueos muy aburridos. Los dos primeros eran unos monstruos bebedores de sesquióxido de hidrógeno (a menudo con un poco de etanol dentro: vodka para Boris Mujinski, coronel-médico del Ejército Rojo, biólogo y psicólogo de la expedición; whisky para el norteamericano Peter Howard, geólogo, minerólogo y químico). El tercero, también terráqueo, se llamaba Carel 178, y era el que se sentía más fastidiado. Porque con ese agudo sentido de su responsabilidad que poseen los Carel, se consideraba como el origen de las dificultades. Lo que no era del todo falso, aunque no tuviera que ver nada personalmente con él.

La víspera, Peter había gruñido:

—No me encuentro bien. Me duele el vientre.

Entonces, Boris había vuelto hacia Carel un dedo acusador y le había ordenado:

—Carel, recítame la Primera Ley de los robots.

La «terminal» vagamente antropomorfa que albergaba a Carel no estaba construida para exhibir expresiones faciales; en cambio, el registro de las voces era rico. En consecuencia, con una voz-sorpresa, en el tono de lástima que se adopta para dirigirse a un chiquillo insoportable, pero con su «rostro» de siempre, Carel había contestado:

*Primera Ley: un robot no puede causar daño a un ser humano ni, permaneciendo pasivo, dejar a ese ser humano expuesto al peligro.*

Buen muchacho, el tal Carel, aunque bastante impermeable al sentido del humor (posteriormente, la cosa ha mejorado). Cuando el médico ruso había añadido:

—Entonces, Carel, has faltado a la Primera Ley...

Carel había emitido un extraño zumbido antes de contestar estúpidamente:

—¿Cómo?

Enorme risa de Boris:

—Sirviendo a mediodía una horrible comida norteamericana: hamburguesas con salsa de tomate. Resultado: ¡a Peter le duele la barriga!

Peter sonrió, a pesar de su malestar: era todavía un simple malestar. Ninguno de los dos hombres era especialista en robótica, ninguno se daba cuenta de la enormidad de lo que acababa de decirse. Ya que, para un robot, *nada* es más importante que la Primera Ley. Todo el mundo debería saberlo antes de permitirse unas bromas estúpidas.

Bromas que pueden acarrear la destrucción del costoso cerebro de un Carel, y salvar una vida humana. No, esta no es otra historia.

Carel no estaba equipado para palidecer, pero su voz era pálida al contestar:

—¿Cree usted, doctor, que mi comida ha perjudicado a Peter?

Demasiado absorto para contestar, Boris había hecho tender ya al norteamericano, palpaba su vientre con atención, hacía una mueca, exclamaba:

—¡Nada de operación de apéndice antes de emprender un viaje al espacio!  
¡Imprevisión!

Doce horas más tarde, el diagnóstico quedaba confirmado, así como la necesidad de operar, y aprisa. Y surgía el drama, tramado en una serie de órdenes formuladas a Carel: en primer lugar, la de despejar la larga mesa destinada a las comidas así como al trabajo. Luego (en aquel momento, Boris hacía girar entre sus manos poderosas una ampolla de disolvente para diluir el pentotal):

—¡Carel! ¡Vete a la reserva, colócate un par de brazos nuevos y esterilízalos con el soplete!

Obediencia incondicional (los Carel no están previstos para discutir las órdenes). Cuando Carel regresó al comedor, manteniendo cuidadosamente en el aire y fuera de todo contacto su par de brazos nuevos y esterilizados, Peter estaba tendido sobre una sábana limpia y Boris desempaquetaba el contenido esterilizado de un maletín de instrumentos. Dormido ya, el norteamericano soplaba suavemente, a través de una mascarilla, en un pequeño balón negro. De pie a un lado de la mesa, Boris ordenó:

—Tú... en frente de mí.

Deslizándose lentamente hacia el lugar asignado, el robot, que alimentaba la misma idea desde la víspera, inquirió:

—¿Cree usted, doctor, que fue mi comida la que...?

Desde luego, una apendectomía está al alcance de cualquier estudiante de medicina, y Boris ya había realizado algunas. Pero era médico y no cirujano: en consecuencia, experimentaba cierta ansiedad y el momento no era el más a propósito para calmar las inquietudes de un robot. Afortunadamente. Ni siquiera contestó. Terminó de ponerse los guantes (pensando lo práctico que sería poder cambiar de brazos y esterilizarlos con el soplete), empuñó firmemente un bisturí y tendió una

pinza a Carel, diciendo:

—Después de la incisión, cuando sangre un vaso, me darás la pinza, cogerás el catgut y harás el nudo tal como te diré.

Luego tomó las medidas para la incisión.

¡Y, brutalmente, el drama! Carel retrocedió un paso y declaró con voz enloquecida (sí, una voz enloquecida formaba parte de sus circuitos):

—¡No puedo!

Boris aulló:

—¿Qué?

—No puedo, y ni siquiera puedo permitir que siga usted adelante con esto...

Primera Ley: un robot no puede causar daño a un ser humano...

Imposible hacerle cambiar de opinión. Lo único que pudo hacer Boris fue proferir una interminable sarta de maldiciones en ruso, despertar a Peter y buscar una solución.

Las doce. En la burbuja, tres terráqueos fastidiados: un médico, un enfermo al que había que operar urgentemente y un robot (el más fastidiado de los tres) que *no puede* ayudar a abrir el vientre de un ser humano, que *no puede* tolerar que otro lo haga.

Había suspirado:

—Si, por lo menos, no me hubiese dicho usted nada... Habría salido a tomar el aire —bueno, a tomar el flúor— y, a mi regreso, me hubiera encontrado ante el hecho consumado...

Peter, tendido sobre un catre, gruñe de dolor de cuando en cuando y reflexiona desesperadamente. Sentados a una y otra parte de la mesa, Boris y Carel enumeran todas las hipótesis posibles, por vigésima vez, y las rechazan.

¿Hacer salir a Carel? Imposible: ahora que está enterado, el primero de sus deberes, el más importante, dictado por la Primera Ley, es el de quedarse para impedir que se atente contra la integridad de la pared abdominal de Peter.

¿Evacuar a Peter? La base más próxima se encuentra a once días de viaje. No sobreviviría a esa demora.

¿Que Carel se ponga fuera de servicio? Imposible: es el único que puede salir a la atmósfera de flúor, para cuidar de los generadores, situados debajo de la estación. Si deja de funcionar, los dos hombres morirán.

Por vigésima vez, Carel gime:

—Si, por lo menos, no me hubiese dicho usted nada...

Boris intenta lo imposible: dar una orden en un tono lo bastante fuerte como para que su nivel de aceptación por el robot supere al profundamente implantado de la Primera Ley.

Le grita al robot:

—¡De pie! ¡Te *ordeno* que me dejes operar a Peter!

Negativo. Carel se encogería de hombros, si pudiera hacerlo. La Primera Ley es

la más fuerte. Lo dice. En una larga parrafada, Peter le dice dónde puede meterse la Primera Ley: lo cual es ilógico, porque Carel no dispone de los orificios adecuados y, por otra parte, una ley no se mete allí. Loco de dolor y de miedo, Peter le interrumpe:

—¡Y no contestes estúpidamente de esa manera lógica, tomando siempre al pie de la letra lo que te dicen! ¡Si pillara a ese Asimov!

Cada vez más obstinado, con una voz cada vez más desdichada, Carel no puede evitar contestar, puesto que sus circuitos son unos circuitos lógicos:

—Nunca pillaré a Asimov; hace doscientos veintisiete años que murió.

Boris empuña un taburete, lo balancea hacia atrás y lo proyecta hacia Carel en un terrible molinete. Un brazo de acero interrumpe el movimiento. No tanto a causa de la Tercera Ley (*Un robot debe proteger su existencia, en la medida, en que esta Ley no esté en contradicción con las anteriores*) como de la Primera: si se deja destruir, los dos hombres morirán.

Boris vuelve a sentarse, vencido, y gruñe:

—¡Maldito Asimov! ¡Un norteamericano, naturalmente!

Peter se yergue y exclama con desdén:

—¡Un judío!

Carel añade:

—¡Oh! Un humano, sencillamente. ¡Por eso sus leyes son tan imperfectas! Además, les ruego que retiren lo que acaban de decir: mis circuitos no me permiten tolerar el antisemitismo...

Un poco avergonzado, Peter asiente:

—Bueno, bueno, no he dicho nada. Pero, con tu cochina Primera Ley, ¿qué harías para no tolerarlo? ¿Romperme el cuello?

Virtuosamente, Carel contesta:

—Elevaría una enérgica protesta verbal.

El ingeniero que programó su sentido moral era de izquierdas.

Se dan vueltas y más vueltas, en sentido literal y figurado. Boris y el robot se cruzan en torno a la mesa. De cuando en cuando, una hipótesis ya emitida es reasumida, reexaminada, rechazada.

La desesperación va en aumento.

Carel elige aquel momento para inquirir, con voz aflautada:

—¿Sigue usted creyendo, Boris, que está enfermo por culpa de mi comida?

Boris contesta con una sarta de maldiciones.

Desde su catre, Peter le dice al robot:

—¿Dónde dejas la segunda parte de la Primera Ley: *Ni, permaneciendo pasivo, dejar a ese ser humano expuesto al peligro?*

Carel asume una voz entristecida para contestar:

—Crea un potencial de acción inferior al de la primera parte. Pero es indiscutible que esta situación crea un conflicto que tendrá que ser resuelto lo antes posible por

medio de una entrevista con un robosicólogo y tal vez incluso de una reprogramación parcial.

Una pausa. Pensativo, Carel añade:

—Hay conflicto, conflicto, conflicto. Conflicto de leyes. Esto no es bueno, no es bueno, no es bueno para mí.

Una pausa. El robot canturrea ahora con voz infantil:

—No es bueno, no es bueno, no es bueno. Voy a ocuparme de los generadores. Estaré fuera un par de horas —Y, tendiendo un «brazo» hacia Boris, añade—: ¡Sea usted juicioso, durante mi ausencia!

Dos horas después, naturalmente, Peter estaba operado y salvado. El robot no hizo ningún comentario. Ahora hablaba con una extraña voz infantil, y algunos de sus circuitos lógicos parecían seriamente afectados.

Cuando se produjo el relevo, recibió la orden de regresar con los dos hombres. En la astronave le esperaban un robosicólogo y un programador, que se hicieron cargo de él.

Mucho más tarde, los dos especialistas acudieron al bar a tomar unas copas con Boris y Peter. El psicólogo dijo:

—Es curioso: el robot enloqueció mucho más aprisa de lo que cabía esperar; normalmente, hubiera tenido que resistir un día más y, naturalmente, esa demora no habría mejorado el estado del paciente. Si no les conociera a ustedes, juraría que estaba ya volviéndose loco, por culpa de ustedes, antes del conflicto. Como si, *antes* de los hechos, le hubieran reprochado que había violado la Primera Ley...

# El hilo de Ariadna

Georges Gheorghiu

El tiempo de la larga ausencia se agota, oímos aquí sus últimos jadeos, respiramos por última vez el maléfico aliento de su agonía. Pronto se abrirán las minúsculas falanges de las primeras yemas, habrá algo embalsamado en el aire, pero no os confundáis: embalsamado, en las dos acepciones del vocablo.

La gran rueda de las eras, que fija nuestros movimientos en el espacio y el tiempo, tan semejantes a los de nuestros padres, acaba de completar su rotación. Unos días, unas semanas más, y será un hecho. Los modestos empleados y las grandes damas, todo lo que la Ciudad tiene de notabilidades y de oscuro polvo humano, acudirá a las murallas para escrutar el mar. El guerrero solitario empuñará un portavoz, anunciará: «¡Ahí está!». Y la multitud tenderá unas miradas hambrientas hacia el horizonte.

Sí, he aquí que se agota el tiempo de la larga espera.

Catorce madres se estremecerán a la vez de angustia y de alegría. Trece de ellas se desgarrarán el rostro con sus uñas, trece de ellas gritarán como si, de nuevo, fueran de parto, y los transeúntes que oirán esos gritos, que verán sus rostros, volverán la cabeza, en tanto que los niños se tapanán los oídos o los ojos con las conchas de sus manos. Trece madres parirán próximamente la muerte definitiva de sus hijos, y tal vez ellas mismas seguirán el mismo camino oscuro del que nadie, salvo uno o dos, dicen, ha regresado nunca.

He aquí casi agotado el tiempo de la larga y dolorosa espera. El corazón de catorce madres está retorcido por la ansiedad, incluso el de aquella cuyo hijo va a regresar, glorioso y sombrío. Catorce madres desgarradas entre la muerte y la muerte, catorce madres que son también catorce esposas.

He aquí el tiempo en que la esperanza y el miedo jaspean el rostro de catorce padres. «Mi hijo, mi primogénito, ¿volverá de Creta?». Los esposos se interrogan con la mirada, solamente con la mirada. Las palabras no lograrían franquear el umbral de sus labios. ¡Cuan difícil es pronunciar una palabra! «Sí, no», son unas sílabas, casi sin significado, se pronuncian todos los días, a propósito de nada, de todo, escapan de nosotros sin que pensemos en ello, sin que participemos de su sentido. Y he aquí que cada pliegue de la piel tierna y pálida de los labios se hiende y supura, que nacen invisibles costras e invisibles eczemas. «Sí, no», se convierte en algo demasiado difícil de decir. «Esperanza», todavía más. Tratad de pronunciar esa palabra, «esperanza», de articularla en su plenitud con unos labios helados. Por lo tanto, las catorce madres y los catorce padres callarán. Se tenderán las manos y callarán,

permanecerán así, horas enteras, manos temblorosas en el temblor de las manos del otro, horas enteras, sin llegar a hablarse, horas enteras, y finalmente, juntos, volverán la cabeza y desunirán sus dedos.

Y las catorce madres y los catorce padres se interrogarán, tratarán de obtener en ellos mismos una respuesta a lo que no formulan: «Si mi hijo no regresa, ¿deberé regocijarme? Si mi hijo regresa de Creta, ¿deberé regocijarme?».

Péndulos, balanzas, divididos entre dos platillos trucados, en los que la única realidad, que hace tara, es negativa.

Se agota rápidamente el tiempo de la larga espera. Todos los días, un poco más de gente se dirige hacia el ayuntamiento o el palacio del gobernador. Y las catorce madres y los catorce padres, que no se distinguen en nada de los otros habitantes de la Ciudad, leen los comunicados con ojos ausentes. Nada aún, hoy. Un día más ganado, un día más perdido. La fiebre aumenta en los suburbios, contamina a la Ciudad. El artesano sueña en su taller, el comerciante detrás de su mostrador, el funcionario en su despacho de cristales sucios, todos quedan por un momento con el gesto en suspenso, mecidos en el landó del tiempo que no discurre y acelera el pulso de los hombres. Luego se izan fuera de su sopor.

El artesano suelta su herramienta, el comerciante desanuda su delantal, el funcionario se despoja de la lustrina de sus mangas postizas, y el tiempo inmóvil rompe sus ataduras.

Llegados delante de la tabla de anuncios, se metamorfosean en azotacalles. El sol de la primavera en su infancia pone luciérnagas en las sombras, los parques huelen bien y las aves marinas, gaviotas principalmente, lanzan a la tranquilidad azul del cielo unos gritos prolongados en los que el oído experto descubre la promesa de cielos siempre grises, de tierras siempre desnudas, del mar siempre idéntico a pesar de sus vestiduras azules, púrpuras o glaucas.

No es de buen tono precipitarse hacia las tablas de anuncios. Desde siempre se respetan ciegamente los usos de la Ciudad. Se respetan también sus leyes. Se sabe que los ediles son sabios, que las computadoras del palacio del gobernador no se equivocan nunca y velan para que todo permanezca inmutable, a pesar de los años que transcurren, de las mareas de equinoccio, de las estaciones y de los hombres. El silencio conspira aquí desde hace lustros. El extranjero —si pudiera venir aquí un extranjero, y si oyera hablar del Viaje— flotaría como un ludió. Podría leer, es cierto, nuestros periódicos desde la primera hasta la última línea: se enteraría de nuestras leyes, de nuestras virtudes y de nuestros vicios, pero nunca se enteraría de nada acerca del Viaje. Y nadie le hablaría de él. ¿Se habla, entre nosotros, del Viaje, de la Partida, del Vencedor? Nunca, nunca. Las cosas son así. ¿Acaso habla uno de su respiración? Vuestro cuerpo piensa en respirar por vosotros, las computadoras electrónicas del Palacio respiran por vosotros, respiran el Viaje, y únicamente a causa de vuestro estado de hombre, de los nervios, huesos, piel, células, tendones y arterias, hacen de vosotros un hombre, y la Ciudad está alegre en la hora del Gran Viaje, y

deprimida cuando apuntan las fechas del Retorno. Y sólo porque fueron construidas otrora por unos hombres, las computadoras, en los chasquidos metálicos de sus armazones, en la atmósfera de grasa y de ozono que las rodea, conservan un recuerdo de humanidad que las pliega a nuestras restringidas dimensiones. Entonces, unas luces parpadean y las tablas de anuncios se cubren con algunas líneas que un extranjero, suponiendo que un extranjero llegara aquí algún día, leería sin comprenderlas. «Hoy —escriben las computadoras— el mar está tranquilo».

«¿Acaso no está siempre tranquilo?», preguntaría el extranjero.

Esto significa que se acerca el tiempo del Retorno, y las catorce madres y los catorce padres se angustian un poco más, penetran un poco más en aquella oscilación de la que sólo puede surgir la muerte.

Las que desfilan delante de los comunicados, pues, son procesiones de falsos paseantes. Vamos, el mar está tranquilo. ¿Lo estará también mañana? El artesano, el comerciante, el funcionario, sacuden la cabeza, y lo mismo hacen las catorce madres y los catorce padres que han ganado un día más, que han perdido un día más.

Catorce madres, de las cuales trece parirán adultos muertos, catorce padres, trece de los cuales vivirán para ver y hablar del Retorno.

Los comunicados, hacia el final de la larga espera, dirán: «El mar se agita, se prevé un intenso oleaje». El espejo salino, más allá del dique, por encima de las murallas, permanecerá liso y puro. El vigía solitario, con su anteojo telescópico, sólo observará un agua inmensa. Precipitándose desde el cielo, se verán nubes de pájaros, blancos y grises, lanzándose sobre las olas, apoyándose en ellas, remontando el vuelo con un resplandor plateado en el pico. «El mar se agita», he aquí lo que se leerá en los comunicados. El mar se agita, y el tiempo de la larga espera expira.

Y de repente, sin que se sepa exactamente por qué, todo el mundo se reunirá en el dique y en las murallas, y las catorce madres y los catorce padres estarán perdidos entre la multitud, se les reconocerá por sus rostros contraídos y pálidos, se les empujará misericordiosamente para que puedan ser los primeros en mirar el mar, aunque nadie ignora que cerrarán los ojos. «Dios mío —rogarán unos—, haz que mi hijo regrese». «Dios mío —rogarán otros—, haz que mi hijo no regrese».

De pronto, el vigía solitario gritará: «¡Ahí está, ahí está, ahí está el teseo que regresa!». Y todos los prismáticos apuntarán a la curva sensual del horizonte, el remolcador mantenido desde hace días o semanas bajo presión abandonará el muelle y avanzará directamente hacia lo desconocido y el teseo. Y el primer movimiento de las catorce madres será el de apretarse todavía más contra el parapeto que rodea las murallas, y el primer movimiento de los catorce padres será el de esbozar un gesto de retroceso, pero la multitud se lo impedirá, empujará a las madres, apretará a los padres contra el pequeño muro. Entonces se establecerá un gran silencio, toda la Ciudad se convertirá en una ciudad de mudos, y se empezará a distinguir la única vela negra de nuestro velero, y el remolcador se separará de él, y regresará rápidamente, con toda la velocidad de sus diesels recalentados. Atracará, el pequeño

remolcador, y la tripulación trepará hasta el parapeto de la muralla más alta, allí donde se yerguen los catorce padres, por una escalera metálica empotrada al muro. El capitán dirá: «¿Quién de vosotros es Untel?». Y la súbita palidez del padre del teseo le informará. Tal vez el padre del teseo, el egeo, se arrojará al vacío para aplastarse sobre los peñascos puntiagudos, abajo, muy cerca del remolcador; tal vez será empujado por la tripulación o por la multitud. Mientras que el nuevo teseo desembarcará, habrá catorce madres deshechas en llanto, trece de las cuales habrán perdido a su hijo, la última a su esposo. Luego el teseo se dirigirá bajo escolta al palacio del gobernador, entrará en él por la sala de las computadoras, y todo el mundo regresará a su casa, y empezará un nuevo tiempo de la larga espera, la que precederá al nuevo Viaje del que saldrá un nuevo teseo.

Me aseguran, aunque no puedo creerlo, que al no descubrir al egeo en las murallas, la tripulación del remolcador le hizo buscar por la Ciudad. Su esposa se aferró a él con tanta fuerza que fue preciso dejarla sin sentido para no verse obligados a arrojarles a los dos sobre los peñascos. E incluso así, sus manos crispadas permanecieron soldadas a las ropas de su marido; le abrieron los dedos uno a uno y la separaron de él, suavemente, sumida en la inconsciencia. El teseo, de pie bajo la vela negra, esperaba a que todo quedara consumado para entrar en el puerto.

Soy de los que creen, contra toda esperanza, que un extranjero vendrá a vernos un día. Es el motivo por el cual he empezado la redacción de estas cuartillas. ¿Es un trabajo inútil? Sin duda. No obstante, me parece que nuestra vida no puede continuar siendo tan vacía y tan vana, salida de una nada para volver a caer en otra nada. En esta Ciudad donde nada cambia, ni siquiera el nombre del gobernador puesto que el gobernador es siempre un teseo, siento un hambre de renovación, un terror a lo inmóvil.

Mis padres me dicen: «No debes hablar así, cometes un pecado». Mi padre añade: «Hay en ti semilla de parricida».

¿Cómo podría ser un teseo, yo, que soy alérgico al mar? Esa gran extensión triste en la que desaparece la vela de nuestro único barco para reaparecer periódicamente, me irrita. Sueño en montañas, en exploraciones, en cosas leídas en unos libros y que ignoro si existen o no. Me ahogo. La atmósfera coagulada de nuestra Ciudad me asfixia. Pero, ¿qué hay en el mundo aparte de nuestra Ciudad, del mar y de Creta?

Desde luego, sabemos que lo que nosotros llamamos Creta no es realmente una isla y que tampoco se llama realmente Creta. No somos unos ignorantes, aunque no sepamos realmente por qué unos jóvenes tienen que partir de cuando en cuando, en nuestro velero, hacia esa tierra misteriosa cuyo verdadero nombre se nos oculta, tal vez por negligencia.

Desde hace generaciones, calcamos nuestra existencia colectiva sobre el mito de Teseo. Sabemos que se trata de un mito, que no somos griegos, que nuestra ciudad no es Atenas. Pero hay demasiada similitud entre el mito antiguo y la realidad que

condiciona nuestra vida. Un teseo gobierna la Ciudad, al menos nominalmente, y cuando los jóvenes son designados con las jóvenes, decimos que embarcan hacia Creta, que van a combatir al Minotauro.

Por eso, no hace falta escribirlo, el mar que se extiende delante de nosotros se llama el mar Egeo...

Conocía muy bien al padre del nuevo teseo. Era un hombre bueno, calvo, algo tripudo. Era ebanista y todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía talento. En casa tenemos un aparador que él construyó con sus propias manos, empleando exclusivamente madera. Le hubiera avergonzado utilizar tornillos o clavos.

Lo que se dice de su esposa, la madre de nuestro teseo, es verdad. Al día siguiente se dirigió al palacio, pero no era ya la misma mujer. Desde que vio a su hijo en su nueva y tan reciente dignidad, sus cabellos han encanecido, y no sonríe nunca, ella que en otros tiempos tenía siempre una canción a flor de labios. Se ha convertido en objeto de escándalo, hace chirriar los goznes aceitados de nuestro habitual sopor. Cuando por descuido alguien le habla de su hijo, murmura: «Ya no tengo hijo. Si tuviera uno, le odiaría».

En el barrio, no nos acostumbramos a considerarla como una aetra. A menudo, las aetras se sienten obligadas a recibir, a mostrarse en público, frecuentan las exposiciones, inauguran las casas de maternidad, se visten en las tiendas de los grandes modistos.

Nuestra aetra ha cerrado el taller de su marido, viste andrajosamente y a veces va a escupir sobre las tablas de anuncios. Es toda veneno, toda dureza, y sus vecinos inmediatos nos han contado que la oyen andar, interminablemente, por la noche, golpear con los puños la pared y gritar: «¡Marc! ¡Marc!», el nombre de su egeo.

Desde entonces, mi madre tiene los ojos enrojecidos y mi padre me apostrofa: «¿Quieres que termine pareciéndose a nuestra aetra?». Me limito a encogerme de hombros: soy demasiado insignificante para participar en el Viaje.

Miento. Tengo orgullo, lo sé. Si escribo estas líneas, no es sólo con la esperanza de que serán leídas por un hipotético extranjero. No sé por qué. Me gustaría que el nuevo teseo, con sus computadoras, me eligiese, y al mismo tiempo lo temo. Todo esto, incluidas estas líneas, no es más que vanidad. ¿Quién puede saber cuándo se iniciará un nuevo viaje? ¿Dentro de un año, como en la leyenda? ¿Dentro de un día, como ocurrió hace veinte años? Cuando yo sea un viejo, quizás. ¿Quién puede prever la decisión del teseo?

¿Y si fuese ahora, en seguida, mañana? Queda la aprensión, y un espanto que sólo aquí me atrevo a confesar.

Marchan catorce. Sólo uno regresa. La atracción de la aventura es menos poderosa que el miedo a la muerte, aunque a mi edad esta última parece únicamente una abstracción. Sin embargo, no deseo convertirme en un teseo: partir para regresar no tiene nada de excitante y, aunque no me entiendo con mi padre, que hay como un foso entre nosotros, cada día más ancho... ¡cómo me odiaría si fuera la causa de su

muerte!

Marchan catorce sobre el mar ponzoñoso de Homero. Sólo uno regresa. Pero los otros trece, ¿no han quedado con vida, no han encontrado lo que buscaban en la tierra de Creta?

Después de todo, aquel Teseo, el de la leyenda, no era más que un asesino. Hijo de un dios o hijo de un rey, ¿qué fue lo que hizo, aparte de asesinar?

Le imagino, enorme, con el pecho erizado por un vellocino de sol, riendo al matar con una alegría escarlata. ¿Puede concebirse a Teseo muerto? Yo no puedo. Después de todo, ¿no sigue viviendo, no reina acaso en silencio y en secreto en el Palacio del gobernador?

Cuando el actual teseo no era más que el hijo de Marc, el ebanista, era un joven apenas mayor que yo, alto y delgado como una hierba, tan imberbe como un guijarro.

Los que se acercaron a él después de su Retorno quedaron impresionados por su fuerza y su madurez. ¡Fuerza y madurez, el hijo de Marc! He ido a visitar a nuestra aetra, hasta tal punto dudaba de la verdad de aquella descripción. Al principio, la aetra ha gritado que la dejara en paz, que ya no tenía hijo; luego, al ver que no me daba por vencido, en un susurro, ha admitido que su hijo era el teseo, ha empezado a morderse los puños y se ha separado de mí.

El espectáculo de esa mujer plantea otros problemas. ¿Modifica el Viaje la mente de los seres hasta el punto de que sus cuerpos se encuentran transformados? ¿O se trata de simple óptica interna? ¿Crece el teseo, disminuimos nosotros? ¿Dónde descubrir el secreto que se nos oculta, o que no sabemos leer? ¿En qué omisión? ¿En qué latitud? Presiento algo, mis sentidos se aguzan, una especie de olfato nuevo me hace apuntar a lo desconocido, estoy ante un misterio. Todo se me aparece bruscamente en geometrías superpuestas, no reconozco nada. La calma de esta ciudad, su cielo tranquilo, su mar desierto, los movimientos siempre semejantes de todo el mundo, la irrisoria intercambiabilidad de los seres, todo esto no es más que un decorado, una sucesión de perfiles perdidos; la realidad tiene que ser algo muy distinto y lleno de tristeza.

Una vez al mes, tenemos acceso a las computadoras.

Las consultaré.

Entré en el palacio del gobernador. Penetré en la sala subterránea donde las computadoras no reposan nunca. Había muy poca gente, dos mujeres, un hombre de edad avanzada y, con gran sorpresa por mi parte, mi amigo P.

¿Por qué he escrito: mi amigo P.? Nos conocemos, nos hemos visto en la universidad, tenemos relaciones comunes. Sin embargo, el hecho de encontrarle allí me ha conmovido. No nos hemos dicho nada, no era necesario. Él y yo, lo sabíamos por instinto, teníamos que encontrarnos allí por los mismos motivos, y esto establecía un lazo entre nosotros. Entré en una cabina y enumeré los problemas que me

preocupaban. En la diminuta pantalla aparecieron rápidamente unas letras que se borraron con la misma rapidez:

*No hable con nadie, siga el pasillo de la derecha, le conducirá al despacho del gobernador donde el teseo le recibirá.*

Salí de la cabina, seguí el largo pasillo. No me había equivocado, mi amigo P. me precedía y, al fondo del pasillo, una joven rubia llamaba a la puerta del despacho. Ni ella ni P. se volvieron, y yo estaba tan aturdido por aquella inesperada invitación que sin duda hubiera hecho lo mismo que ellos si alguien me hubiese seguido.

El despacho del gobernador es una estancia de techo alto, con cortinajes de terciopelo oscuro. La estancia es pequeña, mal iluminada por unos tederos. El teseo estaba sentado en un alto sitial; la penumbra se tragaba sus facciones. No volví a encontrar en él al joven que yo había conocido, salvo por un tic muy peculiar, que consistía en pasarse con frecuencia la mano izquierda, de un modo maquinal, por la frente.

Dijo:

—Sentaos.

No era el timbre de su voz y, sin embargo, lo recordaba. ¿Cómo podría explicarlo? La voz que yo había oído antes de que se convirtiera en teseo caricaturizaba a la de ahora.

No apartábamos la mirada de él.

Dijo:

—De modo que sois tres, ya.

Nos estudió largamente, uno a uno. Dirigiéndose a la joven rubia, dijo:

—Excepto para el Viaje, nadie ocupa el lugar de nadie.

Y la joven irguió la cabeza con aire de desafío.

Luego se volvió hacia mí:

—A ti te conozco.

Finalmente, dirigiéndose a mi amigo P. y a mí:

—Uno de vosotros dos será sin duda el nuevo teseo.

Mi amigo P. preguntó:

—¿En qué se convierten los antiguos gobernadores?

El teseo no respondió. Se hundió en la sombra de su sitial; su ropaje oscuro se confundía con la madera antigua y las colgaduras de las paredes. Antes de despedirnos, nos recomendó:

—Regresad a vuestras casas, no advertáis a nadie, así es como deben cumplirse los actos. No os reunáis nunca los unos con los otros si no es con suma discreción. Preparaos en silencio.

Transcurrió un mes, durante el cual me columpié entre la exaltación y la desolación. Vi una vez a la joven rubia, pero nos ignoramos. Durante otro mes, el miedo, únicamente el miedo, habitó en mí. Marchan catorce, sólo uno regresa. Las

jóvenes no regresan nunca. Siete jóvenes «embarcan sobre el mar sonoro», sólo uno regresa, cubierto de gloria, responsable de la muerte de su padre.

El hecho de partir hacia Creta, de matar al Minotauro, Egeo, tiene su parte ritual, del mismo modo que existe el rito del pan del panadero, el rito de la tiza del maestro, el rito del perecedero e inmortal teseo.

Las tablas de anuncios se cubrieron de letras, de frases esperadas y temidas: *Cuando el mar esté en calma, el navío de la Ciudad preparará las grandes pescas de otoño.*

¡Fraseología ridícula! La gente sacudía la cabeza ante las tablas de anuncios: «¡Las grandes pescas de otoño!». Yo permanecí un día entero delante de las tablas de anuncios. La joven rubia pasó junto a mí, me vio, sonrió. Parecía feliz. Vi también a mi amigo P. Su mirada era dura, algo vibraba en él, una nota súbitamente interrumpida, cuyas ondas rodaban hacia el infinito.

Al día siguiente podían consultarse las computadoras. No había nadie, entré en seguida, en el silencio de la cabina aullé, sí, aullé, sabiendo que sólo las máquinas, con sus trompas de Eustaquio de metal, con sus cerebros ionizados, me oirían:

—No quiero partir, no soy capaz de asumir la responsabilidad que el Viaje entraña.

La pantalla de la computadora me contestó:

—No puedes eludir la elección del teseo.

Repliqué:

—Su elección es arbitraria. Yo soy libre.

Y la máquina:

—Tú mismo elegiste el partir.

—Ya no lo deseo.

—Imposible. Mañana volverías a desearlo.

—¿Puedo ver al teseo?

—No.

Lo intenté, de todos modos. El largo pasillo que conducía al despacho estaba cerrado por unas robustas puertas de madera de roble pesadamente claveteadas. No pude abrirlas.

Entonces vagué al azar por las calles, me entretuve en el parque situado detrás del ayuntamiento, subí por la escalera de piedra, de peldaños desgastados por incontables pisadas, que conduce a las murallas. Allí contemplé el mar verde, susurrante, y el horizonte que un día me engulliría. Las gaviotas dibujaban un ballet complicado, vomitaban de cuando en cuando la acidez habitual de sus gritos, y bruscamente la certeza de mi partida me impuso la paz.

Sólo permanece la exaltación.

Las tablas de anuncios proclaman con letras cada vez mayores: *Las grandes pescas de otoño van a abrirse*, y ahora la gente repite, aunque en un tono muy distinto: «¡Las grandes pescas de otoño!». Se respira alegría, una alegría ligera, tenue,

como en filigrana de la vida, una alegría no explicitada: en esta Ciudad donde nada cambia, el anuncio de un nuevo Viaje rompe la monotonía de los días. La angustia colectiva es para más tarde, calcomanía inconsciente de la de catorce madres y catorce padres, que esta vez mis padres aprenderán de lleno. Les miro a menudo, socarronamente, sin que se den cuenta. Mi madre me ha dicho: «Estás tramando algo». Y mi padre ha soltado su famosa frase sobre la ingratitud de los jóvenes.

La certeza de mi partida es también la certeza de no volver a verles. No creo que tengamos que morir en Creta; los que acompañan al teseo, por un motivo que germina en mí y que se me escapa, se quedan allí. Puedo mirar a mi padre sin enrojecer, sin decirme: «Soy un parricida». Sólo me hiere el pensar en mi madre.

He encontrado a mi amigo P. Le acompañaba la joven rubia. Hablaban de sus trabajos mutuos, de sus padres, de la Ciudad, como si las grandes pescas de otoño no estuvieran a punto de abrirse. He entrado en su juego, he parloteado, tonterías. Se nos han unido otros, a los que el teseo había dado nuestros nombres. Así hemos sido cuatro, luego siete, luego nueve, luego once. Esperábamos a los últimos con ansiedad, y sin embargo no dejábamos traslucir nada, al menos al principio. Queríamos creer, quizás, en nuestro fuero interno que toda la vida nos pertenecía, a menos de que lo hubiésemos comprendido ya.

Nos gustaba estar juntos. El secreto que nos unía se duplicaba con el secreto personal de cada uno. Así teníamos la impresión de vivir ya fuera de la Ciudad, y ese sentimiento derivó suavemente, como derivan por el cielo las nubes cuando la brisa es suave. Adquirimos conciencia de nuestra superioridad, de nuestra «aristocracia», al menos de lo que nosotros queríamos tomar como tales. El doceavo, el decimotercero participaron de entrada de aquel clima de euforia que habíamos elaborado tan lentamente; no conocían las vacilaciones que me habían hecho dudar de la necesidad de mi partida. Teníamos hambre de Creta, hambre de matar al Minotauro, éramos inmortales, y cuando el último se dio a conocer, alguien exclamó: «¡He aquí al decimocuarto Viviente!».

Aquella noche fuimos convocados por el teseo. En su alto sitial, nos pareció que había crecido todavía más. Captó el tumulto de nuestra sangre, la sangre de siete jóvenes, uno de los cuales le reemplazaría un día, la sangre de las siete muchachas que no regresarían nunca. Nos anunció que saldríamos al amanecer, que el navío tendía ya su vela blanca a los vientos de otoño, que no debíamos visitar a nadie. Finalmente, añadió: «Uno de vosotros tendría que formularme una pregunta», pero sin esperar respuesta nos despidió con un gesto.

Ahora, la Ciudad ha desaparecido detrás del horizonte. El velero que nos transporta se encuentra así situado como en equilibrio entre nuestro pasado y nuestro futuro. Cada día que huye nos conduce hacia lo desconocido que constituye nuestra aspiración.

He visto a mi padre. Me esperaba en el muelle.

—Habías cambiado mucho últimamente —me ha dicho—. Cuando anoche vi que no regresabas a casa, supe que partías hacia Creta —Me ha cogido del brazo, murmurando—: Dime, ¿qué es lo que te impulsa a marcharte?

Fiel a la ley del silencio que el teseo nos había impuesto, no he dicho nada. Entonces, mi padre ha hecho un gesto extraño, ambiguo, irrisorio, fetal, que ha interrumpido. Me ha parecido oírle murmurar: «También yo, quizás, en otro tiempo...». Pero no estoy seguro de nada, ya que los otros tiraban de mí hacia el velero, cuyas drizas izaban ya los marineros. Quiero haberlo oído para estar más en paz conmigo mismo.

Como acabo de escribir, nuestro velero es manejado por unos marineros. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? A veces nos habíamos sorprendido leyendo tratados de navegación o relatos de navegantes, pero el problema de nuestra travesía no nos había preocupado, en realidad. Una vez más, confiábamos en la leyenda. Puesto que era preciso que un teseo regresara de Creta, nuestra partida se inscribía en la continuidad de una línea trazada desde hacía siglos.

La tripulación no nos habla. Dispone de sus dormitorios, de su cantina, que son diferentes de nuestros dormitorios, de nuestra cantina. Vivimos en medio de los marineros, pero nosotros les somos indiferentes, y ellos nos son indiferentes a nosotros.

De la totalidad de nuestro grupo, únicamente mi amigo P., la joven rubia y yo no participamos más que con reserva de la euforia general. Dejamos que los otros engrasen sus cuerpos como se engrasa el delicado mecanismo de un arma, frecuenten las casetas de tiro, las salas de esgrima... Nosotros hemos comprendido que no tendremos necesidad de nada de eso, y que si el combate tiene lugar, no será la fuerza del músculo la que decidirá su desenlace. Algo nos estorba, coarta nuestros movimientos como un traje demasiado estrecho.

Por primera vez, nos hemos puesto de acuerdo y le hemos preguntado al capitán qué opinaba de Creta, qué había visto allí.

El capitán se ha hecho el tonto... a menos de que lo sea realmente.

—No bajo nunca a tierra —ha dicho—. Los que tenéis que enfrentaros con el Minotauro sois vosotros. ¿Creéis que el monstruo toleraría que os siguiera?

—Pero, ¿no ha hablado usted con ningún habitante de la isla?

—Nunca.

—¿Ha visto o ha oído al Minotauro?

—¡Líbreme el cielo! —ha exclamado—. ¡Quiero demasiado a mi esposa y a mis hijos!

De modo que no hemos podido sonsacarle nada. No sabe nada, o dice que no sabe nada. Nunca ha visto, oído, percibido o adivinado nada; labra a ciegas nuestro surco de espuma, y desesperábamos ya de él cuando, un día, nos señaló una lejana mancha verde.

—¡Cómo! —se asombró la joven rubia—. ¿Tan pequeña es Creta?

—No es Creta. Es Naxos, la isla de Ariadna.

Nunca habíamos pensado en Naxos. Nunca habíamos pensado en Ariadna.

—Usted regresó con el último teseo: díganos, ¿cómo es Ariadna?

—No puedo decirlo.

—Pero, ¿la vio usted?

Vaciló.

—La he visto, en un sentido, sí y no. Veréis, estaba rodeada de velos y no salía nunca de su cabaña; sólo la abandonó para dirigirse a la isla.

Nuestros compañeros, alrededor de nosotros, exclamaban:

—¡Es Naxos, es la isla de Ariadna, nos estamos acercando a Creta!

Una joven morena nos miró pensativamente:

—Me pregunto cuál de vosotros siete será el cobarde que la abandonará.

—Y yo —murmuró mi amigo P.— me pregunto si hay cobardía o inconsciencia, o fatalidad, en esta historia absurda.

El teseo, en su despacho del palacio del gobernador, se había extrañado de que nadie le formulara preguntas. Ahora yo tendría una, sí, una pregunta inmensa, englobando a todas las demás, que formularle, y parece ser que soy el único en formularla, y experimento un horror indecible.

—Ha mentido usted —le he dicho al capitán, en cuanto se han dispersado mis compañeros—. Ignoro si esa isla es Naxos o no, pero estoy seguro de que Ariadna no ha puesto nunca el pie en ella.

—¿Por qué?

—Porque esa isla, que casi hemos contorneado, no es más que un acantilado único; ni siquiera creo que se pueda ascender a la cumbre.

—Hay una ensenada para desembarcar al otro lado.

—No le creo a usted.

—Haga lo que quiera.

Me vuelve la espalda, se aleja, adivino que se burla de mí.

Me acerco a un marinero:

—Dime, ¿cómo es Ariadna?

El hombre me contesta, pero no le entiendo. El capitán ha retrocedido:

—No se canse, joven. Ninguno de los marineros comprende nuestro idioma.

Le miro, estupefacto. ¡Aquel marinero hirsuto es el primer extranjero que veo! Repito estúpidamente:

—¡Este hombre no es de nuestra Ciudad!

El capitán añade:

—Toda mi tripulación es cretense.

Recobro el dominio de mí mismo: ahora sé.

En el curso del viaje, han surgido amoríos. La Creta inminente agudiza los deseos y la locura de vivir. En nuestro universo en miniatura se forman unas extrañas

parejas. La gran exaltación del principio se dobla, cede. En nuestros rostros se lee el abatimiento; para mí, que sé, la fatiga es aún mayor.

Los enamorados se abrazan con lentitud, tratan de vivir a cámara lenta, de saborear cada segundo en su totalidad.

«¿Qué harás tú?».

«Y tú, ¿serás la víctima del Minotauro?».

Los músculos de los jóvenes se endurecen, la práctica en el manejo de las armas se hace furiosa. Luego, el silencio se apodera de nuevo del velero. Les grito, finalmente:

—¿No somos ya los catorce Vivientes?

Todos me miran. Mi amigo P. me dice:

—Si sabes algo, cállate.

Pero no puedo seguir callando. Les digo que nadie muere sobre la tierra de Creta, que recorrerán la isla, o lo que nosotros llamamos una isla, que descubrirán su belleza, que se mezclarán con los indígenas y fundarán allí su hogar.

—Te equivocas —mi amigo P. me mira con cólera—. ¿Habría hecho este Viaje para nada, lo habríamos abandonado todo para volver a encontrarlo todo, semejante, en Creta? Ninguno de nosotros partió por el mismo motivo, pero todos habíamos comprendido que la Ciudad se estaba haciendo demasiado estrecha para nosotros, y que al advertir a las computadoras postulábamos nuestra aventura.

—No será igual —dijo la joven rubia—. Será la misma vida, pero en Creta; las mismas preocupaciones, pero en Creta. Si él está en lo cierto, seremos ricos por Creta, felices por ella.

—Olvidáis el Minotauro —dijo alguien.

—No tenéis que preocuparos por él. Yo combatiré al Minotauro y le mataré.

Yo he pronunciado esas palabras; han surgido de mí independientemente de mi deseo o de mi voluntad. Veo a mi padre el egeo en lo alto de las murallas, cerca de la torre del vigía solitario, siento vergüenza, piedad, me encuentro desesperado... y responsable.

Y he aquí que estamos en Creta. El velero oscila suavemente cerca de un muelle de troncos. Un poco más lejos hay una aldea, unas redes triangulares que secan o que remiendan unas ancianas apergaminadas vestidas de negro. Detrás de las casas, un rebaño de árboles raquíticos escala un montículo. Uno de los nuestros asegura que son olivos, pero yo no lo creo, y además el detalle carece de importancia.

Atravesamos la aldea. Los habitantes parecen felices con nuestra presencia, nos saludan con una sonrisa, un gesto amistoso, una niña nos obsequia con una flor, un mozalbete nos sigue tocando la guitarra.

Luego, cuando la última casa de la aldea queda atrás, nos dejan marchar con la despreocupada indiferencia de los que poseen la felicidad.

Desde lo alto de nuestro montículo, vemos ahora todo el mar, y su largo, muy

largo cinturón de playas consteladas de pueblos y de aldeas.

—Creta es muy grande —murmura alguien.

Sí, muy grande. ¿Es una isla, un continente? Sí, Creta es muy grande.

Y al otro lado, mar sólido replicando al mar líquido, he aquí la llanura, su mosaico cultivado, sus ciudades, sus fábricas, sus bosques, y la púrpura imponente de sus montes lejanos. Entre la llanura y nosotros, los vestigios de una ciudad muy antigua, con las columnas rotas de sus templos, sus arterias invadidas por la vegetación. Nadie se equivoca en lo que a ella respecta: es el Laberinto.

Les digo, a todos:

—¿Por qué vaciláis? Creta se ofrece a vosotros, millares de veces más grande, más bella, más variada que nuestra Ciudad. ¿Cómo podríais vacilar entre Creta y nuestra Ciudad?

—No vacilamos en escoger Creta —me contesta mi amigo P.—. Pero, entre todos, nos resultaría más fácil matar al Minotauro.

—No os necesito.

—Ven con nosotros —me dice la joven rubia—. ¿Por qué has de regresar a la Ciudad? ¿Para perpetuar una leyenda?

De buena gana les diría lo que sé, incluso me dispongo a hacerlo, cuando llega hasta nosotros el sonido de unas alegres risas. Es una boda; los recién casados, los padres, los invitados se apretujan en unas carretas con bancos de madera; hay flautas y violines, un improvisado coro infantil...

Nos ven, nos llaman, no entendemos lo que nos dicen, pero la invitación es espontánea. Un anciano agita las manos ante nosotros y nos habla con un cálido acento sonoro, en nuestro idioma:

—Sois catorce —dice—. Sé de dónde venís. Uno de mis vecinos vivía en vuestra Ciudad. Subid; dejad toda vuestra vieja impedimenta y venid con nosotros.

Yo repito: «Id con ellos», y me obedecen.

Mi amigo P. se vuelve y me dice:

—Creo que lamentaré siempre no haberte seguido.

—Suba usted también —me apremia el anciano.

—No puede —explica uno de nuestro grupo—. Tiene que matar al Minotauro.

El anciano le mira, sacude la cabeza, sonrío:

—No he comprendido bien su frase, domino muy poco su idioma. —Y, volviéndose hacia mí—: ¿No viene usted, de veras?

La comitiva ha desaparecido por fin, llevándose en los cantos y las flores a mis compañeros y a mi pasado, y la mentira consciente urdida contra la Ciudad. Me dirijo hacia la ciudad muerta, cruzo la primera puerta. Podría dispensarme de hacerlo, puesto que sé lo que me espera, pero subsiste una duda, la última, y también ella tiene que desaparecer. Enfilo la avenida más ancha; conduce directamente a un monumento monolítico que percibo a lo lejos, ¿Iré hacia aquel monumento? ¿Qué descubriré en él

que no haya descubierto ya? ¿La cabeza de un toro?

La cabeza de un toro de piedra contempla fijamente la nada con sus órbitas vacías.

No sé por qué continuó la redacción de estas páginas. ¿Para mí, quizás? No. Y tampoco para el extranjero que otrora solicitaba, antes de convertirme en teseo.

Si ese hipotético extranjero lee estas páginas, no las comprenderá. Sólo un nuevo teseo, un futuro teseo... Pero, ¿qué necesidad tendría de hacerlo?

El capitán decía la verdad. No se mueve del barco. Al verme, exclamó:

—Sabía que usted mataría al Minotauro.

De modo que también él es un simple instrumento.

Luego se disculpó por haberme inducido a error señalándome la isla de Ariadna: no ha comprendido el papel que le ha sido asignado.

De acuerdo con la costumbre, mandé izar la vela negra antes de que nuestras costas fueran visibles. Llegó el pequeño remolcador, se interesó por mi nombre y volvió a dirigirse rápidamente hacia el puerto, con toda la velocidad de sus diesels recalentados, y vi una forma humana despegarse de la muralla, dislocarse sobre los puntiagudos peñascos, y me pregunté si era justo que mi padre ignorara los motivos de su muerte.

Los marineros me escoltaron hasta el palacio del gobernador. Las pesadas puertas de madera de roble estaban abiertas sobre una multitud de pasillos todos iguales. No reconocí el que debía conducirme al despacho del gobernador. Pasé toda la noche buscándolo, y cuando lo encontré fui directamente hasta el teseo que me esperaba en su alto sitio, le cogí por el cuello y apreté...

Murió sin proferir un solo lamento, feliz, liberado. Contemplé largo rato a la luz de las antorchas su hocico negro del que brotaba un hilo de sangre.

Ahora, espero que alguien, en la Ciudad, presienta la verdad; espero a siete jóvenes y siete muchachas. Vendrán, lo sé. Dentro de un año, dentro de una semana, dentro de dos o tres décadas. Espero. Cuando paso la mano izquierda por mi frente, con un gesto maquinal, noto bajo mis dedos la doble hinchazón de los cuernos.

Aquí, en la Ciudad, en Cnosos, en Creta, espero al enviado de Atenas.

# El huevo ovíparo

Philippe Curval

Era una cáscara de huevo, perforada en su extremo más ancho con un agujero microscópico. Yacía a orillas de la carretera, entre la hierba gris y marchitada por el verano.

Me incliné, la recogí. Luego la palpé, la sacudí: estaba vacía, completamente vacía.

Debí tirarla: no me atraían ni su forma, ni su color, ni su tamaño. Parecía un huevo de gallina muy limpio; un poco más claro, de ese blanco neutro que adquieren las cáscaras fósiles. Sin embargo, decidí conservarla. Pero colocarla en el bolsillo de mi pantalón era imprudente: la fragilidad de su materia, el roce de mis muslos contra la tela, el movimiento de mis brazos al andar habrían podido romperla.

Debido al calor que perduraba a primeros de septiembre, me había vestido con un simple pantalón de hilo y una camisa veraniega. Desnudé, pues, mi torso y cubrí amorosamente el huevo; luego hice un gran nudo con los faldones y las mangas de mi camisa. Lo llevé así a mi casa, balanceándolo como un pequeño péndulo al extremo de mi mano.

El camino no me pareció largo; la prolongación del verano hacía nacer una emoción vegetal y animal que transfiguraba al bosque. Deposité el objeto cerca del fuego que ardía en mi chimenea. La casa, antigua vivienda de los guardas forestales, rodeada de árboles, es húmeda; conservo el fuego encendido durante todo el año. El huevo vacío estaba situado en el cruce de varias corrientes de aire caliente.

Y luego lo olvidé; soy muy descuidado.

Hasta que un día, evidentemente, el huevo debió abrirse. Encontré los restos de cáscara ennegrecidos. Recuerdo que me eché a reír al pensar que el fuego lo había incubado y que había nacido algo de él, unas cenizas ligeras, quizás.

Una semana más tarde, mientras buscaba por los rincones un encendedor perdido, descubrí a tres metros de la chimenea, en un ángulo oscuro al pie de la ventana, otro huevo, exactamente igual que el primero. El mismo agujero en su extremo más ancho, el mismo color.

Busqué los restos del huevo anterior a fin de compararlos con la cáscara que acababa de encontrar. Un fragmento, recuperado por casualidad, me hizo suponer que el segundo era un poco más pequeño que el primero.

Aquel fantasma de huevo era tan ligero que un soplo debió empujarlo hasta el lugar en el que acababa de recogerlo. Quise continuar el experimento y coloqué mi hallazgo en el lugar de la primera eclosión.

Estaba de vacaciones y decidí renunciar a mis paseos por el bosque y mis partidas de pesca a fin de dedicarme a la vigilancia del objeto. Quería conocer las circunstancias exactas de la eclosión. La primera incubación había durado aproximadamente dos días.

El miércoles por la mañana me instalé cerca de la chimenea y esperé hasta las cuatro de la tarde. Dormí un poco, me desperté a las diez de la noche y reanudé mi vigilancia. Al día siguiente por la noche, después de las alternativas de vigilancia y de reposo, leía distraídamente un libro cuando un leve crujido atrajo mi atención. Una hendidura muy visible había dividido el huevo en dos partes. La cáscara se agrietó y se abrió. En medio de los restos había otro huevo, un poco más pálido, más pequeño que su genitor.

Experimenté una leve irritación; aquel juego me pareció grotesco y desprovisto de significado. Sin embargo, estaba atrapado por el ritmo de aquellos nacimientos absurdos. Incluso si era víctima de una trampa misteriosa, incluso si aquella mixtificación tenía que durar una eternidad, me las arreglaría para vivirla, a condición de que aquella eternidad tuviera un final.

Mi última amiguita, Marie, una chica vanidosa cuyo comportamiento me había hecho renunciar a la compañía de las mujeres para mucho tiempo, tenía la extraña manía de almacenar víveres para varios meses. Podía, pues, permanecer en mi antro esperando la explicación del fenómeno.

Los plazos entre las eclosiones se acortaron y el formato de los nuevos huevos se encogía inexorablemente. Cuando comparaba una cáscara con la que la había engendrado, la diferencia de tamaño era evidente; sin embargo, mis manos conservaban la sensación de una talla idéntica desde el primero hasta el duodécimo huevo que ahora contemplaba. El hecho me tenía intrigado.

Aquel jueves, un calor sofocante había penetrado en la casa a pesar de los postigos cerrados. Decidí salir un momento. Hacía casi dos semanas que no había visto el amplio claro en el que se levanta la casa. Cuando abrí la puerta, las altas hierbas me golpearon el rostro. Los tallos me sobrepasaban en varios centímetros. El aire era denso, casi licoroso; me resultaba difícil moverme. El calor era más intenso fuera, y volví a entrar.

La imagen de aquellas hierbas altas, más altas que el joven cerezo que había plantado el año anterior, seguía preocupándome.

¿Cómo habían podido crecer, cuando la canícula agostaba toda la vegetación?

No quise admitir inmediatamente la explicación lógica, pero se imponía: después de cada incubación, el huevo engendraba otro huevo más pequeño, y el micro-universo que lo rodeaba disminuía con él. Mi casa y yo mismo disminuiríamos de tamaño, y luego desapareceríamos. No comprendía cómo funcionaba aquello, si la cáscara era un ser o el huevo una máquina, pero no quería encogerme así hasta el infinito.

Tomé mi talonario de cheques, me puse un traje que me gustaba particularmente y

salí. La cáscara se rompió una vez más. Me eché a reír; la farsa me parecía más divertida, ahora que estaba casi seguro de poder escapar de ella.

Me abrí paso a través de la selva de las hierbas. La casa no tardó en desaparecer detrás de aquel universo glauco, en tanto que el garaje se me aparecía como una casa de muñecas, rodeada por las peligrosas protuberancias de flora en delirio.

Mi automóvil era un autobús y su volante una gran rueda difícilmente manejable. Puse el contacto y el motor empezó a roncar. Resultó bastante penoso conducir hasta la ciudad, debido a que mis piernas y mis brazos eran demasiado cortos; no podía manejar simultáneamente el volante y los pedales del freno, del acelerador y del embrague.

En la ciudad, nadie quiso reconocerme y el director del banco, advertido por sus empleados, rechazó el cheque de formato reducido que le presentaba un enano sucio y barbudo.

Estaba fuera de la ley. Tenía que regresar hacia mi destino, sufrir aquella reducción cotidiana concebida por unos extraños jíbaros. Sólo en el seno de aquel universo cerrado y laminado que constituía mi casa podía esperar una peligrosa protección.

Mi escapada había sido breve, mi casa no se había encogido un solo centímetro. El último huevo, nacido en el momento de mi partida, reposaba aún en su nido de cáscaras rotas. Hubiera podido creerse que el insólito mecanismo se había interrumpido.

Pero volvió a ponerse en marcha inmediatamente después de mi regreso, como una serie de muñecas rusas dislocándose unas a otras sin descanso. Entonces supe que me apartaba del mundo que me había visto nacer; emprendía un viaje que nadie había realizado antes que yo. Me atrincheré en mi pasado y me entregué a orgías solitarias en espera de que un improbable final viniera a sorprenderme.

Sin embargo, el proceso era distinto ahora; las cáscaras se rompían a una velocidad creciente, pero aumentaban de volumen, en tanto que yo seguía encogiéndome.

Abría la puerta de cuando en cuando para comprobar los progresos de la vegetación, y cada vez mis ojos se perdían en un bosque siempre más aterrador, en el que los insectos adquirirían proporciones de monstruos.

La cáscara ha adquirido el tamaño de la casa. Ahora sigue un proceso distinto.

Se vuelve sobre sí misma a partir del agujero que la perfora en su extremo más ancho. Mi universo se encierra en el interior de sí mismo.

Con un *clop* de bola de celuloide al ser apretada, el interior del huevo se ha convertido en su cara externa. Mi casa también se ha vuelto como un guante. Estoy sentado en el interior del gigantesco ovoide. El bosque de hierba es tan grande que ha desaparecido.

Delante de mí, el mundo es un gran óvulo blanco. Ya no soy nada. Espero.

Por desgracia, no conoceré nunca el motivo de esta incubación demencial. No veré su final.

Estoy delante de una gran pared blanco marfil que se extiende hasta el infinito. Mis pies reposan sobre una gran molécula. Detrás de mí, hay un vacío espantoso.

Una sacudida enorme ha estremecido al mundo.

# Transistores

Christine Renard

Naturalmente, ella me esperaba. Había recibido mi carta. Estaba allí, al fondo del bar. Delante de ella, un vaso de granadina. Antes de mirarla, sabía que era ella. ¿Quién bebe granadina, sino ella, sino yo, sino ella o yo o nosotras, todas nosotras en los universos paralelos? He visto el vaso de granadina antes de verla a ella, y a continuación he percibido su reflejo, ya que estaba sentada de espaldas a la puerta, enfrente de un largo espejo mural. Cuando me ha visto, se ha puesto en pie lentamente. Así, yo nos he mirado. He mirado nuestros dos reflejos uno al lado del otro.

Me decía: «Soy yo, soy yo, así es como soy». Ya que somos muy parecidas: la misma silueta un poco andrógina, los mismos cabellos color de arena, los mismos ojos muy alargados, muy grises, la misma sonrisa vacilante. Son precisos unos instantes para notar las diferencias. Su rostro liso y su mirada serena contrastan con mis mejillas hundidas y mis ojos exigentes, como hambrientos. Además, ella va maquillada, lleva las cejas depiladas y los cabellos recogidos en un complicado moño. Ella es Cecile-la-juiciosa. Trato de decirme que yo soy también más guapa, con mis cabellos sueltos, mis cejas que conservan su línea primitiva, mi piel y mis labios que no conocen los afeites. Sin embargo, tal como es, la encuentro armoniosa y perfecta. Ella es Cecile-la-juiciosa, la que he elegido ir a ver.

Cuando decidí dedicar una herencia inesperada a la adquisición de una ida y vuelta a la Transparela, tuve que escoger entre varias de mis homólogas residentes en universos paralelos actualmente accesibles, y entre todas escogí ésta, porque había sabido ser feliz y yo no deseaba otra cosa.

La miro con ternura. Tengo un nudo en la garganta, hasta el punto de que no podría hablar. Sin embargo, encontrarse delante de su doble es una experiencia corriente, en la actualidad. Aunque muy caros —y en parte debido a que son caros—, estos viajes están de moda. Ir a pasar un fin de semana con uno de sus homólogos, y relatar al regreso las diferencias importantes o no, es una práctica corriente. Incluso los hay que se encuentran a tres o a cuatro en el universo de uno de ellos. Me pregunto si todos los que realizan esta clase de turismo experimentan delante de su homólogo la misma emoción que yo delante de Cecile-la-juiciosa.

Nos hemos sonreído y, al mismo tiempo, con la misma voz, hemos dicho: «Yo soy Cecile». Luego nos hemos sentado una en frente de la otra. Me correspondía hablar, pero mis labios han permanecido cerrados. Entonces, ella se ha decidido:

—¿Qué va usted a tomar?

—Una leche-granadina.

Y así hemos empezado a hablar. A hablar de las granadinas de nuestra infancia.

—¿Te acuerdas? Eran unos vasos grandes como jarras de cerveza, y sacábamos el agua del pozo. No he vuelto a beber un agua como aquélla. ¿Y tú?

Así, nos identificamos como nunca debimos hacer. Hablábamos como si fuéramos dos hermanas, dos mellizas, como si siempre hubiéramos vivido la misma experiencia. Nada más falso; he querido decirlo, y ha aflorado a mis labios una frase inesperada:

—Tú no eres mi hermana, ¿comprendes? No eres mi hermana.

Me parece que habría podido repetir esas palabras durante mucho tiempo. Ella ha enrojecido, como hago yo siempre, y las lágrimas han asomado a sus ojos. Sé también lo que es eso.

—No eres mi hermana, no eres mi hermana...

Bruscamente he dejado de decirlo, ya que me he dado cuenta de que ella hablaba, casi en voz baja. Decía:

—No tengo ninguna hermana, soy hija única.

Me he reído nerviosamente. Después de todo, siempre puedo decirme que toda mi miseria actual procede quizás de aquello, de aquel nacimiento, casi fortuito, de Isabelle, la hija de mi madre y de mi padrastro, que siempre me citaban como ejemplo.

«No tengo ninguna hermana, soy hija única», decía Cecile-la-juiciosa. De modo que en tu mundo no ha nacido la hermanastra demasiado perfecta...

Ella habla finalmente, explica: nuestro padrastro, quiero decir el marido de su madre en su mundo, la quiere como a su propia hija. Su infancia no ha sido arrullada con la frase sempiterna: «Toma ejemplo de tu hermana». Ya que ella era siempre limpia, juiciosa, primera en clase, la pequeña Isabelle. Ella ponía los cubiertos, se descalzaba al llegar, ordenaba sus cosas, saludaba amablemente a los visitantes. No le hablo de esto a Cecile. Tampoco le hablo de cierta conversación oída a través de una puerta. Distinguía sobre todo la voz de mi padrastro, apenas la de mi madre: «... no está dotada para el estudio... no hace nada en casa...». Sabía que hablaba de mí. «Fíjate en Isabelle, en cambio —continuó—. Y no es porque sea hija mía: sabes perfectamente que acepté a la tuya al casarme contigo, y que estaba dispuesto a quererla. Con esto no pretendo decir que no la quiero, pero es decepcionante».

Yo tenía veinte años. Hice mi maleta y me marché a París. Cecile-la-juiciosa no ha conocido nada de todo eso. Ella vino a París el mismo año que yo —hemos descubierto que era el mismo día—, pero ella viajó con el beneplácito de su familia y con dinero en el bolsillo, para preparar el profesorado de inglés. Da clases en un Instituto y se ha casado con un colega. Tienen dos hijas gemelas. Y yo no he logrado aprobar mi examen de ingreso en la Facultad, y no tengo marido, ni posición, ni hijos. ¿Cómo son tus gemelas? ¿Rubias, con los ojos azules, bonitas, inteligentes, deliciosas? No, no describiré a Cecile-la-juiciosa los dos horribles fetos que un

amigo complaciente arrojó al Sena un 14 de julio...

Encargo un café. Ella me interroga. Querría saber por qué he emprendido este viaje. Tiene un poco de miedo. ¿Qué he venido a hacer aquí? Me toca hablar, pero, ¿qué puedo decir, y, sobre todo, cómo puedo decirlo? Yo creía que ella se había casado con Roland; pero si su marido es profesor de inglés como ella, no se trata de Roland. Me doy cuenta de que ni siquiera le he preguntado el nombre de su marido. Me lo dice, y mis mejillas enrojecen. Es el de un hombre con el cual pasé una noche sin placer y sin gloria, durante un período en el cual Roland no se ocupaba de mí. Rubias, con los ojos azules, inteligentes, bonitas... los dos fetos horrendos que fueron a pudrirse en el Sena eran quizás, eran seguramente hijas tuyas. En la familia de Roland no hay gemelos.

Ella querría saber cómo vivo. No tengo inconveniente en decírselo. Tengo alquilada una habitación sin agua corriente ni calefacción, pero muy barata. Allí acuden a cenar y a pasar largas veladas chicos y chicas que no tienen un céntimo, ya que no pueden trabajar porque necesitan sus días y sus noches para pensar y ocasionalmente escribir o pintar. ¿Cómo vivo? O, mejor dicho, ¿de qué vivo? Bueno, hago suplencias de secretaria cuando no tengo dinero para pagar el alquiler y las deudas en la tienda de comestibles.

—¡Una vida bohemia!

Lo ha dicho ella, con una voz completamente distinta. Entonces, hablo y ella me mira con ojos ávidos. Hablo de la col con patatas, porque las salchichas y el jamón son demasiado caros. Hablo del peregrinar de puerta en puerta para vender unos dibujos, y de la mano tendida en las tabernas en las que uno de nosotros toca la guitarra. Ella escucha y su mirada ha perdido su serenidad. ¡No irás a decirme que envidias la vida que llevo! Todos los días, al levantarme, me pregunto si podré comer. No sé si he hablado en voz alta, pero la oigo murmurar, súbitamente tímida:

—Naturalmente, no puedo llevarte a comer a casa.

Hemos estallado en una loca risa de adolescentes. No, desde luego, no puedo ir a su casa. Imagino la cara de Bruno. Pero podemos comer en este bar, nada extraordinario, tal vez unos huevos al plato, o una fritada, o un filete con patatas fritas... Ella ha añadido, muy colorada, que invitaba ella, desde luego, puesto que yo era la visitante. Hacía mucho tiempo que no llenaba el estómago como ahora. Ella no ha querido comer nada, y ha pedido otra granadina. Yo he bebido vino tinto.

Ahora, no me importa hablar de Roland. Sí, le amo. ¿Y él? Bueno, no, en absoluto. Resulta difícil de decir, pero lo he dicho, a pesar de todo. Sin embargo, ella no parece escuchar. Dice, con la nariz en su vaso de granadina:

—¿Cuál es su apellido?

Naturalmente, le conoce, al menos conoce a su homólogo. Debimos pensar en ello desde el primer momento. Ella cuenta: estaba ya prometida a Bruno, que preparaba también el profesorado, cuando encontró a Roland. Habla de un gran amor, de una gran pasión que le inspiraba miedo, hasta el punto de que acabó por romper

con Roland para casarse con Bruno. Trata de explicar:

—No sé por qué nos amamos hasta ese extremo. Él quería casarse conmigo en seguida. Me pregunto cómo pudimos llegar a ese extremo, ahora que he olvidado.

La escucho, desesperada.

Por eso había decidido arriesgarme a este viaje insensato, simplemente para eso, para saber cómo era ella: cómo era la que había logrado ser feliz, la que tenía mi nombre y mis cabellos de arena, y había sabido hacerse amar por Roland. Pero ella me dice que no sabe cómo ocurrió, me dice que ni siquiera lo recuerda. Voy a regresar a mi cuarto miserable. Voy a buscar una suplencia en una oficina. Escribiré a máquina todo el día, hasta que me despidan, ya que escribo muy mal y siempre llego tarde. Y, día tras día, esperaré una carta de Roland que, desde luego, no escribirá nunca.

—¿Hablas inglés?

La pregunta me ha hecho sobresaltar.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Inglés? Sí, un poco.

Hemos empezado a hablar en ese idioma.

Me ha mirado, asombrada.

—Lo hablas bien, muy bien, incluso. La cosa tendría que dar resultado, aunque haya ingleses o norteamericanos en la casa.

Y antes de que tenga tiempo de formular una pregunta, empieza a explicarme su plan.

Algo tan asombroso, tan inesperado, que sólo puedo farfullar:

—Yo en tu lugar, tú en el mío...

Apenas la oigo.

—... preparar el cambio... nadie se dará cuenta... vacaciones... la escuela cerrada... gemelas en el campo con los abuelos... este año no salimos de vacaciones a causa de la tesis de Bruno... puede durar un mes...

Repito:

—Tú en mi lugar, yo en el tuyo.

Bueno, ya ha terminado. He regresado a mi casa.

He destruido el hogar de Cecile-la-juiciosa, y no he necesitado mucho tiempo para ello. No me preocupa Cecile: sabrá recuperar a su marido. Sabrá hacerse amar de nuevo y, más tarde, él se preguntará por qué pensó un día en abandonarla. Sabrá reorganizar su casa, también. No me preocupa Cecile.

Durante ese tiempo, ella me encontró un alojamiento, un empleo estable, me compró vajilla, ropa, vestidos, y enamoró a Roland.

Ella no tiene ninguna hermana, es hija única.

Apenas hace quince días que he regresado. Solamente quince días, y el estudio que ella me había preparado cuidadosamente ha perdido toda comodidad y toda belleza. El desorden y la suciedad lo han invadido, y el propietario me ha amenazado

con echarme. Mis amistades le han escandalizado. Me ha dicho que había cambiado, que nunca hubiese creído que podía cambiar hasta tal punto. Pero, hace quince días, no era yo. Era Cecile-la-juiciosa. No me preocupo por ella.

Cecile, tan amable, tan amistosa, no me hiciste ningún reproche al ver lo que había hecho con tu casa. Cecile, hice lo que pude, pero, verás, mi reloj se había parado y yo estaba sin arreglar cuando llegó tu marido con uno de sus colegas. No pude mezclarme en la conversación, porque hablaban de libros que yo no había leído, de personas de las que no había oído hablar, de política, también. Todos aquellos temas me eran ajenos. No había hielo en el refrigerador, y me había olvidado de comprar pastelillos y almendras saladas. Sólo había un poco de whisky y agua tibia. La noche en la que los padres de tu marido vinieron a cenar, la casa parecía un campo de batalla y no había nada para comer. Me había olvidado. Preparé rápidamente una sopa concentrada y abrí una lata de ravioles, pero los serví fríos. Hice también una ensalada, pero estaba mal lavada y vi que el padre de Bruno apartaba discretamente unas piedrecitas, dejándolas en el borde de su plato. Además, el dobladillo de mi bata estaba descosido, y había perdido la carta y las fotografías que nuestros padres, quiero decir tus padres, que tenían a las gemelas con ellos, habían enviado. Poco después, se presentó Roland. No pude resistir. No quise retenerle en tu casa, y fui a la suya. A mi regreso, después de perder mis guantes, mi bolso y mi paraguas (debería decir *tus* guantes, *tu* bolso y *tu* paraguas), había mucha gente en la casa, ocho personas, creo. Teníamos una cena y lo había olvidado. También me había olvidado de echar al correo unas cartas de Bruno, muy urgentes. Dejé en un taxi una carpeta con unas notas de Bruno. Tuvo que pasarse tres tardes en la Nacional para volver a reunirlos. Verás también que he echado a perder todos tus vestidos, y que he dejado unas sábanas en una lavandería sin guardar los recibos. Perdón por todo eso, y perdón también por tu cuenta corriente: no sé dónde ha ido a parar el dinero.

Te mostraste admirable, Cecile, cuando te conté todo eso: tu marido que, no pudiendo soportarme más, fue a instalarse a casa de sus padres, la criada que devolvió su delantal, el casero que amenaza con rescindir el contrato de arrendamiento, y todos los amigos que desertan de tu hogar. Por fortuna no ocupé tu puesto durante el año escolar: habría arruinado tu carrera. Y, por fortuna, no me ocupé de las gemelas. ¡Sabe Dios lo que hubiera podido pasarles conmigo!

Pero de todo eso, Cecile, eres tú la que tendría que pedirme perdón. Ya que es demasiado injusto que tú sepas hacerlo todo, y yo no sepa hacer nada. Creo que lo has comprendido, y que por eso no he sufrido el menor reproche. Te has sentido avergonzada, molesta por ser tan rica comparada conmigo. ¡Cecile, Cecile, pídemelo perdón por haberme encontrado un apartamento, por haberme devuelto a Roland, por haberme buscado un empleo! Desde luego, mi primer reflejo es el de darte las gracias. Gracias por las tarjetas de visita, por el teléfono, por el cuarto de baño; gracias por el agua de colonia, la cuenta corriente, los visillos en las ventanas, los geranios en el balcón; gracias por el abrigo de ante, el traje sastre azul marino, la

máquina de escribir eléctrica; gracias por las sábanas nuevas, las flores artificiales, la agenda encuadernada en cuero. Gracias, Cecile, gracias. Pero por todo eso tienes que pedir perdón: como yo tendría que pedir perdón a todas las Cecile que son peores que yo.

Ya que tal vez, un día, veré abrirse mi puerta sobre una silueta que conozco demasiado bien, y que vendrá, como yo cerca de Cecile-la-juiciosa, en busca de ayuda. Después de todo, las paralelas tienen siempre en un momento u otro las mismas ideas.

Cuando llegó, la reconocí inmediatamente aunque no se había tomado la molestia de escribirme para avisarme. Llamó a mi puerta. Abrí, y ella entró. La reconocí inmediatamente. Siempre nos reconocemos. Entró y dijo con aquella voz que es la mía: «Soy Cecile». Pero no hacía falta, la había reconocido.

Pálida, delgada, con unos ojos ásperos, vestida con un pantalón descolorido sobre el cual flotaba una vieja chaqueta de cuero de inmensos bolsillos. En uno de aquellos bolsillos había una botella de whisky, en el otro unas joyas.

Bebió whisky, guardó las joyas. Tiene que vivir. Yo, cuando salga de la cabina del cruce-paralelo, seré acogida en el otro universo por un pequeño charlatán que cuidará de mí.

Antes de visitar a Cecile-la-juiciosa, me hubiese sentido interesada por la vida aventurera, los líos con los gangsters, los asaltos a los hoteles de la Costa, y hubiese pensado sin duda que iba a ayudar a Cecile-la-ladrona a regenerarse, a rehacerse una identidad limpia, un historial judicial virgen. Pero, ahora, ya no tengo ilusiones. Ella no cambiará. Del mismo modo que yo no cambiaré.

Puedo decir lo que va a pasar. Si logro evitar la prisión, encontraré allá abajo un cuarto y también un empleo provisional; quedaré mal con el casero y con mi patrono; cambiaré de cuarto y de empleo; sobreviviré a duras penas, pero sobreviviré sin robar y sin beber. Y seguramente tendré amantes; pero es seguro también que no tendré un amor duradero, ya que allá abajo, igual que aquí, seduciré fácilmente y con la misma facilidad se cansarán de mí; como estaré enamorada, trataré de aferrarme a él, y él tratará de arrancar de sus hombros mis manos crispadas; un día, cansada de luchar, le dejaré marchar y volveré a empezar la misma historia con otro. Sí, allá abajo ocurrirá lo mismo que aquí, y siempre será igual.

Y, entretanto, Cecile-la-ladrona abandonará a la chita callando el estudio penosamente obtenido y acondicionado por Cecile-la-juiciosa. Se arrastrará de hotel en hotel, de compañero en compañero. Unos hombres se apegarán a ella, ya que sabe hacerse amar. Roland, quizás... Bruno, quizás... pero ella no amará ni al uno ni al otro. Buscará alguien parecido a ella y, cuando lo haya encontrado, se dedicarán, para pagar su whisky, a robar unos bolsos, y luego en algunas joyerías. Un día, les echarán el guante, ella irá a la cárcel, y así se recreará poco a poco a su alrededor ese mundo del que ahora huye y al cual me envía.

Estoy tan segura de todo esto que apenas la escucho cuando me dice que no arriesgo nada, ya que no tengo la cicatriz en el muslo que hace que la policía la reconozca siempre. No, Cecile-la-ladrona, Cecile-la-borracha, no arriesgo más contigo de lo que arriesgué con Cecile-la-juiciosa. Con todas, al cabo de algún tiempo, habría recreado ese mundo que es el mío. He dicho: «No, no arriesgo nada», con cansancio, con desesperación. Con todas mis fuerzas hubiera deseado arriesgar algo, con todas mis fuerzas hubiera querido que el mundo, que las circunstancias pudieran cambiarme.

Le explico todo eso bebiendo whisky: muy poco, ya que no estoy acostumbrada. Pero admiro lo que ella es capaz de beber sin que al parecer le haga efecto.

Hablo mucho. Quiero que comparta lo que yo creo. Digo: «¿Te das cuenta? Cecile me compró vestidos, ropa, vajilla, me encontró un buen empleo, un bonito estudio, conquistó a Roland, el hombre al que yo amo, y yo lo he estropeado todo... Roland ya no puede soportarme. Se ha marchado. No ha tardado mucho en cansarse de mí». Le explico también lo que he hecho del hogar de Cecile-la-juiciosa. Mezclo todas las teorías: no se conserva lo que no se ha merecido, aquello para lo cual no se ha nacido. Recuerdo algunos refranes: «La cabra siempre tira al monte». Hablo, hablo...

—Un momento —me interrumpe bruscamente—. Cierra el pico y escúchame.

Me callo de golpe.

Ella enciende un cigarrillo, le da unas chupadas y declara que Cecile-la-juiciosa y yo somos las reinas de los c...

Bien, de acuerdo; pero, ¿por qué?

—Tú ocupaste su lugar, como yo voy a ocupar el tuyo —dice ella, súbitamente seria—. Pero yo lo hago para engañar al enemigo. No trato de creer en ello, y no te aconsejo que trates de creerlo. Al hacerse pasar por otro, se corre el peligro de no ser nadie.

Me digo que, si hay tales verdades en el fondo de un vaso de whisky, tal vez merece la pena dedicarse a beber.

Pero ella continúa, lanzada:

—Cuando hiciste eso con ella, sabías que era a ella y no a ti a quien se dirigían, que creían en ella y no en ti, que la amaban a ella y no a ti. No es extraño que te dedicaras a sabotearlo todo. Simplemente, porque querías adquirir «sus» cualidades personales. ¡Una locura! Esas cualidades, si ella las posee, todas las Cecile las poseen, incluidas tú y yo.

Luego añade, irónica, brillante:

—Y mis cualidades, que son principalmente la astucia, la audacia y el encanto, todas las Cecile las poseen. Tenemos buenos triunfos, ¿sabes?

Murmuro, tímidamente:

—Me parece que yo tengo muy pocos triunfos, si es que tengo alguno.

Ella se echa a reír.

—Eso es porque juegas sin fijarte en las cartas que tienes en la mano. Pero, dejemos eso... ¿Hay algo que comer aquí?

Mientras abro una lata de ravioles, superviviente de la reserva constituida por Cecile-la-juiciosa, digo sin mirarla:

—Si mi madre no hubiera vuelto a casarse con...

—¡Pobre viejo! ¿Qué quieres? Adora a Isabelle. Y ella es tonta a más no poder. En todo caso, esos dos, el padre y la hija, quedan fuera del juego: sus cartas son insignificantes. Y a propósito de cartas —continúa, encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro—, ¿sabes que tú o yo podríamos escribir? Me refiero a convertirnos en buenas escritoras, si quisiéramos; conozco al menos la existencia de una de entre nosotras. Yo la llamo Cecile-la-gloriosa. Es una novelista muy conocida en su universo. Oye, ¿está a punto el guiso?

Comemos los ravioles con pan tostado. Cuando me he servido granadina, ella se ha echado a reír. Luego, ruborizándose, me ha acercado su vaso. Es verdad que todas somos parecidas, todas con los cabellos largos, todas aficionadas a raciocinar, y todas inclinadas al riesgo, incluso Cecile-la-juiciosa que no vaciló en hacer aquel cambio conmigo. Lo que una hace, todas las otras pueden hacerlo. Cecile-la-ladrona vierte whisky en su granadina y nos sonreímos con ternura.

Luego declara que tiene sueño y se duerme boca abajo, con la cabeza entre los brazos. Me pongo a lavar la vajilla. Unos recuerdos de la infancia vuelven a mí desde no sé dónde, ya que los había olvidado, realmente olvidado. Dejo que me invadan. ¿Por qué no? Abro el grifo de la bañera y, mientras se llena, escucho la radio en el pequeño transistor que compró para mí Cecile-la-juiciosa. Escucho las noticias, luego la crónica literaria. Decido comprar el libro cuya crítica acabo de oír. Tengo ganas, muchas ganas de leerlo, y quisiera también ir a comprar un periódico. El estudio tiene ahora un aspecto resplandeciente: burla burlando, he hecho una limpieza a fondo. Proyecto comprar unas flores, sin pensar que voy a dejarle el cuarto a Cecile-la-ladrona, mi gemela.

Ella despierta, gira sobre sí misma hasta quedar boca arriba, aparece inundada por sus cabellos, con los ojos hinchados de sueño y en absoluto peligrosa. Le sonrío. Ella bosteza y murmura:

—¿Qué es lo que me pasa?

Le preparo un café, se lo toma con aire agradecido y luego, ante mi consternación, se bebe medio vaso de whisky. Declara que ahora se encuentra perfectamente. Y de repente empieza a examinar curiosamente el cuarto.

—Has estado limpiando —dice, antes de encender un cigarrillo.

No dice nada más, pero aquello es suficiente. Hay en ello una verdad deslumbradora que yo no había visto. Farfullo que mi baño debe de estar a punto; me encierro en el cuarto de baño y me sumerjo con placer en el agua tibia. Canturreo:

«He limpiado, he limpiado...».

Además, hay otra cosa, tal vez menos espectacular, pero más convincente para

mí: he escuchado las noticias y tengo ganas de comprar un periódico y un libro. Tengo ganas de leer, no para complacer a Roland, sino simplemente porque me apetece. Me enjabono una y otra vez, me cepillo los cabellos, me hago un moño impecable, me pongo ropa interior limpia y un vestido nuevo dejado por Cecile y que hasta ahora no me había llamado la atención, ni siquiera para emporcarlo.

Le digo a Cecile-la-ladrona que se lo dejo todo: la habitación, el talonario de cheques; me llevo únicamente mi bolso con un poco de dinero en efectivo.

Cuando estoy a punto de salir, suena el teléfono.

Es Roland. Me llama desde el bar de la esquina para pedirme, mejor dicho, para intimarme la orden de que le baje todos los dibujos y las telas que había dejado en mi casa. Me espera abajo para recogerlos. Un viento de libertad sopla en las cumbres. Le digo que no pienso tomarme tantas molestias, y que puede subir a recogerlos él mismo, aunque no ahora, porque tengo que salir. Luego cuelgo el receptor.

Se lo dejé todo a Cecile, como ya le había dicho, y, al bajar la escalera, pensaba en lo agradable que resulta no poseer nada cuando se sabe que puede tenerse todo y rehacerlo todo. Tal vez un día, seguramente un día escribiré hermosos libros, ya que lo que ha hecho Cecile-la-gloriosa puedo hacerlo yo también, y quizás mejor aún, ya que tendré detrás de mí la experiencia de derrotas que ella ignora. Y tendré un gran amor, y tendré hijos, y beberé siempre granadina.

Roland me esperaba abajo, con aire enfurruñado.

—¿Crees que puedo perder el tiempo subiendo a tu casa? ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer!

—Nadie te obliga a ello —he replicado, encogiéndome de hombros—. Ahora, de todos modos, no puedo atenderte, y la portera no tiene las llaves. Dentro de unos días, si quieres...

No había visto nunca un joven tan estupefacto. Estaba acostumbrado a verme con un aire humillado y unos hombros encorvados. Pasaba un taxi y lo paré.

En la Transparela había una avería. La Compañía entregaba una indemnización y se hacía cargo de todas las personas que se disponían a regresar a su mundo, yo por ejemplo, puesto que ocupaba la plaza de Cecile-la-ladrona. Somos pocos y muy dispares: una actriz, un financiero, una mecanógrafa, un anciano profesor muy conocido, una aventurera, un play-boy. ¿Cómo han resuelto todos ellos sus problemas? ¿Qué lección han extraído de estos viajes, de estos encuentros con sus homólogos? Esta noche, charlamos en el gran salón de la Transparela. El anciano profesor tiene muy mal aspecto. Habla en voz baja y tose mucho. La aventurera no parece haber comprendido gran cosa de las enseñanzas de los mundos paralelos. Cuenta con orgullo que una de sus gemelas ha hecho una boda excelente, y suspira: «¡Yo no he tenido tanta suerte como ella!». La mecanógrafa, que ha ganado este viaje en un concurso radiofónico, habla también con la boca llena de los éxitos de su homóloga, que es manicura de lujo. El play-boy es un tipo divertido. Dice con un aire falsamente entristecido que su gemelo es cura de pueblo. Nadie lo cree, pero todo el

mundo ríe: lo cual sirve para relajarnos. El financiero es más bien pesado. No cesa de gemir que, con este retraso, va a perder una importante operación bursátil. También la actriz se queja. Teme que se le escape un papel que ha perseguido con ahínco. Es una *vedette* muy conocida y, a decir verdad, la creía más joven y más guapa. Ha sabido sacar partido de lo que tenía. Lo dice con aspereza, habla de una infancia desdichada en un tugurio, y de sus homologas que, menos listas que ella, viven del robo o de la prostitución. Habla de voluntad, de coraje... Sus palabras me llenan de cólera. ¿Sabe acaso lo que hay de más o de menos en la infancia de aquellas gemelas a las que desprecia? ¿Sabe acaso si un incidente, en apariencia mínimo, no les ha cortado las alas? El anciano profesor hace uso de la palabra y todo el mundo se calla:

—Uno de mis homólogos, que es un filósofo célebre en su universo, pretende que el hombre puede dominar todas las situaciones y que, si no lo hace, es por cobardía. Yo no soy de su opinión, ya que otro de nuestros homólogos fue deportado cuando era muy joven. Solamente unos meses, pero aquello bastó para destrozarle. Ahora es maestro de escuela en un pequeño pueblo, y nunca escribirá nada.

Todo el mundo sabe que él conoció la misma suerte. Ha sabido, pues, dominar los acontecimientos, pero no juzga a los que no lo han conseguido. Con todas mis fuerzas, deseo no perder nunca la indulgencia, no olvidar nunca que muchos de nosotros no han podido jugar sus cartas porque les han impedido hacerlo.

Cuando el anciano caballero se ha puesto en pie, el play-boy le ha entregado su bastón con un gesto lleno de respeto.

Pienso sin tristeza en el tiempo perdido, en mi infancia y mi primera juventud frustradas. Pienso en ellas sin cólera, sin lágrimas, sin rencor. Mis manuscritos impublicables en el fondo de un cajón, mis amores mutilados, los fetos arrojados al Sena un 14 de julio: hay que olvidar todo eso. Un día habré realizado grandes cosas, habré escrito acerca de grandes cosas, seré amada del hombre que habré preferido, tendré hijos, y seré bella como todas las Cecile.

El play-boy toca ligeramente mi hombro.

—Vamos a organizar una partida de bridge para matar el tiempo. ¿Se apunta usted?

—Desde luego que me apunto. Y va usted a ver como gano.

# La barba del ministro

Francis Bessiere

## I

«Aquí, Armand Lemoine, de la Televisión Francesa, que les habla desde Tánger.

»Como pueden ver ustedes, queridos telespectadores, el estadio olímpico universitario está atestado, archiatestado. (Lenta panorámica del conjunto del estadio). Se han reunido aquí ciento cincuenta mil personas. Proceden de todos los rincones del globo y se apretujan en los graderíos, armados con prismáticos y con cámaras portátiles. A mi alrededor, quinientos reporteros de todas las televisiones del mundo se desgañitan delante de sus micrófonos, hacen girar sus cámaras, realizan delicados ajustes técnicos (Primer plano de un técnico y de los aparatos que vigila).

»Mientras contemplan ustedes estas imágenes, cuatro o cinco mil millones de personas están pendientes de otras pantallas semejantes a las de ustedes, que les muestran unas imágenes en color procedentes de la Universidad internacional de Tánger. (Vista panorámica de la ciudad, la bahía y el mar).

»La expectación se debe a que, dentro de un cuarto de hora, aproximadamente, va a desarrollarse aquí un acontecimiento histórico en el sentido más estricto de la palabra. (La voz de Armand Lemoine se hace enfática). Y por primera vez en la historia de la humanidad, ese acontecimiento histórico estará constituido por un experimento científico, un experimento crucial, que resolverá el más prolongado “suspense” que los hombres han conocido, un experimento cuyo resultado modificará nuestro concepto del universo y orientará el curso de las cosas para todos los siglos venideros.

»¡Dentro de un cuarto de hora, en efecto, la Naturaleza dará su respuesta!».

La pantalla no muestra más que el azul del cielo. Panorámica larga descendente. Encuadre sobre el centro del estadio.

«Ahí está. Tienen ustedes ahora delante de los ojos el lugar en el cual va a producirse ese importante acontecimiento.

»En el centro del gazon, un estrado de forma ovalada. A su alrededor, plantados como farolas, veinticuatro relojes de precisión marcan la hora de los veinticuatro husos horarios. En medio del estrado, sobre las cuatro caras de una columna cuadrada, otros tantos relojes dan la hora en tiempo universal, o, lo que viene a ser lo

mismo, la hora local de Tánger.

»Al pie de esa columna y de cara a nosotros, he aquí el cronodiador, ¡el primer cronodiador construido por la mano del hombre! (Travelling hacia adelante: la pantalla encuadra el aparato, luego sus diversas partes).

»¿El cronodiador? Es esa especie de mesa de acero montada sobre un caballete; de hecho, un conjunto de armarios que contienen todos los órganos y aparatos necesarios para la realización del milagro: el viaje en el tiempo, en otras palabras: ¡la cronodia!

»Ya que se trata de eso. Los hombres que ven ustedes agitarse delante de esos instrumentos son los ayudantes, los hombres de confianza del héroe de esta jornada, ¡el famoso profesor Juan Watson!

»¡Aquí está!».

Plano americano de perfil, algo difuminado. Tez mate; cabellos negros, ligeramente grises en las sienes. Mandíbula cuadrada, nariz aguileña, frente abombada, ojos oscuros, pómulos salientes; ni barba ni bigote. Mientras se reanuda el comentario, travelling lento hacia atrás mostrando la elevada estatura del profesor.

«¡Ese hombre de silueta orgullosa, que vigila y coordina el trabajo de sus colaboradores, es él! Es él, Juan Watson, que dentro de unos instantes pulsará el pequeño botón situado cerca de aquella jaula encristalada. (Primer plano de la jaula y del botón rojo). Vean con qué minuciosa atención examina las esferas y los órganos de control de su tablero de mandos. (La pantalla muestra una mano haciendo girar lentamente un botón).

»El es el promotor de todo lo que hoy sucede aquí.

»Ya que él, Juan Watson, fue quien descubrió hace siete años, en la primavera de 2253, el principio de la cronodia.

»Como muchos de ustedes recordarán, entonces no era más que un modesto profesor adjunto de la Universidad de Puerto Rico. Pero su Memoria causó sensación. Menos de tres semanas después de su publicación, la gran prensa hablaba de ella. Dos meses más tarde, Watson fue nombrado profesor de la Universidad internacional de Tánger, en la misma ciudad en la que tiene su sede el Comité mundial de coordinación. En otoño de aquel mismo año, dirigía un equipo de doscientos investigadores e ingenieros, los mejores especialistas del mundo entero.

»¿Su objetivo? Hoy, 18 de mayo de 2260, lo alcanzan. Ya que esos siete años de investigación y de trabajo han permitido la construcción y la puesta a punto de ese aparato, ese cronodiador que, dentro de unos minutos, funcionará delante de los ojos de ustedes, aportando así la solución al gran enigma que el estudio de Watson ha dejado subsistir.

»Ya que su teoría no resolvía todos los problemas.

»Mostraba, en efecto, que debían existir dos tipos de cronodia, los dos en sentido

único, uno en sentido único hacia el futuro, otro en sentido único hacia el pasado, uno reservado a la antimateria, otro a la materia normal.

»Eso significaba, pues, que nosotros, los hombres, con nuestros vestidos, nuestras máquinas, nuestros pensamientos, nuestros corderos y nuestros perros, no podríamos abandonar nunca el presente más que en un solo sentido, y sin esperanza de retorno.

»Pero, ¿cuál era el sentido permitido? Sólo la experiencia podría revelarlo.

»Esa es la respuesta que va a proporcionarnos el experimento al que vamos a asistir».

Mientras Armand Lemoine sigue con su comentario, la cámara explora la multitud, arriesgando un primer plano de una cara bonita, una postura ridícula, dos manos que se estrechan tiernamente, un sombrero extravagante, un niño que trepa dificultosamente por el graderío, una botella de cerveza que alguien descapsula. Arrodillado sobre el estrado, un técnico comprueba un detalle de montaje del cronodiador; se incorpora, sacude con la mano las perneras de su pantalón y va a intercambiar unas palabras con el profesor Watson.

«Desde finales de 2253 —explica Armand Lemoine—, la prensa se ha hecho eco de las controversias que enfrentan a dos corrientes de opinión, los futuristas y los pasadistas.

»Estos últimos pretenden que, dado que el futuro no existe sino que está por construir, sólo es concebible el viaje hacia el pasado. Los futuristas afirman perentoriamente lo contrario, ya que, dicen, los viajes sin retorno hacia el futuro no entrañan ninguna de las múltiples paradojas que van unidas a los viajes hacia el pasado.

»Todo el mundo conoce esas paradojas. Pero, ¿se han dado cuenta ustedes, queridos telespectadores, de la ayuda que han aportado a la prensa? Desde el verano de 2253, ni siquiera en el mes de agosto, nadie ha vuelto a ver el monstruo de Loch Ness ni ha encontrado las huellas del abominable hombre de las nieves en el Himalaya; nadie ha vuelto a ver los deliciosos fantasmas de las Arenas Verdes de Venus... ¡Siempre hay una nueva paradoja temporal que publicar!

»Como ustedes saben, el principio es siempre el mismo: si uno puede volver al pasado, puede desviar en él el curso de los acontecimientos. Pero, en este caso, ¿dónde está la verdad? ¿En lo que decía la historia tal como la conocíamos antes del desplazamiento temporal, o en la historia modificada? La única respuesta que parece admisible es que la historia debe ser estable, lo que significa que debería ser imposible cambiar un acontecimiento importante.

»Pero, ¿cómo distinguir un acontecimiento “importante” de otro?

»¡Ah! He aquí precisamente a Juan Watson y sus ayudantes que proceden a una revisión importante y minuciosa.

»Véanles medir, casi al milímetro, la distancia de algunos metros que separa la

jaula de cristal, en la que será colocado el objeto cronodiado, y los dos platillos encargados de recogerlo. En este momento se ocupan del platillo de la izquierda, en el que se realizará la materialización si la cronodia es dirigida hacia el pasado. Por el contrario, si se tratara de un traslado hacia el futuro, el objeto aparecería en el platillo de la derecha.

»Sigamos. ¿Qué es un acontecimiento importante a los ojos de la Naturaleza? La destrucción de una casa, ¿cuenta más o menos que la de una lejana estrella? ¿Tiene más importancia la muerte de un tirano o de un genio que la de una mosca?

»Y, ¿cómo evitar, si puedo trasladarme al pasado, que mi pie aplaste una hormiga o que uno de mis glóbulos blancos se obsequie con una bacteria?

»Así, todo viaje hacia el pasado implica que la historia sea modificada, en mayor o menor grado.

»Conocen ustedes seguramente la famosa “paradoja del abuelo”. Pero no resisto a la tentación...

»Pero he aquí que entra en el estadio Su Eminencia el Coordinador Supremo en persona. (La cámara sigue a un anciano de noble aspecto, ataviado con una toga tan blanca como su barba, que avanza solemnemente hacia el estrado).

»Juan Watson sale a su encuentro, en tanto que la multitud se pone en pie y guarda silencio.

»El profesor se inclina, el Coordinador Supremo le roza la cabeza con la mano izquierda, de acuerdo con la tradición. Su Señoría el ministro coordinador de la Investigación científica y técnica, que acompaña a Su Eminencia, le ofrece un pesado lingote de oro: el objeto que debe ser cronodiado dentro de unos instantes. Su Eminencia lo coge y lo deposita entre las manos de Juan Watson. Este se inclina de nuevo, sube los tres peldaños que conducen al estrado y deposita el valioso lingote en la jaula encristalada que uno de sus colaboradores mantiene abierta. Vuelve a cerrarla: todo está a punto.

»Su Eminencia se sienta en el puesto de honor, el ministro de la Investigación a su derecha y, a su izquierda, Su Señoría el ministro coordinador de la Enseñanza y de las Actividades Culturales, tan elegante como siempre. Las miradas convergen hacia él, sin duda para admirar su larga barba de color turquesa, a la última moda, pero sobre todo porque se sabe —no traiciono ningún secreto— que ha apostado al menos las dos terceras partes de su inmensa fortuna a favor de los viajes hacia el futuro...

»¿Saben ustedes que se calcula en casi ochocientos mil millones de créditos el volumen total de las sumas invertidas en apuestas? Unos doscientos cincuenta mil millones a favor del viaje hacia el pasado, que tiene sus partidarios, y más del doble a favor del viaje hacia el futuro.

»Esa diferencia se explica por la existencia de las paradojas temporales, que plantean muchos problemas lógicos y que son eliminadas por completo por el viaje en sentido único hacia el futuro. Precisamente iba a recordarles la paradoja del abuelo. Todos ustedes la conocen, desde luego. Pero no resisto a la tentación de

citarles el enunciado que ha hecho de ella mi ilustre amigo Hubert Troulin.

»Imaginemos, ha dicho, lo que pasaría con un personaje demasiado curioso que retornara al pasado para estrangular a su abuelo en la cuna: nuestro pequeño curioso no podría tener padre. En consecuencia, no podría haber nacido. En consecuencia, también, no podría ir a asesinar a su abuelo, el cual, en plena vida, podría demostrar su virilidad proporcionando un padre a su futuro asesino. Este podría ir a estrangular a su abuelo, cuando lo cierto es que nuestro pequeño curioso no puede nacer ni matar, ni volver a nacer, ni volver a matar. ¿Está claro?

»Observen, queridos telespectadores, hasta qué punto resulta cómodo el presente de infinitivo, que permite evitar el empleo del imperfecto condicional del subjuntivo futuro...

»Pero, son las diez horas 54 minutos. La cuenta atrás empieza dentro de menos de dos minutos. Y como nos han pedido que guardemos el más profundo silencio en cuanto nos lo adviertan los altavoces, apenas me queda tiempo para explicarles cómo debe desarrollarse el experimento.

»El profesor Watson debe desencadenar la operación a las once en punto. El desplazamiento temporal previsto es de cinco minutos. Por lo tanto, si todo se desarrolla normalmente, y si la cronodia se realiza hacia el pasado, parece que a las 10 horas 55 minutos —¡dentro de veinticinco segundos!— el lingote de oro aparecerá en el platillo de la izquierda... Nueva paradoja, por otra parte, ya que durante unos minutos el mismo objeto figurará en dos ejemplares idénticos, situados a unos metros de distancia el uno del otro...».

«¡Silencio! ¡Guarden silencio, por favor!», aúllan los altavoces.

Primer plano del platillo de la izquierda, con un reloj en sobreimpresión.

Transcurren unos segundos: son las 10 horas 55 minutos.

¡El platillo permanece vacío!

Un gemido recorre a la multitud: el de los pasadistas.

«¡Silencio!», reclaman de nuevo los altavoces.

Y, mientras la cámara encuadra los rostros regocijados de los futuristas y las caras crispadas de los pasadistas, una voz seca y monótona empieza la cuenta atrás:

«Hoy, 18 de mayo de 2260, a las 11 horas, puesta en marcha del cronodiador; tiempo en segundos... ¡Doscientos cincuenta!».

Silencio.

«¡Doscientos cuarenta!».

Silencio.

«¡Doscientos treinta...!».

«¡Cincuenta!».

La cámara enfoca a Watson, de pie delante de su cronodiador.

«¡Cuarenta!».

El profesor se envara, con el dedo apuntando ya al botón rojo.

«¡Treinta!».

Silencio. Se oiría volar una libélula.

«¡Veinticinco!».

Pasa una mariposa.

«¡Veinte!».

Todos los rostros están tensos.

«¡Quince!» crispados, tensos, contraídos.

«Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡Cero!».

Juan pulsa el botón.

Hace una mueca. Vuelve a pulsar el botón, sacude un poco el aparato, pulsa de nuevo... ¡Nada!

¡El lingote de oro continúa allí!

Nadie dice nada, ni siquiera Armand Lemoine, que no había previsto aquello.

Juan formula unas órdenes breves a sus ayudantes, los cuales se ponen en movimiento, levantando chapas, desatornillando, volviendo a atornillar, dando golpecitos, manipulando, sacudiendo, apretando, aflojando, enervándose cada vez más.

Juan empuña un micrófono y declara, con voz alterada:

«Damas y caballeros. Estoy asombrado. El cronodiador no funciona. Se trata, desde luego, de un incidente técnico tan imprevisible como independiente de mi voluntad. Al no haber podido realizarse el experimento, la ausencia de materialización a las 10 horas 55 minutos no demuestra nada. Absolutamente nada.

»Por desgracia, dentro de seis minutos, las condiciones ya no serán favorables y, si el aparato sigue sin funcionar, me veré obligado a disculparme y a aplazar el experimento para una fecha posterior. Con gran desesperación por mi parte, pueden creerlo.

»En efecto, tienen que saber ustedes que no hemos podido anular por completo el desplazamiento espacial del objeto durante su traslado en el tiempo. El desplazamiento residual depende del movimiento de rotación de la Tierra sobre sí misma y de su traslación con relación al sol. En consecuencia, la posición de los platillos sólo es favorable durante unos minutos. La operación debe tener lugar antes de las 11 horas 6 minutos: más allá, el lingote cronodiado podría salir proyectado contra la multitud y herir a alguien. Crean que lo lamento muy de veras».

Armand Lemoine carraspea y, con un nudo en la garganta, se dispone a reanudar su comentario. Pero, ¿qué puede decir? ¿Describir la agitación de los ayudantes de Watson? Todo el mundo lo ve en la pantalla. Y las saetas que giran.

Son las 11 horas 4 minutos. Watson se dirige hacia sus colaboradores, visiblemente desconcertados. Durante más de un minuto discute con ellos y luego, encogiéndose de hombros con aire fatalista, se acerca al aparato, vacila, contempla el lingote, los platillos... ¡y súbitamente propina un violento puñetazo a la parte

superior de la jaula!

¡Ya está! ¡Ha funcionado!

El lingote ya no está en la jaula: se encuentra en el platillo de la izquierda.

«Pero, ¿qué es lo que pasa? —exclama de repente Armand Lemoine—. ¿Es cierto lo que ven mis ojos? Pero... ¡Sí! El señor min... ¡Su Señoría está muerto! Sí, muerto, allí, delante de su sillón, fulminado al pie del estrado. No sé cómo decirlo, pero... Los enfermeros le rodean y se lo llevan ahora sobre una camilla».

La pantalla muestra la barba de color turquesa destacando sobre el blanco de la sábana que cubre el gran cuerpo estirado.

«Pero... Me parece que... Perdonen... ¿Cómo decirlo? Me parece... ¡Oh! Tiene que existir alguna relación con el experimento... Tengo la impresión, a la vez confusa y... ¡clara!, sí, clara... de que he visto morir al señor ministro hace *al menos* cinco, o incluso *diez minutos*. ¡Vuelvo a verle erguirse, titubear y caer! Sin embargo, hace menos de dos minutos que el profesor Watson ha puesto en marcha el cronodiador. ¡Y Su Señoría estaba aún con vida en aquel momento! Es absurdo, lo sé, pero es así...

»¿Sí, Georges? ¿Qué ocurre? ¿Por qué me haces señas? ¡Habla!

»¿No? Entonces, comprueba...

»¡No! ¡Así, no! ¡Coge papel y lápiz y haz el cálculo tú mismo! ¡Pero, antes, enséñame tu maldito contador!».

Silencio. Se oye un leve murmullo, mientras la cámara, que Georges ha soltado desde hace más de un minuto, encuadra en primer plano el suelo de hormigón y un trozo de papel manchado de polvo que el viento arrastra de un lado a otro. Por un instante, aparece la punta de un zapato negro que da un puntapié al papel. Una colilla cae y rebota fuera del campo de la cámara, dejando un minúsculo montón de cenizas rojizas que el viento dispersa como un diminuto castillo de fuegos artificiales.

»Pues bien, sí, queridos telespectadores, la cosa es indudable. (Es la voz estrangulada de Armand Lemoine). De acuerdo con el contador de vueltas del registrador magnetoscópico... (su esfera aparece de pronto en la pantalla; marca 18.427) que ha sido comprobado inmediatamente antes del principio de la emisión, han transcurrido diecisiete minutos y treinta segundos entre el momento en que el profesor ha dado un puñetazo a su aparato, unos segundos antes de las 11 horas 6 minutos, y el instante actual, en que son... (la cámara encuadra el reloj central) ¡las once, ocho minutos y treinta segundos!

»¡No entiendo nada, absolutamente nada! ¡Pero parece ser que el experimento de Watson nos ha robado quince minutos!».

## II

—¿Por qué paras el registrador? —preguntó Watson con aire abrumado.

—¡Bah! —dijo la voz baja y lenta de Piotr Pokoff, uno de sus más íntimos colaboradores—. Los dos minutos de registro que quedan están enteramente ocupados por las lamentaciones de Lemoine que no cesa de repetir que ignora lo que ha pasado, pero que sin duda es algo extraordinario.

—He aquí lo que han visto los telespectadores —murmuró Watson, con un suspiro de desaliento—. No han comprendido nada, desde luego. Y Lemoine tampoco. ¡Y nosotros, menos aún!

—¡No, nosotros hemos comprendido un poco más! —declaró Yen, con su vivacidad habitual—. Porque nosotros hemos visto el resto.

—¿El resto? ¿Qué resto? ¡Ah, sí! Henri me ha hablado de ello, pero no he entendido nada: el registro que acabo de ver no está completo. ¿Lo habéis cortado? ¿Qué es lo que habéis cortado? ¿Qué?

Watson casi gritaba.

—Vamos, no te excites —le aconsejó Piotr—. Hemos cortado los quince minutos «robados», para que vieras cuales han sido las reacciones generales. En el fondo, aparte del ministro, tú has sido el más afectado de todos...

—¡Sois increíbles! —se indignó Watson—. ¡Vosotros estabais lejos del cronodiador! ¡Y no habéis pasado por el trance de tener que hacer señas desesperadas a un grupo de camilleros de blusa blanca para que se llevaran el cadáver de un hombre muerto desde hacía diez minutos, pero completamente vivo un segundo antes! ¡Y en ningún momento os habéis sentido culpables de esa muerte! Me pregunto todavía...

—¡No! —le interrumpió Eddy Schmidt—. La autopsia ha terminado y el forense ha sido categórico: el ministro era cardíaco y ha muerto de emoción. Verosímilmente, cuando se supo arruinado, como otros muchos futuristas. Comprendo tus sentimientos, Juan, pero no debes tener ningún remordimiento por lo del ministro.

—Por otra parte, no ha sido ninguna pérdida —declaró Henri Cordier—. ¡Era estúpido, ignorante y pretencioso!

—De acuerdo —replicó Yen—. Pero el cronodiador está hecho para viajar en el tiempo: no es una máquina de matar parásitos...

—Afortunadamente para usted, profesor Yen Lou Tchi —rio Henri Cordier—. ¡En caso contrario, no estaría usted aquí! Yen se encogió de hombros.

—Aunque el golpe ha sido duro —dijo Watson, esforzándose en sonreír—, no me he vuelto amnésico ni idiota... Por lo tanto, explicadme lo que ha podido ocurrir.

—De acuerdo —dijo Piotr—. Como tú, como todo el mundo, cuando propinaste al cronodiador el puñetazo que lo desencadenó todo, creí volverme loco. Y los otros también. (Yen, Henri y Eddy asintieron). Pero tú nos habías enviado a los cuatro

rincones del estadio para que pudiésemos observarlo todo lo más tranquilamente posible. Entonces, todos tuvimos la misma idea: ¿qué habían registrado las cámaras? He aquí lo que era preciso saber para tratar de comprender.

»En el momento en que se llevaban al ministro, llegamos junto a ti. ¡Pero te habías desmayado! La multitud, creyéndote muerto, empezó a enervarse: asustados, ansiosos, los espectadores se ponían en pie, próximos al pánico. Mientras el médico se ocupaba de ti, el ministro de la Investigación se acercó a nosotros y nos pidió consejo. En treinta segundos nos pusimos de acuerdo, y Henri... Vamos, Henri, explica tú mismo lo que hiciste.

—Cogí un micrófono y aullé: «Damas y caballeros! ¡No teman nada y escúchenme un momento!».

»El ministro de la Investigación estaba a mi lado, y el Coordinador Supremo había vuelto a sentarse. Esto tranquilizó a la gente. Continué: “Su Señoría el ministro de la Enseñanza y de las Actividades Culturales acaba de ser vencido por la emoción: se trata de un simple accidente, muy lamentable, desde luego. En cuanto al profesor Watson, ha sufrido un desmayo. ¡No hay nada que temer!”.

»En realidad, yo temblaba al pensar que alguien podía ser víctima de una crisis de histeria en cualquier rincón del estadio. ¡Eso lo hubiese estropeado todo! “Es cierto —continué— que el experimento se ha desarrollado de un modo imprevisto, y su resultado es todavía incomprensible. Pero esto es normal... La cronodia constituye una innovación absoluta. A pesar de todas las precauciones adoptadas, era imposible prever exactamente lo que podría pasar. Pero yo quisiera pedirles algo. A todos ustedes. Para tratar de desembrollar el hilo de los acontecimientos, necesitaríamos disponer del mayor número posible de registros, lo mismo películas que cintas magnetoscópicas. Pedimos a todos, pues, y especialmente a las compañías de televisión, que nos los envíen lo antes posible, sea remitiéndolos al profesor Watson, sea depositándolos en la entrada principal de la Universidad. Para las películas, podemos encargarnos nosotros mismos del revelado. En todos los casos, sacaremos unas copias y devolveremos los originales antes de que termine el mes de mayo. ¡Gracias anticipadas!”.

»La gente se tranquilizó, y veinte minutos después había una cola delante de la puerta principal de la Universidad para entregar documentos. A las dos de la tarde, la Televisión francesa, la primera en reaccionar, nos enviaba el registro que has visto. Reuní a todos los que sabían revelar películas, transformé en cámaras oscuras todos los laboratorios de óptica, requisé todas las existencias de hiposulfito de los laboratorios de química.

»A las tres volvíamos a reunirnos los cuatro aquí. Eddy nos tranquilizó en lo que a ti respecta: mañana por la mañana estarías en pie. Inmediatamente, empezamos a visionar el registro de Armand Lemoine, y películas, un montón de películas... Hemos trabajado hasta las cuatro de la mañana. Pero ya no cabe duda.

Henri Cordier se calló.

—¿De qué no hay duda? —inquirió Watson.

Piotr respondió:

—Todos los documentos, filmados o magnetoscopios, cuentan exactamente la misma historia y muestran los mismos acontecimientos, en el mismo orden. Por otra parte, vas a ver el fragmento de la cinta magnética de la Televisión francesa que no te hemos mostrado aún, la que corresponde a los quince minutos «robados». Aunque hubiésemos podido escoger cualquier otro registro.

»Encontrarás en él tres versiones distintas, y en cierto sentido sucesivas, del pasado. La primera imagen que vas a ver seguía inmediatamente a aquella en la que golpeas el cronodiador. Habías esperado hasta el último momento: eran las 11 y 6 minutos, menos tres segundos. Pero, observa. Pongo el aparato en marcha; sin el sonido: yo haré el comentario.

»Ahí está: el lingote aparece en el platillo de la izquierda, cinco minutos antes de tu puñetazo, a las 11 y 1 minuto, exactamente.

»Los “¡Aaah!” de la multitud interrumpen inmediatamente tu discurso y la actividad febril de tus ayudantes. Pero tu recobras tu sangre fría, muestras el objeto a tus ayudantes y les haces señas para que se den prisa: puesto que está allí, el éxito está asegurado... La multitud se agita, y los futuristas aparecen abrumados.

»Entonces compruebas con estupor que la jaula está vacía, incluso antes de que el aparato haya sido puesto en marcha...

»Como no admites no tener nada que cronodiar, te precipitas hacia el lingote, lo coges y vuelves a introducirlo en su jaula.

»Súbitamente, el ministro de la Enseñanza, que comprende que está arruinado, se yergue delante de su asiento. Está descompuesto, con el rostro casi tan azul como su barba. Tiembla, vacila, tiende los brazos hacia adelante, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Luego, con un sobresalto que hace estremecer su larga barba, mientras su mano izquierda se posa sobre su corazón, da un traspiés y se desploma, fulminado. En su caída, golpea el estrado con su cabeza.

»¡Alto! Mira bien esa imagen: son las 11 y 3 minutos. ¿Ves, aquí, inmediatamente debajo del tablero de mandos del cronodiador, esa pequeña claridad malva?

—¡Una chispa! —exclamó Watson.

—Sí, es aquella maldita soldadura del contacto principal... ¿Te acuerdas? ¡La arreglamos tres veces! Y falló, de todas maneras... ¡Y la cabeza del ministro tuvo el mismo efecto que tu puñetazo!

»Continúo la proyección, limitándome a lo esencial. Mira, el lingote desaparece de la jaula.

»Reaparece cinco minutos antes, a las 10 y 58 minutos. La multitud grita. La jaula está vacía. Pero, sin dar apenas tiempo a los fotógrafos para que actúen, tú vas a buscar el lingote y vuelves a depositarlo en la jaula. He aquí al ministro que se levanta. Se desploma en el momento exacto en que resuena el “¡Cero!” final de la cuenta atrás. Pero de nuevo la imagen: son las once en punto, tu dedo pulsa el botón y

la cabeza del cadáver ministerial golpea el borde del estrado. Si no se ve la chispa, es porque tu cuerpo la oculta. Pero se produce sin lugar a duda, ya que, como puedes ver en la imagen siguiente, el lingote ya no está en su jaula...

»Aparece cinco minutos antes, a las 10 y 55 minutos. La multitud grita. Los pasadistas triunfan sin un momento de angustia. Los futuristas se lamentan. El ministro se yergue, titubea y muere a las 10 y 57 minutos, reparando la máquina antes de que nadie se haya dado cuenta de que está estropeada. En medio de la emoción general, nadie se ocupa ya del cronodiador ni del lingote desplazado, la cuenta atrás se interrumpe y, a las 11, tú no pulsas el botón: el lingote permanece tranquilamente en el platillo de la izquierda, y la jaula está vacía...

»Cada vez, vas a buscar el lingote para devolverlo a su sitio como si no supieras que eres tú el que acaba de enviarlo al platillo al poner en marcha el cronodiador; sigues creyendo que vas a hacerlo y que, para ello, es preciso que el lingote de oro esté en su sitio. Estoy convencido de que, si conservaras el recuerdo del episodio anterior, comprenderías en seguida que lo que ves es la consecuencia de lo que acabas de hacer y no de lo que te dispones a hacer. Ya que es así como ocurren las cosas, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Watson—, las imágenes que acabas de mostrarnos lo prueban así. Por lo tanto, hay que comprender que el desencadenamiento de una cronodia fabrica otro pasado completamente nuevo, sin ningún punto en común con... digamos: el precedente pasado.

Todos asintieron.

—Insisto pues en lo que decía a propósito de la ausencia de recuerdo —continuó Piotr—. Observa también que al principio de cada episodio ni tú ni nadie se asombra al volver a encontrar vivo al ministro que acaba de morir un momento antes. Nadie se sorprende al encontrarse a sí mismo unos minutos hacia atrás, cuando podría pensarse que sólo el lingote debería aparecer desplazado con relación al resto del mundo. El propio ministro no se acuerda de nada, pues en caso contrario su emoción sería cada vez menos violenta, y terminaría por resistir a ella. ¡Al menos, no repetiría exactamente los mismos gastos cada vez que muere!

»A decir verdad, tengo la impresión de que, a partir de las once, en la última versión del pasado, la que dura todavía, la gente debe empezar a reencontrar algunos recuerdos. De no ser así, sus ideas no se embrollarían y la confusión no sería tan absoluta.

»Pero lo cierto es que únicamente a partir de las 11 y 05 minutos, con las imágenes que has visto al principio, la gente es brutalmente asaltada por el recuerdo de todo el conjunto de los acontecimientos.

—Pero, ¿qué es verdad, a fin de cuentas? —inquirió Watson, en tono de ansiedad.

—¡Todo, desde luego!

Hablaban todos a la vez. Finalmente, Yen logró imponerse a sus compañeros:

—¡Todo! Podemos criticar el testimonio de nuestra propia memoria, que se

embrolla y se enmaraña en ese increíble zigzag temporal... Pero, ¿cómo dudar los testimonios exactamente coincidentes de todos los registros que hemos revisado imagen por imagen? ¡Todo eso es verdad!

—Entonces... —Watson vaciló—. ¿Hay varios pasados... que se suceden?

»Aunque, pensándolo bien, ¿qué sentido puede tener decir que algo que ha ocurrido a las 10 y 55 minutos ha sucedido a un acontecimiento que se ha producido a la 11, el cual sucede a su vez a otro que ocurre a las 11 y 3 minutos, sucesor del puñetazo que propiné a las 11 y 6 minutos? ¿En qué consiste, pues, esa supuesta “sucesión” que remonta el tiempo?

—Lo ignoro —dijo Henri Cordier—, pero no cabe duda de que ese es el efecto de una cronodia.

—No nos dejemos atrapar por el vocabulario —declaró Piotr—. ¿Por qué hablamos de sucesión en este caso?

—Porque los registros nos muestran los acontecimientos en ese orden —respondió Eddy Schmidt.

—Otra pregunta, entonces —intervino Yen— ¿Por qué las cámaras los han registrado en ese orden, y no en el orden temporal, con dobles exposiciones?

—Porque ha habido cronodia —declaró Henri—. La cronodia es eso.

—¡Sí! En mi opinión —dijo el pragmático Schmidt—, tratáis inútilmente de interpretar unos hechos que no tienen vuelta de hoja: las cosas son así, y esto es todo. Los relojes giran como quieren, pero los acontecimientos siguen encadenándose.

—¿Y por qué los relojes vuelven hacia atrás y los registros no? —preguntó Piotr.

—¡Porque los registros no tienen marcha atrás! —respondió Henri.

—Tu respuesta no me satisface —dijo Juan, con aire pensativo.

—Entonces, nuestra memoria tiene una marcha atrás —afirmó Yen—, puesto que la gente olvida cada vez lo que ha pasado... ejem... antes. (Un silencio). ¡Me gustaría saber si los ríos remontan hacia sus fuentes!

—Pues bien, he aquí un experimento a realizar —Juan Watson pareció aliviado ante aquella perspectiva—. Pero tengo la idea de que cada episodio no deja finalmente como rastro más que lo que provoca de realmente irreversible, y sólo la experiencia nos permitirá saber lo que lo es y lo que no lo es. ¡Manos a la obra, muchachos!

—¡Oh! —exclamó Piotr, con aire asombrado—. Yo creo...

—¿Que empiezas a comprender? —inquirió Juan, sonriendo—. También yo tengo una pequeña idea...

—¡Sois muy afortunados! —protestó Henri, enfurruñado.

Schmidt se encogió de hombros, pero Yen Lou Tchi miró a sus compañeros y su rostro se iluminó poco a poco con una amplia sonrisa.

—Sí —dijo—, lo veo: la cronodia rompe la sucesión temporal, pero no la sucesión causal. Y debido a que, en la primera versión del pasado, el cronodiador se pone en marcha a las 11 y 6 minutos, puede, en la segunda versión, ponerse en

marcha a las 11 y 3 minutos y, en la tercera, a las once en punto.

Aquel fue el enunciado de la primera ley experimental de la cronodia. Fue confirmada y precisada gracias a todos los experimentos a los cuales se procedió a continuación, primero con objetos, luego con animales y mecanismos, y finalmente con hombres.

Otra ley, psicológica, precisó entonces cómo son «vividas» las cronodias por los sujetos humanos.

En general, no se vive «en el presente» el pasado modificado por una cronodia: se tiene simplemente consciencia de recoger sus recuerdos en el momento en que éstos influyen sobre el desarrollo del futuro. Así, una persona que es testigo de una cronodia, como ocurrió con todos los espectadores del estadio de Tánger y con todos los telespectadores, recibe todos esos recuerdos de un solo golpe en el preciso instante en que ve ponerse en marcha el cronodiador.

Pero si Watson, en su laboratorio, realiza un experimento vulgar, sólo los que asisten a él experimentan ese choque: de hecho, no se modifica nada para nadie más. Como máximo puede leerse, más tarde, en una revista, un artículo dando cuenta de aquel experimento.

Sólo en el caso de que una persona forme parte de los objetos cronodiados vive «en el presente» los dos episodios de la historia, uno después del otro, naturalmente.

La mejor ilustración de esa ley la proporciona un acontecimiento rico en enseñanzas, aunque no se trate de un experimento propiamente dicho. Lo reproducimos tal como lo describe Watson en su obra: *Estudio experimental de las leyes de la cronodia*, editada por la Universidad Internacional de Tánger, en 2266:

*Un día de 2264, uno de mis ayudantes, un tal Maury, pidió prestado a todos sus amigos todo el dinero que pudo, liquidó su cuenta corriente y partió liada el 17 de mayo de 2260, para apostar todo a favor de la cronodia hacia el pasado. Así adquirió de la noche a la mañana una fortuna colosal y se dio la gran vida, procurando evitar a los antiguos amigos de los cuales se acordaba, por miedo a que le reconocieran a pesar del disfraz que había adoptado.*

*Al cabo de cuatro años, devuelto a su punto de partida por el curso normal del tiempo, fue a pagar a sus acreedores que, desde luego, no se habían dado cuenta de nada.*

*Pero les bastó con verle para recordar súbitamente un pasado modificado en el cual no habían visto a Maury por espacio de cuatro años, en tanto que se hablaba mucho de un nuevo rico llamado Dupont.*

*Por eso Dupont-Maury dio con sus huesos en la cárcel: en efecto, las autoridades consideraron que la generalización de aquel procedimiento habría podido perturbar la economía.*

*Obsérvese que, en el fondo, la cronodia no había cambiado nada fundamental en*

*el asunto: aquel individuo había abusado de la confianza de sus amigos de 2264, y se había aprovechado de la ignorancia de los de 2260; pero la cosa no dejaba de ser una estafa como muchas otras.*

*«¿Y se había vuelto a encontrar a sí mismo?», preguntarán ustedes, quizás.*

*¿Cómo hubiese podido hacerlo? Hay que comprender que aquella cronodia, como cualquier otra, divide la historia en dos partes distintas: una que empieza en alguna parte hacia el infinito de los tiempos y termina en 2264, otra que empieza el 17 de mayo de 2260 y que todavía dura. Maury es el único que vivió las dos «en el presente» y sucesivamente, pero figurando como un solo ejemplar en cada una, lo mismo que el lingote cronodiado. Todas las precauciones que tomó para no volver a encontrarse a sí mismo eran completamente inútiles.*

*Sin embargo, todo el mundo volvió a encontrarse finalmente en el segundo de aquellos períodos, acordándose por otra parte de los dos. Y dado que Dupont perturbó la economía en la época que vivimos, era lógico y justo que le enviaran a la cárcel.*

*Desde luego, Maury habría podido retroceder un par de siglos. Imaginemos pues, que se hubiese encontrado, forrado de diamantes y de lingotes de oro, en la Tierra algo civilizada ya del siglo XX. Hubiera podido gozar impunemente de su fortuna y morir tranquilamente antes de ser devuelto a su punto de partida. A menos de que unos gendarmes le hubiesen pedido la partida de nacimiento...*

*Sus víctimas de 2264 sólo habrían podido denunciarle, pagar a detectives y abogados, y tratar de recuperar su dinero, a costa de los descendientes del culpable. Es decir, lo mismo que si Maury hubiese huido al extranjero. Con un detalle: hubo que suprimir del Derecho el concepto de prescripción.*

*Para evitar tales abusos, por otra parte, el uso de los cronodiadores está severamente controlado: sólo el Consejo mundial de coordinación puede autorizar su empleo. Este, como es sabido, está prácticamente limitado a los laboratorios y al ministerio de Justicia.*

*En efecto, cada vez que es posible se envía al culpable a reparar su falta. Hay que asegurarse de sus disposiciones psicológicas, desde luego, y de que la modificación cronódica será realmente «reparadora». Por desgracia, en caso de asesinato, casi nunca es posible la reparación.*

### III

—¡Juan! ¡Juan!

La voz aguda y excitada de Yen resonó en los pasillos de la Universidad.

—¿Qué es lo que pasa? Pareces muy excitado...

—¡La he encontrado! ¡La he encontrado!

—¿De qué estás hablando?

—¡De la tercera ley!

—¿Qué? ¿La que determina las modificaciones que un cronodiador aporta a la historia?

Los ojos de Yen respondieron por él.

—Ven a mi despacho a contarme eso —dijo Watson, palmeando amistosamente el hombro de Yen Lou Tchi.

Diez minutos después, la pizarra estaba cubierta de fórmulas matemáticas. Watson fumaba su pipa, con los ojos fruncidos por la atención; de cuando en cuando, para poder reflexionar mejor, interrumpía a Yen y le formulaba una pregunta concreta.

—¡Bueno, creo que lo has conseguido! —dijo finalmente, poniéndose en pie, y otra palmada afectuosa sobre el hombro de su amigo equivalió a una felicitación.

Pero se sentía tan feliz y tan excitado como Yen Lou Tchi. A medida que envejecía, Juan se sentía cada vez menos dotado para las investigaciones matemáticas abstractas, pero sabía que su papel sería el de digerir el descubrimiento de Yen, examinar sus consecuencias prácticas y tratar de expresarlo de un modo a la vez comprensible y riguroso.

Tardó tres años, con la colaboración de todos sus ayudantes, en lograrlo. En 2269, la Universidad internacional publicó, bajo su firma y la de Yen Lou Tchi, el tratado *Sobre la ley de menor modificación cronódica*.

Ya que lo esencial está ahí: toda cronodia se realiza de tal modo que las diferencias entre las diversas versiones del pasado sean lo más leves posibles. Hay que concretar que la importancia de una modificación es aproximadamente proporcional a la masa de los objetos desplazados y a la distancia sobre la cual cada uno de esos objetos es transportado. El efecto real de una cronodia es tal, por consiguiente, que el producto de esas diversas cantidades adquiere el menor valor posible.

Para empezar ese enunciado abstracto, lo mejor será que cedamos la palabra a Watson. He aquí, pues, algunas páginas del tratado que acabamos de citar, en las que el autor, a veces malicioso, simula discutir con un interlocutor imaginario.

*Pues bien, querido amigo, creo que estamos preparados para examinar la paradoja del abuelo. De hecho, dedicamos numerosos experimentos al estudio de ese*

caso.

*¿Cómo dice?*

*¡Oh, no! ¡Ni pensarlo!*

*Nada de sujetos humanos, desde luego. Había llegado el momento de utilizar animales.*

*No importa cuales: tenían que ser animales con pedigree, para que pudiera identificarse a su padre.*

*Sí, el padre es suficiente para hacer aparecer la paradoja. En términos generales, se hablaba de «abuelo» porque parece que resulta menos ofensivo asesinar a un antepasado lejano que al propio padre. Con los animales, no hay problema moral. Se logró incluso convencer a la Sociedad Protectora de Animales de que «el interés supremo de la ciencia» merecía algunos sacrificios, teniendo en cuenta que no se trataba de perros ni de gatos.*

*Sin embargo, la existencia de un pedigree limitaba mucho la elección. Los caballos parecían caros y poco manejables; además, su desarrollo demasiado lento habría obligado a los experimentadores a retroceder demasiado en el tiempo.*

*Por una afortunada circunstancia, las luchas crueles de los gallos de pelea se habían puesto de moda desde hacía algunos años. Era exactamente lo que hacía falta.*

*Se empezó por ir a matar al padre de un hermoso gallo, el cual se creyó que desaparecería. No ocurrió así, pero el gallo en cuestión... ¡se transformó en gallina!*

*Se tardó bastante en comprender que aquella nueva gallina había nacido partenogenéticamente de su madre, como demostraron algunos controles biológicos. Fue necesaria toda la astucia de Yen para demostrar que aquello era una consecuencia directa de la tercera ley: la masa puesta en juego por el desdoblamiento de algunos cromosomas en un óvulo es infinitamente menor que la del animal entero.*

*Pero si la partenogénesis es admisible para las gallinas, la androgénesis para los gallos parecía inconcebible. ¿Qué pasaría si se sacrificaba a la madre de un gallo con pedigree? El experimento se llevó a cabo.*

*Para que resultara concluyente, se escogió como víctima a una joven gallina que sólo había sido fecundada una vez por un macho llamado Gladiador, y de la cual no había sobrevivido más que una cría: una hermosa pollita que atendía al dulce nombre de Aurora. Se esperaba ver desaparecer a la pobre Aurora.*

*Pues bien, no, la ley de menor modificación decidió otra cosa: sencillamente, Gladiador cambió de sexo en el momento oportuno para dar partenogenéticamente a luz a una falsa Aurora, a la cual se dio el nombre de Gladiadora a causa de su identidad de aspecto con el que Cordier llamaba: «su macho madre». Pero, no insistamos...*

*Por otra parte, poco después se produjo un nuevo cambio de sexo que devolvió a Gladiador a su virilidad anterior.*

*Sin embargo, nada de todo aquello respondía exactamente a la paradoja del abuelo, ya que los experimentos habían sido realizados cronodiando a un joven ayudante cuya tarea consistía en localizar a la víctima, apoderarse de ella y matarla. Para evitarle dificultades, se le proveía de una orden de misión cuidadosamente fechada y con todos los sellos apetecibles.*

*Entonces se hizo evidente el interés fundamental que ofrecían los gallos con pedigree: era posible enviar a uno al pasado a pelear contra su propio padre. Pero había que asegurar razonablemente el resultado de la pelea, y esto no fue fácil.*

*Los dos primeros experimentos desembocaron en un fracaso: el padre mató al hijo, sencillamente, con gran sorpresa de los apostantes.*

*Se escogió entonces a un joven gallo muy vigoroso, de plumaje de vivos colores, y con un nombre prometedor: Víctor, el victorioso. Había nacido del encuentro de un padre ya en decadencia, llamado Pépin, y de una bonita polla blanca, llamada Albette.*

*Yo mismo me encargué de aquella misión. Llevando a Víctor encerrado en una cesta, me hice cronodiar dos años atrás. Utilizando mi prestigio y proclamando abiertamente mis propósitos, logré que se organizara una pelea entre el impetuoso Víctor, en plena forma, y el senil Pépin, al que se drogó para más seguridad.*

*Fue una carnicería.*

*Al cabo de unos minutos, el viejo gallo había recibido cien picotazos de su propio hijo y yacía, desgarrado, palpitante, ensangrentado, lamentable, en tanto que el joven ingrato se pavoneaba con orgullo, alta la cresta, la mirada agresiva, la cola triunfante, con toda la arrogancia de la juventud en el movimiento a sacudidas de su cabeza y el aire desdeñoso que asumía para alisarse las alas.*

*Pero mientras el pobre Pépin, cubierto de sangre, con las patas agitadas por los sobresaltos de la agonía, terminaba tristemente de morir en su rincón, todo el mundo miraba con estupor al rutilante Víctor.*

*¡Víctor, que se había convertido en un lamentable espectáculo!*

*Su cresta se decoloraba y parecía encogerse. Las grandes plumas de su cola palidecían, se marchitaban, y caían al suelo como flores ajadas. Víctor inclinó la cabeza, sacudió sus alas, y fue como si los colores se diluyeran. Y cuando finalmente, mirando a derecha e izquierda con aire tímido, empezó a cloquear suavemente, en tono triste e interrogador, se comprendió que se había transformado en una pequeña polla partenogenética, tan blanca como su madre Albette, y más bien bonita, y a la que en recuerdo de su pasado masculino bautizaron con el nombre de Coquette.*

*¡He aquí cómo el destino castiga a veces el parricidio!*

*Para concluir, citaremos otro fragmento de la misma obra, en el que Watson relata una de las primeras conversaciones que sostuvo con sus amigos después de que Yen Lou Tchi descubriera la tercera ley:*

—Una de las consecuencias inmediatas de la ley de menor modificación —dije— es que vale más matar a un ministro, incluso barbudo, que a cincuenta pavos, simplemente porque el ministro pesa menos.

—¿Quieres decir que la muerte del ministro fue una consecuencia de esa tercera ley? —me preguntó Schmidt.

—¡Sin duda alguna! Y he aquí por qué.

»En primer lugar hay que comprender que la última versión del pasado, la que se tiende a considerar como “la buena”, porque es la única que se prolonga hacia el futuro, no puede servir de punto de partida para ninguna cronodia, dado que ésta introduciría una nueva versión del pasado, y la anterior no sería la última.

»Pero, si el ministro no hubiese muerto, es evidente que yo habría seguido comportándome como un perrito, yendo cada vez a buscar el lingote para devolverlo a su jaula y reexpidiéndolo inmediatamente al pasado.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Eddy.

—Que era absolutamente preciso encontrar algo que me impidiera volver a pulsar indefinidamente aquel maldito botón rojo, ya que, en caso contrario, estaríamos aún oscilando en alguna parte entre las 10 y 55 minutos y las once de la mañana del 18 de mayo de 2260: ¡el tiempo se habría parado en aquella fecha!

»Así, para evitar que se realizara el deseo del poeta: “¡Oh, tiempo, suspende tu vuelo!”, era preciso que mi atención se desviara en el momento oportuno.

»Pero, ¿cómo? ¿Por medio de un seísmo? ¿De un incendio?

El cálculo confirmará sin duda alguna que la menor modificación consistía en provocar un cortocircuito en el sistema nervioso de un ministro barbudo... y cardíaco. Unos miligramos de materia desplazados al lugar preciso, y... ¡problema resuelto! Después de todo, hacer pasar a un hombre de la vida a la muerte no constituye una modificación tan considerable...

Henri preguntó:

—¿No hubiese sido más sencillo que murieras tú?

—No, ya que mi estado de salud era excelente.

—Entonces, era preciso que el ministro perdiera la vida para que el mundo pudiese sobrevivir —murmuró pensativamente Eddy Schmidt—. ¡Espero que levantarán un monumento a su memoria!

—¡Lo peor es que van a hacerlo! —exclamó Henri Cordier—. Y, sin embargo, lo he dicho siempre: ¡aquel ministro era un imbécil.

»Lo cual no impide que, dentro de un par de meses veamos alzarse en el centro del patio de honor de nuestra querida Universidad una estatua de mármol rosa sobre la cual vendrán a llorar... ¿sabéis quién? No las multitudes emocionadas, desde luego, que tienen otras cosas mejores en qué ocuparse... no, sino las lánguidas ramas de un sauce de una nueva variedad, concienzudamente preparado por el laboratorio de genética, y cuyo follaje será de color turquesa, en recuerdo de la

*barba del ministro...*

# Asesinato del pájaro azul

Daniel Walther

Aquello hizo el ruido que harían mil jinetes cruzando un puente de metal; brotaron esquirlas de cristal y chispas, goteando en la oscuridad como rabos de luciérnagas. Hacia el sur rugieron las bocas de los cañones y a través de la llanura llegaron rumores semejantes a cuerpos palpables, a entidades creadas por el Padre de los combates. ¡Oh, madre mía, protégeme! ¡Oh, mi tierna amante de senos puntiagudos, de muslos de fuego, acuérdate de mí! Acordaos de mí, todos vosotros... El ruido del cañoneo se intensificó. Ahora, unas flechas multicolores volteaban por el cielo.

*(... présteme su estilográfica... (Berg decía siempre estilográfica y no pluma) gracias...).*

Me encontraba en frente mismo de la montaña a la que habíamos denominado Centinela blanco. Estaba tumbado sobre el suelo seco y duro y vigilaba la entrada del desfiladero del Perro. Mi cabeza resonaba como la torre de una iglesia.

*(Berg se interrumpió:... ¿de una qué?... ¡Ah, sí!...).*

Apretaba mi fusil contra mí y era la única compañía que me quedaba. Estaba solo. Me había arrastrado a través de la oscuridad unos momentos antes, y había podido comprobar que mis camaradas más próximos estaban muertos. Se habían convertido en una bolas abarquilladas, semejantes a fetos negros. Había intentado poner en marcha mi comunicador, pero había chirriado de un modo lúgubre y no había obtenido respuesta. Luego me dije: ¡Oh! ¿Qué es lo que puede producir ese ruido? ¿Qué es lo que acecha en el fondo de la oscuridad? ¿Quién va a surgir del desfiladero del Perro?

¿Quién? Nos habían dicho que se trataba de una simple operación de limpieza, de pacificación, sí... de pacificación... y...

*(No hay que dejar que despierte —dijo Berg—, nos acercamos a la verdad. Es preciso que sepamos por fin lo que pasó aquella noche...).*

... y... yo... allí estaba el desfiladero del Perro, una especie de hachazo en la montaña, una mancha de oscuridad negra y azul que cañoneábamos sin tregua desde hacía varios días. Hacíamos lo que nos decían y lo que podíamos, pero los resultados... Los oficiales andaban tan despistados como nosotros. Y luego el cielo brilló con un resplandor insoportable. Había una claridad como en pleno día, pero no se trataba del alba de la luz sino del alba de las tinieblas, y... ¡Oh! Mis ojos, a pesar de que había cerrado los párpados, continuaban viendo... Descendieron hacia nosotros y...

(El paciente profirió tal aullido que el Dr. Berg rechinó los dientes y notó que la piel se le ponía granujienta. *¡Es preciso que no despierte!*).

—Terminarán por matarte —dijo ella—, ya lo verás...

—Dicen que es indispensable para mi equilibrio psíquico y que, mientras no haya dicho todo lo que tengo que decir, no habrá salvación para mí... ¡y en consecuencia para ti!

—Eso es lo que dicen ellos; en realidad, quieren saber lo que ocurrió aquella noche en Clorynda III y te atiborrarán de drogas hasta que se lo hayas dicho; y después se burlarán de ti como de su primera camisa.

—¿Qué puedo hacer? Soy el único que vio algo, aquella noche...

—Pero el hecho es que has perdido la memoria y que, si continúan hurgando en tu subconsciente con todas esas drogas... Son como dinamita en tu cerebro. Un día estallará todo, tu cerebro, tu razón y nuestra vida en común. Y yo no soy nada sin ti, lo sabes.

—¿Qué quieres que haga? Nunca me dejarán en paz. Quieren saber en virtud de qué magia (mejor dicho, por qué prodigio táctico) fueron derrotados en toda la línea a raíz de la expedición a Clorynda III. Y como soy el único superviviente de aquella noche de matanza, tratan de vaciar mi cerebro como si fuera un odre. Por lo tanto, es preferible que ponga cuanto está de mi parte y que les ayude para que terminen antes.

Ella se removió sobre la sábana blanca y él se dijo que su cuerpo tenía reflejos ocres. Sólo había vivido para su regreso hacia ella, y la había encontrado de nuevo tal como la dejó, con sus senos puntiagudos y sus piernas bronceadas. Había creído que la vida volvía a ponerse en marcha o, más bien, que empezaba por fin. Luego, los hombres del ministerio de la Guerra habían venido con sus ceños fruncidos —era miércoles por la tarde y el sol «calentaba» de un modo especial, como antes de una tormenta—, y todo se había puesto a dar vueltas. Las preguntas, las órdenes, las amenazas. Le habían dicho sin rodeos que tendría que someterse a los exámenes, a los tratamientos alucinógenos y a una serie de manipulaciones y de interrogatorios de los que salía roto, temblando y con el cerebro zumbante de pesadillas. Pero quería ser obediente por ella, quería hacer todo lo que estaba a su alcance por ella, quería recobrar el espanto de Clorynda III sólo por *ella*. Ella no comprendía que poseían los medios para obligarle a hablar, que no retrocederían llegado el caso para conservar el secreto, y que sólo debía su semilibertad a su docilidad y a una especie de extraña simpatía que el Dr. Berg experimentaba hacia él.

—Por favor —dijo él—, tratemos de vivir un poco. Durante todo ese tiempo, allí, en Clorynda...

Ella rodó sobre sí misma hasta el otro extremo del lecho y le volvió obstinadamente la espalda. Su cuerpo relucía en la penumbra y él se recordó el número de veces que estuvo a punto de enfermar de cólera, allí, pensando en las horas perdidas, en los centenares de horas perdidas... Se deslizó hacia ella, casi

furtivamente, le tocó suavemente el hombro.

—Trata de comprenderme —dijo.

—¿Acaso tú tratas de comprenderme a mí? ¿Acaso crees que disfrutaba mientras tú estabas allí? ¿No te preguntas por qué lo he soportado?

—Lo sé —dijo él—, lo sé, las cosas no fueron fáciles para ti ni para mí... Pero he regresado. Soy el único superviviente de toda mi sección y estoy aquí... ¿No comprendes que podrían encerrarme en uno de sus calabozos blindados y que, si no fuera por el Dr. Berg, hace tiempo que lo hubieran hecho?

Ella se volvió suavemente. La luz de la luna iluminó su rostro y él vio que le miraba con aire grave.

—¿Juras que me dices la verdad?

—¿Por qué razón iba a mentirte?

—A veces tengo la impresión de que tú mismo buscas el recuerdo de lo que pasó aquella noche...

—Jamás —dijo él.

—¿Estás tan seguro como para poder jurarlo?

Él se estremeció. Tenía que admitir que ella no estaba del todo equivocada. A veces, por la noche, intentaba reunir fragmentos de sueños y parcelas ínfimas de recuerdos. En un par de ocasiones le había parecido tocar la verdad con el dedo, vacilar al borde del abismo que poseía la terrible atracción de lo desconocido. Pero aquella sensación no tardaba en diluirse en una especie de niebla de color rosa (sí, habría jurado que aquella niebla era de color rosa), y veía alzarse sobre un inmenso mar un enorme pájaro cuyas alas se agitaba del uno al otro extremo de un cielo vacío. El pájaro extendía sus alas y ocultaba la parte de espacio que sus ojos le habían revelado antes. Entonces, él alzaba su fusil. Sí, invariablemente, alzaba su fusil y disparaba. El rayo ardiente tocaba al animal en el centro mismo de su gran cuerpo plumoso, que caía rectamente hacia él para enterrarle bajo sus alas desmesuradas. Y, al mismo tiempo que el cadáver en llamas del pájaro, una inmensa tristeza caía encima de él.

Desde luego, le había contado su sueño a Milena. Para ella, aquellas pesadillas nacían de la droga que le hacían absorber con demasiada frecuencia.

—No —decía él—, no, es algo distinto. Tengo pesadillas cuyo origen se encuentra indiscutiblemente en la droga y los psicodélicos, pero el sueño del pájaro no es exactamente una pesadilla. Se trataría más bien del símbolo de un recuerdo. Me explico mal, lo sé, pero todo esto es tan confuso... tan, ¿cómo diría yo?, delicuescente...

»No, no podría jurarlo porque te prometí no mentirte nunca y pienso cumplir mi promesa. Cuando seamos libres...

Se interrumpió, lamentando la amargura de aquel comienzo de frase, y estrechó a Milena entre sus brazos.

—¿Quieres confiar en mí?

Ella sacudió la cabeza afirmativamente.

## MINISTERIO DE LA GUERRA Y DE LA PACIFICACIÓN.

Doscientos cincuenta metros de vidrio, de metal y de plástico le dominaban con toda su altura. Se volvió y miró con angustia el decorado de la avenida que acarreaba miríadas de hombres y de mujeres, y aquellos hombres y aquellas mujeres gozaban de libertad, o casi, para hacer lo que les pluguiera. Mostró su pase a los funcionarios y entró en el inmueble. El ruido de la avenida murió de golpe cuando las puertas se cerraron detrás de él. Los funcionarios del Ministerio de la Guerra, severamente vestidos de gris, verde oliva, caqui, beige o negro según la sección a que pertenecían, recorrían los pasillos con un paso deslizante, como si se tratara de seres artificiales. No miraban ni a derecha ni a izquierda, y su enfermedad común era la espionitis, mezclada con una forma nueva y extraña de xenofobia. En múltiples idiomas, la gran máxima era repetida a todos los miembros del personal:

TODOS LOS EXTRANJEROS SON UNOS ENEMIGOS  
ALL STRANGERS ARE ENEMIES  
ALLE FREMDEN SIND PEINE  
TOUS LES ETRANGERS SONT DES ENNEMIS  
TUTTI GLI STRANIERI...  
KNA W'NAFNI...

Introdujo una ficha en la ranura de un aparato de comunicación interior y una voz impersonal preguntó:

—¿Quién habla?

—Les Pales.

—Suba.

Entregó una ficha amarillo limón a un empleado verde oliva que le subió en ascensor al piso decimonoveno.

Su piel temblorosa estaba húmeda y empezaba a oler.

«Si esta vez pudieran encontrarlo...».

Le esperaba el mismo coronel de paisano.

—¿En forma, hoy?

—Sí —respondió—, en forma, aunque me he pasado la mitad de la noche devanándome los sesos tratando de lograrlo sin necesidad de estimulantes...

—Veremos —dijo el coronel—. Personalmente, dispongo de todo el tiempo que haga falta.

¿Por qué había siempre aquella especie de amenaza en su voz? Sin duda encontraba poco expeditivos los métodos del Dr. Berg, o tal vez se mofaba por completo de lo que saldría del experimento. Era un hombre de casi cincuenta años, y es probable que estuviera harto de los interrogatorios y de los lavados de cerebro.

—Siéntese —dijo el coronel—. Póngase cómodo. ¿Un cigarrillo?

Cada vez decía lo mismo y en el mismo orden: «siéntese-póngase-cómodo-un cigarrillo-siéntese-póngase-cómodo-un cigarrillo»...

—Gracias, mi coronel —dijo Les, y absorbió una bocanada de humo.

Luego fijó la mirada en la puerta metalizada por la cual no tardaría en entrar el Dr. Berg, aquella puerta de aspecto frío y convencional que conducía a la cámara de las torturas.

—Tengo la impresión de que esta vez lo conseguiremos —dijo Les, como para convencerse a sí mismo.

—Por mi parte, nada me gustaría mas —gruñó el coronel.

Les fumaba nerviosamente su cigarrillo contemplando las cifras que se sucedían en el reloj electrónico. ¿Por qué no estaba aún allí el Dr. Berg? Era la primera vez que le hacían esperar. No... la segunda; la primera vez fue la tercera vez... bueno, la tercera sesión de tortura. Sin duda, esto formaba parte del juego cruel al que le sometían. Pero el amor le hacía cobarde. Si hubiese estado solo, sin la obsesión del miedo a reencontrar su soledad y a perder el capullo cálido de los brazos y del vientre de Milena, sí, si no hubiese tenido miedo... les hubiera dicho que fueran a investigar a otra parte... a Alderabán o a Epsilon Auriga... a la última estrella del último sistema solar. Pero su miedo y su cobardía nacían de su amor y de su pasión, y la obsesionante necesidad que tenía de Milena, después de su regreso de Clorynda III, le cubría de un sudor grasiento, le llenaba de un vértigo espantoso ante la simple idea de ser separado de ella durante unos días. Pensaba en esto y en el día en que el cohete que transportaba a los supervivientes de la matanza se posó en la Tierra. Recordaba su angustia: tal vez Milena se había buscado otro amante, sin duda no vendría, o lo haría para decirle que lo lamentaba mucho, pero que las cosas no eran ya como antes, que la lejanía, la inquietud... la vida en fin, la vida con sus altibajos, sus todos y sus nada... Pero Milena le había sido fiel. En los tiempos que corrían, era una cosa bastante excepcional. Estaba orgulloso de Milena, estaba orgulloso de su amor. Pero ese amor era al mismo tiempo su debilidad, el defecto de su coraza, el ojo del rinoceronte y el dedo puesto en el engranaje de la desgracia. De lo que había pasado en Clorynda III, conservaba un recuerdo de los más concretos, y cada día de sufrimiento se había incrustado en los repliegues de su carne como la letra de una canción en el surco de un viejo disco. Pero la noche del ataque, a partir del momento en que el cielo se había iluminado como en pleno día, aquella porción de tiempo se había hundido en el vacío, en un olvido tan profundo que parecía como encerrada dentro de un bloque de basalto. Desde luego, a veces se había preguntado en virtud de qué milagro —o de qué diablería— sólo él había sobrevivido a la matanza. A veces, dudaba incluso de la realidad de aquella noche de carnicería, ya que los adversarios no disponían de armas particularmente poderosas y, hasta entonces, las batallas se habían saldado siempre para ellos con dolorosos fracasos.

El coronel se removió en su sillón. Iba vestido de punto en blanco, como siempre,

aunque su corte de pelo demasiado severo desentonaba un poco con su elegante traje. Les sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y ofreció uno al oficial, que sacudió la cabeza negativamente:

—No, fumo muy poco.

Les encendió su cigarrillo y comprobó con satisfacción que sus dedos apenas temblaban.

—Fuma usted demasiado —dijo el coronel—, debería reducir un poco su consumo.

—Desde luego —asintió Les, conciliador—, pero en este momento estoy terriblemente nervioso.

El coronel se puso en pie y se acercó al amplio ventanal, contemplando con aire ausente el espectáculo de la avenida. Les se preguntó si estaba en condiciones de hacerse cargo de su estado de ánimo, de... Un arrebató de cólera: ¿qué podían comprender de la vida aquellos cerdos? ¡Al contrario! Les estaba convencido de que, aquí, nadie estaba interesado en conocer sus sentimientos, de que gozaban ejerciendo sobre él su sucio trabajo... ¿Acaso habían ido a explorar los desiertos de Galatea, los pantanos de Fonsekor, las montañas de Clorynda III? ¿Qué podía esperar de ellos? Realizaban su tarea y el tiempo de la fingida conmiseración había pasado. El hecho de haber enjambrado a la humanidad en las cuatro esquinas del espacio había acentuado el frenesí de los unos y aumentado la indiferencia de los otros.

En cuanto a justicia...

En su cerebro, Milena se volvió y su cuerpo relucía suavemente. Aunque le hubiesen arrancado los ojos, seguiría viéndola, como aquella noche en Clorynda III cuando de repente... Ella se volvió y sus vestidos, como siempre, tenían un aire superfluo... trató de abrazarla pero ella escapó diestramente y se echó a reír... era el juego que precedía a otros juegos. Les lo sabía. La persiguió a través de la habitación, jadeando un poco a causa de la herida recibida en Clorynda III, y lanzó sus manos hacia adelante, un poco brutalmente, como unas garras; Milena abrió la puerta en el momento en que iba a cogerla... y entró el Dr. Berg.

—Le he hecho esperar, señor Pales —dijo.

Les titubeó ligeramente en el momento de levantarse y vio la persiana echada en la pequeña cámara roja, el sillón con sus manillas resplandecientes. El Dr. Berg sonreía. Pero Les desconfiaba de todas las sonrisas y de todas las cortesías. Quería que esta fuese la última vez, la definitiva...

—Por favor —dijo el Dr. Berg, y se hizo a un lado para cederle el paso hacia la cámara de tortura en la que su ayudante, un joven de carnes fofas, rebuscaba entre un montón de instrumentos metálicos.

Cuando Les entró en la pequeña cámara roja, el joven ayudante le dirigió una mirada triste, aunque no había en ella la menor compasión. «Los tipos de esta clase, se dijo Les, sólo pueden compadecerse de su propia suerte».

—Me siento muy, muy «en contacto» hoy —dijo Les, sonriendo al Dr. Berg.

El Dr. Berg, por su parte, tenía un aire preocupado y su sonrisa parecía el rictus de alguien que acaba de cometer una torpeza en sociedad.

—Hum, hum... —gruñó, empujando a Les hacia el sillón. Luego se aclaró la garganta y añadió—: El Comité Central me ha apremiado para que obtenga un resultado. Le ruego, pues, que se muestre... cooperador, señor Pales.

Súbitamente, Les se sintió invadido por el pánico. Lo sabía, lo había adivinado sin querer confesárselo, desde el momento en que había puesto los pies en el vestíbulo del ministerio, hacía unos instantes: esta vez sería la última... pero esto no significaba que después le dejarían en paz. Podían vengarse de él por su falta de entusiasmo con millares de medios más atroces los unos que los otros: desde el confinamiento en soledad hasta el lavado de cerebro, pasando por el destierro, el ostracismo, la despersonalización, la acusación periódica, el aislamiento, el cobayismo y la tortura semanal psicocorporal. En cualquiera de los casos, no volvería a ver a Milena, nunca más...

El joven le miró estúpidamente y cerró las manillas alrededor de sus muñecas. Berg se sentó en frente de Pales.

—Compréndalo bien, Pales, ni el coronel ni yo tenemos nada personal contra usted; le consideramos como un hombre valeroso que ha sufrido una violenta impresión y que ha borrado de su memoria hasta el menor recuerdo de esa impresión. En usted luchan dos fuerzas contrarias, y no sabe ya dónde se encuentra. Pero nosotros somos funcionarios del gobierno y tenemos que saber, cueste lo que cueste, lo que pasó aquella noche en Clorynda III... Espero que me habrá comprendido.

El coronel se hallaba en el umbral de la puerta y su rostro no expresaba nada. Se limitó a sacudir la cabeza, afirmativamente, para dar a entender que compartía la opinión del Dr. Berg.

... Luego cayó en el gran bocal rojo sangre de la droga y descendió en barca todas las sinuosidades del río Meandro, chapoteó en unas regiones extrañas en las que resonaban roncós gritos de mujer y llamadas (*socorro socorro vuelve oh ven me perteneces*) pero la barca era presa de los torbellinos y se deslizaba por una corriente impetuosa. No había remos, ni timón, ni ancla que echar, nada; avanzaba hacia el fondo rojo del bocal que contenía el mundo como una gran lata de conservas...

EMPEZÓ EL NEGRO DE LOS ESPACIOS INTERSIDERALES MÁS NEGRO QUE LA NOCHE LUEGO LA NAVE SE POSÓ SOBRE UNA BOLA AZAFRANADA SALPICADA DE VERDE Y DE BISTRE Y AQUELLO SE LLAMABA CLORYNDA III Y SE TRATA DE UN MUNDO A CONQUISTAR Y ELLOS SALIERON DE LAS ASTRONAVES...

niebla niebla niebla

*¡Pales, haga un esfuerzo!*

ENCONTRAMOS DIFICULTADES DESDE EL PRIMER MOMENTO SE COMBATÍA CASI TODOS LOS DÍAS.

niebla niebla niebla unos cañones retumbantes hicieron estallar el silencio y él se sintió perdido ya que hacía unos instantes había ido a echar una mirada y no había encontrado de sus compañeros más que unos sacos negros achicharrados.

*... eso está muy bien, Pales, vamos a ayudarle a recordarlo todo...*

Y LUEGO TUVE MIEDO DE MORIR SIN VOLVER A VERLA SIN PODER ABRAZARLA DE NUEVO POR CULPA DE AQUELLA ASQUEROSA GUERRA QUE NOS PRIVABA INCLUSO DE LA POSIBILIDAD DE SOÑAR MI CEREBRO ESTABA COMPLETAMENTE LLENO DE ELLA Y TEMBLABA COMO UN NIÑO AL RECUERDO DE SU PIEL Y DE SU MODO DE HACER EL AMOR SIEMPRE CON UNA ESPECIE DE SONRISA Y ME ACORDABA DE LA PASIÓN QUE PONÍA EN EL AMOR DE SUS GESTOS Y DE COMO VENÍA A MÍ POR EL SENDERO DEL PLACER Y YO MORÍA DE RABIA ANTE EL CENTINELA BLANCO

niebla niebla niebla gris roja color de sangre color de cólera.

*¡Pales, haga un esfuerzo, un pequeño esfuerzo! ¡Estamos en ascuas!*

Sí, estábamos en ascuas, estallábamos y moríamos como ratas, ¿por quién? ¿Por qué, pregunto?

Les Pales estaba tendido detrás de unas rocas. La noche era profunda y silenciosa, ya que desde hacía unos minutos los cañones habían enmudecido. En frente de él, por encima del desfiladero del Perro, se erguían unas torres de metal indestructible en las que el enemigo había establecido sus puestos de observación. Se habían subestimado sus fuerzas y su potencia de fuego. Les Pales sabía que todos sus compañeros estaban muertos. Por un motivo desconocido, era el único superviviente de su sección. Pero no tardarían en llegar los refuerzos y le sacarían de su comprometida situación. Había perdido el conocimiento hacía unos instantes, cuando se produjo el ataque y no se acordaba de nada. Se había arrastrado a través de la oscuridad y localizado lo que quedaba de sus compañeros. Tal vez era preferible no pensar en ello... Luego el cielo se coloreó... vio al Dr. Berg mirarle a través de un agujero practicado en una nube negra: otro esfuerzo, un pequeño esfuerzo, era ABSOLUTAMENTE preciso...

**¡ABSOLUTAMENTE!**

*(Por favor, déme una estilográfica, gracias).* Se encontraba en frente mismo del desfiladero del Perro y el cielo empezaba a cambiar de color. Los peñascos se metamorfoseaban en guerreros de granito, blandían espadas de llamas, y descendieron hacia él con amenazas en su garganta de piedra pómez. Cerró los ojos y

roció la oscuridad coloreada con un chorro de fuego devorador. Todo el decorado había adquirido vida y, desde el mismo centro de la montaña, desde un punto que era el cenit y el nadir de su destino, surgió un inmenso pájaro con las alas desplegadas, de pico centelleante. La noche se convirtió en día y el crepúsculo en alba, y comprendió que el enemigo disponía de una potencia que nadie podía combatir, ya que había descubierto EL ARMA ABSOLUTA.

¡El enemigo había materializado los sueños íntimos de cada uno de sus adversarios, y luego los había lanzado al asalto!

¡Y nadie, nadie puede sobrevivir al asesinato de su propio sueño! ¡NADIE!

¡PERO A MI NO ME ATRAPARON ATRAPARON ATRAPARON! Yo no me moveré una pulgada y me pegaré al suelo, con la cabeza en el fango, y retendrá la respiración y no miraré al maravilloso pájaro de mi sueño adolescente. ¡PORQUE MI VERDADERO SUEÑO SE ENCUENTRA A AÑOS-LUZ DE AQUÍ! Esto no es más que un símbolo, una nube de plumas azules, un recuerdo de la infancia. Se trata de pesadumbres, de remordimientos, de páginas de diario íntimo garabateadas con tinta azul. ¡NO ME ATRAPARÉIS!

Muy alto en el cielo, el pájaro azul abrió su pico y cloqueó con la voz del Dr. Berg:

—¡Un pequeño esfuerzo, vamos!

Pero él veía a través de sus pupilas, y el fango reflejaba la imagen del pájaro: sus alas eran más amplias que las velas de un bergantín y su pico era un bloque de zafiro, un carámbano de insoportable azul. Esto no es un sueño es una pesadilla no es un sueño mi sueño es es oh amor mío...

¡Pales, haga un esfuerzo y deje de divagar! ¡CONECTE LA CORRIENTE RÁPIDO AHORA LO TENEMOS NO HAY QUE DEJARLE ESCAPAR QUE HABLE Y LUEGO NO IMPORTA QUE REVIENTE!

El cuerpo de Pales se retorció como si le hubiesen hundido unas agujas debajo de las uñas o descoyuntado los miembros con los ultra-vibradores.

... en el fango veía el reflejo del gigantesco pájaro planeando encima de él. Y el maravilloso pájaro empezó a descender suavemente hacia él, empezó a describir círculos concéntricos como suelen hacer los buharros y los gavilanes cuando se disponen a atacar a su presa. Él ya no veía nada, el cielo había desaparecido, tapado por las alas del monstruo, y la montaña estaba silenciosa y silenciosas estaban las armas. Todo respiraba la muerte y preludiaba la última putrefacción. El pájaro se deslizó por la tolva invisible de los aires y, guiado por una invisible espiral (como una bala de fusil a lo largo de las estrías del cañón), se lanzó inexorablemente hacia Les, que se esforzaba en fundirse con el fango, en convertirse en el camaleón del fango...

... deje de desvariar, Pales. ¡Queremos la verdad!

... rodó sobre sí mismo como el hábil y deportivo combatiente que se habían

esforzado en hacer de él. APUNTÓ SU ARMA AL CIELO Y BARRIÓ EL AZUL CON UN INCENDIO ANARANJADO. El grito del pájaro no fue más que una débil queja, un suspiro exhalado por una garganta de carne tierna, y desde el cielo cayó hacia él el cuerpo desarticulado de una mujer a la que reconoció perfectamente, pero lo que se estrelló en el fango a su lado no era más que una cosa negruzca semejante a un feto carbonizado...

El Dr. Berg dejó caer la estilográfica. El aullido que el hombre acababa de proferir parecía el que los condenados deben proferir en los abismos de los infiernos de las viejas leyendas. El hombre dio un salto tan violento que arrancó los brazaletes de metal de los brazos del sillón niquelado-cromado y se irguió un instante, en pie, con los ojos fruncidos y llameantes, en el centro de la pequeña estancia roja. Luego, su silueta entera se derrumbó y un detestable hedor a carne quemada invadió la sala de experimentación. Dos minutos después, el doctor Berg, el coronel que fumaba poco y el joven de carnes fofas contemplaban sobre el suelo de losas plastificadas una masa ennegrecida, inindentificable, a uno y otro lado de la cual brillaban dos pequeños círculos de acero.

Ella le esperó varios días y varias noches. Como su unión no estaba declarada, sabía que no tenía ningún derecho sobre él. El quinto día, Milena salió al balcón que dominaba la ciudad desde lo alto de setenta y seis pisos, cerró los ojos y se inclinó sobre la balaustrada.

Lejos, en alguna parte, un pájaro gritó.

... ya que nadie puede sobrevivir al asesinato de su propio sueño.

# La torrecilla de Ngôl

Yves Olivier-Martin

Hacía casi tres meses que me habían desmovilizado. No me atraía ya el empleo que me ofrecían los Establecimientos Piáis e Hijos, en la calle de las Saintes-Colombes. A decir verdad, estaba un poco desorientado acerca de lo que iba a hacer... El trabajo continuo me pesaba. Pensaba vender unas tierras que había heredado en Saint-Gilles-de-Bretagne. Después... ya veríamos.

Paseando hacia la parte alta de la calle de los Grands-Augustins, me llamó la atención un tenderete situado delante de un portal. Vi volúmenes encuadernados en rojo, álbums desaparejados, comics de la época heroica. Un anciano de aspecto humilde, con una perilla blanca, estaba sentado detrás del improvisado mostrador.

La tentación fue demasiado fuerte.

Compré varios ejemplares de *L'Epatant* y de *L'Intrépide*, y luego me incliné para leer una inscripción que adornaba el lado izquierdo del portal. El nombre me recordó el de un pariente lejano que había recorrido las minas de oro de la Guayana y que tenía fama de extravagante en la familia. La placa de esmalte verde decía:

*Ernest T. Ospers*  
*Experto cosmetólogo*

Empujé la puerta.

El interior estaba muy oscuro.

Una mezcla de olores, muy tenaces: ajo, grasa quemada, cuero viejo, gato húmedo, papel carbonizado.

Un jardincillo flanqueaba la parte trasera del patio.

Subí la escalera que conducía al apartamento de Ospers. La puerta era curiosamente triangular.

Ospers me recibió con bastante frialdad, tras haberme hecho esperar largo rato en el helado rellano.

Tardó lo suyo en asegurarse de que recibía la visita de un pariente.

Me mostró su apartamento.

Yo le interrogué sobre el sentido, bastante sibilino para mí, de la etiqueta de «cosmetólogo» que figuraba en su placa.

Sonrió:

—¡Ah, sí! Reconozco que hay pocos como yo... y no me refiero a los sabios astrólogos, biólogos u otros...

—¿Ha trabajado usted el asunto, o se trata...?

Ospers se retorció el poblado bigote: un hombre rudo, vigorosamente construido, con unas manos delgadas y una voz aflautada.

—No puedo decirle nada, y además es demasiado tarde...

Volví a ver a Ospers en ocasión de la firma de un tratado de Fisiología espacial en la librería «Todos los Vientos». No me prestó la menor atención. Llevaba una hopalanda gris, tipo judío errante, y unas gafas de cristales ahumados, como los héroes de las novelas populares.

La tercera vez fue delante de Lapérouse.

Con el dinero que acababan de entregarme por la venta de la herencia Jouk, yo disponía de medios económicos para vivir sin preocupaciones durante tres o cuatro años, al menos.

Decidí volver al apartamento de Ospers: su personalidad me intrigaba, e incluso me inquietaba.

Me admitió a duras penas: estaba trabajando en unos experimentos de miniaturización y no deseaba recibir a importunos.

Me hizo toda clase de preguntas, interesándose especialmente en si había leído las novelas de León Groe, de Maurice Renard y de Jacques Spitz.

Dije que no.

—Lástima... Y supongo que no conoce usted el interesante libro de devenir que escribieron, alrededor de 1922, Paúl Féval hijo y Magog... Prefiero emplear el término «devenir» en vez de ese horrible «ciencia ficción» que no quiere decir absolutamente nada...

Luego, Ospers me mostró lo que había detrás de su dormitorio. A juzgar por la arista viva de las paredes, y su proyección sobre el patio, hubiese creído que el apartamento terminaba allí.

Nada de eso.

Inmediatamente después del dormitorio, hay una especie de camarín con enternecedoras aguadas y unos grabados de Gustavo Doré enmarcados en terciopelo granate. Unos pesados cortinajes de sarga caen entre las ventanas ahumadas.

Unos esqueletos de piedra y de metal se encabestran encima del camarín. Huele a formol.

—¿Lo ha visto?

No, yo había visto únicamente la piedra y el metal.

—¿Percibe usted el olor del espacio que se infiltra y se condensa en torno a toda la estancia? ¿No? Es tan delicado, tan sonoro...

Ospers me habló de la torrecilla de Ngôl.

—Se construyó bajo el influjo de una especie de corriente cósmica que se encuentra idealmente recompuesta debajo de esta buhardilla... y no en otra parte...

Pregunté entonces por qué yo no veía aquella famosa «torrecilla de Ngôl», cuyas características me describía Ospers con el ardor de aficionado a las antigüedades en

presencia de un incunable único.

—Porque usted no se «concretiza» enteramente en este espacio, no en el que dibujan aparentemente estas paredes, sino el espacio aportado por los de Ngôl... Además, desconfían de usted, no saben lo que usted representa para ellos... En consecuencia, cierran el espacio, en una bola...

Fumando una gran pipa de Gouda, Ospers me contó lo que sabía de las gentes de Ngôl.

Fueron muy poderosos, durante milenios, puesto que conquistaron la constelación de Escorpión, así como la mayoría de los planetas de la galaxia de Andrómeda. Fueron conquistados a su vez por unos interestelares procedentes de Orion y de Ophiocus, pero resistieron en el propio Ngôl, durante siglos-materia.

—Uno de ellos vivió en París, bajo el nombre de Nicolás Flamel... Uno de sus descendientes, casado con una de las muchachas de la Tierra, «muy bella, muy rubia y muy pura», conoció al novelista Capendu alrededor del año 1850, en París. Capendu se sirvió de la esposa de aquel ngóliano para dibujar una de las heroínas de su *Capitaine La Chesnaye*, criatura dotada de poderes multipsíquicos... Afectado él mismo por la «vejez del espacio», murió prematuramente, en mayo de 1868.

La historia me pareció muy bonita, pero imposible.

Se lo dije a Ospers.

Sonrió melancólicamente:

—Más tarde podrá ver que es la pura verdad... Las gentes del planeta Ngôl fueron conquistadas hace cosa de tres siglos, y no les queda nada más que esta torrecilla cósmica, oculta en una casa del viejo París, para tratar de rehacerse...

Aquella torrecilla, en la que zozobran en unos torbellinos grises las contexturas infinitas del espacio y del tiempo, había sido escogida, pues, por los ngólianos. La «ventana cósmica», situada estratégicamente, permitía a los ocupantes de la torrecilla permanecer en contacto con los fugitivos de Ngôl y preparar el futuro: la reconquista del espacio.

¿Pertenece Ospers a su raza, de un modo u otro? ¿O era simplemente su «casero», su buzón?

No quiso concretármelo. Tratándose de un hombre tan taciturno como él, me había contado muchas cosas, pero no había saciado mi hambre.

Sin embargo, tenían que existir unas relaciones entre los seres de la torrecilla y él... La idealidad de la «ventana cósmica» le convertía en partícipe de los secretos de una raza proscrita, gimiente, dolorida, pero tenaz.

Para hacerme una idea más precisa de las afirmaciones de Ospers, investigué del lado de Nicolás Flamel. Había vivido como alquimista: su viaje a España, su encuentro con el rabino, el famoso manuscrito cabalístico, su repentina fortuna, las persecuciones desencadenadas contra el descendiente de Flamel por el cardenal Richelieu...

Me faltaba encontrar el rastro de aquellas rubias maravillosas que comerciaron

con las gentes de Ngôl. Era posible que hubieran quemado a un par de ellas por brujería. Investigué en esa dirección. No descubrí nada concreto: las brujas condenadas a la hoguera solían ser morenas y de edad avanzada.

Sin embargo, según Ospers, una raza de mutantes había nacido del comercio entre aquellas muchachas rubias y los ngólianos. Las muchachas rubias, por su parte, ¿eran nativas de una raza interestelar, o habían sido escogidas como poseedoras de virtudes raras y valiosas?

¿Cómo averiguarlo?

Entonces me ocupé del novelista Capendu: se sabían muy pocas cosas de él. Había viajado a África del Norte y a Egipto, y es posible que conociera, en uno de aquellos países, al ser al que califica de mago, en uno de los capítulos de su *Capitaine La Chesnaye*. Murió a los cuarenta y dos años. ¿Víctima de la «vejez cósmica», según la extraña expresión de Ospers? ¿O simplemente de fatiga?

A finales del mes de septiembre, volví hacia lo que tengo que llamar torrecilla de Ngôl.

Por fin se me apareció.

Se compone de una especie de bola azul, de materia muy espumosa, casi imperceptible. Unos alerones se encorvan en todos los sentidos. Una corriente cósmica concretada bajo el aspecto de una sustancia blanda y rezumante rodea a la bola.

Se repliega en dirección a los alerones y segrega una materia fundiente. Ospers procura siempre mantenerse al lado izquierdo de la bola, y nunca a la derecha ni hacia el centro.

En mi séptima visita a la casa de Ospers vi a los seres grises. De un modo esporádico y confuso, ya que se desplazan lateralmente, fluyendo a través del magma rojizo tejido por la corriente cósmica obsidional.

Son muy parecidos a la gente de la Tierra, aparte del hecho de que no tienen cabellos y se comunican telepáticamente. Se mantienen pegados a los hilos madreporicos de la corriente cósmica, como si temieran tener que afrontar los abismos exteriores, todo lo que constituye nuestro sistema de vida, nuestras casas y nuestras calles.

Cansado de las reticencias y de los silencios de Ospers, decidí poner la historia entre paréntesis.

Una decena de días después de mi última visita a la torrecilla de Ngôl, leía los periódicos, en un viejo café de la calle Visconti, donde me gusta reencontrar el olor de las tabernas, en una sala de iluminación anticuada, desprovista de veladores. Una mesa central, unos almohadones de sarga oscura, y esto es todo. Un tabernero robusto y rubicundo, salido directamente de una novela de Xavier de Montepin. Y detrás del mostrador una figura rubia, cubriéndose los hombros con un chal verde.

En la sección de sucesos del *Paris-Jour* leí que en la carretera de Neauphle se

había producido un accidente de automóvil. Todos sus ocupantes habían muerto.

En «Ultimas Noticias», se precisaba que no había sido posible identificar a los accidentados, ya que sus tejidos se habían descompuesto súbitamente, en tanto que los restos del vehículo, que desprendían una humareda azul, se habían desintegrado por completo.

Esto me recordó una antigua novela que me había entusiasmado cuando era niño: *El Auto fantasma*.

La policía de tráfico, de todos modos, había podido recoger una especie de anilla verde, de materia desconocida, que se encontraba cerca del lugar de la colisión.

Aunque me fastidiaba volver a la casa de Ospers, fui a contarle el suceso.

Sonrió débilmente:

—Tal vez ahora se sienta más inclinado que antes a creerme... Esa anilla verde es el circuito magnético-sonorial que emplean, para desplazarse por las capas inferiores del espacio, los seres de Arturo.

—Eso no me dice nada...

—Venían a comprobar hasta dónde habían llegado en sus esfuerzos los seres de la torrecilla... Ya que estos últimos no han muerto. Se han recreado siguiendo alguna corriente difusora de materia del mismo tipo que la que utilizan para regenerarse, después de una de sus estancias en la Tierra. En efecto, aquí se exponen a contraer enfermedades peligrosas; por eso no se quedan nunca por mucho tiempo.

La torrecilla se coronó de locos torbellinos.

Una joven muy rubia se encontraba en el centro de la espiral, o de la bola.

—Es la receptora de ideas de su sistema de valvulación:

una maravillosa criatura, ¿no le parece? Ahora, van a recomponerse para penetrar mejor en París. Tienen que hacerlo, ya que los arturianos, en el curso de su increíble incursión, han debido detectar la torrecilla...

—Entonces, ¿qué es lo que va a pasar?

—Algún enfrentamiento cósmico, cuyas consecuencias podríamos sufrir nosotros... A menos de que se trate de una batalla puramente telepática, cuyas vicisitudes están fuera de nuestro alcance.

Y Ospers me mostró unas obras rarísimas del marqués Saint-Yves d'Alveydre, muerto en 1909, discípulo de Fabre d'Oliver, que se había hecho célebre en su época por su *Misión de los judíos* y su máquina de medir el tiempo, que él llamaba arqueómetro.

Luego pasamos a la historia del cometa Biela, del que se dijo que iba a destruir la Tierra a finales del siglo XIX. Los periódicos ingleses del 15 de noviembre de 1899 publicaron, en la sección «Espectáculos y Diversiones»:

*Alhambra, a las 9: Titiriteros, cinematógrafo, gran orquesta militar.*

*Fin del mundo, a las 10:30: Encuentro de un planeta con la Tierra.*

El director del Observatorio de Southkensington, sir Norman Lecky, había dado seriamente por inevitable aquel encuentro de Biela con la Tierra. Primero había

hablado del 13 de noviembre, luego del 15.

Seguía sin comprender a dónde quería ir a parar Ospers, a través de todas aquellas digresiones, pero hablo de ellas para señalar mejor el desarrollo del asunto.

Añadiré que se produjeran varias colisiones mortales en el perímetro Meudon-Versalles-Chartres. No se encontraron víctimas, y los automóviles accidentados se diluyeron generalmente en unos vapores azulados de olor pertinaz.

Además, había terminado por instalarme en casa de Ospers, puesto que él parecía haberme tomado afecto y yo quería vigilar más de cerca el comportamiento de los seres de la torrecilla de Ngôl. De hecho, no creía una sola palabra de las afirmaciones de Ospers; estaba convencido de que había ideado un ingenioso mecanismo a base de poleas y de resortes para producir una impresión de vida y de agitación de la materia.

De todos modos, ocurrieron algunos incidentes que hicieron vacilar mi escepticismo.

En primer lugar, cuando Ospers estaba acostado o trabajaba en su laboratorio, me deslizaba hacia la torrecilla, adentrándome en terreno prohibido por la dirección que Ospers me había ordenado que no tomara nunca... La claridad era particularmente intensa en torno a aquel magma de pilas, de lámparas, de largueros y de conductos que constituían, me di cuenta por primera vez, una ciudad en miniatura, con sus avenidas, sus viviendas y sus jardines de recreo. Esa fue al menos la primera idea que tuve, ya que no tardé en observar que los seres evitaban encontrarse en la «ciudad» y construían, más allá de los cruces, unos filamentos tubulares plateados.

El otro incidente fue la sensación que experimenté, con una abrumadora certeza (y no con esas vagas precisiones que siluetean la niebla de los sueños), de penetrar en un mundo lejano, muy lejano.

Tenía en los labios el sabor amargo de la laguna y de la ciudad, el olor acre del humo de las chimeneas, el más picante de las muchachas que iban y venían a lo largo de la playa radial. «Recibía» unos impulsos que no eran los míos, un mundo de colores, de tonalidades, de imágenes lisas, luego unas inflexiones mucho más sinuosas, mucho más flexibles.

Me encontraba a la escucha de un universo.

Luego, el mecanismo de recepción dejó bruscamente de funcionar en mi cerebro. Pero, durante varios segundos, «vi» aún la luz-olor flotando en suaves intercalaciones por encima de la orilla lagunar. Unos estallidos de gavillas, como una aproximación hostil...

El otro encuentro con los seres interestelares se elaboró en un lugar muy alejado de las gestaciones de las guerras cósmicas: el café de la Belle-Alliance, en la calle Mediéis. Una verdadera cabina de aislamiento me encerró entonces en la abertura de una playa inmensa. El mar aparecía solamente como una lámina de metal, gris y azul. No había sol, y el cielo parecía secarse de todo el engrudo de un baño térmico que había durado siglos.

Dos seres desnudos corrían cogidos de la mano a lo largo de la playa, y los

cabellos de la mujer flotaban al viento. La arena no tenía realmente la consistencia de la arena, sino la de una piedra muy antigua gastada y pulimentada por unas corrientes gestadas en las profundidades del infinito. Veía a la pareja de un modo incompleto y nebuloso, pero recibía con una ideal serenidad los olores del viento y del mar, del cielo y de la playa.

Luego, el cielo se apagó, y de unas oscuras colinas descendieron unos guerreros que conversaban entre ellos por medio de largos tubos situados debajo de su barbilla. Avanzaban lentamente hacia una enorme cúpula irisada de corrientes que la hacían semejante a una pila eléctrica. Las murallas-ideas se abrían delante de los guerreros, y el mar-materia se introducía, con un rumor de revuelta, en el interior de la ciudad.

La última imagen fue la de una muchacha muy joven que se levantaba de un lecho de algas, salía de una caverna bio-sonorizada e iba a interrogar al paisaje melancólico del mar y de las rocas. Unos pájaros negros flotaban en el aire, alanceado de humaredas verdes. La muchacha se inclinó hacia el mar, y vi con ella las naves del espacio destruidas por una imprevisible catástrofe, o por una guerra sin cuartel... Ella lloraba contemplando un cuerpo envuelto en vexo-materia, al que llamaba Lysseus.

El final de la proyección se produjo de un modo muy distinto al de la de una película en la pantalla de un cine. Tuve la clara impresión de que las imágenes-recuerdos podrían desarrollarse más en mí, pero que ignoraba aún demasiadas cosas, y que los acontecimientos no estaban maduros.

No le dije nada de todo esto a Ospers, ya que no sabía qué papel concreto desempeñaba cerca de las gentes de Ngôl.

Decidí continuar en su casa, aunque dejándole trabajar sin interrogarle, cerrándome sobre mí mismo, o, mejor dicho, abriéndome al mundo que acababa de percibir.

Lo descabellado, y dulce, y triste a la vez, es que me había prendado de la muchacha cavernícola. Sabía que ella me estaba «destinada-proyectada», que podría realizarse entre nuestros dos seres un encuentro intercósmico, al menos telepáticamente... No volví a ocuparme, pues, de la torrecilla, ni de los filamentos que caían ahora hacia un pequeño montículo situado, como una verruga, en el rincón derecho del patio.

Dejé que Ospers se ocupara de ellos. Presentía vagamente que no eran los seres dolientes y proscritos que él me había descrito, sino que representaban más bien unos enemigos malolientes y maléficos de las poblaciones del espacio, ocultos en su casa por medio de algún subterfugio.

Al tiempo que me felicitaba por la extrema reserva que observaba hacia él, notaba que Ospers se alegraba de tenerme a su lado, para sondearme, espiarme; pero yo no le temía.

Fui en primer lugar al cementerio de Doué-la-Fontaine en el que se encontraba, desde hacía seis generaciones, el panteón de la familia Ospers. Caminé entre las

lápidas, bajo la bruma de finales de octubre. La sepultura de Ospers, del verdadero Ospers, me informó de que mi pariente había muerto en el mes de julio de 1944, a la edad de sesenta y nueve años.

El Ospers de París, pues, era un mutante, un agente de los enemigos de la raza a la cual pertenecía la joven cavernícola.

¿Mutante? ¿El? ¿O bien compuesto-directo, tal como yo sabía que se llamaban los aristócratas de Arturo, desde que terminó la guerra de los Viels? No tenía importancia, en todo caso. Si aquel ser estelar había decidido asumir el aspecto de Ospers, es porque debía saber que este último se entregaba a importantes trabajos susceptibles de desenmascarar a los suyos.

El viejo periodista Thorny de la Luna me aseguró, cuando fui a visitarle, que la guerra entre Arturo y Ngôl duraba desde los primeros tiempos.

—Lo que le ha contado el supuesto Ospers no es del todo falso... Las maravillosas muchachas rubias que los seres de Ngôl utilizaban para vigilar a los terráqueos han existido, pero hubo también seres de Arturo, diseminados por el París antiguo, y yo soy uno de sus descendientes... Verá, muchacho, con mi barba y mis manías de viejo, constituyo la irrisión de mis colegas de "L'Eclair", pero al mismo tiempo soy el receptor-controlador dedicado a descubrir los manejos de los ngólianos.

»¿Por qué le cuento todo esto? Sencillamente, porque es usted uno de los nuestros: su "recepción de imágenes-fijas" lo demuestra... En el pasado, una muchacha de Arturo se unió a un hombre de la Tierra.

»Es la eterna historia, el bien contra el mal. Nosotros estamos dispuestos a ayudar a los seres de la Tierra a "colonizar", como ellos creen, las rutas galáxicas, pero ellos sólo sueñan con dominación, con sojuzgamiento, con brujería cinética o con cosas todavía más odiosas...

»La torrecilla de Ngôl es una ventana abierta sobre un canal psico-directo, que enlaza a esos "proscritos" con los territorios que aún poseen. Sólo comunican cuando las intensidades menores de las corrientes cósmicas se lo permiten. En cuanto a la bola azul, a los filamentos, a la muchacha, ignoro lo que representan en ese sistema.

Acabo de separarme del hombre de Arturo que, bajo el nombre de Thorny de la Luna lleva una vida muy semejante a la de sus colegas. Aparte del hecho de que él también posee una ventana cósmica practicada en una bola de imantaciones variables.

La maldad de Ospers, lo mismo que la de los seres que alberga bajo su techo, no puede ser más evidente. Thorny de la Luna me ha revelado que él era un «testigo», un límite psico-normal destinado a tomar el relevo de las emisiones de los seres de Ngôl.

Todo esto, que permanece aún nebuloso, flotante, sin características definidas, que no puede ser narrado porque es demasiado apacible y demasiado lento, se precipita frenéticamente. Tengo que abandonar a Ospers como medida de precaución. Pero he alquilado una habitación que da al lado izquierdo del patio, enfrente del pequeño montículo. ¿La he alquilado por decisión propia, o aconsejado por Thorny de la Luna?

En los días que siguieron no se produjo ninguna recepción de imágenes-fijas. Percibía únicamente ruidos de armas o de metal, y una especie de gritos-colores que remolineaban en todos los sentidos, provocando a veces unos haces de maravillosa belleza.

Seguía pensando en la muchacha de la caverna, y sin embargo no sabía nada de ella.

La torrecilla, vista desde la ventana de mi nuevo hospedaje, se ilumina ahora con resplandores contrastados: fusiones de verdes y de albayaldes, explosiones de rojos y de blanco-gris. Veo también a Ospers, o al que ocupa su puesto, proyectar una especie de pantalla que, semejante a una moneda o a un espejo, brilla intensamente.

Sé que se preparan, más allá de las estrellas, gigantescos enfrentamientos. Lo intuyo al recibir clamores y ruidos metálicos, en tanto que el sonido arrullador de la ciudad cavernícola viene a mi encuentro con sus tonalidades suaves.

Intento apresurar el ritmo de aquellos ecos atenuados, vaciándome la mente, concentrándome en la imagen de la maravillosa muchacha. Y sólo percibo unos rumores muy vagos, cubiertos por otras tonalidades, y todo se enmaraña.

Acaban de raptar a Thorny de la Luna. En el fondo, esto se parece a los episodios deshilvanados de una novela de aventuras, o de una película de los tiempos heroicos del cine mudo. Y, para divertirme, pero también para fijar lo esencial, ya que noto hasta qué punto mi memoria se hace porosa, clasifico mis «recuerdos-ecos» bajo diferentes rúbricas:

El Cosmetólogo - La Torrecilla misteriosa - Los Accidentados desaparecidos - El Periodista mutante - La Cámara de los ecos - La Cavernícola - La Playa del primer día - El Rapto del periodista - La Conquista de las estrellas - El Libro volátil.

En efecto, he adquirido un manual de biología molecular que posee extrañas características: bajo el influjo de una fuerza magnética o cósmica, cambia perpetuamente de lugar. Se irisa de maravillosos colores. En el «blanco» súbitamente vaciado entre sus líneas, aparecen corchetes verdes y letras gemelas.

De momento, me considero bien armado: vigilo, desde el patio, la orientación de las nuevas inflexiones de la torrecilla; me ocupo sin cesar del hombre de Ngôl... Al igual que sus aliados, se muestra singularmente reacio a salir del apartamento. Pienso, para explicarme ese fenómeno, que ha debido gastar en sus salidas anteriores toda su «fuerza de condensación», o que le queda tan poca que prefiere mantenerse cerca de la torrecilla. No recibe nunca correo ni visitas: me lo ha asegurado la portera, una mujer voluble a la que el supuesto Ospers inspira miedo, según ella.

Ignoro por qué soy el único que puede seguir las progresiones de los filamentos tejidos alrededor de la torrecilla. Mis vecinos, discretamente interrogados, me aseguran que no ven nada. ¿Acaso soy también un mutante, o un ser de Arturo, como me dijo Thorny de la Luna?

Por lo demás, sólo puedo ver bien la torrecilla y los filamentos en plena oscuridad. A veces capto ondas hostiles propagadas por los seres de Ngôl: me buscan;

pero debo poseer una estructura que se les escapa, al menos de momento.

Los acontecimientos se condensan. Esta mañana, después de haber comprado un litro de leche, he percibido una llamada-olor que procede, sin duda, de la cavernícola. Pero la llamada se ha disuelto muy pronto: como si se hubiesen interferido unas ondas perturbadoras o se acercara un peligro.

Me alimento exclusivamente de leche.

Han logrado localizarme: abandono mi optimismo.

Emiten en un solo plano: unas tonalidades-gritos que se coagulan en mi mente, zumban dolorosamente, se amortiguan, vuelven a aumentar su intensidad.

A través de las percusiones sonoras «veo» un planeta muy negro, erizado de peñascos humeantes y de protuberancias tristemente inclinadas.

«Él» me conduce hacia una ciudad de vidrio y de metal.

«Él» me ofrece regresar en su compañía; las muchachas de su planeta son tan bellas... No puedo esperar nada de los de Arturo: me han traicionado, abandonado. Es una raza vil y maloliente.

Hace unos instantes, he entrado en la famosa cámara. He bajado al patio, he trepado por la fachada, mientras Ospers trabajaba en su laboratorio. He cogido uno de los tubos porosos de la torrecilla, tal como él me invitaba a hacer. Los vapores sulfúricos humeaban alrededor de la bola azul. Los seres apuntaban hacia el tragaluz, con sus manos translúcidas, unos objetos brillantes.

Me he deslizado al interior del tubo.

Por así decirlo, desvitalizado.

Miniaturizado, reducido a unas proporciones ínfimas.

Creo que Ospers está al corriente del asunto: los seres de la torrecilla me han acogido sin dar muestras de asombro. Me he puesto un traje presurizado de paja de cristal.

Después, noto que me hundo. Dormito.

Las corrientes motrices del tubo deben funcionar automáticamente, ya que en ningún momento he salido de mi sopor. Todo parecía ir bien. Estaba en su poder, creían ellos, pero yo les había obedecido para localizar a la joven arturiana.

Caigo sobre el gran suelo negro: unas estrellas errantes cruzan el cielo. Se hace de día, gracias a la claridad acre de tres soles que giran como pomos de regadera.

No me introduzco en un pliegue del tiempo, utilizando el arqueómetro del marqués Saint-Yves d'Alveydre.

Las propiedades del tubo espacial me han permitido tomar tierra en uno de los planetas del sistema de Ngól.

En la ciudad, me someten a los generadores y a los escrutadores; paso a través de los transbordadores, de las cámaras de condensación, de los vectores de disociación memorial. Descifran laboriosamente mi código genético, mi banco memorial: deben encontrarse mucho más ignorantes que los de Arturo.

Tratan de vaciarme de todo potencial mnemoneurónico, de todo lo que constituía mi existencia antes de mi primer encuentro con el hombre de la torrecilla. No opongo resistencia, incluso les facilito la tarea, y esto les desconcierta un poco.

Me han encargado la construcción de una torrecilla odio-valvónica, en París, en una casa abandonada que forma parte de una herencia en litigio... He sonreído al saber que la casa se encuentra en la calle de Penthièvre, la casa de mi infancia, con su venta y la dispersión de mi «familia». ¿He vivido acaso toda aquella vida en estado secundario, conservando las fibras memoriales de la vida estelar?

He conducido mi tubo hacia el París de las cavernas, empujado por la corriente-compacta que me soplaban Lissa, la joven arturiana.

He tenido que abandonarla, después de haberme enterado de que estábamos separados desde hacía años-luz, pero que en la época en que yo residía a cien pársecs de su ciudad iba a verla todas las semanas.

En nombre de los arturianos, me ha suplicado que la ayudara a destruir en París a los innumerables agentes de Ngól.

No son telépatas, me ha asegurado, sino que poseen una corriente transportadora de ideas-fuerzas que les ha permitido entrar en contacto conmigo.

Ospers es Illus, el jefe de los agentes ngólianos que preparan en París la conquista del último reducto arturiano.

Le he prometido a Lissa que regresaría.

En consecuencia, heme aquí mezclado en una batalla de agentes interestelares rivales: una novela de espionaje galáctico que se desarrolla curiosamente en el viejo París.

Intitulo así los capítulos que resumen los acontecimientos actuales y los que van a producirse en un futuro próximo:

La Corriente única - La Dama de verde - El Café de las dobles salidas - La Torrecilla memorial motriz - La Cámara cifrada - Los Fusiles cósmicos de la calle del Circo - El Librero locuaz - El Vagabundo del abrigo azul - La Cueva de las imágenes - La «Doubleforte».

Mi memoria se hace cada vez más porosa, a medida que se esfuerzan en dominarme.

La dama de verde, el librero de lance, la mujer que se llama la «Doubleforte» y ejerce la prostitución en una esquina de la calle Saint-Denis, pertenecen a la red de agentes ngólianos que actúan bajo la dirección de Illus.

Son unos relés, unas cajas de resonancia.

La cámara cifrada resume todas las informaciones recogidas por el centro de espionaje ngóliano sobre las actividades de los agentes de Arturo. Se encuentra en un desván de una casa deshabitada de la calle del Circo. Los fusiles cósmicos están abajo, junto a la cueva de las imágenes, destinada a interferir todas las meigas, o emisiones-labiales de los arturianos.

De hecho, buscan siempre el secreto de las tonalidades-olores y de los transportes

colores-sonidos que utilizan habitualmente sus enemigos...

Esa incertidumbre es lo único que les ha impedido consumir la ruina final de Arturo.

¿Por qué han escogido París como campo de maniobras? Supongo que se debe a las ventanas cósmicas ideales que pueden encontrar en los mismos lugares donde se enfrentaron, desde la edad media, los seres de las dos razas de Arturo y de Ngól.

Construyo mi torrecilla memorial motriz en la habitación que da al patio de Ospers-Illus. En cuanto a la vivienda de la calle de Penthièvre, la utilizo como emisor-receptor de instrucciones y correa de transmisión con la dama de verde, el librero de lance y la «Doubleforte».

Forman toda una raza a partir de los descendientes de los agentes de Ngól y de las hijas de la Tierra: esto les permite una organización muy flexible, en tanto que los arturianos, menos numerosos, se reúnen en el barrio de Marais.

Illus acaba de revelarme que engendran con mucha rapidez mutantes que les sirven de agentes subalternos.

Me informa de la conquista del País de las cavernas. En realidad, los arturianos han evacuado la ciudad cavernícola para disolverse en el espacio.

La lucha final se desarrolla en París.

Los últimos arturianos, y Lissa, acaban de entrar en contacto conmigo: se ocultan en los sótanos de un hotel del Marais.

No puedo ver aún a Lissa, ya que su reestructuración neuro-básica resulta muy laboriosa, lo mismo que la de sus amigos.

Lo que quieren los ngólianos es, a partir de sus cadenas de mutantes, apoderarse de la Tierra, ya que Arturo se les aparece ahora como una región sin interés.

Al menos, eso es lo que me asegura Illus, aunque no debe gozar de una gran influencia en el seno de la organización. Las facciones rivales se hacen y deshacen, entre los agentes de Ngól. Yo mismo, sé muy poco acerca de sus intenciones y sus objetivos.

He regresado a la habitación que da al patio. En el pequeño montículo resuena una leve agitación que no es la de la lluvia. Unos fragmentos de sombra y de proyecciones amarillas o verdes descienden hacia el patio.

Cuchicheos, susurros, gritos.

Después de haber escalado la pared, me encuentro ahora en el eje de condensación de la torrecilla.

Unas interpenetraciones de «voces» me informan de que varios grupos enemigos se ocultan en los pasillos: y unas blandas humaredas amarillean en la parte delantera de la bola-madre.

Los aceleradores de energía, los generadores bioneurónicos, los desvitalizadores, los lectores cósmicos, el telescopio giratorio psicodérmico, todo lo que compone el complejo aparato de la torrecilla vibra y se estremece bajo presiones exteriores. Varios campos de energía, hundidos brutalmente en los circuitos-canales, entran en

lucha, se retuercen, se buscan, se espían, se rozan.

El pasillo que conduce al comedor de Illus palpita con una asombrosa claridad anaranjada. Capto las «voces» que gravitan a lo largo de la ventana cósmica, intercambian consignas, preparan una guerra sorda.

En aquel conjunto ambiguo y anticuado de pasillos alfombrados, de volúmenes, de estancias polvorientas y de paredes húmedas, se libra el último combate de los agentes de las dos razas estelares enemigas. Combate psíquico y destructor de órganos por una parte, oro-ocular por la otra... Los ngólianos empuñan cortos fusiles cósmicos cuyos chorros proyectan hacia la torrecilla desgarrones malvas, creando un calor muy intenso seguido de un gran frío.

Súbitamente, siendo materializarse cerca de mí a la maravillosa Lissa, cuyo cuerpo desnudo se irisa de manchas claras.

No sé por qué va desnuda, no sé cómo ha podido atravesar las calles de París desnuda (aunque, ¿lo ha hecho realmente?), pero recibo todos sus impulsos-sonrisas y la sigo. Libero mi memoria visual-sonora de los estallidos de los retrocohetes, de los disparos de voliluz, de las presiones psíquicas y de los desfibradores magnéticos que caracterizan la batalla que tiene como eje la torrecilla de Ngôl, salpicada de mil colores.

Ni siquiera veo-siento ya a Illus, que ha salido del pasillo oblicuo que traza un punto y coma interrumpido entre el comedor y el laboratorio. Se despegan también las percusiones sonoro-coloreadas de los arturianos exhortándome a destruir los circuitos de la torrecilla.

Sólo experimento un impulso cálido, íntimo, flotante e irresistible. Cómo abandonamos los dos el aire del campo de batalla, cómo abandonamos la Tierra, y París, en qué astronave, en qué dirección... lo ignoro. Otros pliegues de sensibilidad-memoria se infiltran en mí, mientras caen los harapos dispares de la primera memoria. En esta mutación no hay violencia ni contraste, sino algo que se recompone armónicamente y viene a rellenar los «agujeros» de las otras capas.

La civilización más antigua de la Galaxia nueva perduraba desde hacía más de quinientos siglos. Había visto, unos tras otros, a los pastores, los sacerdotes, los monjes-guerreros, los señores, las cortesanas, los comerciantes, los inspiradores-tectores, los autómatas y los filamenteros, sucediéndose en las colonias del sistema de Arturo. Algunas se habían separado muy pronto del planeta-madre; otras cayeron en el bandidaje o en la organización de casinos y de cámaras erótico-térmicas, del tipo de la serie de los Planetarios del placer condensado.

Unos piratas interestelares habían hecho escala en los planetas más pequeños: los, Alvona, Muk, Lozpyxo.

A veces crecieron también unos regímenes coloniales distintos en las Ricas Tierras, entre las minas de oro y de diamantes: el matriarcado, el sistema de los hermanos, las generaciones automáticas, la efervescencia cósmica aportada por los

mutantes.

Todo eso, aquella maravillosa variedad de regímenes y de vidas, la indolencia de los colonos, precipitó el estallido del sistema. La codicia de los seres de Ngól, acosando a un planeta estéril, pero hábiles en brujería y en experimentos de decantaciones señoriales, se acrecentó en las primeras décadas del siglo de los Ters. Las primeras luchas se entablaron entre los y Alvona: una gigantesca batalla cósmica, la Batalla de los Mil Días, se libró por la posesión de los planetas más ricos del tercer sistema. Las corrientes del espacio arrastraron a numerosas naves estelares, y se hizo el silencio en los abismos.

Las otras tentativas ngólianias tomaron como pretexto la boda de la princesa Klas con uno de los gobernadores-auto-técnicos de Piorissa. La invasión de los macro-estelares precedió en muy poco a la de los seres del planeta negro.

Por cansancio o por traición, las diversas ciudades mineras se dejaron conquistar a finales del noveno dermis.

No quedó más que la ciudad cavernícola, aislada magnéticamente del resto del mundo arturiano, tejida de componentes-materia que la hacían invisible-intocable, engastada entre los tres mares.

Lus descendió por la escalera de argiro-metal, bajo los últimos rayos del sol ternario.

La colonia azul acababa apenas de nacer, en medio de los dolorosos enfrentamientos del hombre y de la selva cósmica. Había sido preciso aniquilar a los monstruos trípodes y a las mujeres-cunas de la colina central, ya que no se poseían sus valores genéticos, y las mujeres de Lollir temían a unas competidoras en el arte de palpar-apretar.

Sin embargo, algunas mujeres-cunas lograron escapar y engendraron sono-automáticamente, en las marismas, a militares o a servidores.

Lus descendió por la escalera.

Acababa de separarse de Nilina, su novia-esperanza, una de las criaturas más petulantes del espacio gemelo.

¿Una odio-mutante, también?

Él se reencuentra-recreado en el lecho valviforme, junto al cuerpo tiernamente enlazado.

Fuera, los gatos salvajes maúllan o se pelean.

El aire vibra de justas de amor.

Lus concreta una idea primera de decantación sonorial, que siente palpar en su mente como un pájaro cautivo.

La escalera conduce a un parque de bio-infusos.

Esas flores-luz que los jardineros lograron aclimatar, a costa de perseverantes esfuerzos, a los polisoles del planeta.

Todo un sistema estelar acaba apenas de nacer, con las timideces y los errores de

la colonización.

Falta todavía dominar los apoyos de antimateria que parecen «cosidos» al espacio, según la feliz definición del Dr. Vians. Otros inconvenientes seguirán.

Por otra parte, Lus no capta en su integridad el concepto de la cámara de decantación sonorial que se introduce en su mente. Le resulta extraña, procede de capas, de zonas que no conoce. A veces, una «fuga» le permite «leer» un paisaje austero de pasillos termotectónicos y de aceleradores pluridimensionales. Los «zerds» de fijación que enlazan válvulas, anillas catódicas, transbordadores de fragmentación e inhaladores de pensamientos dosificados, los descubre con una mirada opaca, como si estuviera delante de una vitrina rodeada de bruma y mirase más allá.

¿Quién amenazaría a Vilissa Stella III?

Lo que se sabe de los seres de Ngól se resume en pocas palabras: una civilización dirigida por una casta militar dedicada aún al desbroce de los bosques precarboníferos.

Sin embargo, unas amenazas se condensan en torno a Lus: y en primer lugar procedentes de Nilina, de la que sabe tan poco.

Construye su mente, para condensar bien las imágenes-claves de la cámara de decantación sonorial. ¿Por efecto de qué brutal abertura en el espacio físico de los ngólianos ha podido penetrar en el interior de las cuevas? ¿Están realmente situadas en Ngól, el planeta rugoso, que vive una existencia precientífica, bárbara, sometido a los eretismos viscosos de los clanes militares? ¿O acaso esa cámara dilatada opera en un rincón del espacio ngóliano desconocido del común de los aborígenes?

Lus encierra la imagen-sucesiones-materia en un esferoide azul, el cual oculta en el lindero del bosque de los Cibles, enterrándolo profundamente. Ni Nors ni Vidma lo sabrán: desconfía de ellos. Nors tiene las pupilas demasiado claras, y Vidma las facciones enjutas de los premangolianos de la montaña de Sur.

... El torbellino de las guerras, el cielo de las razas, la decadencia y la muerte de las civilizaciones, las conquistas transgalácticas: tantos acontecimientos tumultuosos y confusos no han cambiado en nada el decorado helado y glauco del bosque de los Cibles.

La escalera de cristal por la que desciende Lus conserva los mismos colores tiernos, las mismas rígidas aristas.

... En el hueco de un mundo perdido, en el umbral de un cataclismo, se preparan las retiradas y las huidas. La tierra removida tantas veces por la monorreja cuadrimensional se agita bajo las llamas y las radiaciones magnéticas. Unas tormentas térmicas azotan el bosque de los Cibles, que no es todavía bosque sino residuos de metal y de piedra vegetal lenta. Una nieve compacta, teñida de rojo por el efecto de las transmutaciones electromagnéticas, empieza a caer.

Más abajo, hacia los peñascos en forma de sirenas, se abre el gran mar, rígido y glauco, agitado por temblores pestilentes.

El hombre y la mujer concretan el nacimiento de un nuevo mundo, mientras los elementos entrechocan y se pierden en todos los pliegues del espacio.

El hombre condensa la idea primera que es-será la recogida por Lus, al salir del lecho de Nilina.

El mundo distorsionado no es aún más que caos y explosiones magnéticas, polvaredas estelares lentamente diseminadas en el cielo de albayalde.

El hombre trata de proteger aquella idea-materia de los elementos en lucha. La mujer sonrío también, recoge-asiente, pero en estado secundario, el de los fibroconceptos. No sabe qué hacer con ellos, pero los encierra en lo más íntimo de su memoria, para cuando llegue el momento de hacerlos brotar fuera de ella, fuera del espacio.

Así se constituye una especie de depósito ritual, ocultado rápidamente por la aparición de otras preocupaciones más inmediatas.

Secreto murmurado por las olas arenosas del espacio y del tiempo, trepidación de una mente recibiendo los ecos de una divinidad desaparecida o de una época moribunda.

La mujer no compite con el hombre para tratar de aprender más, se limita a condensarse un poco más hacia las líneas de emergencia de la idea.

El mar remueve ya unos peces, otras olas cubren las arenas malvas. Los soles triangulares resquebrajan el cielo desgarrado.

El secreto de la madera y del fuego, de la materia y del espacio... y tantas otras adquisiciones, quedan aún por descubrir y por inventariar.

El narrador-autor que, en épocas lejanas, trataba de contrarrestar los esfuerzos de los agentes secretos de Ngól y de hacerse amar por la arturiana, efectúa una nueva zambullida a través del espacio y del tiempo.

El París de los años 1860: apaches, prostitutas, intrigas babearías, mundanas y sensuales... el narrador se infiltra en él con la vestidura verde del tiempo.

Toma un refrigerio en la taberna de papá Lunette, frecuentada por republicanos barbudos, artistas y rufianes de baja estofa.

Ve, delante de él, a una mujer vestida sin elegancia, con demasiados afeites, el moño ladeado. Intuye ya que encontrará en ella a una enemiga: la raza de los ngólianos se perpetúa a pesar de los fracasos y de las vejaciones. La mujer está sobre su pista: le seguirá al salir de la taberna de papá Lunette, al tiempo que fingirá cortejar a un ex presidiario.

El narrador regresa a la taberna.

La mujer confía en que al amparo de una incursión de la policía se librarán de él. No ocurrirá así.

El la derriba contra una muralla desconchada de la barrera de Paillassons; pone en marcha su visor metafosfórico, se inclina hacia los lectores de fibras. Unas tonalidades suaves salen a su encuentro: primer contacto con el mundo prohibido de

los laboratorios estelares de Ngôl y de las cubas ardientes de la selva.

Al día siguiente, una breve gacetilla anuncia la muerte de una prostituta que ejercía su comercio en torno a la taberna de papá Lunette. La mujer se llamaba Lulu la Bille. En el código infradimensional de los seres de Ngôl, era Tercalaire, la hija del primer gobernador de Jurissa. A millones de años-luz de la Tierra.

Una simple hoja de papel gris, color muralla, que acaba de recoger el narrador en el corpiño de la mujer.

Condensa los principales datos de la cámara 0.

El director-biológico Hert la dirige desde hace diez años.

Conduce directamente a las cámaras de decantación sensorial reagrupadas alrededor del ciclo de la cámara 0.

... Remontándose hasta los múltiples orígenes, el narrador logra captar toda la complejidad de aquellas normas y de aquellas ambivalencias. El será, sucesivamente, Lus, y Tserkh el hombre salido del mar, y Gorod el cazador de antorchas, y Juz el guerrero de la llanura. Toma en sus manos los hilos tenues, desamparados, destemplados, de la inmensa verdad que acoraza a los seres de Ngôl y los hace positivamente invulnerables.

Gracias a las emisiones catódicas biomotores de las cámaras de decantación sonorial, el narrador termina su inmersión en el espacio y el tiempo. Refibra entre ellas las emisiones y las hace convergir hacia un tono coherente, maravillosamente unitario y sensible.

Ha tenido que atravesar numerosos obstáculos, despojarse a tiempo de sus diversas identidades, ya que, si hubiese tardado en hacerlo, habría permanecido hundido, impotente, desarmado, en un pliegue del tiempo inmovilizado.

Ha experimentado, a lo largo de su periplo, el ardiente odio de los agentes de Ngôl, la influencia maligna de sus ultrasonidos y de sus vectores bioneurónicos. Ahora, la curva ha sido completada.

Los puntos de apertura en el espacio y en el tiempo, que ha podido perforar con su remontador-distanciador insonorizado, vuelven a cerrarse lentamente, como otras tantas heridas que cicatrizan.

Ahora hay que descifrar las emisiones de las cámaras de decantación sonorial. Los ngólianos, desarmados, pierden todo lo que constituía su fuerza.

La victoria es para Arturo.

Y, en el París de finales de los años sesenta, un hombre muere carbonizado junto a la torrecilla de Ngôl, monstruosa arquitrabe cuyos impulsos acaban, bruscamente, de pararse.

Una última batalla cósmica enfrenta a los arturianos y a los ngólianos a través del bosque de los Cibles. Las emisiones de las cámaras de decantación sonorial servían a los ngólianos de puntos de distanciamiento y de desmenuzamientos neurónicos que desposeían a los arturianos de toda fuerza vital. Morían prematuramente, enclavados sus impulsos telepáticos por unas intromisiones múltiples que perturbaban a sus rayos

motrices.

El narrador estrecha entre sus brazos a la arturiana visualizada a través de tantas acechanzas. Se recre-recreará una nueva vida.

A finales del quinto milenio, a la Confederación III sólo le quedaban por conquistar los espacios ngólianos, ocultos durante tanto tiempo por brumas espesas y por radiaciones electromagnéticas.

La Tierra vive bajo el régimen de los Huís, raza pluri-diferenciada que ha sucedido a los humanos. Las últimas hijas de la Tierra, que han sobrevivido a los siniestros nucleares de la guerra chino-turca y al Período llamado de las Ambladuras, engendraron a los primeros Huís, suprainteligentes, armados contra todas las recaídas radioactivas.

Las hijas de la Tierra han salido de las cavernas y de las grutas en las que velaban a los guerreros moribundos del Período de las Ambladuras.

Un vasto plan de conquista interestelar apunta a la explotación de las riquezas, legendarias o reales, encerradas en los continentes perdidos del planeta Ngól. Generaciones de astronavegantes han relatado los esplendores cósmicos de los espacios inexplorados. Unas escalas obligadas les han permitido apreciar vagamente la inmensidad de los recursos mineros y de los recursos vegetales-animales de Ngól. Pero, demasiado arbitrariamente, el partido conservacionista rechaza tales planes, en nombre del sentido común: la Tierra abunda en riquezas y en esclavos: ¿por qué ir a buscar a galaxias excesivamente lejanas lo que el globo contiene generosamente?

El nuevo equipo sucede a aquellos vejestorios.

Los astrocapitalistas, excitados ante la idea de nuevos espacios, subvencionan al partido de los aventureros.

Se prepara una expedición hacia Ngól.

Forman parte de ella los astronavegantes que mejor conocen los espacios codiciados: Norgerd de la pequeña Usia, Vez de Antares, Ullios de la galaxia de Andrómeda.

Los estratojets se alinean en la explanada de partida.

Son las tres de la mañana.

El despegue tuvo lugar en las condiciones más favorables: las astronaves ajustaron los vectores de transdilatación sónica, los paramentos verticales se abrieron y volvieron a cerrarse armoniosamente, las biválvulas termonucleicas vaporizaron en el aire lo que se llamaba, en la jerga de los astronavegantes, «el olor del despegue»... Los motores, propulsados por la energía automática y variable, se pusieron en marcha y las astronaves partieron hacia lo más profundo del éter.

Se habían visualizado, sonorizado y valorado las virtualidades psicomotrices de los diversos equipos, una y cien veces: persistía el recuerdo de las desagradables lecciones del planeta Mega del Centauro, debidas a una insuficiencia de los controles. Pero, de todos modos, quedaban muchas incógnitas: no se sabía nada de la atmósfera,

de las corrientes cósmicas, del grado de civilización, de los recursos y de las costumbres que caracterizan a Ngól. Los antiguos sono-registros que evocaban la batalla librada el año 1967, en París, entre agentes arturianos y agentes de Ngól, habían desaparecido por completo a raíz del incendio térmico de la segunda era...

El viaje propiamente dicho se desarrolló sin historia: hubiérase dicho que un colchón de aire sostenía suavemente a la expedición.

Las primeras dificultades surgieron con la apertura de las esclusas. Se observó que la «tierra» del planeta era de una extremada tenuidad, de una inquietante porosidad. Los astropilotos y astrocontroladores de intensidades vibrostáticas se hundieron profundamente en el «suelo», con una secuela de caídas, de luxaciones y de instrumentos averiados. Otra sorpresa: los miembros femeninos del equipo científico experimentaron unas reacciones en cadena que les alarmaron grandemente. Se encontraron presas de oscuros deseos, se desvistieron, esbozaron unas danzas calificadas de «obscenas» por el Dr. Manulus Impos. Se las vio incluso revolcarse por el «suelo» y aspirar unas fibro-bolinas que suscitaron en ellas unos sueños alucinatorios de intenso tono erótico.

No parecían existir zonas de población. Por lo demás, la selva y las hiedras-catedral invadían las inmensas ruinas de lo que debieron ser ciudades, fábricas, minas.

Sólo el orgullo científico impulsó a los miembros de la expedición a continuar las observaciones sobre un planeta tan singular. Las comunicaciones con la Tierra y las estaciones de Venus quedaron interrumpidas.

El Dr. Manulus Impos prohibió avanzar más. Quiso hacer limpiar las ruinas.

Joven ayudante, había servido los proyectos del Dr. Labrovik, el inventor del amor-cinético, de las cámaras-síntesis y de las ocupaciones-exteiores. El Dr. Labrovik pereció en la tarea, muerto por una de las horizontales que había concretado... El Dr. Manulus Impos le sucedió al frente del Servicio de los órganos de genética controlada y de erogenización de Séptima Caudale, la ciudad biotérmica construida sobre los niveles descrestados del monte Blanco.

Años de trabajo difícil, de experimentos aventurados y sembrados de escollos, controles minuciosos de una administración que retrocedía ante las aplicaciones sociales de lo que se llamaba el sistema de Labrovik, preconizado con ardiente entusiasmo por su sucesor.

A base de ahondar en los secretos de la materia, el suave y tímido Manulus Impos se labró una reputación temible entre los investigadores de Séptima Caudale.

Sabía muy poco de los amores ordinarios: se redilatava entre los brazos de una egípoda fisiomagnética, salida de los laboratorios del Dr. Labrovik y codificada N III.

N III reemplazó para él a todas las otras mujeres que habría podido conocer: era a la vez dócil, tierna, petulante, febril, erótico-maximal, coqueta, etc.

En los medios mundanos de la capital de los ríos se mofaban de N III y de su esposo-conductor, pero la pareja continuó muy unida a pesar de todo, y aquel ejemplo

de anticuada fidelidad suscitó muchos celos, y muchos rencores, por parte de las comadres normales.

La reputación científica del Dr. Manulus Impos contribuyó a destinarle a la expedición a Ngôl. Tuvo que separarse de la muy querida N III, ignorando, también él, las condiciones biológicas del planeta.

Gracias a la aventura del equipo femenino, el doctor impuso sus puntos de vista:

—Unos influjos cósmicos o de otra naturaleza sumergen a Ngôl en un baño pernicioso... No conocemos aún cuáles serán las reacciones del equipo masculino, pero tal vez las sufrimos ya, y la cosa no hará más que empeorar.

El etnólogo Mel interrumpió a Manulus Impos:

—Nada permite afirmar que padecemos tales radiaciones...

—¿Quién ha hablado de radiaciones? La atmósfera del planeta parece ser bastante espesa, pero su densidad no impide en lo más mínimo la interferencia de rayos cósmicos... De hecho, si permanecemos sin hacer nada, experimentaremos mutaciones de las cuales no podremos conocer ni el desenlace ni los motivos... Propongo examinar las ruinas, a fin de detectar en ellas posibles zonas bacilares que podrían aportarnos incluso...

—Su discurso no nos lleva a ninguna parte. Todo el problema estriba en saber si podremos encontrar recursos múltiples en Ngôl... Y no creo que los astronavegantes que nos hablaron del planeta se equivocaran al evocar las riquezas incalculables que contiene... Propongo establecer unas zonas de control en las partes menos densas de Ngôl.

Manulus Impos se encogió desdeñosamente de hombros:

—¿A qué llama usted «zonas menos densas»? Donde termina la selva, no habrá seguramente más que espacios sin interés, antiguos mares desecados o restos de continentes viscosos...

—De todos modos, hay que intentarlo...

—Además, se expondría usted a encontrarse con poblaciones hostiles que nos plantearían problemas.

El consejo decidió, tras someterlas a votación, seguir las propuestas del Dr. Manulus Impos, consideradas como más racionales.

Unas potentes limpiadoras se dedicaron a arrancar la vegetación incrustada en las ruinas.

La piedra, apenas liberada, se fundía literalmente.

Unos insectos de color negro metálico se deslizaron entre las columnas cuarteadas del centro de la ciudad. No pudieron ser capturados, tanta era su rapidez. Las excavadoras ocuparon el lugar de las limpiadoras, para poner al descubierto unas subestructuras en mejor estado.

Surgieron enormes subterráneos.

No parecían seguir ningún orden preestablecido.

Las excavadoras sacaron a luz graciosas avenidas que emergían de un humus

parduzco y pegajoso.

Las teorías del Dr. Manulus Impos acerca de la existencia de una «sub-civilización» combatida y más o menos destruida por los habitantes de la ciudad, encontraron su exacta confirmación en los descubrimientos de las mono-excavadoras, las cuales detectaron restos fibro-venosos pertenecientes a unos antagonistas enfrentados violentamente unos a otros... La hipótesis de la inexistencia de cualquier clase de civilización en el aire del planeta Ngôl perdía toda consistencia.

Los días que siguieron quedaron señalados por diversas manifestaciones erótico-complejas y erótico-secundarias por parte de las mujeres del equipo científico, a pesar de encontrarse situadas bajo los rayos de los descontaminadores hormonales.

A medida que surgían los testimonios del pasado de Ngôl, se hizo evidente que la citada crono-civilización, que había alcanzado un desarrollo formidable, se había interrumpido súbitamente, en plena evolución...

*Sí, interrumpido...*

No podía explicarse de otro modo el hecho de que las retro-canalizaciones de espectro-mármol, esparcidas en torno a lo que parecía haber sido un eje central, proyectaran planos interrumpidos en un área de vital importancia para los habitantes de la ciudad.

Los vestigios de poblaciones humanoides cesaban también allí donde se interrumpían las redes de retro-canalizaciones...

Se formularon, desde luego, toda clase de hipótesis sobre aquella curiosa estructuración de la ciudad.

Al parecer, en una época indeterminada, los ngólianos habían abandonado su ciudad, trasladándose a uno o varios planetas no identificados todavía, a bordo de naves espaciales.

Pero lo más curioso era que aquella evacuación no parecía haber sido la consecuencia de alguna catástrofe cósmica o de una invasión interestelar.

Debió producirse de un modo muy ordenado, muy tranquilo, cuando nada parecía justificarla.

Los sono-registros comprobaron el grado de opulencia alcanzado por la ciudad en la época de la evacuación.

—Seguramente estaban hartos de su planeta —conjeturó el Dr. Manulus Impos.

Y la hipótesis pareció muy razonable, en el estado actual de las comprobaciones y de las verificaciones.

Las mujeres, presas de un verdadero furor erótico, suscitaron el escándalo, la envidia y el deseo en el seno de los campamentos de base I y II.

El mal alcanzó a las personas más prudentes, o a las más pudibundas. Los menos juiciosos resultaron menos afectados.

La cosa duró hasta que el Dr. Manulus Impos, un amanecer, descubrió en un claro de un bosque una extraña máquina redonda.

¿Se trataba de una esfera de decantación señorial, como suponía el astrofísico

Emmanuelus, refiriéndose a unas crónicas orales muy antiguas de la Tierra?

En todo caso, con el descubrimiento de la máquina, las manifestaciones escandalosas de las mujeres cesaron bruscamente.

A partir de entonces volvió a reinar el orden.

Se localizaron las huellas solo-graduadas de una especie humanoide que debía ir en busca de la citada máquina.

Una interferencia repentina del espacio y del tiempo debió impedirles encontrar la máquina.

Unos nuevos destinos se abrían para el planeta Ngôl.

# El bosque de Perdagne

Guy Scovel

*El aedo echó la cabeza hacia atrás y frunció los ojos para admirar el cielo. El verdadero cielo. No el uniformemente azul o negro que recubre la Occitania, sino el universo más allá de las esferas planetarias. Abrió de par en par todos sus ojos. Y sus antenas parecieron vibrar con un ritmo lento: el de la melodía del cosmos, decía él a veces. En aquellos instantes, el éxtasis que le invadía dilataba las pupilas, coloreaba la esclerótica de violina. Sucedió incluso que la intensidad del placer provocaba un temblor de los labios entre los cuales la lengua se deslizaba sensualmente. Pero, esta vez, el goce era demasiado rudo, la comunión demasiado intensa.*

*Un hipo contrajo bruscamente la garganta en tanto que el cuerpo entero se encontraba sacudido por estremecimientos. Los élitros se agitaron desesperadamente como si también a ellos les faltase el aire. De pálido, el rostro se convirtió en verdaderamente exangüe. Y el poeta cayó de espaldas, fulminado, al parecer, por las pulsaciones venenosas del infinito.*

*Sin embargo, el letargo hipnótico duró poco. Una vez expulsadas del cerebro que habían estado a punto de aniquilar, las fascinaciones de lo inconmensurable se convirtieron en recuerdos. Y éstos engendraron la Gesta de la Flecha ardiente. Ya que el poeta, el único que sabía percibir las oscuras teorías de la materia galáctica, conocía el modo de cantar a los hombres y a los dioses.*

*Y nació la leyenda. La del resplandor en los cielos y el zafarrancho en las esferas. Del centelleo transformado en clamor por el capricho de los túneles en el espacio y en el tiempo. Del trueno llenando por fin el horizonte de la Jurjuldia para apagarse en alguna parte más allá de las montañas.*

*Entonces se habló de un país de Leurre en el que se erguiría la torre del Scavoir. Se propalaron descripciones absurdas de hombres de bronce montando guardia en las marcas de la Jargondia. Se habló de las marismas de Broigne y del siniestro bosque de Perdagne, donde sopla un viento que hiela los corazones, donde la sombra pérfida de los gnetos inmoviliza a los viajeros hasta la eternidad.*

*Transcurrió el tiempo. Unos héroes crecieron y murieron.*

*Ninguno de ellos, nunca, alcanzó la torre maravillosa que cantó el aedo difunto.*

*Cuando llegó un halaguen, de cabellos de luz y ojos de esmeralda...*

GLACOOON

La ciudad de Glacoon estaba considerada como el último refugio de los humanos antes del horrible dominio de Nagooka frecuentado por los gnomos traviesos y los peores demonios. Una minúscula meseta gredosa sirve de asiento a la última ciudad. Luego, un barranco formidable, en el fondo del cual ruge el río Malde, señala el límite del mundo de los vivientes.

Una vez franqueado el puerto, la visión de los bosques negros, que parecen rodar por el monte Fauve para saltar mejor sobre la ciudad, es impresionante. Con su forma de croissant, cuyas dos puntas se adelantan peligrosamente al este y al oeste, dan la impresión de querer cerrarse sobre el minúsculo bastión humano. Pero quienquiera que viva en esos lugares sabe perfectamente que los gigantes calcinados, inmovilizados para siempre por la maldición, apenas pueden mover su sombra.

El halaguen Silgan de Bageston llegó bajo las murallas cuando la tarde estiraba hacia ellas al bosque petrificado. La armadura, cubierta de polvo, había perdido su hermoso color plateado. La montura, un soberbio pájaro algrazil, cojeaba lamentablemente.

El hombre exhaló un suspiro de alivio. Desde el mediodía, el animal se arrastraba a causa de las heridas recibidas sobre las piedras del desierto; era un verdadero milagro que hubiera podido traerle hasta aquí. Además, hacía tanto tiempo que había dejado detrás de él el burgo de Ginaigne-Folle que el caparazón de metal parecía haberse soldado a su piel. Por fin iba a encontrar un lecho. Al pensarlo, su corazón empezó a latir con más rapidez.

Glacoon se abría al sur por un único y minúsculo portal. El halaguen impulsó hacia él a su corcel, inclinándose sobre su cuello, ya que la bóveda era baja. Pero una vez en el interior de las murallas, comprendió que tenía que abandonar la silla. La callejuela por la que se adentró era un pasadizo muy estrecho, cubierto por arriba por las viviendas que se habían cerrado encima de él, formando así una bóveda irregular, apenas más alta que la entrada. El pavimento relucía de fango. La oscuridad era muy intensa, taladrada apenas por los ocasionales faroles colgados de las entradas de algunas casas.

A través de la mirilla de cristal del yelmo, el halaguen escrutó con desconfianza el pasillo tenebroso. No había alma viviente a la vista. Tampoco llegaba hasta él ningún ruido.

Con un gesto tranquilizador, palmoteó el cráneo cubierto de plumas del algrazil, que desde hacía unos instantes daba muestras de inquietud, y luego se apeó prudentemente. Antes de seguir avanzando, examinó las patas del animal. Las heridas, tal como temía, eran profundas. Enarcó las cejas.

Desde que abandonó sus tierras, Silgan de Bageston sólo había cabalgado en aquel pájaro, y se había encariñado tanto con él que le hubiese contrariado mucho perderlo. Juntos habían cruzado la Emirania y la Occitania. Juntos habían sufrido las fatigas del viaje. En todo momento, el animal había dado pruebas de coraje y de inteligencia. Era de temer que Glacoon les viera separarse para siempre.

Sin embargo, Silgan no se demoró en su conmiseración. Sin esperar más, avanzó por la callejuela. La mano derecha, bien protegida por un guantelete de escamas, se había posado en la empuñadura de la espada colgada al cinto. Con la izquierda, había alzado hasta el pecho el escudo con las armas de los Bageston: gigante de azur derribando a un dragón sobre un fondo de arena.

No tardó en divisar un escudo oxidado en el que eran visibles aún los rastros del emblema de los posaderos. El halaguen no vaciló. Trepó por el único peldaño que hacía las veces de umbral y golpeó violentamente la puerta.

Algo se movió en el interior. Un instante después, se entreabrió una mirilla, que le permitió distinguir un ojo de párpado pesado. Una voz plañidera y ronca exclamó finalmente:

—Continuad vuestro camino, quienquiera que seáis. En Glacoon no hay lugar para los extranjeros.

La sangre del halaguen hirvió en sus venas. ¡Se mofaban de él cuando acababa de recorrer la etapa más larga de su viaje interminable! No estaba de humor para soportar la menor rudeza, y se proponía pasar la noche en una habitación. De modo que, retrocediendo un par de pasos para hacerse más visible, replicó duramente:

—¿Osarías, bellaco, a negarle hospitalidad al señor de Bageston, noble de Occitania? ¿O tendré que derribar esta puerta, del mismo modo que mi antepasado Loren derribó al dragón de Andain?

Las palabras de Silgan debieron impresionar al posadero, ya que inmediatamente se oyó un ruido de cerrojos que se descorren. Y uno de los batientes de la puerta se abrió gimiendo, dándole paso.

El señor de Bageston era valiente, pero no temerario. Antes de franquear la entrada, desenvainó un corto puñal y, con la punta, acabó de empujar el batiente. El posadero apareció delante de él, profundamente inclinado en señal de arrepentimiento.

—Compadeceos, señor, de un pobre hombre que no posee otro bien que su vida. Instalaos en mi modesta posada. Sed bienvenido...

—¡Vaya! —exclamó el halaguen, interrumpiendo el aluvión de palabras que el hipócrita quería verter sobre él—. De modo que te has vuelto sociable... Muy bien. Entonces, si quieres un consejo, apresúrate a prepararme un baño caliente, una cena sólida y un pienso para mi montura que se impacienta en la calle. ¡Y toma esto por la molestia! —concluyó, arrojándole un dolme de plata.

El ventripotente personaje se eclipsó. El halaguen volvió a envainar su arma y avanzó lentamente por la sala sumida en la penumbra, no sin haber cerrado previamente la puerta.

La posada tenía mejor aspecto por dentro que por fuera. En la pared del fondo se abría un enorme hogar en el que crepitaba un grueso tronco. A un lado de la estancia había unos amplios ventanales que daban, verosímilmente, a un patio interior. De la otra pared procedían los olores a grasa y a especias. También desembocaba en ella

una escalera, que podía conducir al piso superior y a las habitaciones.

El techo era bajo, decorado con un fresco roído desde hacía mucho tiempo por el humo y la humedad. Una única y enorme columna lo sostenía. A su sombra, confundándose con él, el halaguen descubrió, casi por azar, al único cliente de la posada.

Pasó junto a él sin prestarle atención. Sus pensamientos convergían de momento en el mostrador circular que ocupaba el centro de la sala. Encima de él había una jarra y varios cubiletes. Silgan cogió uno de ellos y lo llenó lentamente.

Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, observó algunos detalles que se le habían escapado. Entre las ventanas provistas de gruesos barrotes, unas horribles esculturas mostraban sus rostros contraídos. Diseminados y aquí y allá, mesas y bancos esperaban inútilmente a unos consumidores. Un gato gris dormía sobre una alfombra a unos pasos del fuego.

Tranquilizado por lo apacible del lugar, Silgan se decidió finalmente a quitarse el yelmo. Lo levantó delicadamente, liberando al mismo tiempo una abundante cabellera de reflejos dorados, y luego lo depositó sobre el mostrador. Entonces pudo apagar la sed que le abrasaba la garganta.

Involuntariamente, su mirada se fijó en el individuo instalado contra la columna. El hombre le observaba con una curiosidad casi malsana. Más bien alto, a pesar de lo encorvado de su espalda, vestido con cierta riqueza, era sobre todo notablemente feo. Y sus facciones reflejaban el odio y la codicia. Las mejillas, recién afeitadas, revelaban unas enormes cicatrices producidas por una daga. La nariz era deforme. Y los labios acusaban todavía más su fealdad. Cortados al sesgo, se abotargaban, se separaban, dejando al descubierto una dentadura negruzca y mellada. El extraño individuo, con una especie de placer perverso, deslizaba lentamente su lengua por la horrible herida.

Silgan reprimió difícilmente una mueca de desagrado. Pero, cuanto más intensa era la repugnancia que experimentaba, más percibía los efluvios de hostilidad del monstruoso personaje.

Finalmente, el hombre inclinó los ojos bajo la mirada terrible del halaguen. Pero Silgan hubiera jurado que no dejaba de observarle a través de sus largas pestañas negras.

El posadero regresó. Exhibía su mejor sonrisa y multiplicaba las reverencias.

—Instalaos en esa mesa, señor —propuso con voz melosa—. Mientras esperáis vuestro baño, si puedo permitirme serviros de beber...

—Desde luego —asintió el señor de Bageston, cuya sed no había quedado saciada con un cubilete de agua fresca—. ¿Tienes por casualidad un aregio o un viejo xaleran en tu triste posada?

—Los tiempos son duros, Señoría, y no tengo la suerte de disponer aquí de tales brebajes. Pero, con vuestro permiso... Tengo en reserva un alcohol de primera calidad para los personajes como voz.

—¡Venga esa tisana! —dijo Silgan con una mueca—. Pero que esté muy fresca...

El posadero se precipitó detrás del mostrador. El halaguen, sin olvidar el yelmo, se dirigió a la mesa próxima. Un ruido de frascos que entrechocaban alegró el local. Luego, el posadero vino a depositar delante de él una copa de plata cincelada llena de un líquido del color del ámbar.

Silgan despidió al posadero con un gesto. Luego mojó precavidamente sus labios con el brebaje. Este, ligeramente alcohólico, se reveló exquisito. Dejando en el paladar una frescura vegetal, se deslizaba por la garganta como una golosina, antes de estallar en un haz de ondas de calor vigorizante. Una sensación de ligereza sucedió a la fatiga producida por un largo viaje. El halaguen suspiró, satisfecho.

Cerca de la columna, el otro cliente había mantenido la misma actitud cuando el occitano volvió su mirada hacia él. Sólo que ahora daba la impresión de hallarse perdido en algún ensueño. Su rostro se había hecho más siniestro, si cabe. A menos, se dijo el halaguen, de que su criterio estuviera perturbado por el efecto del alcohol; lo que no le impidió estremecerse, en tanto que una visión premonitoria y fugaz le aseguraba que volvería a encontrarse más tarde con aquel inquietante personaje.

Al ver que se acercaba el posadero, adivinó que su baño le esperaba. Vació de un trago el contenido de la copa y se disponía a seguir al posadero cuando, cambiando de parecer, le hizo señas para que se inclinara. Una pregunta le quemaba los labios. La formuló en voz muy baja.

—Dime, amigo, ¿quién es esa triste figura que se oculta en la sombra?

—Ssst —le intimó inmediatamente el posadero, mirando a su alrededor con aire asustado.

Luego explicó en un murmullo:

—Es maese Val Cahern, el brujo. Tened mucho cuidado con él: mata.

—Comprendo —opinó el halaguen con una sonrisa—. Un impostor...

—¡Oh, no! Se dice que ha vivido al otro lado del barranco y que trajo de allí su ciencia... y sus heridas.

—Entonces, habría franqueado... —empezó Silgan enarcando las cejas.

Pero se interrumpió bruscamente y concluyó: —Gracias, amigo. Quédate también con esto. Una nueva moneda pasó a manos del posadero. El halaguen se puso en pie, se colocó bajo el brazo el inseparable yelmo y abandonó la sala. El baño no podía esperar más.

La botica de maese Val Cahern se encontraba en la única plaza de Glacoon, en una esquina, y semioculta por una fuente que se apoyaba en la fachada, a la derecha de la puerta de entrada. La pequeña tienda presentaba un aspecto sabiamente descuidado. Se adivinaban, detrás del sucio cristal, frascos de ungüentos, ramas de gneto y algunas herramientas oxidadas. Un letrero anunciaba: EL MILAGRERO DE ESKONDA.

El halaguen empujó la puerta, que se abrió con un chirrido, y avanzó por entre un

montón de cajas y de paquetes deshechos.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —llamó.

Una sombra oculta detrás de un inmenso baúl se irguió. Apareció Val Cahern, sonriendo. Sin embargo, su persona desprendía las mismas emanaciones de odio. Y algo más. Algo demoníaco.

—¿En qué puedo servirlos, señor extranjero? —inquirió, sin mover los labios, aparentemente.

El halaguen reprimió de nuevo la repugnancia que le invadía. En tono tranquilo y seguro, respondió:

—He oído decir que tu ciencia era grande. Necesito un bálsamo para las heridas de las patas de mi algrazil. ¿Lo tendrías en tu botica?

—En efecto, tengo un unguento que sanará a vuestro corcel en unas horas.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, el hombre se inclinó hacia una caja de la cual sacó una pequeña redoma de barro. Hizo saltar la tapadera, hundió en la pasta una varilla de madera y la removió lentamente.

—Me han dicho también —continuó el halaguen— que habías viajado mucho. Incluso me han insinuado que habías estado en el reino de Nagooka. ¿Es cierto?

—En Glacoon se dicen muchas cosas —sonrió el brujo, sin dejar de remover el unguento.

—Es posible. Pero si es verdad, tienes que poseer algún talismán. Necesito uno que pueda ayudarme a cruzar el río Malde y llegar a Perdagne.

—Imposible, señor. No existe ningún remedio para la locura.

—¿Qué es lo que tratas de insinuar? —se soliviantó Silgan.

—Nada, señor: lo único que digo es que hay que haber perdido el seso para franquear el límite.

—¿Acaso no lo franqueaste tú?

—Sin duda, señor, sin duda... —Val Cahern perdió su sonrisa de golpe—. Un gnomo puede indicaros el camino.

—¿Cómo se llama?

—Los gnomos no tienen nombre, señor. Son unas sombras.

El halaguen empezaba a perder la paciencia.

—¿Acaso pretendes burlarte de mí? Quiero encontrar a tu enano para que me conduzca a Perdagne. ¿Está claro? Vamos, ¿dónde puedo encontrarle?

—Id al barranco de Malde a medianoche, allí donde el río forma recodo en torno a una roca en forma de triángulo. Cuando veáis que el agua remonta su curso, golpead tres veces la piedra. El gnomo aparecerá.

—Muy bien, boticario. Pero, si me has engañado, perderás tu cabeza por haberte burlado de un Bageston.

—Vuestra pomada está lista, señor. Pero vos no regresaréis nunca.

—Regresaré, puedes estar seguro. Regresaré, porque soy un halaguen. El halaguen Silga de Bageston.

Y, dejando a Val Cahern a la vez irónico y perplejo, Silgan salió de la botica.

Tenía que ponerse en marcha. La tarde tocaba a su fin. No podría llegar, a la hora indicada, a la roca triangular.

Apuró el contenido de su copa. El posadero le miraba con inquietud. Un hombre tan apuesto, pensaba, y ya quería morir. Detrás de todo aquello tenía que existir la perfidia de alguna mujer.

No podía saber hasta qué punto acertaba.

Silgan recorrió de nuevo con la mirada las paredes de la sala. De pronto, como si las viera por primera vez, se quedó contemplando las esculturas de rostros contraídos que se erguían entre las ventanas.

La primera representaba a un enano tendido sobre una piedra a la cual se aferraba desesperadamente, como si temiera que le arrancaran de ella. El rostro reflejaba el espanto y el dolor.

La segunda estatua era la de una mujer de rostro enmascarado por una abundante cabellera. Sin embargo, mirándola desde más cerca, podía tratarse de algo distinto: ¿Un animal? ¿Una roca? El halaguen se sintió incapaz de identificar la escultura multiforme.

La última representación no era menos enigmática. Hubiérase dicho que el artista se las había ingeniado para multiplicar a su personaje en las posturas más inverosímiles. Los rostros, las manos se interpenetraban, se disolvían. Hacía falta mucha clarividencia para descubrir allí algo que no fuera un conjunto de pesadilla.

Silgan se dirigió al posadero:

—¿Sabes lo que representan esas formas?

—Por desgracia, no, señor. Por desgracia.

—Entonces, ¿tal vez podrás decirme quién es su autor?

—Tampoco, señor. Lo único que puedo decirles es que me las regaló maese Val Cahern...

## NAGOOKA

La noche llegaba muy aprisa, precipitada por la proximidad de la montaña. La siluetas de los grandes árboles muertos se rodeaban ya con una capa de oscuridad. La sombra se espesaba. No tardaría en unirlos unos a otros.

Silgan, jinete solitario, soñaba. Mientras el algrazil avanzaba a un trote moderado, sus pensamientos habían franqueado las montañas para ir a descubrir la Torre de los Cien Misterios. Las dificultades que le esperaban eran la menor de sus preocupaciones. El halaguen creía firmemente en su éxito.

La brusca detención del pájaro-corcel le sacó de sus sueños de victoria. Sus sentidos, alertados ahora, registraban la meseta invadida por las tinieblas. Oyó unos gemidos. Y casi simultáneamente percibió la forma humana que se arrastraba sobre la tierra reseca.

Chasqueando la lengua, lanzó al algrazil en aquella dirección. El pájaro pareció volar. El halaguen estimulaba al animal con unos leves silbidos modulados. Pero el algrazil no los necesitaba. Era como si comprendiese la urgencia de su intervención.

Silgan saltó a tierra antes de que su corcel se hubiese parado del todo. Con su cantimplora abierta ya, se inclinó, volvió el cuerpo ensangrentado y cubierto de polvo. Y no pudo reprimir una exclamación:

—¡Por el dragón! ¡Una mujer!

Levantando delicadamente la cabeza de la desconocida, acercó a los labios tumefactos el gollete del odre de agua fresca.

Aunque semiinconsciente, la mujer pareció querer cogerlo ávidamente. Silgan refrenó su ardor. Un exceso en el beber podría haberle causado la muerte. Al ver que ella abría los ojos, el halaguen sonrió y la ayudó a incorporarse.

La joven recobraba rápidamente sus fuerzas. Silgan se separó de ella un momento, sacó de las alforjas de la silla unos trozos de tela y regresó a su lado para lavarle delicadamente la cara y las manos. Las heridas, por fortuna, eran superficiales. Ella le dejó hacer, sin pronunciar una sola palabra, afectada aún por la debilidad y las alucinaciones.

Finalmente, Silgan se incorporó, se encogió de hombros y gruñó:

—Bueno, damisela estáis presentable para hablar con el señor de Bageston, ¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

Ella sacudió la cabeza, terminando así de desenrollar una cabellera rubia como una playa. Sus ojos se frunció en busca, sin duda, de la realidad que no lograba captar. Sus manos se crispaban sobre la tela del vestido que debió ser de un hermoso azul noche. Finalmente, murmuró:

—Mi nombre... Es verdad. Me llamo Ayaelle, hija de Neer Dagt el flojo, crinan de Rinandu.

—¿Neer Dagt? —exclamó Silgan, estupefacto—. ¿Neer Dagt tenía una hija?

—Tenía una, señor. Y yo soy esa infortunada. Cuando Rinandu fue arrasada por el invasor Sequancaire, me refugié en Dolme; pero un hombre maldito atrajo sobre mí el furor del tirano. Escapé por muy poco de sus esbirros. La meseta ha estado a punto de acabar conmigo.

—¿A dónde pensabais ir por este camino?

—A un lugar en el que Sequancaire no pudiera encontrarme. ¡A Nagooka!

El halaguen la observó con más atención. Decididamente, el encuentro resultaba algo más que asombroso. Por un increíble azar, descubría a una de las pocas personas que podían explicar la caída de la ciudad más oriental del antiguo imperio irangy. Sin duda, tales confidencias serían provechosas para las otras ciudades que temían el avance de la ola barbárica. Silgan adivinó el encarnizamiento que Sequancaire habría puesto en la persecución de la princesa. De todos modos, el tirano tenía motivos para sentirse satisfecho, ya que si sus mercenarios no habían podido darle alcance y eliminarla, la habían rechazado hacia Nagooka. Y todo el mundo sabía que no se

regresaba de aquella comarca.

A pesar de todo, el rostro del halaguen se ensombreció mientras rumiaba aquellos pensamientos. Ahora, ya no estaba solo para enfrentarse con los demonios del otro lado del Malde. La princesa iba a ser un fardo que podría hacerse muy pronto insoportable. De todos modos, le dedicó una sonrisa y la tranquilizó, murmurando:

—Bueno, a partir de ahora no haréis el viaje sola. Yo también me dirijo al reino de las sombras.

La joven abrió unos ojos como platos, quiso decir algo, pero cambió de opinión para contestar finalmente:

—Supongo que sabéis los peligros que os aguardan allí...

—Desde luego —rió Bageston— Lo cual me recuerda que tengo una cita que no admite demora. De modo que si os parece bien y os sentís con fuerzas para ello, vamos a reemprender la marcha.

La joven inclinó la cabeza afirmativamente. Silgan la cogió por la cintura, la levantó sin esfuerzo aparente y la depositó sobre la espalda del algrazil, que esperaba pacientemente. Luego, a grandes zancadas, sin preocuparse más del animal ni de su amazona, echó a andar de nuevo hacia el barranco ahora cercano.

Por el fondo del barranco discurría una impetuosa corriente de agua que espumeaba sobre las rocas que se erguían a su paso. Un soplo glacial acompañaba su carrera y proyectaba a veces una lluvia de gotas sobre las orillas. El rugido de la corriente parecía una barrera levantada en medio del silencio.

El halaguen observó con profunda atención lo que le rodeaba. El peñasco mencionado por maese Val Cahern no debía escapársele. Y tenía que localizarlo rápidamente, también, ya que el tiempo huía y la medianoche se aproximaba.

Montada sobre el algrazil, que desde hacía unos instantes daba muestras de inquietud, Ayaelle dormitaba. Su rostro, finalmente relajado, revelaba una belleza que antes había escapado al señor de Bageston; y éste, a pesar de su búsqueda, se sentía irresistiblemente atraído hacia ella. Volvía la cabeza a menudo. Tal vez porque aquel rostro iluminaba la oscuridad. Tal vez porque parecía vivir intensamente en tanto que fuera de él acechaba la muerte, inmovilizando las cosas, reinando desde tiempos inmemoriales.

Pero Silgan no tenía derecho a soñar. Y no le gustaba demasiado reflexionar. Era un ser hecho para la acción, el combate, el esfuerzo físico. Semejante a un animal de presa, olfateaba las orillas del precipicio, avanzaba, daba media vuelta, reemprendía su camino.

Tenía una noción muy vaga del tiempo que transcurría. Pero un oscuro instinto le aseguraba que no había pasado aún la hora requerida, aunque se acercaba con demasiada rapidez. Habría necesitado, sin duda, un estímulo, una ayuda. Y Ayaelle dormía. Sonreía a sus propios sueños. Sólo una arruga en la frente recordaba sus sufrimientos. Ayaelle le inspiraba miedo y al mismo tiempo sublimaba las emociones

más profundas de su persona. Silgan sabía que la amaba.

Finalmente apareció la roca. Estaba allí, a menos de un tiro de lanza. Oculta hasta entonces por la masa negruzca de los escombros, recortaba en la oscuridad un triángulo azulado animado de lentas pulsaciones. Una de sus puntas avanzaba sobre el río y alcanzaba casi la otra orilla.

El halaguen sonrió. Luego se acercó a la piedra mágica.

La medianoche había llegado. Su instinto se lo decía. Debajo de él, la corriente luchaba contra la gravedad. Entonces, Silgan de Bageston desenvainó su espada y golpeó la piedra. Tres veces.

Tras una lucha muy breve, las aguas que ahora se llegaban a deslizarse a lo largo de la pendiente reemprendían lentamente el camino hacia su fuente, con lamentos y un ruido de succión.

Silgan se incorporó, volvió a envainar su espada y esperó. En su fuero íntimo, temía haber sido engañado por Val Cahern. En cuyo caso, quedaría en libertad para aventurarse por los bosques oscuros fiando únicamente en su intuición. Registraba con la mirada la sombra que parecía más densa, sin duda a causa del resplandor difundido por la roca. Nada se movía. Nada se hacía visible, tampoco.

—¿Me buscáis a mí? —inquirió una voz plañidera muy cerca de él.

Silga no pudo reprimir un sobresalto. Se volvió hacia el intruso. El gnomo estaba encaramado a un promontorio. Encogido, gesticulante, se aferraba a las asperezas de la piedra con una evidente desesperación. Una fuerza invisible trataba de arrancarle de su refugio. Y, sin embargo, el ser diminuto encontró energías para hablar.

—¿Quién os envía? —inquirió, en tono ahogado.

—El brujo Val Cahern me aseguró que podríais conducirme a Perdagne.

El gnomo se echó a reír mientras la inexplicable fuerza se encarnizaba a más y mejor y le hacía vacilar peligrosamente.

—¿Val Cahern? ¿Perdagne? No podéis ir allí. No debéis ir allí.

—¡El camino de Perdagne! —gruñó Silgan—. Lo necesito.

—Después de todo, ¿por qué habría de contrariaros? A unos pasos de aquí, un sendero desciende hasta el nivel del agua. Allí encontraréis una embarcación. Subid a ella y dejad que el río os arrastre. Llegaréis a Perdagne antes de que se haga de día. Pero, daos prisa... La corriente cambia con rapidez y la puerta estará cerrada.

Una borrasca envolvió entonces al gnomo: un viento violento que el halaguen no percibía. Las vestiduras del enano se hincharon. La boca se abrió para gritar algo. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Fue arrancado, levantado, giró unos instantes en el aire para salir proyectado a continuación en dirección a la fuente del Malde. Silgan le perdió de vista.

—Bueno, no puede decirse que no es un ser singular —murmuró. Y, en voz alta —: Damisela, tenemos que separarnos del algrazil. Nuestro camino pasa sobre el río.

Ayelle no dijo nada. Saltó a tierra y le siguió hacia el sendero. El algrazil, indeciso, pareció comprender que su tarea había terminado. Se alejó a través de la

meseta. Silgan no se volvió a mirarle ni una sola vez: quizás temiendo no poder contener su emoción...

La pendiente era muy pronunciada. Y particularmente peligrosa, debido a lo quebradizo del suelo. Silgan había tenido que sujetar a Ayaelle en varias ocasiones. El se ayudaba con sus espuelas para afirmar sus pasos.

El gnomo no había mentido. A orillas del río que seguía desafiando las leyes de la gravedad, una especie de barca de fondo plano, sin remos ni velamen, esperaba a los temerarios que se atrevieran a aventurarse sobre las aguas. Los bancos estaban provistos de agarraderos. Una precaución que el halaguen no consideró inútil, pues en la impetuosa corriente les sería necesario asegurar su precaria posición, si no querían saltar por la borda.

Ayudó a la joven a ocupar un asiento y empujó la embarcación río adentro, antes de instalarse a su vez. Entonces empezó una carrera traqueteante hacia la cima de las montañas.

Los pasajeros no tardaron en verse sometidos a prueba. Sacudidos por los caprichosos vaivenes del río, tenían que agarrarse fuertemente, encorvarse para evitar que sus cabezas tropezaron con las asperezas de las rocas, reprimir el espanto que se insinuaba en ellos, luchar contra unas terribles náuseas... Silgan estimulaba a Ayaelle con la mirada. Pero no hubiese podido hablarle. Su garganta estaba tan dura como el acero. Por otra parte, el ruido infernal del agua hubiera ahogado sus palabras.

Y la velocidad era cada vez mayor. Los acantilados que se erguían a cada uno de los lados se abrían y volvían a cerrarse espasmódicamente. La oscuridad no era ya la oscuridad, sino un ente casi palpable, desposando a la forma sinuosa del rugiente Malde.

Silgan y Ayaelle perdieron la noción del tiempo y del espacio. La carrera se hacía infernal. El Malde no tenía ya nacía de río. Era un cuerpo sin fin agitado por continuas convulsiones. Era una inmundicia cloaca de oscuridades y de clamores. El ruido les penetraba. La oscuridad les penetraba. El frío les penetraba. Ellos eran el Malde. Eran el miedo, lo imposible y lo irracional. Ascendían hacia el centro del mundo donde gimotean los terrores antiguos. Pero no se habían enfrentado aún al Paso.

Y éste venía hacia ellos. Ahora podían percibirlo, medirlo, integrarlo en su mente para medir su pequeñez y su gran ignorancia. Pero su cerebro se negaba a aceptar lo que sus ojos veían. Sus sentidos se sublevaban. Todo en ellos gritaba ahora el espanto.

El vórtice mugía. Gigantesco, insondable, más negro que las más densas tinieblas, atraía inexorablemente al río y a la embarcación. Delante de él, las olas se irisaban, se coloreaban, se desmaterializaban antes de desaparecer en el torbellino fantástico. Más allá no había nada. La montaña, el horizonte, los árboles muertos del monte Fauve parecían borrados por la mancha negra instalada entre la tierra y el cielo.

El vórtice ardía. Llameaba. El halaguen era una antorcha centelleante. Ayaelle se

convertía en una brasa. El universo entero se incendiaba. El calor insoportable sofocaba los sonidos, las imágenes, el pensamiento. Silgan se asfixiaba. Ayaelle se ahogaba. La caída, la vertiginosa caída en el vórtice empezaba. Nada podía ya detener a los dos humanos que penetraban en otro universo por la inesperada puerta, que caían en un túnel insondable porque ya no había ni espacio ni tiempo entre los dos mundos. No había ni arriba ni abajo. Sólo existía un más allá en el que la materia y la energía se convertían en una misma cosa.

Entonces, cuando ya no había nada, volvió el pensamiento, semejante a un punto en la inmensidad. El punto se extendió. Adquirió forma. Sintió o presintió. Reconoció la caída. El vértigo y el miedo.

Ayaelle volvió a ser Ayaelle. Silgan reconoció que él era Silgan. El otro universo estaba cerca. Lo supieron porque un volcán les reescupió de las entrañas de la inexistencia.

La huida indescriptible de las murallas de la nada se concretó cuando el túnel llegaba a su final, abriendo a otra oscuridad sus fauces deslumbradoras. Percibieron un cielo, y también una tierra. Otro río Malde, encajonado entre rocas, discurría hacia otro estuario. Al mismo tiempo, contemplaron sus manos que no habían soltado los agarraderos.

La frágil embarcación se deslizaba sobre el agua, pero el vértigo había cesado. Aunque zarandeados por las corrientes, tenían la impresión de que el mundo estaba afectado por una languidez perniciosa. Después del enorme abrazo de las fuerzas desconocidas que dominan a los universos, los caprichos del río parecían infantiles, casi ridículos.

Silgan se relajó. Ayaelle trató de sonreírle, pero el miedo no había huido de su mirada. Sus pómulos estaban pálidos y un leve temblor de los labios deformaba la unidad de su rostro. Sin embargo, observó Silgan, así parecía más humana, más accesible. Le hubiera gustado estrecharla entre sus brazos, tal vez para calmar los estremecimientos que empezaban a sacudirla. Pero Ayaelle era aún demasiado lejana, demasiado indefinible y misteriosa. Y Silgan de Bageston sólo quería pensar en la continuación de su viaje.

Volvió la cabeza para observar el río. Apuntaba el alba y una bruma verdosa corría con las olas. La garganta seguía siendo angosta y el acantilado abrupto. No se adivinaba ninguna grieta.

Pasó el tiempo. La niebla oscurecía el desfiladero, pegando su viscosidad al cristal del yelmo. El halaguen, de mala gana, tuvo que quitárselo, pero lo colgó de su cinto. Le era demasiado valioso para que se expusiera a perderlo.

Ayaelle no pudo contener una exclamación.

—¡Oh! ¡Qué distinto sois! —confesó.

El halaguen la miró, asombrado por su reacción.

Ella murmuró:

—No creía... Imaginaba... Debe ser a causa de eso —terminó por decir,

señalando el casco globular.

Ahora contemplaba a Silgan con una intensidad que turbaba al señor de Bageston. Buscaba su mirada, admiraba su cabellera que la difracción de la luz hacía rutilante.

Silgan se arrancó con dificultad de la atracción de los ojos glaucos y examinó de nuevo las orillas verticales que guiaban el torrente. Nada parecía haber cambiado del decorado nocturno. Ninguna hierba, ningún arbusto se agarraban a la piedra. Imperaba la misma desolación, el mismo infierno. Aunque reemplazadas las tinieblas por la grisácea claridad que no abolía las formas pero que las transformaba, las bañaba de más misterio, las aureolaba de efluvios malignos.

La bruma pegaba a ellos sus finas gotas. A cada instante se espesaba más, mojándoles y cegándoles. La embarcación les llevaba directamente al centro de la nube, sin que pudieran hacer más lento su avance, o desviarlo. Silgan continuaba escrutando las orillas en busca de un paso que les permitiera ganar las alturas. Pero la roca se difuminaba, desaparecía. Estaban sumergidos en un mar de vapores glaciales que hacía irreal su marcha hacia lo desconocido.

La silueta de Ayaelle se alejaba también ahora en la niebla, sin que el joven pudiera hacer nada para prestarle un poco de ayuda o de consuelo.

Silgan se desesperaba. Ya no distinguía nada. A su alrededor no había más que aquella humedad maligna, casi fosforescente, cegándole y flagelándole. No notaba las sacudidas de la embarcación en los rápidos. Apenas tenía consciencia de su cuerpo.

No obstante, el instinto de conservación mantenía en él una lucecita de esperanza, le permitía aún reflexionar. Si la niebla era el resultado del enorme vómito que les había proyectado sobre aquel nuevo río, no tardaría en disiparse. También las orillas tendrían que allanarse, ya que el torrente acabaría por abandonar las montañas.

Como si quisiera justificar sus suposiciones, la niebla se hizo menos densa. La silueta de Ayaelle fue de nuevo visible. Pero la joven parecía haber perdido el buen ánimo que había demostrado hasta entonces. Estaba hundida en el asiento, con las manos crispadas sobre los agarraderos.

El halaguen, en su impotencia para socorrerla, tuvo miedo de perderla. Si la corriente se mostrara menos salvaje... Si pudieran acercarse a la orilla en seguida...

Una sacudida estuvo a punto de arrancarle de su asiento. Luego se oyó un crujido. Y la embarcación se inmovilizó sobre un banco de arena.

—¡Maldita niebla! —exclamó Silgan.

Se incorporó, echó pie a tierra y sacó a Ayaelle de la barca.

Depositó a la joven lo más lejos posible del río, en un terreno menos húmedo, y escrutó atentamente la orilla. Reapareció el acantilado, vago y uniforme. No parecía existir el menor paso que permitiera subir a la cumbre de la garganta. El desaliento invadió a Silgan.

—¡De modo que habéis llegado! —chirrió una voz cercana— Os felicito por vuestro valor.

El halaguen dio un salto. Después de las largas horas de inactividad, la voz había

reanimado en él todos sus ardores. Volvía a ser el guerrero intratable que había recibido el nombre famoso de halaguen. Frunció los párpados.

El gnomo le miraba con admiración, al parecer. Su feo rostro reflejaba cierta alegría. Una pequeña roca que sobresalía de la pared vertical del desfiladero le servía de percha.

—¿Cómo se puede salir de este río? —preguntó Silgan.

—¡Por aquí, señor! —respondió el personaje—. Detrás de mí empieza una cornisa que os conducirá allá arriba.

Y el gnomo levantó el brazo con una grandilocuencia cómica.

—¿Y después?

—Después, está el valle de Perdagne. Vuestro punto de destino, según creo recordar.

—¿Cómo podría agradeceréte?

—¿Agradecérmelo?

El gnomo se echó a reír. Una risa semejante al tintineo de una campanilla.

—¿Agradecérmelo?

La risa fue apagándose, arrastrada por una corriente invisible hacia los lugares malditos que ellos mismos acababan de abandonar.

Volvió el silencio. O, mejor dicho, persistió únicamente el mugido continuo del río.

Pero en los oídos de Silgan persistió también la risa. La risa inhumana del gnomo.

## PERDAGNE

—¿Cómo van esos ánimos? —inquirió Silgan, mientras Ayaelle terminaba de saciar su sed en la milagrosa fuente.

La joven se incorporó. Su aire continuaba siendo grave, sus rasgos tensos, pero los ojos habían recobrado su claridad.

—Creo que estoy a punto para continuar. No imaginaba así el reino de Nagooka, pero sé que prefiero el que descubro.

—No estamos ya en Nagooka. Al menos, no lo creo. En realidad, sólo hemos bordeado su frontera. Las leyendas dicen que ese reino se extiende al otro lado de los montes Fauves. Nosotros no los hemos franqueado. Nos encontramos, pues, en otra parte. En Perdagne. Un lugar del que ningún hombre ha regresado.

—¿Perdagne? Me parece haber oído ese nombre. ¿No será por casualidad aquel bosque que otrora se extendía al noroeste de Glacoon, al alba de la Jurjulia y, hoy, del país de Leurre?

—Eso es lo que dicen los poetas. Pero Perdagne ha sido borrada del mapa. En su lugar está Nagooka, el mundo muerto.

—En tal caso...

—En tal caso —dijo Silgan—, si estamos cerca de Perdagne, significa que hemos

cruzado las puertas de la muerte. Lo cual no me sorprendería nada.

Ayaelle no respondió. Se hallaban en pleno desconocido. Era inútil querer adivinar su esencia. Sólo podían continuar avanzando para encontrar la respuesta.

Silgan se acercó a la fuente para llenar el odre. Bebió otro trago de agua fresca.

—¡A Perdagne! —exclamó.

Y los dos jóvenes reemprendieron la marcha en medio de la niebla, ahora menos densa, que dejaba aparecer unas raquílicas matas y unos arbustos desmedrados.

El valle se extendía a sus pies.

Pequeño valle verdeante y feliz, en el que cantaban los pájaros, y recorrido por un arroyo, antes de perderse en un estanque lleno de grandes flores de color violeta.

La bruma casi había desaparecido. No obstante, se la adivinaba pegada aún a los árboles del bosque que parecía minúsculo, contemplado desde su promontorio.

Silgan sonrió. Una sonrisa confiada y conquistadora. Perdagne había hecho temblar al mundo. Perdagne se revelaba apacible. Incluso resultaba ridícula la idea de que hubiese causado tantos espantos.

—No tardaremos en llegar al otro lado —dijo Silgan, en tono de profunda convicción—. El bosque no es más que una pequeña arboleda, y estaremos en aquella casa, a orillas del estanque, antes de que se haga de noche. Tal vez encontremos allí algo para reponer nuestras fuerzas.

Ayaelle inclinó afirmativamente la cabeza. También ella había visto el edificio junto al pequeño lago. Pero su singularidad, que no había llamado la atención al halaguen, no se le había escapado.

¿Era, realmente, una vivienda? A la joven le parecía más bien una especie de monumento, a causa de las formas encabestradas que distinguía. Tenía también unos reflejos metálicos. Pero el conjunto, muy irregular, podía ser una simple ruina.

Sin embargo, la joven se calló y siguió al halaguen cuando éste inició el descenso.

Silgan andaba con mucha rapidez. Tenía prisa por llegar a un refugio en el que podría librarse de su armadura, relajar sus miembros doloridos, dormir. Ya que notaba que el cansancio le pesaba terriblemente; como nunca, quizás. La espantosa carrera sobre el río le había destrozado.

Sus pies hollaron ahora una hierba tierna y húmeda de rocío. Una ligera brisa acariciaba su cabellera que flotaba libremente sobre los hombros. Se sentía feliz a pesar de su agotamiento. El valle de Perdagne se le aparecía como un paraíso después de las horas de sufrimiento en unas regiones áridas y atormentadas. Inconscientemente empezó a soñar que vivía allí, a orillas del arroyo, una maravillosa existencia junto a Ayaelle. Los días se deslizaban por encima de él sin envejecerle...

Se inmovilizó bruscamente. Algo, de pronto, acababa de turbar su sueño.

La cólera le invadió. Sus ojos se frunció escrutando el lindero del bosque. Sus mandíbulas se contrajeron. En alguna parte, una rama crujió.

Silgan avanzó con paso decidido, alertados los sentidos, con la mano pronta a asir

el pomo de la espada.

Se había olvidado de Ayaelle. Ante la sensación del peligro, la joven se había desvanecido en los recuerdos. Sólo existía aquella atención casi sensual del cazador persiguiendo una presa. Se movía con prudencia y precisión en dirección a los crujidos que se repetían de cuando en cuando.

Los primeros arbustos no fueron obstáculo para él. Con la espada en la mano, avanzaba entre la maleza, apartaba las ramas bajas... Un poco más atrás, Ayaelle se esforzaba en seguirle. Sin duda le habría perdido de vista sin las ocasionales paradas que Silgan se imponía para orientarse.

Los ruidos, a lo lejos, se concretaban. El halaguen oía claramente los crujidos de la hierba hollada por un pie, los chasquidos del acero cortando unas lianas, el susurro de las hojas agitadas en sus ramas.

Súbitamente, se detuvo: un claro se abría a unos pasos de distancia.

Conteniendo la respiración, Silgan examinó cuidadosamente los alrededores. El silencio se había restablecido en el valle. Todo estaba inmóvil, cuajado por la aparición repentina de algún espantoso cataclismo. Su corazón parecía haber dejado de latir en su pecho. El tiempo mismo no existía ya. O, mejor dicho, una eternidad se insertaba entre dos segundos. Una eternidad pesada y dolorosa, espesa, que el halaguen no se atrevía a empujar.

Ayaelle terminó por romper el encanto. Su naturaleza femenina debía ser más receptiva al peligro, y aquella inmovilidad tenía algo de diabólica. Se acercó con pasos sigilosos y murmuró:

—¿Veis algo?

Silgan volvió la cabeza, desconcertado, al parecer. La miró sin decir nada. Su corazón latía ahora muy aprisa. El bosque, como si aguardara aquella señal, había recobrado la vida. El viento hacía susurrar de nuevo las hojas. Las ramas se balanceaban. En alguna parte, un pájaro trinó.

Entonces, el halaguen avanzó al descubierto. Y el hombre salió a su vez del refugio de los árboles.

Mientras se acercaban el uno al otro, los dos guerreros se observaban. La sombra de los altos árboles y algunos chales de bruma velaban aún su silueta, pero los dos se revelaban potentes y feroces. Sus armaduras eran idénticas. Una espada de dos filos golpeaba su costado. Un escudo les protegía el torso. Exhibía las mismas armas: las de Bageston.

Un pliegue de preocupación frunció la frente del halaguen. Aquella similitud empezaba a asustarle. Temía reconocer el rostro. Un rostro cuyo contorno adivinaba. La cabellera que caía sobre los hombros despedía unos reflejos dorados.

Los dos hombres avanzaban el uno hacia el otro. Ayaelle les observaba. Y Ayaelle se estremecía. La angustia le trituraba la garganta. Sus ojos rechazaban la realidad. Tenía miedo de comprender, pero intentaba desesperadamente explicarse aquel combate imposible. Ya que había dos Silgan en el claro. Igualmente armados y

acorazados, igualmente decididos a morir por disponer del valle maldito. Dos Silgan de Bageston que iban a enfrentarse. Dos titanes.

Por fin quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. El halaguen apretó los dientes. El furor iluminaba sus facciones. Sin embargo, en el fondo de sus pupilas, una claridad temblorosa —el miedo— trataba de doblegarle, de obligarle a desistir. Y aquel miedo brillaba también en los ojos de su enemigo, ya que la mirada que le desafiaba era su propia mirada. El rostro que observaba era su propio rostro.

El hombre con el que iba a combatir era Silgan de Bageston.

Retrocedió. Su determinación no había cambiado. Superado el estupor inicial, el halaguen recobraba toda su energía. Si tenía que luchar con una sombra para cruzar el bosque, lo haría. Y vencería. Ya que el halaguen no podía imaginar el verse derrotado.

Desenvainó la espada con las dos manos al mismo tiempo que el enemigo. Y los dos la enarbolaron al mismo tiempo, aullando su grito de guerra, cuyo eco repitió largamente el valle, lúgubre, mortal:

—¡Bageston... on... on!

Entonces, las hojas entrechocaron.

Desde el primer momento. Silgan adivinó que la lucha sería terrible. Sabía que el hombre se le parecía. Y ahora comprendía que poseía también su ciencia de la esgrima, su potencia y su astucia. Sin embargo, atacó, se tiró a fondo.

Inmediatamente, el desconocido echó el torso hacia atrás. Ágilmente, tras desviar el arma apuntada hacia él, contraatacó con la rapidez del rayo, lanzando un tajo que hubiera podido hendir el cráneo de Silgan. Pero éste había intuido el golpe y lanzó a su vez una terrible estocada. Pero el otro no se dejó sorprender: había asegurado ya su guardia y paró con seguridad.

Se produjo una leve vacilación por una y otra parte. Luego siguió el combate, salvaje, violento. Silgan se lanzó al asalto asestando mandobles. Su adversario retrocedió antes de replicar como un halaguen. Su espada bloqueó el poderoso movimiento y envolvió la hoja amenazadora intentando arrancarla, pero Silgan era un guerrero excepcional y, tras liberar su acero, rechazó al enemigo con una serie de molinetes.

Las espadas despedían chispas en la penumbra. Las hojas cantaban la muerte. El tiempo se deslizaba por encima de la lucha implacable que parecía destinada a no tener fin.

Acurrucada en una espesura, Ayaelle no perdía de vista a los dos hombres. Soldada su mente a la de ellos, vivía intensamente cada asalto y cada parada, y el olor de su sudor la penetraba más que el aroma de los musgos y del mantillo.

De nuevo, el combate se había interrumpido. Los dos guerreros se estudiaban. Ambos vacilaban en reanudar el ataque. Luego, un brazo se tendió. Se produjo un nuevo choque. La batalla continuó.

Ayaelle reflexionaba desesperadamente. Deseaba actuar, acudir en ayuda del que

la había salvado del desierto junto a la orilla del Malde. Pero no sabía cómo. Y su impotencia la hacía sufrir. Sobre todo, la invadía un terrible presentimiento. La similitud de los combatientes no podía ser un hecho casual. Las probabilidades de que Silgan encontrara un sosías eran de una contra varios millones. Y era aún más improbable que el tal sosías estuviera armado y acorazado exactamente igual que él, y poseyera su misma habilidad. Y era absolutamente imposible que exhibiera un blasón idéntico.

Aquel prodigio, pues, sólo podía ser debido a una intervención maligna. Una trampa infernal se ocultaba detrás de aquel combate. Ayaelle no quería que Bageston cayera en ella. Tenía que actuar. ¿Cómo?

En su cerebro resonó la voz enronquecida del viejo mago, su amigo de Rinandu. Se aferró desesperadamente a aquel eco. Era preciso que no se le escapara ni una sola palabra. La solución podía encontrarse en ella: la respuesta al absurdo que había producido Perdagne.

Gnal Alliel hablaba y explicaba para ella, en la gran sala del palacio, cerca de la biblioteca. Sus largas manos de dedos como garras acariciaban la cubierta raída de un incunable. La pasión por las ciencias ocultas iluminaba su figura de anciano y la aureolaba con un halo de leyenda. Gnal Alliel, el difunto mago, resucitaba para acudir en su ayuda.

Ayaelle observaba a los combatientes, conjeturando. ¿Desdoblamiento? ¿Fantasma?

No, el otro Silgan no era una imagen. Una alucinación no hubiera poseído semejante materialidad. El hombre que luchaba contra Silgan era tangible. Su pie aplastaba la hierba del claro. Su espada entrechocaba con la espada del halaguen.

Ayaelle pensó en un doble, en algún ente del más allá que habría revestido una envoltura carnal copiada en la del halaguen. Esta podía ser la verdad. Pero no la satisfacía. La aparición no había sido lo suficientemente repentina. Se habían dado cuenta de la presencia del desconocido mucho antes de encontrarle. Además...

Ayaelle reprimió un grito. La espada del guerrero acababa de alzarse con violencia. La punta había rozado el peto de Silgan, arrancando el pequeño puñal que acababa de caer cerca de ella. Afortunadamente, el halaguen no estaba herido.

Ayaelle vaciló un poco. Pero la tentación era fuerte. Si se apoderaba del arma, tal vez podría intervenir en aquel combate que parecía destinado a no tener final.

Se deslizó fuera de su escondrijo, alargó la mano... Un segundo después, de nuevo al abrigo de las hojas, apretaba contra su pecho la pequeña daga. Pero la verdad se abría paso en ella. Una ahogada exclamación había brotado de la espesura, al otro lado del claro, durante su breve intervención. Por lo tanto, había alguien allí. Una mujer, pensó Ayaelle.

Una mujer. Una mujer que verosímelmente acompañaba al hombre semejante a Silgan. ¿Por qué no otra Ayaelle? Y en tal caso...

La voz de Gnal Alliel surgía de nuevo desde el fondo de su memoria. El rostro

arrugado danzaba delante de sus ojos. El tiempo había transcurrido, pero la imagen era precisa. El tiempo...

Ayaelle tenía la respuesta. Su corazón latió tumultuosamente en su pecho. Sus manos temblaron mientras afirmaba el arma entre sus dedos. Tenía que matar. En seguida. Antes del desenlace de aquel combate. Del desenlace normal.

Ahora, todo estaba claro. Ignoraba qué sortilegio permitía semejante situación, pero había descubierto su trama.

Silgan había caído en la trampa de Perdagne: una trampa temporal digna de un cerebro peligroso, pero notable.

¿Qué hacer? Había dos Silgan en el claro. Dos Silgan tan verdaderos y reales el uno como el otro. El primero, el suyo, llegaba directamente del pasado a aquel nudo espantoso del espacio y del tiempo. El otro venía del futuro: un futuro sumamente próximo. Un futuro que el Silgan del pasado corría el peligro de conocer muy pronto.

Ayaelle adivinaba. El combate tenía lugar. El Silgan que ella acompañaba lograba vencer, tal vez gracias a ella. Se adentraba en el bosque; y se producía el salto al pasado. Salto en el tiempo y no salto en el espacio. Entonces, oía a alguien llegar detrás de él, volvía sobre sus pasos, hasta el claro... y encontraba de nuevo a un Silgan que no era otro sino él mismo unos segundos antes. Aquel breve retorno en el tiempo le ponía, pues, en frente del Silgan que penetraba en Perdagne. La argolla temporal, impidiendo al halaguen avanzar en su búsqueda, abría la eternidad a un combate estúpido. Clavado al valle, Silgan reviviría indefinidamente los mismos minutos: su entrada en el bosque, su lucha victoriosa y finalmente su derrota.

Se trataba, pues, de un combate de probabilidades. El segundo Silgan encarnaba un futuro posible en el cual arrastraba a su pasado verdadero. Aquel futuro terminaba con un eterno volver a empezar. Ayaelle debía actuar de modo que aquel futuro se impusiera pero, sobre todo, continuara y no se perpetuara.

Faltaban aún numerosos elementos en aquel razonamiento, pero Ayaelle no podía permitirse el lujo de resolver el increíble problema. Bastaba, para que la trampa funcionara, que su Silgan saliera vencedor de la lucha. ¿Cómo? Ella lo ignoraba y no quería saberlo. Lo único que importaba era que no ayudase a aquel destino demoníaco. Si ella fracasaba, se habría perdido su futuro. Silgan y ella volverían a encontrarse bloqueados a algunos minutos de allí, y retrocederían para desafiar a su propio pasado que permanecería inalterable para siempre.

Ayaelle se irguió. Una energía feroz la empujaba hacia adelante, la envolvía, afirmaba sus gestos. Los combatientes, absortos en sus asaltos, no pensaban ni remotamente en ella.

Ayaelle cruzó corriendo el espacio descubierto que la separaba de los dos hombres, levantó el brazo.

Silgan el halaguen profirió un leve grito y se desplomó, con el puñal clavado entre los dos hombros. Un estertor agitó su cuerpo... y todo quedó borrado.

A los pies de un Silgan de Bageston incrédulo no había ya más que hierba

pisoteada, y en su memoria una pesadilla terrible.

Resonaron unos pasos detrás de él. Silgan se volvió. Ayaelle corría hacia él, sonriente. Ambos tenían la impresión de que una amenaza se había desvanecido súbitamente. Pero se sentían demasiado felices para concederle más importancia.

La joven se echó en sus brazos e intercambiaron un prolongado beso, en el cual había tanta pasión como amistad. Un beso que unía a dos seres que trataban de tranquilizarse mutuamente.

Cuando se separaron, Ayaelle se sintió más hermosa. Hermosa y transfigurada. Silgan tenía en sus labios el frescor de la mañana. Guardaba en él la eclosión de un nuevo sueño.

La construcción se erguía delante de ellos, enigmática, torturada, insólita en el tierno paisaje del valle. Silgan y Ayaelle la contemplaban sin que evocara nada para ellos. Nada que se relacionara de algún modo con su civilización. Pero adivinaban que en aquel lugar se había desarrollado algún drama. El metal corroído, las viguetas retorcidas hablaban de muerte. Como hundida oblicuamente en el suelo, la extraña armazón sostenía una cabina a la que podía ascenderse por una escalerilla de hierro a la cual le faltaban numerosos barrotes. Silgan y Ayaelle escalaron la armazón invadida por la herrumbre.

Llegaron a una especie de plataforma que precedía a la entrada de la cámara de metal. Una pesada puerta colgaba en el vacío, apenas sostenida por un último gozne. Silgan esperaba ver la cabina llena de una penumbra sin edad.

Por el contrario, reinaba en ella una pálida claridad que distribuían las paredes.

Se habían parado en el umbral, ella acurrucada contra su hombro, y miraban con un asombro casi doloroso.

Silgan ignoraba lo que era aquella cámara. Había allí armarios de metal, sillas de metal, palancas de metal. Un asiento despanzurrado, clavado al suelo delante de una mesilla en la que se multiplicaban unas pequeñas ampollas de cristal, parecía esperar a un ocupante...

Entraron. A su derecha, una amplia copa reposaba sobre una columna dorada. El halaguen la estudió. La cara interna estaba formada por una ranura que descendía lentamente en espiral desde el borde hasta el fondo. Allí relucía una bola fosforescente, que parecía esperar que la cogiera y la utilizara. Silgan la cogió delicadamente y, enarcando las cejas, dejó resbalar su mirada por el surco. Le pareció descubrir algún juego. Se colocaba la bola sobre el borde de la copa. La bola descendía lentamente, lentamente, hasta el fondo del vaso...

—¡Mira! —exclamó Ayaelle, señalando el techo de la cabina.

Silgan no había visto la otra escalera que ascendía a lo largo de la pared, penetraba por una abertura circular que recortaba un trozo de cielo y se interrumpía, cortada en seco por algún capricho.

El halaguen dejó la bola donde la había encontrado y trepó por la escalera. Su

cabeza emergió entonces al aire libre, al nivel del suelo de una nueva cabina cuyas paredes habían sido arrancadas y en la que sólo quedaba un trozo de pared con una abertura redonda, tapada con un grueso cristal.

Volvió a bajar. Ayaelie le interrogó con la mirada.

—¡Nada! —explicó—. Parece que la parte superior era otra cabina, pero todo ha sido arrancado.

—¿Qué crees que es... esto?

—No lo sé. No hay nada semejante en Occitania.

Sin darse cuenta, había vuelto a coger la pequeña bola que relucía. Mientras reflexionaba, la colocó al principio de la ranura. Guiada así, daría las múltiples vueltas que la conducirían al fondo.

Entonces, una voz extraña se elevó en la cabina, clavándoles al suelo.

—Me llamo Jon-On —dijo la voz—. Quienquiera que seáis, escuchad mi historia. Es la del Argaxel y su último superviviente.

Se produjo una pausa, durante la cual Ayaelle y Silgan se acercaron a la copa parlante. Sus manos se unieron. Esperaban.

—Desde hacía varios días —continuó la voz—, nuestra astronave evolucionaba en el espacio cuatro y el comandante no preveía las maniobras de reincorporación antes de numerosas horas. Nos dirigíamos al sector L.R.5825. Nuestro equipo era el tercero que realizaba ese viaje.

»Nunca he llegado a comprender lo que pudo ocurrirnos. El mundo en el que el Argaxel se adentró sobrepasa al entendimiento pero constituye con toda seguridad la causa de nuestro accidente. Yo opino que las diversas esferas que lo componen crean unos campos de fuerza capaces de producir perturbaciones en el hiperespacio. En todo caso, el Argaxel fue literalmente aspirado por una corriente energética, estalló una primera vez al aparecer en el espacio normal, y a continuación chocó con la primera esfera. Y se hizo de noche para mí.

»Recobré el conocimiento en este lugar, cubierto de sangre, con las piernas rotas, incapaz de moverme. Del Argaxel no quedaba más que la cabina de transmisiones en la cual me encontraba en el momento de la catástrofe. Los dos operadores que la ocupaban conmigo habían desaparecido. No he vuelto a verles.

»Más tarde, gracias a los registros de los aparatos de detección, supe que el Argaxel había franqueado tres esferas sucesivas. Tres planetas superpuestos el uno al otro por algún indescifrable capricho de la creación. A menos de que un cerebro fantástico realizara allí una arquitectura sublime. Aquellas esferas pertenecen a unos continuos diferentes, y sin embargo sus atracciones se combinan, sus tiempos se conjugan. El Argaxel provocó en ellas unos desgarros cuyas consecuencias soy incapaz de adivinar.

»El brujo me habló de comunicación permanente entre los mundos después de mi llegada. Creo entenderlo. En los lugares concretos de su paso, la astronave seccionó los espacios y distorsionó aquellos universos. Algo así como una cinta que hubiese

sido cortada, y luego retorcida, para confeccionar una franja de Moebio. En los puntos de escisión, se formó un túnel. Un flujo y un reflujo periódicos mantienen el enlace y el equilibrio entre las fracciones separadas de cada uno de aquellos mundos. Así resulta posible ahora franquear las esferas y acceder al mundo superior bajo las estrellas. No pudiendo desplazarme, ignoro dónde se encuentran los otros pasillos.

»El mismo brujo me atendió y me conservó con vida. Pero, por culpa suya, cometí una infamia. ¿Podrá alguien perdonarme y enmendar mi yerro?

»Cerca del lugar donde emergió la astronave vivía una tribu de hombres enanos. Capturados por el maelstrom pluridimensional, subsisten a medio camino entre la materia y la energía. Sacudidos sin cesar por las corrientes, van y vienen de un extremo al otro del túnel. El brujo me impidió salvarles y afincarles definitivamente a esta tierra o a la otra. Y por culpa suya existe la trampa de Perdagne.

»Es un hombre peligroso. Tiene un poder hipnótico asombroso. Utilizándolo, me obligó a fabricar un pequeño distorsionador temporal que no es más que una aplicación en espacio restringido de la teoría de Konrad Bauer relativa a la navegación ultra-lumínica. Val Cahern había logrado demostrarme que, construyendo aquel aparato, sería posible retroceder al momento de mi caída sobre este suelo extranjero y, por contragolpe, corregir sus efectos. Pero yo no puedo desplazarme. El brujo se llevó el aparato. Después me hizo saber a qué lo destinaba.

»El sabe muchas cosas que yo ignoro. Creo que ha realizado el viaje entre los mundos. Ha puesto trampas en sus empalmes. Es el dueño de todo este universo. Pero, ¿qué objetivo persigue?

»En cuanto a los hombres enanos del túnel, es posible devolverlos a su patria. Mas, para ello, es preciso recuperar el distorsionador. Provocando un retorno temporal al centro del túnel en ocasión de la inversión de las corrientes, se producirá una implosión que hará chocar las tendencias disociadoras. Pero el ciclo no debe sobrepasar la más ínfima fracción de tiempo disecable por el aparato.

»Dentro de unos instantes, voy a arrojarme desde lo alto de la escalera. Pido perdón para mí y para nuestra desdichada expedición. El tiempo, quizás, cicatrizará las heridas causadas a esos diversos mundos.

»¡Quiquiera que seáis, adiós!».

La voz se calló. Silgan y Ayaelle creyeron percibir un sollozo.

La bola se inmovilizó en el fondo de la copa.

Se hizo de día. Los pájaros empezaron a cantar. Silgan de Bageston echó a un lado el manto que le cubría y se incorporó. A unos pasos de distancia, la astronave-náufraga reflejaba confusamente la luz. Parecía más oxidada que la víspera. De hecho, aquella impresión procedía del hecho de que entonces Silgan ignoraba que estaba viendo los restos de un naufragio.

Los misterios del mundo ocupaban todos sus pensamientos. Y además, también, el rostro malsano de maese Val Cahern. Pero el halaguen no temía ni a lo

desconocido ni a los sortilegios. Había vencido a Perdagne. Algún día, tal vez, salvaría a los gnomos. Entretanto, debía continuar su camino hacia la torre del Savoir.

Ayaelle entreabrió los ojos. Antes de que se moviera, Silgan se inclinó sobre ella y comprendió que nunca volvería a ser el mismo.

# El hombre

Pierre Versins

Las primeras palabras que dijeron, cuando llegaron, fueron:

—¿Dónde están? ¡Enseñadnos algunos, al menos, ya que es absolutamente preciso que nos enteremos!

Era una tarde maravillosa, cálida y tranquila (¿tal vez demasiado tranquila?), llena de joyeles errantes que cabalgaban unos rayos verde y oro, en lo alto del cielo. Cualquier cosa puede esperarse cuando un día semejante viste a la Tierra con un aire lleno de los olores mismos de la vida.

El objeto brillante que remolineaba furiosamente, como si estuviera vivo, en el centro del claro, nos hacía parpadear. Lo conocíamos por los antiguos cuentos, tan viejos como la humanidad, pero nunca habíamos visto uno con nuestros propios ojos. Y nos preguntábamos si era real en el sentido en que son reales para nosotros los árboles, la hierba y los pájaros, o si se trataba de una simple proyección de algún pensamiento muy lejano, tal como sugerían ciertos cuentos.

Nos planteábamos la misma pregunta a propósito de los Extranjeros. Eran perfectamente visibles, inmóviles en el claro, pero no podíamos evitar un leve estremecimiento. Eran demasiado semejantes a nosotros para que les admitiésemos sin una especie de inquietud y de amargura, ya que nunca nos había gustado la idea de no estar solos.

Y ellos llegaban, convencidos de su derecho a venir. Sus miradas no revelaban ninguna emoción, como si nada ni nadie pudiera erguirse en su camino... exentos de la tristeza que súbitamente nos había invadido. ¿Por qué exentos?

No era ya un día maravilloso. Los pájaros, allá arriba, captando inmediatamente el cambio, empezaron a planear a la altura de los árboles, pero lejos de nosotros, no atreviéndose, no atreviéndose... Si nosotros pudiéramos..., pensé. Pero, no, nosotros no debemos imitar a los animales; ¿de qué serviría pensar, interrogarse, dar una finalidad a las cosas? Un montón de nubes se reunía sobre la colina y el viento nuevo las empujaba hacia nosotros. Las encinas que rodeaban el claro eran sacudidas ya por un comienzo de tormenta.

—¿Y bien? —le dije al más próximo de los Extranjeros, de pie a tres metros apenas de mí.

No contestó. De haberlo hecho, el trueno que empezaba a retumbar hubiera ahogado las palabras y su sentido, si es que tenían alguno. Ahora había oscurecido, aunque a nuestro alrededor todo era iluminado por el fuego que el cielo da a la tierra y que la tierra devuelve al cielo.

—¿Quién es el primero en dar y quién el primero en devolver? —le pregunté a Jess.

Pero Jess no me prestaba atención. Mostraba los dientes a los Extranjeros como una loba, y pensé súbitamente en la rabia con la cual lucharía si se les ocurría la idea de acercarse demasiado a la casa en la que dormían los niños.

No le dieron la ocasión de luchar. Siempre apartados de nosotros, como si temieran algo, habían perdido su fiereza. La tormenta que nos envolvía ahora con un torbellino tan loco como, unos meses antes, cuando una tribu de Los de la Colina, lanzados al ataque contra los pacíficos aldeanos de T'keth, se habían visto golpeados súbitamente por una lluvia torrencial, cuyas gotas semejaban abejas encolerizadas: la tormenta furiosa que estallaba sobre nosotros les cegaba tan por completo como la más negra oscuridad.

Noté sobre mi hombro la presión discreta de la mano de Jess. Se acercó un poco más y dijo una palabra que no pude entender. Luego gritó:

—Podían haberse quedado en su casa. ¡Nosotros no les hemos pedido que vengan y, si la tormenta les molesta, sólo tienen que dar media vuelta!

Noté que escuchaban, tensos, ansiosos por saber lo que ella decía entre las rachas de viento, no a través de las simples palabras que ella empleaba, sino captando sus pensamientos, traduciendo en frases las imágenes y los símbolos en abstracciones, e intentando desesperadamente comprender el sentido de todo aquello: amenaza o amistad. Me eché a reír a carcajadas. Las cejas de Jess se enarcaron, pero ella acabó por comprender y se echó a reír a su vez.

Resultaba cómico, en efecto, pensar que todos aquellos Extranjeros (¿cuántos podían ser? Yo había visto diez, al menos) parecían temerosos como si fuésemos algo más que dos seres aislados, en un claro del bosque, a treinta kilómetros de distancia de nuestros vecinos más próximos. Sin embargo, ellos no ignoraban nuestra situación. Nos habían pedido muchas veces todas esas informaciones, a través del abismo del espacio, antes de decidirse a venir. Incluso nos habían convencido para que dibujáramos un mapa de los alrededores inmediatos y se lo comunicáramos por el canal habitual, durante una docena de sesiones, cuadro por cuadro, cuando nosotros no habíamos experimentado nunca la necesidad de tener uno.

Y ahora, alcanzado su objetivo, se mostraban inquietos, vacilantes.

Efectos de la tormenta, pensé. Pero yo no podría interrumpirla antes del crepúsculo, ya que quiero impedirme el *jugar a las tormentas* cuando temo algo que no veo...

¡Sí, todo aquello era muy raro! Nos temían, a Jess y a mí. Y nosotros les temíamos a ellos, del mismo modo que ellos temían a la tormenta... El cielo era tan claro y el tiempo tan sereno cuando habían abierto su concha centelleante para precipitarse sobre mí gritando: «¿Dónde están?».

Pero yo no podía hacer nada para tranquilizarles. Visiblemente, a Jess no le gustaban. Y la corriente de sus pensamientos era más temible aún que la propia

tormenta: abrasadora como el fuego, ondulante como una serpiente, acerada como un cuchillo, pesada como una piedra para su mente que reflejaba aquellas imágenes, mezcladas con su propio miedo, en mi mente. Lo único que podía hacerse antes de que oscureciera era esperar.

Bajo la lluvia, parecían unos fantasmas petrificados, como si el menor movimiento pudiera infundir una nueva fuerza a la tormenta, y a Jess unos pensamientos todavía más amenazadores.

Tal vez leyeron en mi cerebro que era inútil esperar fuera mientras durase la tormenta, ya que echaron a correr súbitamente hacia el interior de su máquina: devolviéndonos finalmente la paz interior que esperábamos. Cuando la luna se levantó detrás de las colinas, seguíamos sin oír nada, aparte del llanto de nuestros hijos a los que el hambre mantenía desvelados. Jess no había tenido tiempo para salir de caza. Les dio un trozo de madera para calmarles, y cinco minutos más tarde habían vuelto a dormirse.

Entonces salimos y contemplamos juntos cómo se apaciguaba la tormenta, cómo giraba la máquina y cómo viajaba la luna, escuchando el mismo tiempo los rugidos de los grandes felinos a lo lejos, el suave chapoteo de las últimas gotas dejadas por la lluvia en las grandes hojas verdes y cayendo sobre la hierba húmeda alrededor del claro.

Esperamos hasta que amaneció, en el umbral de la casa, velando y durmiendo alternativamente. Al romper el alba, un Extranjero avanzó hacia nosotros. No era uno de los que habíamos visto la víspera, sino un ser muy joven, sin llamas en los ojos e imberbe. Me di cuenta de que se trataba de una muchacha cuando se detuvo a un par de pasos de distancia. Eché una ojeada a Jess por encima de mi hombro; pero su mente estaba en otra parte y no me atrevo a molestarla cuando no es necesario. Contuve la respiración y luego, volviéndome hacia la Extranjera, alargué el brazo y rocé su mejilla. Era tan suave como la de mi pequeña May. La Extranjera sonrió, sonreí a mi vez, y vi que Jess, saliendo de sus sueños, sonreía también.

—Entonces —dijo la Extranjera, y su voz, contrariamente a lo que yo esperaba, era ronca, como cruje un árbol cuando llega la primavera—, entonces, ¿sabéis ahora que soy real?

Yo no estaba seguro, ya que la realidad toma prestadas todas las máscaras, pero antes de que pudiera decirlo, Jess respondió:

—Desde luego, lo sabemos.

—Pues bien —continuó la muchacha—, ya no hay motivo para tener miedo... Se lo he dicho a los otros —añadió para sí misma—, pero...

—No hay motivo —dijo Jess—, ningún motivo.

—¿Lo creéis así?

—Desde luego.

—¿Puedo decirles a los otros que vengan?

Noté que Jess volvía a envararse. Permaneció silenciosa unos instantes. La

Extranjera estaba allí, balanceándose ora sobre un pie, ora sobre el otro, mirándome rectamente a los ojos. ¿Por qué me mira, pensé, cuando el que habla no soy yo, cuando es Jess la que se ocupa de todo?

—¡No! —gritó súbitamente Jess.

Y luego, casi inmediatamente:

—Sí, pueden venir. Pero no más de dos o tres.

Siguió un instante de confusión y nos encontramos todos sentados delante de la casa, Jess en el umbral, cerrando el paso a los niños que querían jugar con los Extranjeros. Estos, tan tranquilos como si no fueran Extranjeros, conversaban entre ellos. Luego se produjo un gran silencio y la muchacha empezó:

—¿Sabéis quiénes somos?

Incliné afirmativamente la cabeza.

—¿Sabéis que somos hermanos, vosotros y nosotros? —preguntó la muchacha.

Incliné de nuevo la cabeza, aunque sin convicción. Y Jess no estaba más convencida que yo. La muchacha debió intuirlo, ya que se apresuró a añadir:

—¡Tenéis que saberlo! ¡Os lo hemos transmitido un centenar de veces! No creeréis que os estamos engañando... Ni siquiera podríamos intentarlo, ¿no?

Sus ojos seguían clavados en los míos; esto me producía cierto malestar, pero no podía evitar el mirarla. ¿Éramos realmente hermanos? ¿Era posible que su especie y la mía fuesen idénticas? No, decía mi mente.

—No —dije—, ni siquiera podríais intentarlo.

Jess rechazó a Ted, que casi había salido de la casa.

—¡Un momento! —dijo ella—. Lo que vosotros buscáis es el Hombre, ¿no es cierto?

—Sí, pero, ¿por qué...?

—Por qué ¿qué? Lo que buscáis es el hombre, y poco importa que seamos hermanos o no. Al menos, esto es lo que yo opino.

Jess opina siempre de un modo inesperado. Era ya sorprendente cuando la tomé por esposa, hace dos años. Nunca, nunca puedo prever...

—Ahora, escuchad —continuó Jess, interrumpiendo de golpe sus vacilaciones—. Vosotros llegasteis ayer, excitados como gatos salvajes, para decirnos: «¿Dónde están? ¡Enseñadnos uno! ¿Dónde están?», y ahora os embrolláis hablando de hermanos y... de hermanas. ¡No, esto no funciona! Yo contestaré las preguntas, y sólo a mí preguntaréis lo que tengáis que preguntar. Después de lo cual... ¡la tormenta podría regresar si no estáis lejos de aquí!

Estaban desarbolados. Lo mismo que yo. Tal vez eran celos, pero no lo creo. Tenía que obedecer a otra causa... a algo más importante a sus ojos...

—Bien —dijo finalmente uno de ellos, un hombre, esta vez, con una barba tan larga como la mía, aunque mucho mejor cuidada—, probablemente tenéis razón.

Pero yo veía en sus ojos como una sombra, un pesar, un remordimiento.

—Entonces —añadió—, ¿dónde están?

—¿Los Hombres? —inquirió Jess, aunque sabía perfectamente que la pregunta era esta—. En todas partes, creo. Nos miran desde todas partes. Tienen máquinas para eso.

—¿Máquinas? —dijo el Extranjero, sin que pareciera una pregunta—. Nosotros también tenemos máquinas, no las mismas. Y...

—¿Hay muchos? —preguntó otro.

—No demasiados, que nosotros sepamos —contestó tranquilamente Jess—. La Tierra ya no es tan segura para ellos, ¿comprendéis?

—Sí, pero... ¿Es cierto que, si no hubiera ya un solo hombre sobre esta Tierra, su potencia sería mucho menor?

Jess se encogió de hombros:

—¿Quién soy yo para contestar a esa pregunta? ¡Podéis preguntárselo a ellos!

—¿Dónde?

—Viven en la Gran Ciudad, no muy lejos de aquí, al sur —dije—. Sólo tenéis que seguir...

—¿Acaso *vosotros* nos ayudaríais? —interrumpió la muchacha.

—Bueno... ¡desde luego! No está a más de dos días de nuestra casa.

De nuevo, Jess se encogió de hombros.

—No se trata de eso —dijo, en tono firme—. Podéis ir allí, si queréis, pero no regresaréis. ¿Es que no lo habéis comprendido?

—¿Cómo? —exclamó uno de ellos, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Nos matarían?

—No, ni pensarlo —explicó Jess—. Pero retienen a los que se distraen, y no les dejan otra alternativa que la de trabajar duramente.

—Pero, ¿por qué?

—No quedan muchos, no hay bastantes hombres para ocuparse de todo lo que tienen que hacer: este es el motivo.

—¿Y no podéis escapar?

—No. Son mucho más poderosos de lo que imagináis.

Sonrieron todos, con una rara sonrisa que me inquietó.

—Podéis sonreír —dijo Jess—, pero son como dioses para nosotros.

—¡Como dioses, hay que ver! —murmuró irónicamente la muchacha—. ¿Y puedo preguntaros por qué?

—¡Por qué! ¡Por qué! ¿Ignoráis acaso que ellos nos crearon, mucho antes de partir hacia las estrellas? ¿Habéis visto nunca a uno de ellos? No sólo son mucho más bellos, mucho más poderosos que nosotros, sino que son también buenos y generosos: nos han dado esta Tierra, nos la han dado para siempre. ¡Por eso unos idiotas como vosotros no les engañarán!

He visto durante mi vida rostros asombrados; pero ninguno que lo estuviera tanto como el de los Extranjeros al oír aquellas palabras que, sin embargo, creíamos haberles transmitido un millar de veces cuando nos interrogaban a través de la

inmensidad de los espacios negros. Pero era visiblemente la primera vez que las oían, y que nos oían hablar de lo que para nosotros es historia.

—¿Cómo puede ignorar un hermano lo que sabe su hermano? —pregunté.

Pero ya no escuchaban. Discutían aparte, en su idioma, acerca de lo que Jess acababa de decir. Finalmente, volvieron a acercarse a nosotros para interrogarnos:

—Así, vosotros decís que los hombres os han creado. ¿Queréis decir a vuestra raza? ¿No sólo a vosotros dos?

—Sí —respondió Jess con una sonrisa—. Crearon a toda nuestra raza partiendo de la nada.

—¿Partiendo de la nada, estáis seguros?

—Partiendo de la nada.

Silencio. De nuevo empezaron a discutir, y luego uno de ellos, esta vez la muchacha, dijo:

—Partiendo de la nada, bien. ¿Y luego?

—¿Y luego? ¡Ah, sí! Se marcharon hacia las estrellas.

—¿No habéis pensado...?

La muchacha vaciló un momento y continuó:

—¿No habéis pensado en que eso podía ser un error?

—¿Un error? ¿El ir hacia las estrellas?

—No, no. Un error a consecuencia del cual ha podido existir vuestra raza.

Jess sonrió dulcemente, como si hablara con unos niños que formulaban preguntas absurdas.

—Desde luego que fue un error —dijo—. ¿Acaso no es siempre por error que los dioses crean nuevos hombres?

Nunca había pensado en eso, pero era una buena pregunta. Los otros no estaban satisfechos.

—No me habéis comprendido —continuó la muchacha—. Si seguimos así, no llegaremos lejos. ¿Queríais explicarnos cómo fue creada vuestra raza por el Hombre?

Jess reflexionó unos instantes y luego dijo:

—Yo no lo sé todo, desde luego. Pero lo que sé, lo sé. Podría decir que primero existió el Hombre... No: primero existieron los hombres. Estaban solos sobre nuestra Tierra y crecieron en riqueza y en conocimiento hasta que llegó una época en la que empezaron a jugar con las cosas. Jugaban, pues, sin conocer exactamente las reglas... jugaban, y transcurría el tiempo. Un día, descubrieron cuáles eran las reglas. Pero era un poco tarde, porque ahora tenían que marcharse hacia las estrellas, lejos de esta Tierra que no era ya segura para ellos. Entonces pensaron que era una lástima abandonar este mundo, riente en su cabellera verde, a unos simples animales salvajes, y que deberían intentar confiarlo a unos hombres nuevos capaces de vivir allí donde ellos no podían hacerlo. Reflexionaron un poco más... y nos crearon.

Se produjo un largo silencio. Luego, una vocecita aterrada (era comprensible que

lo estuviera) inquirió:

—¿Y decís que quedan algunos aquí?

—Sí, porque no podían marcharse todos a la vez. Tenían que construir numerosas astronaves, y cuantos más se marchaban, menos brazos quedaban para fabricar otras. Ahora, se ocultan todos en la Gran Ciudad del sur, donde la muerte que es para ellos la Tierra no puede alcanzarles, y cada noche vemos unos relámpagos que ascienden rectamente hacia el cielo y desaparecen en la lejanía. Pero es posible que ahora no quede un solo Hombre...

Había una especie de desesperación en los ojos de los extranjeros. Tranquilos e inmóviles, ni siquiera parecían sentir el sol que caía sobre sus hombros.

Cuando la muchacha habló de nuevo, todos los ojos estaban clavados en ella:

—Ellos os crearon: no cabe la menor duda. Pero sois tan exactamente iguales a nosotros, que podríamos habernos creado a nosotros también. Sin embargo, eso es *imposible*. Nuestra raza es demasiado antigua. Siglos y siglos han transcurrido desde que nosotros descubrimos el uso del fuego. El viaje que acabamos de efectuar por el espacio es el sexto que nos ha conducido desde nuestro Imperio a la Tierra. Sabemos que decís la verdad: el Hombre os ha creado. Después de eso, o tal vez un poco antes, o en el mismo momento —la cosa no tiene importancia—, el Hombre partió hacia las estrellas. Y desde entonces le encontramos siempre, en todas partes, en nuestra galaxia, cruzando nuestras pistas y contemplando nuestros soles. Tenemos que admitir, pues, que los hombres llegaron de aquí, de este mismo planeta que ellos y vosotros llamáis Tierra. Sin embargo, en todo esto sigue habiendo algo increíble.

—¿Por qué? —dije—. Son como dioses. ¡Para ellos, nada es imposible!

—Nada —admitió la muchacha—. Absolutamente nada —repitió, mirándome (y ahora, el niño era yo)—. Nada: ellos os crearon, nosotros nos parecemos a vosotros, y llegáis a la conclusión de que también nos han creado ellos.

La muchacha se puso en pie bruscamente, y los otros la imitaron. Contempló el cielo vacío, me miró de nuevo duramente, y luego sonrió con tristeza y dijo en voz baja:

—Pero da la casualidad de que fuimos nosotros los que les creamos a ellos, hace muchos siglos, porque éramos la única raza pensante de la galaxia y nos pesaba terriblemente el estar solos, siempre solos, por lejos que fuésemos. De modo que les creamos para tener unos hijos a los que amar, y más tarde unos hermanos con los cuales realizar cosas maravillosas en esta galaxia y en otras galaxias. Les creamos la primera vez que vinimos a esta Tierra; les vigilamos durante siglos; volvimos cuatro veces para ver cómo crecían, por si necesitaban algo... Y la sexta vez habrá sido para enterarnos de que ellos nos han creado... ¡A nosotros!

No pudo decir nada más. Una tormenta se elevó en mi mente y otra en la mente de Jess. Ignoró cómo lograron los Extranjeros regresar a su máquina, pero sé que las dos tormentas llegaron juntas, una del este (la mía), la otra del oeste (la de Jess), y que estallaron encima mismo de nuestras cabezas. Volvimos a entrar en la casa, y me

costó un gran esfuerzo cerrar la puerta. Todo, a nuestro alrededor, estaba iluminado por el fuego magnífico que el cielo da a la tierra y que la tierra devuelve al cielo. Miré a través de la ventana, sumido en mis pensamientos.

—¿Quién es el primero en dar y quién el primero en devolver? —le pregunté a Jess.

Pero ella se ocupaba de los niños que lloraban.

# En las montañas del destino

Francis Carsac

En la torre de control del astropuerto de Jonesville, en Ophir II, una lámpara roja se encendió, en tanto que resonaba un timbre. Una astronave se acercaba al planeta. Bengt Anderson soltó cuidadosamente el libro que hojeaba —no había prisa— e hizo girar su sillón para quedar en frente del tablero de mandos.

—¡Vamos, muchachos, al trabajo!

John Clarke levantó su cabeza inclinada sobre el tablero de ajedrez y respondió, con una torre entre dos dedos:

—¡Oh! Es pronto aún. Déjame terminar esta partida.

Pero Chung se había puesto ya en pie y ocupaba su puesto al lado de Anderson.

—La terminaremos más tarde. ¡De todos modos, eres mate en tres jugadas!

Clarke dirigió una furiosa mirada al pequeño coreano, se encogió de hombros y pasó a ocupar su puesto, a su vez. La pantalla se iluminó, mostrando el rostro del comandante de la astronave.

—Aquí, cargo mixto Deneb, de la Internacional de Transporte, pidiendo autorización para aterrizar y desembarcar a dos pasajeros. ¡O, mejor dicho, a un pasajero y medio!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Ya lo verán! ¿Qué aire me dan ustedes?

—Tome el que quiera. El puerto está vacío. Aunque, ¿cuál es su tonelaje?

—12.600 toneladas.

—Entonces, tome el aire 9. Nosotros le guiaremos.

—¡Tranquilo, Leo! No te muevas. No me fío mucho de este viejo cacharro. Yo voy a subir al puente. El capitán me ha hecho el honor de invitarme a presenciar el aterrizaje.

El paraleón volvió la cabeza hacia Teraï Laprade, veló a medias sus ojos amarillos y bostezó.

—¿Es ese todo el efecto que te produce? Bien, hasta luego.

Teraï tuvo que ladearse al tiempo que se inclinaba para franquear la estrecha puerta de su camarote, que no estaba hecha para permitir el fácil paso de sus 1,99 metros y sus hombros de gigante. También tuvo que encogerse en el ascensor que le subió al puesto de pilotaje.

—Hola, Laprade, tome asiento. El espacio no falta desde que esos caballeros de la compañía decidieron que podíamos prescindir del tercer oficial y del navegante en los cacharros de la Clase Estrella... Llegaremos dentro de cinco minutos. Puede verse ya

el puerto y el transmisor de materia. Cuando inventaron ese artilugio, hace veinte años, me vi en paro forzoso... Por fortuna, todo lo que meten en él sale en forma de polvo impalpable. Con los minerales no hay problema, pero con las mercancías y las máquinas, ¿eh? En cuanto a los hombres, ni siquiera carne para salchichas... Nos necesitan aún, a nosotros y a nuestras naves, ¿nein?

Y el capitán Luttropp se echó atrás en su asiento, con el vientre sacudido por la risa.

Teraï miró a los tres hombres que, con el mecánico encerrado ahora en la sala de máquinas, habían sido sus compañeros durante tres semanas, Luttropp, McNeish, Yamamoto, Bayle. No eran intelectuales, no, aunque sus conocimientos en astronomía y en matemáticas hubieran hecho honor a muchos profesores de la Tierra. Pero sí unos alegres compañeros alrededor de una botella y unos duros adversarios en la mesa de póquer... Iban a desaparecer de su vida, como habían desaparecido muchos amigos, ahora a miles de millones de kilómetros, o muertos. Como habían desaparecido su padre y su madre. Volvió a ver las altas llamas devorando el laboratorio, provocadas por las bombas incendiarias de los fundamentalistas, su inútil búsqueda en medio del humo, Leo, entonces un cachorro, saltando a sus brazos, los cadáveres de los dos ayudantes en el ascensor bloqueado, el incendiario al que había sorprendido y estrangulado —eso, nadie necesitaba saberlo—, el hundimiento del techo que no le alcanzó por milagro. ¡Al diablo la Tierra y sus dementes!

Guiado por el haz de ondas, el Deneb descendió suavemente sobre sus gravitrones y tocó el suelo.

—Bueno, Laprade, mucha suerte. Lo que un joven de su valía pueda hacer en este rincón perdido... Sí, lo sé, es asunto suyo. Volveremos a vernos algún día, ¿eh? El universo es pequeño, se lo digo yo, el capitán Luttropp, que ha dado muchas vueltas... Descargaremos su equipaje y nos marcharemos. Este desvío nos ha hecho perder tiempo, y el tiempo es dinero para la Compañía, ¿nein?

Teraï estrechó las manos tendidas, la de McNeish, la de Yamamoto —gracias por las lecciones de karate—, la del capitán. El mecánico Bayle le esperaba junto a la puerta de su camarote, no atreviéndose a entrar a causa de Leo.

—Su equipaje está ya en el tender. ¡Hasta la vista, Laprade! ¡Ojalá todos los viajeros que transportamos de cuando en cuando fueran como usted!

—¡Vamos, Leo, deja que te ponga el collar! Ya sé que no te gusta, pero no todo el mundo sabe que eres un paraleón, y no una fiera escapada de un circo. Si te vieran suelto, alguien podría asustarse y pegarte un tiro... ¡Oh! Se lo haría pagar muy caro, desde luego, pero eso no te devolvería la vida.

Con aire de disgusto, el león se dejó poner el collar, siguió dócilmente a Teraï al ascensor de los pasajeros, salió detrás de él por la rampa de desembarque. En el mismo instante, en el edificio del astropuerto, Luigi Taschino, oficial de 2ª clase, irguió la cabeza y profirió un grito:

—¡Eh, tío! Adivina quién nos llega en el Deneb. ¡Laprade, el campeón olímpico y

triple recordman del mundo!

—¡No digas tonterías, muchacho! Francia está llena de Laprades —replicó el tío, jefe del astropuerto.

—¿Llena de Teraï Laprades?

—Entonces, es probablemente él, en efecto. ¿Qué viene a hacer aquí?

—Figura como geólogo. Contrato de un año con la Oficina internacional de las minas. Viaja con él un tal Leo.

—¿Leo qué?

—Leo a secas. No hay más datos. ¡Ahí está!

En la rampa de desembarque acababa de aparecer una alta silueta, seguida de un león.

—¡Pensar que voy a verle, tal vez a hablar con él!

La voz de Luigi tembló de fervor, e irguió su elevada aunque frágil estatura.

—¡Bah! Debe ser un hombre como los demás.

—¡Un hombre como los demás! ¿Te das cuenta? ¡Tres records del mundo en dos días, en el curso de las últimas olimpiadas! ¡Vamos, tío, no entiendes nada en deporte!

—Desconfía de su amigo Leo, en todo caso.

Sonó el teléfono. Taschini sénior puso el contacto.

—Aquí, Sturgeon, director de la Oficina internacional de las minas. Uno de nuestros geólogos, M. Laprade, tiene que llegar en el Deneb. Envíenle inmediatamente y no le fastidien con sus formulismos. ¿Entendido?

—Sí, señor Sturgeon. Perfectamente, señor Sturgeon. La comunicación se interrumpió.

—Luigi, he aquí tu oportunidad de acercarte a Laprade... Vas a servirle de chofer. Yo voy a arreglármelas para que le dejen en paz. ¿Has oído lo que ha dicho el señor Sturgeon? Aquí, Luigi, si quieres prosperar, acuérdate de que todo el planeta pertenece a la O.I.M.

En el aerodeslizador descubierto, Luigi notó un aliento cálido sobre su nuca y se volvió. La enorme cara de Leo se encontraba a pocos centímetros de la suya.

—¡Señor Laprade, dígame a su animal que no me sople en el cuello! Me molesta.

—No es preciso que se lo diga. Él lo ha entendido, señor...

—Taschini, Luigi Taschini.

—Pues bien, Luigi, Leo no es un león corriente. Es un paraleón o, como dicen los periodistas, un superleón. Por medio de mutaciones dirigidas se ha llegado a producir un ser —ya no es un animal— que tiene la inteligencia de un niño de siete años, aproximadamente. Fíjese en su frente abombada, distinta de la frente de los leones ordinarios. Leo comprende las palabras si se habla sencillamente y contesta a su manera.

Leo profirió unos rugidos rítmicos y semiarticulados.

—Le ha dado los buenos días.

—¡Es formidable! ¿Quién inventó este asunto?

—Mi padre y uno de sus amigos. Murieron a causa de ello, lo mismo que mi madre, que aquel día estaba con ellos.

—¿Se sublevaron los paraleones?

—¡Oh, no! Unos dementes incendiaron el laboratorio... Leo y yo fuimos los únicos que nos salvamos.

—Pero, ¿por qué lo hicieron?

—¿Quién puede saber lo que ocurre en algunos cerebros llamados humanos? El miedo, sin duda, Luigi. Pero Leo está nervioso. No le gusta que se hable de aquello, ni a mí tampoco.

—Disculpe, señor Laprade. Dígame, ¿cuál fue su mejor marca en los 1.500 metros?

—Tres minutos cincuenta y nueve. Era mi punto flaco, como el de todos los lanzadores. Puedo correr rápidamente sobre distancias cortas, pero en las carreras largas pierdo velocidad. De todos modos, abandoné las competiciones hace cuatro años.

—¿Por qué? ¡Es usted joven, todavía!

—¡Veinticuatro años! Pero tenía que terminar mi tesis. El deporte de competición y la investigación científica no pueden ir juntos. ¡No soy un superhombre, Luigi!

—Es usted francés, ¿verdad?

—No. Nací en Oceanía. Soy un cruce de cuatro razas: polinesia, china, amerindia y europea. Pero, creo que estamos llegando. Gracias por su servicio.

—Mientras esté usted aquí, señor Laprade, siempre que me necesite...

—Gracias. Y un consejo, Luigi: cuide su cuerpo, pero recuerde que se puede ser un hombre sin ser un campeón.

Sturgeon encontró antipático a Teraï desde el primer momento. Alto, atlético, al primero no le gustaba encontrarse con alguien más alto y más fuerte que él. De modo que la acogida fue fría.

—Nos ha sido recomendado usted por las Universidades de París, Chicago y Toronto. He leído también su tesis sobre la Tierra de Baffin y las otras islas del Norte. Buen trabajo. Aquí tenemos muchos prospectores excelentes, pero ningún verdadero geólogo. Aunque muy joven, usted es un buen geólogo. Se ocupará del mapa, pues, para empezar. Pondremos a su disposición los medios que pida, dentro del límite de nuestras posibilidades, pero exigimos rendimiento. En cuanto a su animal, le estorbará y puede resultar peligroso. Le aconsejo que se desprenda de él antes de que le cree dificultades.

Teraï se puso en pie.

—Leo figura en el contrato que firmé. Donde voy yo, va él. En caso contrario, considero el contrato como nulo y me marcho. El Deneb está aún aquí.

—¡No se lo tome así! Hablaba en su propio interés... De todos modos, asume usted la responsabilidad, ¿entendido?

—Entendido. ¿Puede indicarme un hotel?

—No hay ninguno todavía en Jonesville. No olvide que somos una frontera, señor Laprade... Hay aquí hombres muy rudos que no se dejarán impresionar por su musculatura ni por su león. Su vivienda está en construcción. No le esperábamos tan pronto; creíamos que vendría en una astronave de la compañía, dentro de un mes. Sin embargo, tal vez pueda alquilar una habitación en la cantina. Lo que no sé es si admitirán a su animal.

—Puedo intentarlo, ¿no le parece?

—¡Ah! Otra cosa, Laprade. Relaciónese lo menos posible con los Sticks.

—¿Los Sticks?

—Los indígenas. Los prospectores les llaman así. Parecen unos bastones. Afortunadamente, no son humanoides. ¡Y nada de problemas femeninos! En algunos planetas, aunque le resulte difícil creerlo, hay hombres lo bastante depravados como para liarse con las hembras locales... Bien, el camión le conducirá a la cantina, a usted y a su equipaje. Preséntese mañana por la mañana, a las ocho, en la dirección. ¡Ah! Cómprase también un reloj ophiriano. Lo encontrará en el almacén oficial. Aquí, los días tienen veinticinco horas y doce minutos terrestres, señor Laprade, y a mí me gusta la puntualidad.

La cantina era un edificio bajo, de un solo piso, construido con troncos de árboles, y estaba situada al final de la hilera de viviendas de los prospectores, obreros e ingenieros. La atendían una viuda todavía joven, la señora Simpson, y su hija Ann, de diecisiete años. Contrariamente a los temores de Sturgeon, Leo fue bien acogido. La señora Simpson era una gran lectora del Reader's Digest, y aquella revista había publicado recientemente un extracto del famoso libro de Joe Dixon Los Émulos de Dios, en el cual el periodista intentaba poner al alcance del público las complejas investigaciones bioquímicas y genéticas de Henri Laprade. Teraï tuvo que contenerse cuando, satisfechísima de tener como inquilino al hijo de aquel hombre famoso, la señora Simpson se lo citó. Aquel título era lo que había provocado la cólera de las sectas fundamentalistas norteamericanas muy poderosas aún en ciertos Estados, y desencadenado la tragedia. Ann, por su parte, se limitó a ruborizarse, un rubor que le sentaba bien a su belleza rubia y más bien rolliza.

—Serviremos la comida dentro de dos horas, señor Laprade. Mientras le preparan su habitación, puede esperar en el bar, ahí al lado. Depende de la casa, y los licores, lo mismo que la cerveza, son de primera calidad.

Teraï entró en el establecimiento y se sentó en un rincón. Leo se tendió a sus pies. Una camarera incolora se acercó a la mesa.

—¿Qué va a tomar?

—Yo, una cerveza. Leo, una coca-cola en un recipiente bastante ancho.

—¿Una coca-cola... para este animal?

—Sí, tiene muy mal gusto en materia de bebidas.

—Oiga, ¿es una broma?

—¡Tráigala y lo verá!

Un grupo de clientes se reunió a su alrededor, interesados en lo insólito de la situación. Molesto, Teraï se puso en pie:

—¡Escuchen, amigos! Pago una ronda para todo el mundo, cosa normal, puesto que soy un recién llegado. Supongo que trabajan ustedes para la O.I.M. Yo también. Quiero vivir en paz con todo el mundo, pero no estoy dispuesto a convertirme en un bicho raro porque Leo está conmigo. Leo es un para-león cuya inteligencia ha sido aumentada artificialmente. Esto es todo. Fundamentalmente, sigue siendo un león. Pacífico, si no le molestan ni le amenazan. Pero, llegado el caso, ¿saben ustedes de lo que es capaz un león? Pues bien, Leo puede mejorarlo...

—No pretendemos molestarte —declaró un prospector de elevada estatura—. Pero confiesa que ver a un león bebiéndose una coca-cola no es cosa de todos los días.

—De acuerdo. Miradlo, y después dejadnos en paz. Estaré aquí un año, como mínimo, de modo que tendréis tiempo más que suficiente para admirarnos.

La camarera regresó con una lata de cerveza y una de coca-cola en una bandeja, con un vaso y una pequeña sopera. Teraï perforó las latas y sirvió a Leo. Este, ante la admiración de los espectadores, lamió el líquido hasta la última gota.

—¿Lo habéis visto? Ahora, dejadle. Como ya he dicho, pago una ronda para todo el mundo.

Teraï estableció así un primer contacto con los que iban a ser sus compañeros de trabajo. En el grupo había de todo: prospectores diplomados, y los que habían aprendido sobre el terreno; europeos, americanos, chinos, rusos, japoneses, un malayo, varios africanos. Todos hablando o jergueando, según los casos, el inglés bastardeado o el ruso degradado que eran los idiomas del espacio.

En el momento en que Teraï explicaba por décima vez lo que había venido a hacer a Ophir II, entró un hombre cuya aparición redujo las voces a un susurro. Un mecánico parisino, situado a la izquierda de Teraï, se empinó sobre la punta de los pies para soplarle al oído:

—¡El holandés! ¡Ten cuidado, es un mal individuo!

Laprade se volvió, examinando al hombre. Casi tan alto como él, muy ancho, pesado y algo tripudo, podía tener unos treinta y cinco años. En una cara alargada, unos ojos hundidos, de color azul claro, enmarcaban una nariz aplastada. La mandíbula era poderosa, y una larga cicatriz cruzaba la mejilla izquierda. El recién llegado avanzó directamente hacia el geólogo.

—De modo que es usted el nuevo jefe, ¿eh? ¡Recién salido del cascarón! Bueno, será mejor para usted que lo piense dos veces antes de levantarme la voz. ¡Yo, Van Dongen, me río de las protecciones y no aceptaré órdenes de un mozalbeta! ¡Ya está avisado!

Giró sobre sí mismo y fue a situarse el otro extremo del bar, apartado de los demás.

—¿Quién es ese ostrogodo? —le preguntó Teraï a su vecino.

—El descubridor de la mina Magrete, la más rica. Antes de que usted llegara era el gallo del corral. Y tratará de continuar siéndolo.

—¿Capaz?

—Por desgracia, sí.

—No parece usted simpatizar con él.

—Nadie simpatiza con él, es un bárbaro. Abusando de su fuerza, machaca implacablemente al que le resiste. Usted parece muy fuerte, también, pero dudo que tenga la experiencia de Van Dongen. Y, para él, los golpes bajos no existen. Mejor dicho, sólo existen los golpes bajos...

Teraï se encogió de hombros. Ya veríamos. Entró un anciano; tenía la nariz enrojecida y los ojos de un borracho. Las ropas que llevaba debieron ser, en otro tiempo, de excelente calidad, pero ahora, ajadas y descoloridas, revelaban claramente la indigencia de su propietario, o una dejadez absoluta.

—¿Quién es?

—El viejo MacGregor. Bebe. Lástima. Fue el primero que aterrizó aquí, hace veinte años, y localizó los primeros filones. Fue un buen ingeniero y el primer director. Ahora...

El hombre se interrumpió unos instantes, y luego añadió:

—De todos modos, sigue siendo un gran tipo y cuando está sobrio, una mina inagotable de informaciones. Es el único que habla el idioma de los Sticks, o al menos que lo habla a fondo.

—¿Se sabe por qué se emborracha de ese modo?

—Algunos dicen que está disgustado por el trato que se da a los Sticks, otros que tuvo contrariedades amorosas, y otros que le ocurrió una extraña aventura, en las montañas, y que regresó un poco loco. La O.I.M. le conserva en su nómina porque conoce el país mejor que nadie. Pero ahora se emborracha con tanta frecuencia, que no sé si durará la cosa.

MacGregor pidió otro whisky. Tenía la bebida triste y miraba fijamente su vaso durante largo rato antes de alzarlo hasta sus labios y vaciarlo de un solo trago. Nadie parecía prestarle atención. Laprade reanudó su conversación con sus vecinos, tratando, a través de sus palabras, de hacerse una idea de las condiciones de trabajo, de las formas animales o vegetales peligrosas, de las dificultades del terreno. MacGregor se acercó al mostrador para que volvieran a llenar su vaso. Se volvió hacia Teraï, le examinó, murmuró:

—¡Ah! ¿Ya has llegado? A mí me queda poco tiempo.

Y se dirigió hacia su mesa.

—¿Qué ha querido decir?

—¡Oh! Nada especial. Es un poco raro —respondió el mecánico—. Dice que sabe cuándo va a morir. Al menos lo dice cuando está borracho, como ahora...

Un ruido sordo le interrumpió, seguido de un grito. Teraï se volvió. MacGregor

estaba caído en el suelo, con el rostro ensangrentado, y encima de él, con los puños cerrados, se inclinaba el holandés.

—¿Te basta con esto, asqueroso borracho? ¿O quieres que vuelva a empezar?

—¿Qué pasa? ¿Quién ha gritado?

El holandés se irguió, con una helada sonrisa en los labios.

—No pasa nada. Un cerdo me ha empujado y le he dado una lección de modales. ¿Alguien no está de acuerdo?

Se alzaron algunos murmullos, que no tardaron en apagarse. Laprade se encogió de hombros. No era asunto suyo. Sin embargo, se dirigió hacia el escocés para ayudarlo a levantarse.

—¡Eh, tú! ¡Déjale!

—¿Y si no le dejas?

—¡Te enseñaré a ocuparte de tus asuntos!

Teraï se sintió bruscamente cansado. Porque era un coloso, pensó, todos los brutos del mundo le buscaban pelea, para asegurarse de que eran más fuertes que él, de que no sería una amenaza para ellos. La misma escena se había repetido innumerables veces.

—¡De acuerdo, enséñame! ¡Leo, no te muevas!

El puntapié llegó con tanta rapidez que Teraï no pudo evitarlo del todo. Pero, retorciéndose sobre sus piernas, presentó el costado en vez de la rótula. A pesar del dolor, pudo saltar hacia atrás, amortiguando así un directo que se aplastó contra su pómulo izquierdo. Retrocedió, apartándose del cuerpo semiinconsciente de MacGregor, contra el cual no quería exponerse a tropezar. Frenó la embestida de Van Dongen con un golpe seco. Luego, plácidamente, se limitó a esquivar, esperando su ocasión, estudiando al adversario. La ocasión se presentó finalmente, y pudo colocar un rápido uno-dos: un gancho de izquierda al hígado, seguido de un directo al plexo solar. Los dos golpes resonaron casi simultáneamente. Van Dongen, doblado sobre sí mismo, cayó de rodillas y luego se desplomó, en medio de los gritos de alegría y de asombro de los espectadores. Uno de ellos se plantó delante de Teraï:

—¡Puedes pedirle lo que quieras al viejo Jules! Ese rufián nos robó dos pertenencias, y cuando protestamos, Douglass y yo, nos envió al hospital. Confiaba en que algún día le agujerarían el pellejo, pero no esperaba presenciar cómo le propinaban una paliza... ¿Dónde aprendiste a luchar?

—He practicado un poco de boxeo. Y algunas peleas con los marineros, en las islas...

—¡Un poco de boxeo! ¡Santo cielo, tienes una derecha capaz de tumbar al campeón del mundo, y una izquierda que no se queda atrás!

—Cuando el brazo está acostumbrado a enviar siete quilos a más de veintidós metros, y se dispara sin el peso, se dispara aprisa.

—Entonces, Luigi tenía razón... Tú eres el Lapr... ¡Cuidado!

Una masa amarilla le empujó. Teraï gritó:

—¡Suéltale, Leo! Te había dicho que no...

—Su león le ha salvado la vida —dijo Jules—. ¡El holandés iba a clavarle su cuchillo en la espalda!

Teraï empuñó la crin, tiró con todas sus fuerzas. Leo rugió, volvió la cabeza, con el hocico lleno de sangre, y luego, viendo que se trataba de Laprade, se tranquilizó y fue plácidamente a sentarse, lamiéndose con aires de gato.

—¡Un médico! —gritó alguien.

—¡Es inútil, está muerto!

La cabeza de Van Dongen estaba extrañamente deformada, con el cuero cabelludo arrancado. Su mano derecha apretaba aún un cuchillo. Los prospectores se miraron unos a otros, pálidos.

—Bueno, amigo mío —dijo uno de ellos—, entre el león y tú, ¡cualquiera se mete con vosotros!

—Voy a ocuparme de MacGregor. Si las autoridades me preguntan...

—¿Las autoridades? —La risa fue general—. ¿Te refieres al director? Se pondrá furioso, desde luego. El holandés era su hombre de confianza. Pero, no te preocupes. ¡Tendrás todos los testigos que quieras, incluso los que no han visto nada!

Teraï se inclinó y levantó a MacGregor.

—¿Dónde está su cabaña?

—Yo te acompañaré —dijo Jules—. Tú, Lawrence, avisa al médico.

La cabaña de MacGregor se encontraba a unos doscientos pasos de la cantina. Era ya de noche, la primera noche que Teraï pasaba en aquel planeta. Todo era nuevo para él, el aire, sutilmente distinto del aire terrestre, los olores, los gritos de los animales. Dos lunas se perseguían en el cielo. Leo le seguía, deteniéndose de cuando en cuando a olfatear el viento. Un atroz y poderoso silbido se alzó a la izquierda, y el león profirió su grito de guerra, a punto de saltar.

—No te inquietes, camarada —dijo Jules, riendo—. No es nada. El animal que silba de ese modo es una rana tan grande como un puño... Por aquí no hay animales peligrosos. Ya hemos llegado.

Laprade entró en la cabaña y depositó a MacGregor sobre la cama sin hacer. La choza, hecha de troncos, tenía una sola habitación con un gran hogar ennegrecido (el invierno era frío, pues), algunos muebles desvencijados y una gran cantidad de libros muy manoseados. Teraï hojeó algunos mientras Jules lavaba el rostro del escocés. Libros técnicos de geología o de explotación minera, pero también novelas, en cinco o seis idiomas distintos.

—¿Mac habla todos esos idiomas?

—Sí, y además el stick. Es el único aquí que lo habla bien. Yo conozco algunas palabras. ¡No es fácil!

Desde luego, MacGregor era un hombre culto. Teraï recordó el pasado de Oceanía, todos aquellos cuyos sueños rotos había albergado: capitanes a la deriva, novelistas, hombres que huían de su pasado o que venían a buscar el paraíso para

encontrar solamente hombres.

—¿Dices que es ingeniero?

—Sí, fue el primer director, antes que Sturgeon. Antes de que empezara a beber.

—¿Cómo está?

—No tardará en recobrar el conocimiento. Van Dongen tiene... tenía golpes muy peligrosos. ¡Vaya, resulta agradable poder hablar de él en pasado!

—¿Tanto le odiabais?

—¡Era un mal individuo, Laprade! Un mal individuo al servicio de un hombre despiadado que sólo sabe hablar de rendimiento. Ya lo verás. ¿Por qué has venido aquí?

—Estaba harto de la Tierra y de sus locos.

—Aquí encontrarás otros. ¿Es largo tu contrato?

—Por un año, renovable.

—¡Un año! Realmente, tenían necesidad de un buen geólogo... Pero servir a la O.I.M. no resulta divertido, Laprade. ¡No es como la propaganda que imprimen en sus folletos! ¡Anda o revienta, y a menudo anda y revienta!

—Ya veremos lo que pasa.

—Pareces muy capaz de defenderte, pero... ¡Ah! Mac está de nuevo con nosotros.

El anciano trató de incorporarse, pero Jules se lo impidió.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? ¡Oh! Me duele la cabeza...

—Empujaste al holandés y él te partió la cara. Y cuando Laprade quiso interponerse, trato de rompérsela también a él. Pero tropezó con la horma de su zapato, y dio con sus huesos en tierra en menos que canta un gallo. Luego quiso utilizar el cuchillo, y el león de Laprade le mató.

—¿Le mató? ¡Ah, sí, Laprade! ¡El hombre del destino! Sabía que tenías que venir, pero no conocía la fecha. No se puede retener todo, en una vida... Y ahora tengo una deuda que pagar, y seis meses de vida. ¡Las montañas del Destino! Los louhi, los Sticks, como les llamáis vosotros, lo saben. ¡La voz me lo explicó todo!

Suspiró profundamente y se calló. Un hombre entró apresuradamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Otra canallada de Van Dongen? ¡Esto tiene que terminar!

—Ya ha terminado, doctor. No tendrá usted que atender a más víctimas de aquel bárbaro. Laprade, este es el doctor Vertés, el amigo de los pobres prospectores.

El Dr. Vertés era un hombre alto y delgado, al que una barbilla puntiaguda y unos ojos oblicuos conferían un aire vagamente diabólico. Miró a Terai.

—Hum... Un físico excelente. Mestizo, ¿eh?

—Sí, y orgulloso de serlo.

—¡No hay nada de que enorgullecerse ni de que avergonzarse! Veamos al enfermo. Hum, no es nada grave. Si ese animal no bebiera, viviría cien años sin tratamiento geriátrico... Pueden ustedes marcharse, yo me ocuparé de él.

Cuando regresaron a la cantina, la excitación no se había calmado. El cuerpo del

holandés ya no estaba allí, pero en el suelo había unas manchas de color oscuro. Fueron acogidos con exclamaciones de júbilo, con palmadas amistosas y con invitaciones a beber. Ann, llamada como refuerzo detrás del mostrador, no apartaba los ojos de Teraï, con la admiración reflejada en su rostro. Abrumado, Laprade declaró:

—¡Escuchadme, amigos! Me gustaría cenar tranquilamente. Tengo hambre y estoy cansado. Espero que lo comprenderéis. Volveremos a vernos.

Cenó solo, con Leo, en un pequeño cuarto, servido por una Ann que enrojecía cada vez que él le dirigía la palabra. Luego subió a su habitación. Leo inspeccionó el lugar y finalmente se tendió junto a la puerta.

—¿No te fías, Leo? Tal vez tengas razón, aunque creo que esta noche no corremos peligro. Más tarde, quizás, si lo que me han dicho diversas personas es verdad.

La acogida de Sturgeon, a la mañana siguiente, fue glacial. —¡De modo que apenas llegar, usted y su león matan a uno de mis mejores hombres! ¡Oh! Lo sé, hizo mal en perder los estribos y al no permitir que usted levantara a aquel borracho... Hizo mal también al querer atacarle con un cuchillo... Tiene usted la suerte de contar con numerosos testigos a su favor, señor Laprade. En caso contrario, estaría usted en la cárcel, esperando la próxima astronave para la Tierra. Pero eso pertenece al pasado. Va usted a ocuparse del mapa. Hasta ahora, sin disponer de un verdadero geólogo, hemos operado de un modo empírico, siguiendo los afloramientos a lo largo de la escarpadura de la meseta de Vira y de las gargantas del Beroe.

Señaló en el mapa pegado a la pared los lugares indicados.

—Estudie a fondo todos los informes. Hay en ellos una multitud de observaciones que han sido mal interpretadas. Pensaba asignarle a Van Dongen para que le ayudara, y usted le ha matado... ¡Arrégleselas como pueda!

—Tomaré a Tules Thibault. Pero, ¿cómo funciona nuestro sistema? Yo creía que la O.I.M. controlaba todos los recursos, pero algunos prospectores me han hablado de pertenencias individuales.

—¿De veras? El realidad, no hay pertenencias individuales. Los hombres cobran por meses. Si localizan un lugar prometedor, realmente bueno, lo inscriben a su nombre y, una vez realizadas las oportunas comprobaciones, perciben una prima, a veces importante. Eso es lo que ellos llaman una pertenencia individual.

—Comprendo. ¿De qué personal voy a disponer?

—Tendrá usted tres dibujantes. Tome los prospectores que necesite. Lo único que pido son resultados. Su oficina es la número 16, al fondo del pasillo. ¡Pero no quiero ver a su león por aquí!

Durante varias semanas, Teraï trabajó de un modo encarnizado, prolongando su jornada por la noche en la cabaña que ahora era su alojamiento. Un alojamiento sencillo pero cómodo, con un dormitorio, un cuarto de baño, un despacho y una cocina que casi nunca utilizaba, ya que prefería comer en la cantina. Ahora conocía a

casi todos los miembros de la comunidad terrestre de Ophir II, cosa explicable, ya que aquella población no era superior a trescientos individuos, en su inmensa mayoría del sexo masculino, aunque había algunas parejas y algunas mujeres solteras. Había también cierto número de niños, Leo conquistó rápidamente muchos amigos entre estos últimos, y cuando, el décimo día, mató a un «lobo de las montañas» que había descendido de la meseta y que se llevaba a un bebé, se ganó también amigas entre las madres.

Aquel «lobo de las montañas» fue el primer animal indígena de gran tamaño que vio Teraï. En efecto, tenía una vaga semejanza con un lobo, aunque su piel era completamente lisa, a excepción de un mechón de pelos rígidos en la parte superior del cráneo.

—Abundan mucho en la meseta, principalmente del lado de las montañas del Destino —le explicó Jules Thibault—. Por fortuna, rara vez van en rebaño: en grupo, serían realmente peligrosos para la gente aislada. Ese chiquillo tuvo la suerte de que tu león interviniera a tiempo.

—¿Cómo está?

—Tiene varias mordeduras, pero el Dr. Vertés asegura que se salvará.

—¡Las montañas del Destino! ¿De dónde procede ese extraño nombre?

—MacGregor las bautizó así. Afirma que es la traducción de su nombre indígena. Confieso que nunca me había preguntado por qué. Las montañas de la Desolación sería un nombre más adecuado.

—¿Tan malas son?

—Podrás comprobarlo si me sigues la próxima vez. Creo que ha llegado el momento de estudiar un nuevo terreno. Los acantilados de Vira no tienen ya nada que revelarnos.

—Mira —dijo Jules—. Allá abajo hay una aldea stick. Conozco a su jefe. ¿Quieres que vayamos a visitarle?

La aldea, encajada en el angosto valle, estaba rodeada por una empalizada de troncos de árbol y por un foso. Se componía de una decena y media de chozas de paredes de barro mezclado con piedras; los tejados eran de ramas, cubiertas con grandes hojas. En la plazoleta central podían distinguirse varias siluetas sumamente delgadas.

—Sturgeon me prohibió prácticamente establecer contacto con ellos; pero, como soy curioso, voy a tener mala memoria. ¡En marcha, Jules!

Cuando llegaron delante de la aldea, un puente levadizo se levantó apresuradamente, y algunas flechas vinieron a clavarse delante de ellos.

—¡Ah! Debí suponerlo... —murmuró Jules—. ¡Tú, león! ¡Espérame aquí!

Tranquilamente, Jules avanzó, gritando algunas palabras en el idioma indígena. Las flechas cesaron de llover y una cabeza asomó por encima del parapeto. Teraï tomó sus prismáticos para verla mejor. Era absurdamente humana, con sus dos ojos

profundamente hundidos, su mechón de cabellos verdosos, la alargada nariz, la boca cortada a cuchillo encima del mentón respingado. Pero era humana al modo de un reflejo en un espejo deformador, imposiblemente estrecha y alargada.

Jules le llamó:

—¡Puedes venir, todo está arreglado! Pero deja a Leo fuera, al menos por esta vez...

Teraï tuvo que encorvarse para pasar bajo la poterna. Jules le esperaba, rodeado de indígenas, y Teraï comprendió el nombre que les daban los prospectores: efectivamente, parecían unos bastones, o, vagamente, esos insectos terrestres llamados phasmas: dos piernas delgadísimas, apenas del diámetro de su muñeca, subían desde unos pies largos y estrechos. El cuerpo, muy corto, terminaba en un cuello de botella que sostenía la cabeza. Unos brazos filiformes terminaban en unas manos esqueléticas, de seis dedos. Iban vestidos con unos cortos taparrabos, armados con arcos y flechas de punta de piedra finamente tallada, y algunos con un cuchillo de metal afilado con tanta frecuencia que se había convertido en una especie de estilete. Teraï reconoció inmediatamente aquellos cuchillos: la pacotilla de los supermercados de la Tierra o de New Sheffield. El más alto de los varones llegaba apenas al pecho de Laprade.

Jules habló, con sílabas vacilantes, susurrantes o chasqueantes.

—Trato de decirles que tu león es un amigo, pero desgraciadamente se parece demasiado a una fiera, desaparecida de la región, pero de la cual conservan imágenes en su templo. ¡Quieren a toda costa que Leo sea un Chuinga-Gha!

Vacilantes, unas hembras —unas mujeres— vinieron a unirse a la veintena de hombres, y, súbitamente, salieron de todas partes unos chiquillos, diminutos, corriendo a una velocidad sorprendente, como pequeños lagartos verdes erguidos. Unos de ellos se plantó delante de Teraï, le contempló de abajo a arriba, hizo una cabriola, se rió con una risa extrañamente humana y luego pronunció con voz aguda una frase que desencadenó la hilaridad general.

—¿Qué ha dicho?

—No estoy seguro. Sólo hablo algunas palabras de su idioma, pero creo que ha dicho que eres el mayor animal que ha visto nunca.

—¿Quién les ha dado esos cuchillos?

—Nosotros, los prospectores. Los Sticks son unos tipos excelentes que a veces nos proporcionan guías. Viven de la caza y de un poco de agricultura. Es una raza que muere, Teraï, y, por una vez, el hombre terráqueo no será la causa. Han vuelto a la edad de piedra, y habían vuelto a ella mucho antes de que llegáramos a este planeta. Dado que son poco numerosos, completamente inofensivos, y que no existe ningún plan para colonizar Ophir II, desaparecerán apaciblemente, sin drama.

—Pero, ¿por qué desaparecen? Aquí veo muchos niños, todos vivos y aparentemente sanos...

—A menudo mueren antes de ser adultos. No se sabe por qué. Este mundo

pertenece a la O.I.M., que no está interesada en la ecología, sino en la producción. Los Sticks no han sido estudiados nunca. MacGregor dice que se suicidan en masa, poco después de su iniciación. Pretende saber por qué. Pregúntaselo. Si hay un experto sobre los Sticks, es él. Pero, mira a los adultos...

En contraste con la actividad desbordante de los jóvenes, hombres y mujeres parecían casi inmóviles, en una actitud de infinito cansancio.

—¿Una enfermedad?

—No se sabe. Vertés trató de localizar un agente patógeno, sin éxito. Pero no dispone del material que necesitaría, y Sturgeon no ve con buenos ojos esas investigaciones. Tiempo perdido, dice.

—Bien. Se lo preguntaré a Mac. Y le pediré que me enseñe el idioma. Ese pueblo me interesa. ¿Se sabe cuántos quedan?

—En la parte explorada de este continente se han localizado una docena de aldeas. Y muchas más aldeas abandonadas. No hemos llegado a otras zonas. Pero en otros tiempos debieron constituir una gran raza. El planeta está cubierto de ruinas. Podrás ver los restos de una inmensa ciudad, en la meseta de Vira. Llegaremos allí mañana.

Con pocas palabras, que quedaron sin respuesta, Jules se despidió de sus anfitriones. Más allá de la poterna encontraron a Leo. Este bostezó de un modo ostensible, se acercó tranquilamente a la puerta y orinó contra los postes.

—¡Leo! —gritó Jules, indignado.

—Se ha ofendido porque le hemos dejado fuera —dijo Teraï, riendo—. Y quiere dar a entender que su territorio se extiende incluso a esa aldea.

Al día siguiente encontraron la ciudad. La distinguieron, desde la cumbre de un pequeño pico, llenando una depresión sobre la orilla oriental de un gran lago azul. Las ruinas estaban cubiertas de vegetación pero, de trecho en trecho, una torre perforaba el manto vegetal. Por comparación con las ciudades terrestres, Teraï calculó que la ciudad muerta había podido tener entre trescientos mil y quinientos mil habitantes.

Descendieron, penetraron, machete en mano, abriéndose paso entre los troncos, cortando las lianas. Cerca del lago, en el centro, el suelo había estado tan bien pavimentado que pocos árboles habían podido implantarse allí. Una docena de calles convergían hacia una plaza semicircular, bordeada de un muelle. A uno y otro lado se erguían dos torres casi intactas.

—Acamparemos en la de la izquierda —dijo Jules—. A menudo he pasado la noche en ella. Hay habitaciones secas, y los techos son buenos. Esos Sticks sabían construir.

Las paredes, en efecto, levantadas con piedras tan cuidadosamente encajadas que resultaba difícil localizar las juntas, parecían en condiciones de desafiar aún muchos siglos.

—¿Tiene una idea de la antigüedad de este lugar?

—Sí. Cuando era director, Mac envió unas muestras de madera de carpintería a la Tierra. No es muy antiguo: entre tres mil novecientos y tres mil doscientos años terrestres. Lo curioso es que esta ciudad parece ser la primera abandonada. Cuanto más se aleja uno de ella, más reciente es la fecha de abandono, como si una influencia maligna irradiara alrededor de este punto. En el continente austral, por ejemplo, algunas ciudades vivían aún hace dos mil seiscientos años. De todos modos, es un plazo breve, y la civilización stick se hundió en todo el planeta en seiscientos años, como máximo. Después de aquellos análisis, el Departamento de Ecología de las Naciones Unidas quiso enviar una misión científica, pero la O.I.M. se opuso. Y su permiso de explotación no caducará hasta dentro de cuarenta años...

Mientras Jules instalaba el campamento, Teraï y Leo exploraron los alrededores. El geólogo se proponía averiguar, en la medida de lo posible, el nivel de civilización alcanzado por el pueblo desaparecido. Una casa bien conservada tenía sus paredes adornadas con pinturas y esculturas. En ninguna parte se veían máquinas complicadas, pero los sticks aparecían siempre rodeados de animales domésticos, de tiro o de albarda, homólogos del caballo o del buey, o de otros, más pequeños, que debieron desempeñar el papel de perros en las cacerías de Chuinga-Ghas (los reconocieron sin dificultad: parecían, en efecto, leones de cuerpo más alargado). Las armas representadas eran el arco de doble combadura, la lanza y una especie de ballesta con visor. Algunos Sticks llevaban escudos, o lo que parecía ser una armadura parcial.

—Habría que investigar —concluyó—, pero apostaría por un nivel análogo al siglo xvi europeo. Habían explorado ya sus mares, a juzgar por este mapa mural... ¿Qué pudo suceder para que se interrumpiera aquel vigoroso desarrollo? ¡Tres mil años! ¡Iban por delante de nosotros! Hace tres mil años, nosotros estábamos aún en la edad del hierro... Mis antepasados galos luchaban entre ellos, mis antepasados chinos aprendían a filosofar, mis antepasados maoríes estaban todavía en alguna parte de Asia, y en cuanto a mis antepasados indios, sólo el Gran Manitú sabe lo que hacían...

Regresó al campamento e informó a Jules de sus descubrimientos.

—Sí, conozco esa casa. Hay otras, más lejos. En muchos lugares, la carpintería ha resistido. La madera de Gaü que utilizaban es completamente imputrescible. Nosotros la empleamos para el entibado de nuestras minas. Y sus tejas están encajadas de modo que las peores tormentas no han podido arrancarlas, en la mayoría de los casos. Eran unos maestros en el arte de la construcción que debían poseer, como nuestros egipcios o nuestros constructores de catedrales, el sentido de la duración. Pero no sabemos nada, o casi nada, acerca de ellos.

Abandonaron la ciudad al día siguiente, después de una noche tranquila pasada en la torre, en una estancia de techo alto, perfectamente cerrada y seca. Y Teraï inició su aprendizaje sobre la vegetación ophiriana. Detrás del bosque se extendían amplias llanuras verdes y rojizas, gargantas profundas por las que discurría el Oto-Oto, cascadas magníficas que enviaban al cielo torbellinos de vapor que el sol adornaba de

arco iris; y a veces, aquí y allá, una ruina aislada, antigua casa de labor o, a lo largo del trazado de una carretera identificable aún, relevos de posta o casa de guardias. Conocieron noches tan hermosas que resultaba imposible dormir, a pesar de la fatiga, cuando las lunas se perseguían en el cielo, proyectando sombras múltiples y móviles, días de naranja de lluvias torrenciales, la travesía peligrosa de ríos hinchados, y luego la escalada, en terreno virgen, de los primeros contrafuertes de las montañas del Destino. Regresaron por el valle de Beroe y el cañón del Hombre Muerto (habían encontrado en él a un prospector semidevorado por las fieras) hasta la meseta de Vira, donde un helicóptero les recogió para llevarles de nuevo a Jonesville.

Luego vinieron las largas jornadas inclinados sobre las notas, la puesta en limpio de los croquis, los primeros ensayos de contornos, los análisis de muestras, toda la rutina del laboratorio. Las montañas del Destino parecían generosamente mineralizadas, y Teraï decidió llevar a cabo su principal esfuerzo en aquel sector.

Pero no olvidaba a los Sticks y su misterio, y una noche fue a visitar a MacGregor en su cabaña. El anciano leía. Había dejado de beber, y apenas salía.

—¡Ah, es usted! Ya no me acordaba de si era usted el que tenía que venir a verme, o yo el que... ¡No puede uno recordarlo todo! Viene usted a aprender el stick, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe?

—Sé muchas cosas, Laprade, y preferiría no saberlas, o poder olvidarlas... Nos quedan cuatro meses y medio, el iouhi es difícil. Pero puedo darle unas bases suficientes para que continúe aprendiéndolo por su cuenta, cuando yo... no esté aquí. ¿Donde ha pasado estas últimas semanas?

—Fui a reconocer, con Jules Thibault, los contrafuertes de las montañas del Destino. Parece un lugar rico.

—Sí, es rico. Yo también fui allí, y más lejos que usted, más allá de la primera cadena y de la Barrera... Hasta el afluente sin nombre del Favo, que desagua en el Sarro, al sur. ¡Ojalá me hubiera roto las piernas!

—¿Por qué? ¿Y por qué no dejó sus notas en la oficina, si llegó tan lejos? Nadie más ha explorado aún aquella región, y...

—Es inútil que me haga preguntas a ese respecto, Laprade. No las contestaré. Pasemos al idioma que ha venido usted a aprender. Para empezar, incluye siete formas de verbos...

Fueron las lecciones de idiomas más extrañas que Teraï recibiera nunca. Estaba muy dotado, puesto que hablaba siete idiomas terrestres, pero el iouhi era un idioma realmente difícil, y MacGregor un singular profesor. A veces, se atení a su papel durante un par de horas, pero en otras ocasiones saltaba bruscamente de la explicación de un tiempo gramatical complicado a unos recuerdos de prospecciones en Ophir II o en otros planetas. Teraï no se quejaba, ya que recibía una enseñanza variada de la cual sacaba provecho. Bastante flojo en las teorías modernas de la tectónica o de la mineralización, MacGregor era un maestro en todo lo relacionado

con la geología práctica. De cuando en cuando, se interrumpía en medio de una frase, permanecía unos instantes contemplando el vacío y luego reanudaba el hilo de su discurso, sin equivocarse nunca. Sin embargo, en cierta ocasión salió de su trance con un juramento y declaró después, en un tono neutro:

—¿Te das cuenta, muchacho? Sé que moriré el 17 de enero de 2224, a las 8,25, pero no sé cómo. ¡Y esto es un infierno! ¡Podía habérmelo dicho, el muy canalla! Pero tal vez lo hizo, y yo lo he olvidado...

—¿Quién? —preguntó Teraï.

—¡No te lo diré! Serías lo bastante loco como para querer saber, también tú... Hay una fascinación... Créeme, abandona este mundo en cuanto haya terminado tu contrato. ¡En el cielo no faltan planetas!

Fue la penúltima vez que MacGregor hizo alusión a su destino.

Un día, Teraï se sintió bastante fuerte en iouhi para volver a la aldea. Pretextando una comprobación, tomó un helicóptero, dejando a Leo al cuidado de Ann. El paraleón y la muchacha se entendían muy bien, y a menudo Leo le había servido de escolta por la noche cuando Ann, por uno u otro motivo, tenía que aventurarse lejos de la cantina.

El helicóptero no asustó a los louhis. Sirviendo de guías, varios de ellos habían volado con un piloto. Pero Teraï fue recibido con una inicial desconfianza. La desconfianza desapareció cuando, con un lenguaje vacilante, logró explicar que venía de parte de MacGregor. Entonces pudo entrar en las casas, sentarse junto al fuego central y fumar su pipa mientras sus anfitriones masticaban melancólicamente hojas de Chambala.

A raíz de su décima visita, más seguro de su vocabulario, y habiendo anudado lazos de amistad, frágiles todavía, con varios individuos, le formuló al jefe la pregunta que le atormentaba:

—Dime, Ihen-Tó, si no es contrario a las costumbres, ¿por qué estáis tan tristes, en tanto que vuestros hijos son tan felices? ¿Es una enfermedad?

El jefe vaciló largo rato antes de contestar:

—¡Su destino no ha sido leído aún!

—¿Leído cómo? ¿Y por quién?

Ihen-Tó tocó tres veces su pecho con su barbilla, para conjurar a la mala suerte.

—Tú no eres de nuestra Ley. Tú no estás sometido a la prueba. Créeme, no vayas más a las montañas de poniente, las montañas del Destino. O, si lo haces, no sobrepases nunca la Barrera...

La Barrera, Teraï lo sabía, era la cordillera abrupta en la que el Beroe tenía sus fuentes. La había visto, irguiéndose como una muralla, a raíz de su expedición con Jules Thibault. Por los reconocimientos aéreos, se sabía que detrás de ella se abría un gran valle norte-sur por el que discurría aquel afluente sin nombre del Favo del que MacGregor le había hablado. Luego había otra cadena montañosa antes de la inmensa

llanura occidental que se extendía sobre todo el resto del continente. MacGregor había franqueado la Barrera y pretendía saber cuándo moriría. Ahora, Ihen-Tó daba como motivo de la despreocupación de los niños de su pueblo el de que su destino no había sido leído aún, y aconsejaba a Teraï que, no siendo de su Ley, no estaba «sometido a la prueba» de no ir más allá de aquella Barrera. En todo aquello había algo raro, siniestro incluso. Pero Teraï, sabiendo hasta qué punto son susceptibles los hombres cuando se trata de sus religiones, no formuló más preguntas.

Vio acercarse la fecha fatídica del 17 de enero de 2224 con curiosidad, preguntándose si la profecía de MacGregor se realizaría o no. Había vuelto varias veces a la aldea iouhi, pero no había podido aclarar el misterio. Los indígenas se mostraban acogedores, habían admitido incluso la presencia de Leo, pero se negaban a hablar de las montañas del Destino y, en general, de todo lo que se encontraba al oeste de su meseta. Sin embargo, atando cabos, Teraï llegó a enterarse de que, al entrar en la adolescencia, todos los jóvenes de ambos sexos debían efectuar una especie de peregrinación a las montañas, de una duración de varios días, y que no todos regresaban.

El 16 de enero, cuando acababa de llegar a su alojamiento, después de cenar, oyó unos tímidos golpes en la ventana de atrás, que se abría a campo abierto, lleno de malezas. Con gran sorpresa por su parte, comprobó que el que llamaba era Luigi.

—¡Vaya! ¿Acaso has olvidado dónde está la puerta?

El joven, gran admirador de Laprade, le visitaba a menudo.

—¡Ssst! ¿Puedo entrar?

—Desde luego. Pero, ¿a qué viene todo este misterio?

De un salto, Luigi entró en la estancia, asegurándose de que no podía ser visto desde el exterior.

—¡Me envía Ann! Ella le aprecia mucho, y... Bueno, si no se tratara de usted, me sentiría celoso.

Ann y Luigi se habían prometido recientemente.

—No tienes ningún motivo para estarlo. Pero, ¿qué es lo que quiere Ann?

—Advertirle. Esta mañana, ha sorprendido una conversación entre dos hombres. Sturgeon, el director, quiere hacer matar a Leo.

—¿Matar a Leo? ¿Por qué?

—Lo ignoro. Tal vez para obligarle a usted a marcharse, o, si defiende a Leo, como seguramente hará, tener un pretexto para asesinarle... Los hombres empiezan a decir que el director tendría que ser usted.

—¡Estás fantaseando, Luigi! No soporto a Sturgeon, y él me paga con la misma moneda. Pero, de esto a cometer un crimen... Porque Leo está protegido por la Declaración de los Derechos de los seres conscientes de 2080. Claro que la declaración no se aplica siempre: lo demuestran las matanzas llevadas a cabo por los mercenarios de la O.I.M. en Tikha na, por ejemplo... Pero, en nuestro caso no veo el motivo.

—Según lo que ella ha oído, Ann cree que tiene algo que ver con su decisión de desarrollar las investigaciones del lado de las montañas del Destino.

—¡Vaya, vaya! ¿Y quiénes eran esos hombres?

—Ann no les había visto nunca. Parece ser que son nuevos aquí.

—¡Vamos! Tú tendrías que saber, por tu puesto en el astropuerto, que ninguna astronave se ha posado aquí desde hace dos meses.

—Pudieron aterrizar en otra parte y venir a pie, o en helicóptero. Ayer salieron tres helicópteros.

—Empiezas a interesarme, Luigi... ¿Podría Ann señalarme a esos hombres, o describírmelos? Y, ¿sabe cuándo tenemos que ser asesinados?

—¡Mañana! Pero no sabe la hora ni el lugar.

—Bien. Ahora, vete. Y no te dejes ver. Si lo que has dicho es cierto, has arriesgado tu vida advirtiéndome. ¡Gracias! Ahora es demasiado tarde, pero mañana a primera hora trataré de ver a Ann, a solas. ¡Si nos sorprendes en algún rincón, no dispaes, Luigi!

Ann confirmó todo lo que Luigi había dicho, añadiendo algunos detalles. Los dos hombres habían estado comiendo en la cantina, la víspera, y se habían instalado en un rincón apartado, ignorando que un simple tabique de madera les separaba de la habitación de la joven, que en aquel momento estaba escribiendo una carta a unos primos australianos. Al principio, Ann no prestó atención a la conversación, en voz baja, que oía confusamente, hasta que sorprendió, muy claras, las palabras «matar a ese asqueroso león». Entonces, pegó su oído al tabique y oyó con mucha claridad la continuación:

«Me pregunto —dijo uno de los hombres— por qué tiene tanto interés el director en este asunto».

«No es asunto nuestro, Joe. Sturgeon paga, y bien. Por mi parte, no quiero saber nada más».

«Parece ser que el amo del animal no es un tipo fácil... Y el león no se separa de él».

«¡Bah! Somos dos: uno se ocupará del hombre, el otro del animal. Creo que si nos vemos obligados, en legítima defensa, a matar a Laprade, el director no se enfadará con nosotros. ¡Eso le enseñará a querer explotar las montañas del Destino contra la voluntad de su patrono!».

«¿Cuándo daremos el golpe?».

«Mañana, durante el día. Según las ocasiones que se presenten».

Luego, Ann había oído el tintineo de una moneda contra un vaso. Se había precipitado a través de la cocina, diciéndole a su madre: «No te molestes, iré yo», y había llegado a la mesa en el momento en que los dos hombres se levantaban. Les había observado bien mientras uno de ellos pagaba las consumiciones.

—Uno es alto... bueno, no tanto como usted, pero alto, delgado, moreno, con un bigote negro y un traje gris, tipo turista. El otro es más bajo, rubio, con la nariz

torcida, y vestido de obrero. En el momento en que el alto se guardó la vuelta en el bolsillo, su chaqueta se abrió y vi en su cintura una de esas pistolas de rayos, ya sabe a qué me refiero...

—¿Un láser?

—Sí, eso es.

—¿Estás segura, Ann?

—Sí. Hace unos años, cuando yo era una niña, una astronave de la Guardia Estelar hizo escala aquí. Uno de los oficiales hizo una demostración. ¡Estoy segura!

Teraï silbó entre dientes: las armas láser eran, en la Tierra, patrimonio exclusivo de la policía o del ejército, y en el espacio de la Guardia. Poseer una era un delito grave, castigado con quince años de prisión. Ni siquiera la policía particular de la O.I.M. las poseía, al menos oficialmente.

—¡Gracias, Ann, me has salvado la vida, sin duda alguna! Pero, por favor, ahora que me has advertido, no hables con nadie de este asunto y manteneos al margen de todo esto, Luigi y tú.

—¡Tenga cuidado, señor Laprade! Esos hombres tenían un aspecto de verdaderos asesinos...

Teraï regresó a su alojamiento, preocupado, con la mano presta a empuñar su revólver, aunque no se hacía demasiadas ilusiones. Balas contra láser: una lucha desigual. Encontró a Leo nervioso, paseando de un lado a otro, rugiendo sordamente.

—¡Leo, amigo mío, las cosas se ponen feas! Dos caballeros están dispuestos a hacerse con tu piel, sin duda para convertirla en una alfombra, y con la mía, ignoro para qué... No creo que Sturgeon sea un fundamentalista como los canallas que asesinaron a nuestras familias. Tú les estorbas, y yo también, sin duda. Pero, ¿por qué? En fin, he aquí lo que vamos a hacer: ese par de rufianes no han cazado nunca leones, probablemente, y mucho menos paraleones, e ignoran tus recursos en la maleza o en el bosque. De modo que vamos a vivir allí unos cuantos días. Pero antes nos equiparemos para esa excursión y visitaremos a Mac. Tal vez él pueda darnos algunos consejos.

Eran las ocho de la mañana y Teraï, en su preocupación, había olvidado la fecha fatídica. Pensando que los dos individuos no se atreverían a matarle en primer lugar —después de todo, sus órdenes afectaban al león—, especialmente a la luz del día, envió a Leo por la parte trasera del alojamiento, hacia la maleza, convencido de que ningún rastreador humano podría localizarle allí. Y él se dirigió directamente a casa de MacGregor. El anciano estaba sentado ante su mesa, con una botella de whisky a su lado, en tanto que su micromagnetófono dejaba oír en sordina música típicamente escocesa.

—¡Ah! ¡Es usted, Teraï! Ya no queda tiempo para las lecciones de iouhi. ¡Hoy es el día, y casi la hora! No sabía si vendría usted, la voz sólo me habló de mi destino, pero éste parece más o menos ligado al suyo, al fin. Tal vez también a usted le maten hoy... Pero, ya que está aquí, beba un trago conmigo. Veo que está usted en plan de

marcha... ¿No va a quedarse hasta el final? Me gustaría que fuera usted el que se ocupara de mi entierro, y no algún imbécil indiferente.

—A decir verdad, Mac, había olvidado sus siniestros presentimientos. Ignoro si está usted amenazado, pero sé que yo lo estoy. ¿Qué debo hacer, en su opinión?

Le contó en pocas palabras al anciano lo que sabía del complot.

—Hum... Creo que hace usted bien en marcharse por algún tiempo. Los asesinos le seguirán, sin duda, pero, en la maleza, entre usted y su...

Se irguió bruscamente, alargó el brazo, empujó violentamente a Teraï y luego se desplomó a través de la mesa, con un agujero negro en la cabeza. Al otro lado de la habitación, el tabique de madera se inflamó. Teraï se incorporó de un salto, revólver en mano, y echó una ojeada por la ventana.

Un hombre huía, muy encorvado, hacia la maleza. Entonces disparó dos veces y tuvo la satisfacción de ver al hombre rodar como un conejo, oyó un atroz grito de terror y el rugido de triunfo de Leo. Con un cubo de agua apagó el incipiente incendio. Una ojeada a MacGregor le había bastado para convencerse de que el anciano ingeniero podía esperar: tenía toda la eternidad para hacerlo. A continuación se precipitó al exterior y encontró el cadáver del asesino: una de sus balas había penetrado en la espalda, la otra en la nuca. Era el hombre alto y moreno descrito por Ann. El láser había rodado a unos pasos de distancia.

—¿Leo?

Le respondió un rugido, y descubrió al paraleón detrás de un matorral, lamiéndose una pata, con un segundo cadáver a sus pies, el del rubio, que empuñaba todavía un láser en su mano derecha. Su cabeza no era más que un amasijo deforme y sanguinolento. Un zarpazo de Leo.

Se inclinó, recogió el láser, se lo guardó en un bolsillo, registró al cadáver; se guardó también las pilas de recambio. El hombre llevaba un revólver al cinto: bastaría como «arma encontrada sobre el cadáver». Leo «habló», un suave rugido rítmico.

—De modo que les viste, y les seguiste —murmuró Teraï a medida que el paraleón se explicaba— El que disparó contra mí estaba demasiado lejos, y empezaste por el otro... ¿Es eso? ¡Muy bien, Leo! Han asesinado a Mac, pero las víctimas señaladas éramos tú y yo.

Unos hombres se acercaban corriendo, atraídos por los disparos. Teraï consultó su reloj: señalaba las 8,27. Hacía un par de minutos que el viejo Mac había muerto.

—Llevad los cadáveres a la plaza, delante del despacho del director —les dijo a los recién llegados—. Han intentado matarme, y han asesinado a Mac.

Un estremecimiento recorrió al grupo: en Jonesville, todo el mundo apreciaba al viejo MacGregor.

—¡Seguidme, vamos a visitar al señor director!

Sturgeon, advertido ya, les esperaba delante de la puerta de su oficina cuando llegaron.

—De modo que ha matado usted a otros dos hombres, ¿eh, Laprade? ¡Es usted un asesino! ¡Apoderaos de él, vosotros, en vez de quedaros ahí pasmados!

—Disculpe, señor —respondió Jules Thibault, que había llegado corriendo—. ¡Está usted mal informado! ¡Los asesinos son ellos! ¡Han matado a MacGregor, y Laprade se limitó a defenderse!

—Y no lo sabe usted todo —intervino Teraï—. Uno de esos hombres poseía un láser...

—¿Sólo uno?

—¿Qué quiere usted decir, señor director? —ironizó Teraï—. ¿No le parece suficientemente raro que tuvieran uno? Esto presupone complicidades de categoría, o pertenecer a una banda poderosa... Pero, es posible que tenga usted razón. Tal vez el hombre al que Leo mató poseía uno, y rodó entre la maleza. ¡Hágalo buscar!

—A menos de que lo haya cogido usted...

—¿Yo? —inquirió Teraï con aire de inocencia ofendida—. ¿Qué haría yo con él? ¿Acaso no acabo de demostrar que no lo necesito?

Algunos hombres se echaron a reír. Pero Sturgeon no se desconcertó.

—Está usted equipado para una expedición. ¿A dónde piensa dirigirse?

—Voy a ir de prospección. Usted me dijo que podía obrar a mi antojo en esta materia.

—¿De prospección? ¿Solo?

—Con Leo. ¡Es un amigo seguro!

—¿Y a dónde?

—A las montañas del Destino.

—¡Se lo prohíbo!

—¿Por qué? ¡Prescindiré de su permiso!

—¡No tendrá usted helicóptero!

—¡No me hará falta! Si necesito ayuda, llamaré por radio a Jules Thibault o a otros hombres que merecen mi confianza. ¡Que nadie nos siga! Leo está nervioso, después de este jaleo, y yo también... Pero, antes de marcharnos, enterraremos a MacGregor. ¡Su predecesor, señor director!

Hacía dos días que Teraï y Leo exploraban las montañas del Destino. Jules Thibault les había llevado, en su viejo todo-terreno, hasta el extremo de la meseta de Vira. Habían escalado los primeros contrafuertes, y ahora se encontraban delante de la Barrera. Era una cordillera cuya altitud no sobrepasaba seguramente los tres mil metros, pero muy abrupta, compuesta de bellos esquistos relucientes reposando sobre un zócalo de granito. Teraï buscó un paso con los prismáticos.

—La clave del misterio está al otro lado, Leo. Allí fue el viejo Mac, y allí van los jóvenes louhis. Pero, ¿por dónde diablos pasan? Desde luego que no por el alto valle del Beroe; sabemos que termina en un circo infranqueable. Y tampoco por el norte. Nos queda el sur. ¡Vamos a seguir la Barrera en esa dirección hasta que descubramos

el paso!

En las altas colinas donde se encontraban, la vegetación no era más que una pradera salpicada de bloques erráticos, rastros de antiguos ventisqueros. Un valle norte-sur, ahora seco, seguía la base de la Barrera, el antiguo valle del Beroe, pensó Teraï, antes de perforar las colinas para deslizarse rectamente hacia el este. Descendieron hasta él. Allí crecían algunos árboles plúmeos, los fanerodendros de las grandes altitudes. La vida animal era todavía abundante: herbívoros homólogos de los rebecos y gamuzas, carnívoros de la especie de los «lobos de las montañas» y otros que Teraï no había encontrado nunca, pero ninguno que pudiera ser peligroso para él y para Leo. Con algunas precauciones y la adición de píldoras de vitaminas, la carne de los herbívoros era comestible e incluso sabrosa, aunque poco indicada para una alimentación prolongada, debido a su riqueza en elementos pesados. Pero completaba agradablemente las raciones deshidratadas.

Avanzaban hacia el sur desde hacía varios días cuando Leo, que iba en vanguardia, se detuvo y emitió su grito de llamada. Teraï corrió hacia allí. Una pista era claramente visible, procedente del este y dirigiéndose directamente hacia un acantilado. La siguieron y llegaron así a la caverna. En aquel lugar, la colina era de piedra caliza y abundaban en ella las grutas. Aquella ante la cual se encontraban era inmensa, y en su suelo los restos de fogatas eran numerosos, así como las herramientas de piedra rotas.

—Bueno, amigo Leo, acabamos de descubrir un campamento de los jóvenes louhis en su famosa peregrinación. Sólo tenemos que seguir la pista, y ella nos conducirá adonde queremos ir, al corazón del misterio. ¿Qué opinas?

El león rugió su negativa.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

No tardó en comprender: había una pista que llevaba a la gruta, en efecto, pero ninguna que partiera de ella.

—Bueno, vuelven sobre sus pasos un trecho determinado antes de desviarse... Sólo vienen aquí a pasar la noche cómodamente... ¿Tampoco es eso?

Leo olfateó y, sin decir nada, se dirigió hacia el fondo de la caverna. Teraï le siguió y no tardó en descubrir, en una anfractuosidad, antorchas y una provisión de aquellas velas de cera vegetal que los louhis utilizaban para iluminar sus viviendas.

—Bueno, esto quiere decir sin duda que no hay ningún paso, que es preciso cruzar la montaña por arriba... Espero que podré hacerlo. Esos louhis filiformes son unos espeleólogos natos, pero yo...

Sacó de su mochila la linterna atómica y, desdeñando antorchas y velas, avanzaron por la caverna. Al principio, el camino resultó fácil: era una larga galería seca, con estalactitas muertas, blanquecinas. Luego empezaron las dificultades, y Teraï tuvo que utilizar por dos veces su sondeador molecular para desintegrar la roca. Penetraron en una gran sala, en el centro de la cual había una pequeña laguna, y acamparon. Tampoco allí eran los primeros, como lo atestiguaban los restos

consumidos de antorchas. A continuación, el camino estaba perfectamente señalizado —los tramos peligrosos, por ejemplo, estaban precedidos a unas decenas de metros por un dibujo rojo en la pared—, revelando que era frecuentado a intervalos regulares. Incluso encontraron un pequeño puente, reparado recientemente con troncos de árboles. La tarde del segundo día salieron de nuevo al aire libre. El sol se ocultaba detrás de un valle desconocido, arbolado y pantanoso. Al otro lado del río perezoso veíanse los árboles asaltando una tercera cadena, visiblemente más baja que la Barrera.

La gruta, más pequeña que la otra abertura, se abría de lleno a poniente. Acamparon allí. Aprovechando la última claridad del día, Teraï exploró los alrededores inmediatos, siguiendo la pista, aquí menos visible, devorada en parte por la vegetación. Pero, a quinientos metros de la gruta, se unía a otra, procedente del sur y más ancha. Regresó al campamento, convencido de que el objetivo estaba próximo.

La noche fue siniestra. Poco después del crepúsculo se levantó un fuerte viento que aullaba en los árboles y silbaba en la maleza. Luego cayó una lluvia torrencial, y tuvieron que refugiarse más profundamente en la gruta, expulsados de la entrada por el diluvio empujado por el viento. Teraï durmió mal, envuelto en su manta, con Leo apretado contra él. El león estaba inquieto y, de cuando en cuando, gruñía sordamente sin despertarse. Poco antes del amanecer, una extraña sensación invadió al hombre, una especie de apremio que le impulsó a encender el fuego y preparar su frugal desayuno antes de que se hiciera de día. Le parecía, sin saber por qué, que era preciso descubrir el enigma en el curso de aquella jornada. Era como una fuerza que le arrastraba hacia adelante y que crecía de minuto en minuto. También Leo debía notarla ya que, apenas hubo tragado su ración de carne cruda, avanzó hacia la entrada de la gruta, se volvió hacia Teraï y lanzó al aire su llamada.

—¡De acuerdo, Leo, ya voy! No sé lo que encontraremos, si nuestro destino, como Mac, o nuestra muerte, como una parte de los louhis, pero sé que será hoy. ¡Y que el diablo me lleve si comprendo cómo lo sé!

Había dejado de llover. Un amanecer mísero perforaba las nubes por encima de la Barrera, pero el suelo era esponjoso, y los árboles sacudían sus ramas sobre sus espaldas. Leo quedó rápidamente empapado, con el pelo pegado a la piel, pero aunque normalmente hubiera pasado horas enteras lamiéndose, ahora avanzaba sin decir nada, siguiendo la pista. Esta se hacía cada vez más ancha, a medida que otras desembocaban en ella. Teraï le seguía, con la carabina en la mano y el láser al cinto, presto a cualquier eventualidad. Andaron varias horas sin ver nada más que la pista y la vegetación húmeda a una y otra parte, y de cuando en cuando algunos insectos refugiados en unos huecos de corteza. Ningún animal grande. A mediodía se detuvieron bajo un saliente gredoso, el tiempo de ingerir un tentempié apresurado. Mientras habían andado, su inquietud se había apaciguado, pero ahora volvía a invadirles, con la sensación de que perdían un tiempo precioso, que era preciso que avanzaran con la mayor rapidez posible.

Dos horas más tarde llegaron delante del acantilado. Se erguía, con su altura de unos cuarenta metros, cortando la pista. En un radio de un centenar de pasos, la vegetación estaba compuesta por hierbas muy cortas, rígidas. Leo se dirigió sin vacilar hacia la izquierda, donde podía verse una escalera de altos peldaños labrados en la roca, diagonalmente a la fachada del acantilado. Teraï le retuvo:

—¡Espera, Leo! ¡Primero quiero ver esto!

«Esto» era, al pie del acantilado, un montón de osamentas filiformes y de cráneos alargados.

—He aquí la suerte de los que no regresan —murmuró Teraï—. Saltan desde lo alto de ese peñasco. Suicidio, pero, ¿por qué? A menos de que algo les empuje...

En el fondo de sí mismo, en voz baja, la prudencia le aconsejó que se detuviera allí, que volviera sobre sus pasos lo antes posible. Pero Leo subía ya por la escalera. Encogiéndose de hombros, Teraï empuñó su carabina y le siguió. Los peldaños estaban gastados, resbaladizos, y, atrapado entre la pared y el abismo, Teraï envidió la seguridad con que Leo avanzaba. Llegó a una amplia explanada, absolutamente horizontal, cortada a lo vivo en la piedra y al extremo de la cual se abría un pórtico. Leo le esperaba, impaciente, agitando la cola. Laprade hizo un esfuerzo y se detuvo. Aquel pórtico no había sido labrado por los louhis, ni por sus antepasados. Más allá de las degradaciones de la lluvia, la piedra caliza había sido cortada limpiamente por unos instrumentos tan potentes que parecía pulimentada.

—Probablemente una sierra molecular —dijo Teraï en voz alta—. Creo, Leo, que nos conviene ser prudentes. Los que excavaron esa galería no era nativos de Ophir ni de la Tierra. Y, sin embargo, hasta ahora no hemos encontrado rastros de otros viajeros entre las estrellas... Algunas razas poseen astronaves, por regla general cohetes, pero nosotros somos —éramos— los únicos que habíamos franqueado los abismos interestelares. ¡Y los que han labrado ese pórtico nos han precedido en varios milenios, como mínimo!

Leo rugió.

—¿Quieres seguir adelante? ¡Yo también! Y eso es lo que me preocupa. Una fuerza nos empuja, contra toda prudencia, una especie de hipnosis... ¡Algo que está más allá de lo que nosotros conocemos y que tiene un aire diabólicamente peligroso! No, Leo, vamos a regresar. Volveremos con más gente y...

Entonces, el poder actuó. Contra su voluntad, sus piernas se pusieron en marcha hacia el fondo de la galería, hacia la oscuridad. Trató inútilmente de detenerse: sus músculos ya no le obedecían. Leo había desaparecido en la sombra. Avanzó así durante unos minutos, tras encender su linterna —nada se lo había impedido—, por una galería adornada con esculturas que no tenía tiempo de examinar, pero que eran muy distintas de las que había visto en la ciudad muerta. Luego apareció una luz delante de él, y desembocó en el templo.

¿Era un templo? Desde luego, al fondo de la inmensa sala abovedada y brillantemente iluminada por una luz sin fuente visible, había una especie de altar

delante del cual se encontraba ya su león, con la cabeza inclinada, en el centro de un círculo rojo engastado en el suelo. Cuando Teraï, a su vez, penetró en él, sus piernas se detuvieron y se quedó inmóvil, con la carabina en la mano derecha y la linterna en la izquierda. Pudo apagarla, pero cuando quiso levantar su arma, el brazo no le obedeció.

—¡Todavía no, hombre del destino! —dijo una voz sin timbre que parecía salir del altar.

Teraï no experimentó ningún miedo, ni siquiera sorpresa. Todo su ser estaba a la expectativa. Esperaba, tranquilo, con una tranquilidad evidentemente inducida en él por la fuerza que le había traído hasta aquí.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —se limitó a preguntar.

—¿Quién soy? Es una larga historia que toca a su fin. Dentro de muy poco, me destruirás. ¡Me liberarás de más de tres mil años de esclavitud! ¿Qué me importa morir? ¡Hace más de tres mil años que no vivo! ¿Quién soy? Un cerebro, prisionero de una máquina que ya no tiene objeto y que continúa haciendo el mal porque sus amos lo han querido. Sus amos, que desaparecieron hace muchísimo tiempo... Tú me liberarás antes de que termine el día, pero antes debo hacer el mal por última vez, ya que dejé de tener voluntad el desdichado día en que los Akneas aparecieron en el cielo de mi planeta.

—¿Qué planeta? ¿Ophir?

—No. No el mundo de aquí, al que vosotros llamáis Ophir. ¡Un mundo que no es más que ceniza rodando en el espacio! Tal vez lo encontréis algún día. Vosotros sois una raza joven, en pleno desarrollo. Mientras cruzabas la galería, he leído en tu cerebro: sé todo lo que tu sabes, todo lo que eres, todo lo que serás. Lo que serás, voy a decírtelo, ya que ese es el papel que me fue impuesto: ¡acarrear la desgracia desvelando el futuro!

—¿Desvelar el futuro? Entonces, ¿MacGregor estuvo aquí?

—Sí. Y otro de tu raza. No te diré quién, lo descubrirás tú mismo muy pronto.

—¡Desvelar el futuro! Entonces, todo está determinado, la libertad no es más que un sueño...

—¡No! Aunque los indígenas de Ophir llaman a este lugar el templo del destino —para ellos yo soy un dios—, la libertad existe. Tu futuro es lo que tú harás de él, a través de decisiones más o menos libres. Yo no puedo ver más que lo que ocurrirá. Para ello, enví unos perceptores al tiempo, que siguen tu línea de universo. Imagina que pudieras viajar tú mismo por el tiempo y leer tu biografía escrita después de tu muerte. ¿Serías menos libre en tus actos?

—¡Sí, puesto que sabría por anticipado lo que voy a hacer!

—No, puesto que lo que está escrito es lo que tú has realizado, libremente, y que el hecho de que hayas viajado por el tiempo aparecería allí. No hay un destino impuesto por fuerzas ajenas a ti. Desde luego, sólo puedes hacer lo que te dictan tus genes, tu educación, tu experiencia, tu personalidad. Eres libre, puesto que el que

actúa eres tú. ¡Estás determinado, puesto que tú eres tú! Tú, tal como has sido hecho, y tal como estás hecho. Pero el tiempo pasa, y debo desvelarte tu futuro. Tu futuro, en particular, en un mundo llamado Eldorado. Mira ese punto brillante. Y míralo también tú, animal que ya no eres un animal, por desgracia para ti.

Un caleidoscopio de imágenes, desfilando a una velocidad prodigiosa, y sin embargo claras, inscribiéndose inmediatamente en la memoria. Conversaciones, viajes, días de lucha, noches de amor o de intriga, bajo cielos distintos, años en el espacio de unos segundos... Un planeta nuevo, de inmensa maleza rojiza, unos humanoides que eran sus compañeros y sus amigos, una no-humana que era su compañera, una humana por fin, rubia, bella y peligrosa, el amor y el odio, combates, una ciudad ardiendo, sangre, sangre, Leo muerto a sus pies de una ráfaga de ametralladora, la joven rubia a través de una puerta, con una flecha en el pecho, sus ojos sin vida mirando un cielo gris del que caía la lluvia, y la inmensa marejada del pesar y de la rabia impotente, la victoria final, tan vacía y tan amarga, otra muchacha rubia, dulce y fuerte. Luego más batallas, una larga vida de constructor de imperio, o mejor dicho de civilización, sus hijos numerosos y fuertes, sus hijas hermosas y robustas, un amigo fiel pasando de cuando en cuando por su vida, traidores, ciudades nuevas, la amenaza procedente de la Tierra y, finalmente, el reposo, la oscuridad.

Se sobresaltó, se asombró de verse todavía joven, de verse todavía vivo. Le dolía la cabeza. Leo rugía, se pasaba las patas por el cráneo, como para arrancar una garrapata plantada en su cerebro.

—¡Es inútil, Leo! ¡Tendremos que aprender a vivir con el conocimiento del futuro! Lo conseguiremos, por otra parte, puesto que...

Se interrumpió. A Leo le quedaban diez años de vida. Moriría en Eldorado, salvándole a él.

Luego, el dolor de cabeza pasó. Volvió la calma, inducida por el ser que se ocultaba detrás del altar.

—He hecho el mal por última vez —dijo la voz—. Antes de que me destruyas, tengo varias cosas que decirte. Morirás a los ciento ochenta años, rico, poderoso, admirado, amado, y solo, como todos los seres. Aunque menos solo que yo, el último de mi raza en morir...

—¿Quién eres, pues?

—Fui un ser inteligente de un planeta al que llamábamos Ria. Nuestra civilización estaba a punto de descubrir el vuelo interestelar cuando los otros, los Akneas, llegaron. Destruyeron mi raza, nuestro planeta y nuestras colonias en nuestro sistema solar. Nada escapó. Los que no fueron asesinados, se convirtieron en prisioneros, por sus cerebros. Yo fui uno de ellos. Mi nombre era Phleng-chi, hace más de tres mil años. Fui raptado, anestesiado y, cuando recobré el conocimiento, no era más que un engranaje de una inmensa computadora. Aquí. Dentro de unos momentos, cuando mi fuerza hipnótica me abandone, encontrarás la puerta y me destruirás.

—Pero, ¿cuál era el objetivo de todo eso?

—Mis amos era una especie moribunda a causa de una degenerescencia que ni siquiera lo enorme de sus conocimientos podía combatir. Eran los señores de toda esta parte de la galaxia. Entonces decidieron que, puesto que ellos iban a desaparecer, ninguna raza les reemplazaría. Buscaron sistemáticamente todas las vidas inteligentes. A veces las destruyeron, a veces instalaron templos del futuro, como aquí.

—¿Tuvo éxito su plan?

—Aquí, sí. Los louhis estaban en vías de rápido desarrollo. Unos centenares de años después de mi instalación, habían vuelto a la edad de piedra, rotos para siempre. Desaparecen, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pocos seres pueden soportar el conocimiento del futuro.

—Pero, nada les obligaba a visitarte...

—No, si se mantenían fuera del alcance de mi atracción, que al principio era inmensa. Pero hay una fascinación difícil de superar. Bastó con que vinieran los dirigentes. Luego, a medida que la civilización su hundía, me convertí en un dios, y consultarme un rito de iniciación obligatoria. Lo mismo ha debido ocurrir en otros mundos.

—Afortunadamente, no encontraron la Tierra, ni Tkhana, ni...

—Probablemente desaparecieron antes. Yo soy quizás el último de los templos del futuro que todavía funcionan. Y no por mucho tiempo, aún en el caso de que no hubieras venido. Por sabios que fueran mis amos, nadie construye para la eternidad. Mi poder se ha debilitado con el tiempo. Tú lo has sentido, débilmente, cuando estabas muy cerca de aquí. Ahora ha desaparecido por completo.

Teraï dio un paso fuera del círculo. Leo había salido ya de él. Nada le retuvo. Se echó la carabina al hombro, disparó.

—¿Te das cuenta? Eres libre. Ahora, vas a descubrir la puerta. El mecanismo de defensa también ha dejado de funcionar. Podrás entrar.

Teraï se encaramó al altar, encontró la puerta, la empujó. Un débil rayo de energía barrió el suelo delante de él, rastro ínfimo de defensas agotadas. La sala era inmensa, y estaba llena de cabinas de metal. En el centro, sobre una pirámide truncada, una esfera transparente contenía un enorme cerebro.

—¡Sí, éramos unos seres de elevada estatura, terráqueo! Saca tu láser y apunta bien, por favor. Y no tengas ningún escrúpulo. De todos modos, no tardaría en morir. Enviar perceptores al tiempo exige un fantástico consumo de energía, y me quedaba muy poca. La agoté en ti. Como eres listo, sé que destruirás también la parte electrónica. Antes de desaparecer, confío en que ninguna raza reconstruirá tales templos del futuro. Pero no puedo predecir el futuro de las razas, sólo el de los individuos. ¡Apunta bien, y gracias!

Teraï pulsó el contacto. Se oyó una leve explosión, seguida de un espantoso hedor

a carne quemada. A continuación barrió salvajemente el lugar, fundiendo el metal, perforando las planchas, hasta agotar todas sus cargas, dejando sólo ruinas detrás de él. Leo y él serían los últimos en padecer aquella maldición.

Luego salieron. El dolor de cabeza había vuelto a presentarse, lancinante, y Teraï apresuró el paso, andando como un autómatas, con una sola idea: huir de aquel lugar maldito en el que había conocido su destino. Leo gemía de cuando en cuando, como Teraï no le había oído gemir nunca, un sonido incongruente, que en otras circunstancias habría resultado cómico. Más tarde recordó muy vagamente aquella marcha a la luz de su linterna, marcha que les condujo, alrededor de las diez de la noche, a la entrada de la gruta. Teraï reunió penosamente algunas ramas y encendió una fogata que no logró calmar sus estremecimientos. El león, por su parte, parecía soportar mejor el choque. Teraï atrajo la enorme cabeza sobre sus rodillas.

—¡No me extraña, amigo mío, que los louhis se suiciden en masa! Me han predicho muchas aventuras, triunfos y disgustos. ¿Qué habría hecho si mi futuro sólo contuviera derrotas y aburrimiento? Aunque, ¿se suicidan porque se han enterado de que iban a suicidarse? ¿Era ése su destino? Su acto final, ¿era libre? ¿Podían, conociendo el futuro, cambiarlo? Bueno, yo no soy metafísico... ¡Sólo soy un pobre mortal con un terrible dolor de cabeza! Si no se hubieran suicidado, Phleng-chi no habría podido predecirles que lo harían... Entonces, ¿por qué se suicidaron? ¿Qué opinas tú, Leo? ¿Que, si no lo entiendo yo, cómo vas a entenderlo tú? Perdona, amigo mío... Daría cualquier cosa por olvidar, Leo. ¡Comprendo que el viejo Mac se emborrachara!

Acabó por sumirse en un sueño inquieto. Durante los dos días siguientes cruzaron la montaña como en un sueño. Teraï deliraba, aquejado de jaquecas fulminantes, abrumado por su problema metafísico, dándole vueltas a un círculo vicioso. Al llegar al otro lado, apenas le quedaban fuerzas para emitir una llamada de socorro...

—¡Doctor, está despertando!

La voz de Ann le sacó de su sopor. Estaba en su cama, rodeado de Ann, de Vertés, de Jules y de Luigi.

—¿Leo?

Le respondió un alegre rugido. Empujando a Jules, el león echó adelante su enorme cabeza y una pata formidable se posó sobre el pecho de Laprade, tímidamente.

—¡Bueno, puedes enorgullecerte de habernos mantenido ocho días con el alma en vilo! —dijo Jules—. ¡Ocho días delirando! Casi has logrado convencernos de que todos los que cruzan la Barrera se vuelven locos, como el pobre Mac y el director.

—¿Sturgeon?

—Sí. Ha venido a visitarte. En aquel momento estabas contando que habías destruido el templo del destino. Palideció como un muerto, se marchó a su casa y se pegó un tiro en la cabeza. Según lo que se ha podido leer en su Diario, también él

había cruzado la Barrera. Por mi parte, juro que no lo intentaré nunca.

—Ya no hay peligro. Pero allí había, en efecto, la cosa más temible de todo el universo: una máquina que predecía el futuro. La destruí, sí, pero demasiado tarde. Sé que...

Se interrumpió: ¿qué es lo que sabía? ¡En su cerebro sólo quedaban fragmentos dispersos! Sería muy poderoso, viviría muchos años, pero todo era vago, confuso. Se le ocurrió una explicación: el monstruo —ni siquiera se acordaba de su nombre— había confesado que apenas le quedaba energía. Sin duda, la impronta no había sido tan profunda... ¡Dios mío! ¡Si pudiera olvidar!

—¿Te das cuenta? —dijo Jules—. Has estado delirando, sencillamente. Alguna fiebre palúdica... ¿Qué opina usted, doctor?

—La razón habla como tú, Jules, pero hay más cosas en este universo que las que han soñado los filósofos de las diversas razas pensantes... ¿Quién sabe? Ahora, dejadle descansar. De todos modos, está fuera de peligro.

Al día siguiente, Teraï lo había olvidado todo, excepto su viaje y la existencia del templo del destino, e incluso aquello parecía más una pesadilla que alguien le hubiese contado que una aventura vivida realmente por él. Sabía que el monstruo le había predicho su futuro, simplemente. ¿Por qué se había suicidado el director? Seguía siendo un enigma, pero sólo en las novelas se explica todo en el último capítulo. Luego, imprevista, llegó la noticia de su nombramiento como director interino en espera de la llegada, unos meses más tarde, del sustituto de Sturgeon. La rutina volvió a prenderle, el trabajo, las satisfacciones normales de la vida. Fue el testigo de Ann en su boda con Luigi, bebió numerosos vasos con Jules y los demás, arrastró a varios chiquillos al lanzamiento de peso. Hasta el día que llegó el nuevo director, y con él un cargamento de revistas científicas.

Teraï estaba sentado, por la noche, delante de su alojamiento, leyendo Estrellas y Planetas, cuando una noticia atrajo su atención:

*El planeta III de la estrella de Van Paepe rebautizado Eldorado: Nos informan que la Oficina Internacional de las Minas acaba de solicitar la carta restringida para Van Paepe III. Ese mundo parece ser tan rico en metales y cristales preciosos que las empresas independientes que de momento lo explotan lo han llamado Eldorado. Está poblado por indígenas muy humanoides, lo que explica que la O.I.M. sólo haya podido solicitar la carta restringida.*

¡Eldorado! «¡Debo desvelar tu futuro sobre Eldorado!». Unas imágenes desfilaron por su memoria, de batallas, de aventuras, de amor y de disgustos.

—Leo, te acuerdas, ¿verdad?

El león inclinó afirmativamente la cabeza.

—Aquella joven rubia a la que amaré, y que me traicionará antes de volver a mí,

y a la que encontraré, un día de victoria, muerta de un flechazo en el pecho...

Al día siguiente, Teraï se entrevistó con el director.

—Mi contrato expira dentro de un mes. No pienso renovarlo. Embarcaré en el Aldebarán, que tiene prevista una escala en Ophir para dentro de cinco semanas.

—¿Por qué, Laprade? Sé que no hacía buenas migas con el señor Sturgeon, mi predecesor, pero ha llevado usted a cabo un trabajo excelente y, en consecuencia —y a pesar de su juventud— le he propuesto a la O.I.M. para la sub-dirección.

—Se lo agradezco mucho, señor Thompson, pero tengo que ir a Eldorado.

—¿Eldorado? ¿Dónde está?

—Lo ignoro. Es el planeta III de la estrella de Van Paepen. Un mundo nuevo. ¡Del lado de mi destino!

Del lado de su destino...

¿Existía algo que correspondiera a ese vocablo, y que hubiera deslizado en sus manos aquel ejemplar de Estrellas y Planetas con el fin de despertar por un momento su memoria del futuro? ¿O bien, harto de Ophir, decidía libremente partir hacia aquel nuevo mundo?

¿Quién podía saberlo? Salvo por unas breves y confusas reminiscencias, el futuro estaba de nuevo cerrado para sus ojos.

Leo le esperaba delante de la puerta.

—Saldremos hacia Eldorado dentro de un mes, aproximadamente. ¿Qué opinas, hermano?

El león sacudió la cabeza. El no había olvidado nada. Sabía que moriría en aquel mundo al que Teraï iba a llevarle. ¡Pero sería dentro de diez años! ¡Para su mente infantil, diez años era la eternidad! Tranquilizado por saberse casi inmortal, bostezó perezosamente y se tumbó al sol.

**FIN**